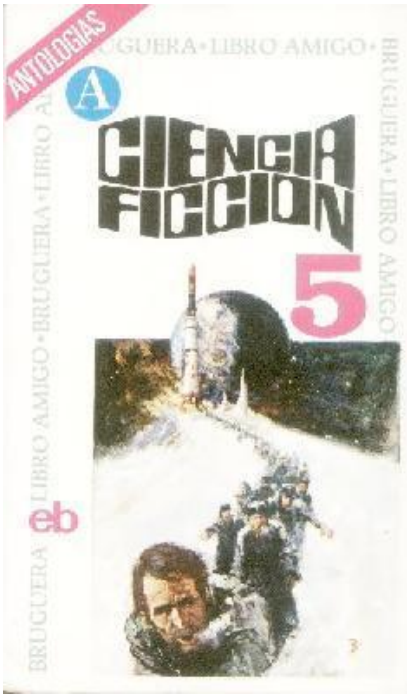
Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

Ciencia Ficción 5

Carlo Frabetti

(Recopilador)

Título Original: *Ciencia Ficción. Quinta Selección.*



Contenido

Keith Laumer • *UNA OPORTUNIDAD*
Zenna Henderson • *ÁNGELES IGNORANTES*
Michael Harrison • *DOMUS VITAE*
Leslie Charteris • *EL MONSTRUO OPORTUNO*
Avram Davidson • *EL FIERO DRAGÓN*

PRESENTACIÓN

SF Y ANTICIPACIÓN

Es casi innecesario señalar que la acción de la mayoría de los relatos de SF se sitúa en el futuro. La técnica recurrente de la SF es la *extrapolación*, que consiste en imaginar hipotéticos estadios futuros de determinados procesos y situaciones actuales. Por ejemplo, extrapolando la breve pero intensa historia de la astronáutica, se puede imaginar un verosímil y no muy lejano mañana en el que los viajes interplanetarios serán cosa habitual, y así ha surgido una de las temáticas básicas de la SF: la conquista del cosmos (tema del que el relato inicial de la presente antología constituye una interesante muestra).

Este carácter extrapolativo de la SF ha dado lugar a un equívoco muy difundido, que consiste en creer que la SF es una literatura «augural» o de anticipación en el sentido estricto de predicción del futuro.

Si bien es cierto que en los comienzos del género abundaron los relatos consistentes en simples descripciones de los maravillosos inventos que la ciencia nos depararía en el porvenir, en la SF moderna casi nunca se pretende anticipar en sentido estricto: al especular sobre lo que podría suceder si se dieran determinadas condiciones, no se pretende adivinar el futuro, sino comprender el presente a la luz de sus posibilidades implícitas.

Así, la característica más específica de la SF no es su ambientación futurista, sino su índole especulativa. De hecho, hay relatos de SF situados en el presente o incluso en el pasado. Tal es el caso de *Angeles ignorantes*, el más estremecedor y poético de los cuentos incluidos en este volumen, cuya acción se desarrolla en el oeste norteamericano, en pleno siglo XIX, y en el que el elemento fantástico sirve de contrapunto, de piedra de toque que pone en evidencia prejuicios muy actuales de nuestra sociedad.

Otro relato de esta antología, *El Fiero Dragón*, aunque situado en el futuro, describe un mundo feudal claramente inspirado en el medioevo y sus mitos. Tal asociación de pasado y futuro, bastante habitual en la SF, es utilizada magistralmente en el famoso *Cántico por Leibowitz*, de Walter Miller Jr. (publicado por Editorial Bruguera en la colección «La Corona»), impresionante visión de un neoscurantismo posatómico.

No, la SF no pretende adivinar el porvenir, y cuando lo hace (pues muchas de sus extrapolaciones están realizadas con el rigor de futuribles, y con frecuencia se ven posteriormente confirmadas en la realidad), no es como fin, sino como medio. Pues la finalidad básica de la SF es ampliar nuestra perspectiva temporal para, contrarrestando nuestro «provincianismo histórico», ofrecernos una visión más «distanciada», más libre de prejuicios circunstanciales, es decir, más objetiva, de nuestra realidad y sus nefastas contradicciones.

CARLO FRABETTI

UNA OPORTUNIDAD

KEITH LAUMER

El de la colonización espacial es uno de los temas ya clásicos de la SF. Como réplica a las pesimistas predicciones malthusianas, numerosos autores han imaginado la incontenible expansión del hombre por el universo. Los más realistas, al abordar el tema, no olvidan que cualquier empresa social está marcada por la ideología del sistema que la promueve, y que, por tanto, si los intereses de clase siguen rigiendo nuestra sociedad, ello condicionará, viciándola desde el principio, la hipotética colonización del cosmos. Tal es el caso de esta lúcida extrapolación de Keith Laumer, en la que se nos muestra que la tan cacareada «igualdad de oportunidades» no es más que una bella frase, una socorrida fórmula demagógica.

* * *

—No —dijo la chica, sacudiendo la cabeza y volviendo los ojos hacia la programadora que casi llenaba su habitación de trabajo—. Ten sentido común, Gus.

—Podríamos vivir con mi familia por un tiempo...

—Ustedes ya son uno más de lo que marca la ley. ¿Y acaso crees que estaría dispuesta a vivir con ellos?

—Sólo sería hasta que consiguiese mi próximo aumento.

Sus dedos ya corrían sobre el teclado de la programadora.

—Comprende mi situación, Gus. Mel Fundy me ha ofrecido un contrato por cinco años y una opción.

—¡Un contrato!

—Es mejor que no casarse nunca.

—¡Matrimonio! ¡Una cochina transacción comercial!

—No tan cochina. Voy a aceptar. Me va a significar una casa de tipo B y raciones B.

—Tú y ese vejestorio...

Gus se la imaginó entre las garras de Aronski.

—Más vale que vuelvas a tu sección —dijo ella como despedida—. Aún tienes un empleo que puedes conservar.

Él se dirigió a su puesto. Un hombre pequeño de incipiente calvicie y cara regordeta se acercaba por el estrecho corredor mirando duramente al interior de las oficinas. Al pasar vio a Gus.

—No está usted en su puesto, Addison. Si le encuentro fuera de él otra vez, tendrá que atenerse a las consecuencias.

—No volverá a suceder —murmuró Gus—. ¡Jamás!

La sirena que indicaba el cambio de turno sonó a las ocho de la mañana. Gus se abrió camino por el pasillo de salida hasta el coche 98. Allí fue estrujado, junto con el resto de los trabajadores, mientras el vehículo se deslizaba siguiendo su ruta horizontal, deteniéndose cada doce segundos para que los pasajeros descendieran. Después, Gus continuó por la ruta vertical durante kilómetro y medio hasta llegar a su parada. En el andén, de apenas metro y medio de ancho, un cartel mostraba a un oficial del servicio de colonización en posición de firmes junto al eslogan «COMPLETE USTED EL NÚMERO DE VOLUNTARIOS». Gus metió la llave en la cerradura y se sintió invadido por el olor familiar de la casa. Un ambiente pesado de polvo dulce, de sudor humano, de excrementos y sexo, parecía envolverlo como una pátina oleosa.

—Augusto —dijo su madre desde la cocina situada en el extremo del comedor, con una sonrisa que lo acariciaba como una mano húmeda—. Te he preparado una sorpresa. ¡Filetes sintéticos y un flan!

—No tengo hambre.

—¡Hola, hijo! —La cabeza de su padre asomó por la puerta del cubículo que hacía las veces de estudio—. Puesto que tú no quieres el flan, ¿te importa que me lo coma? Últimamente me molesta un poco el estómago. —Y eructó como para demostrarlo.

A dos pasos de la cara de Gus empezaron a moverse las cortinas del cuarto de baño, y a través de una abertura asomó una nalga pálida y enorme. El deseo se esparció por su cuerpo como el agua sucia de un sumidero. Al desviar la mirada se encontró con una cara de conejo que le miraba ferozmente desde el cuarto.

—¿Qué miras?

—¡Dile que deje las cortinas cerradas, tío Fred! —gritó Gus.

—Eres un degenerado. ¡Mirar a tu propia tía!

—Gus no hacía nada —dijo una voz tímida tras él—. A mí me ha hecho ella la misma cochinada.

Gus se volvió hacia su hermano, un muchacho de brazos huesudos y tórax estrecho que mostraba una mala complexión.

—Gracias, Len. Pero pueden pensar lo que quieran. Me voy. Sólo vine a decir adiós.

Lenny se quedó con la boca abierta.

—¿Te vas...?

Gus no le miró a la cara. Sabía bien la expresión que iba a encontrar: admiración, amor, desaliento... Y no había nada que pudiese entregarle a cambio.

Su madre, de un graznido, rompió aquel silencio.

—Augusto —dijo con una voz falsamente alegre, como si no hubiese oído nada—. He estado pensando que esta tarde tú y tu padre podrían ir a pedir al señor Geyer una recomendación para los exámenes de la Clase C.

El padre tosió.

—Ada, sabes que hemos ido ya.

—Pero es posible que haya habido algún cambio desde entonces.

—Nunca hay ningún cambio —la interrumpió Gus con dureza—. Jamás conseguiré un trabajo mejor, ni lograré un piso para mí solo para poder casarme. El problema radica en que no existe espacio suficiente.

El padre arrugó el entrecejo y las comisuras de su boca cayeron formando una expresión cómica.

—Mira, hijo... —comenzó.

—No importa —dijo Gus—. Me habré ido dentro de un momento y lo dejaré todo para ustedes, incluido el flan.

—Dios mío...

Gus vio entristecerse la cara de su madre hasta convertirse en una horrible máscara del dolor, en una expresión repelente de inútil y débil amor maternal.

—Dile algo, George —gimió—. Se va *allí*.

—¿Quieres decir...? —El rostro del padre se ensombreció—. ¿Te refieres a las *colonias*?

—Claro que es eso lo que quiere decir —dijo Lenny—. ¿De verdad que te vas a Alpha, Gus?

—No me tomarían a mí voluntario. —Tío Fred sacudió la cabeza—. He oído historias...

—Augusto, he estado pensando... —empezó a decir la madre—, que podríamos dejarte el piso entero. Es un estupendo apartamento, y nosotros podríamos irnos a las barracas y venir sólo los domingos de visita... para traerte alguna comida hecha en casa. Sobre todo esa sopa de líquenes que tanto te gusta.

—Debo irme —Gus retrocedió un paso.

—Después de todo lo que hemos hecho por ti —gimió la madre—. Todos estos años que hemos trabajado y ahorrado para darte lo mejor...

—Es mejor que lo pienses, hijo —murmuró el padre—. Recuerda que si te presentas voluntario no podrás volver. Nunca volverás a tu casa, ni a ver tu madre... —Su voz fue haciéndose más débil. Incluso a sus propios oídos, la perspectiva se le antojaba atractiva.

—Buena suerte, Gus —Lenny le tomó la mano—. Volveré a verte.

—Claro, Lenny.

—Se va —gimió la madre—. George, impídeselo.

Gus observó las caras que le miraban, sin conseguir que la conciencia le remordiera al irse.

—No es justo —dijo la madre.

Gus apretó el botón y la puerta se replegó sobre sí misma.

—Oye, si ese flan todavía no se ha enfriado... —decía el padre, mientras la puerta se cerraba tras de Gus.

El centro de reclutamiento número 61 era una manzana profusamente iluminada, donde reinaba el ruido y la tensión producidos por la gente que se apiñaba hombro contra hombro bajo un techo en el que figuraban los letreros indicadores: «CLASE UNO, ESPECIAL», «UNIDADES DE PRUEBAS D-G» y «PREPROGRAMACIÓN (ESTADO DE DESPLAZAMIENTO)». Y sus flechas pintadas, casi indescifrables, eran de todos los colores imaginables. Después de una hora de espera, Gus estaba casi mareado.

Por fin le llegó el turno. Una mujer de uniforme gris, le colocó una tarjeta de plástico.

—Vaya a la estación 25. Está a su izquierda —dijo ella—. ¡Muévase...!

—Me gustaría preguntarle algo —comenzó Gus.

La mujer lo miró, y su voz quedó sumergida en el *bla-bla* de otras voces, mientras que la presión de los de atrás le iba empujando. Un hombre de hombros anchos y pelo rojizo apareció junto a él.

—Menuda multitud —clamó—. ¡Esto es una evacuación en masa!

—Sí —dijo Gus—. He oído decir que Alpha es un infierno. Pero aun así parece ser que hay mucha gente que desea ir allí.

—Oye. —El pelirrojo se acercó un poco más—. ¿Sabes que la población mundial, según las cifras que comunicaron el domingo por la noche, pasa de treinta mil millones, y dicen que al ritmo de reproducción que llevamos, se duplicará en mil doscientos cuatro días? ¿Y sabes por qué? —su cara pareció alegrarse—. Ningún político va a procurar que disminuya el número de votantes.

—¡Tú, aquí! —Una mano tomó a Gus y lo empujó hacia una mesa, tras la cual se sentaba un empleado pálido, con los pelos de punta. Éste le acercó dos tarjetas perforadas a través de la mesa—. Fírmalas.

—Antes me gustaría preguntarle unas cosas —dijo Gus.

—Firma o lárgate. ¡Quítale de en medio, Mac!

—Quiero saber dónde me voy a meter. ¿Cómo es Alpha Tres? ¿Qué clase de contrato...?

Una mano se cerró sobre el brazo de Gus. Un hombre vestido con el uniforme del cuerpo de infantería apareció junto a él.

—¿Algún problema, chico?

—Vine aquí voluntariamente —Gus se libró de la mano—. Todo lo que quiero...

—Mira, chico, pasan veinte mil personas al día por nuestras manos. Comprenderás que no tenemos tiempo para informar a nadie. Ya has leído los noticiarios, de manera que ya sabes lo suficiente sobre Nueva Tierra.

—¿Qué seguridad tengo...? —objetó Gus.

—Ninguna seguridad, chico. Ninguna en absoluto. Tómalo o déjalo.

—Estás interrumpiendo el avance de la cola —dijo el individuo del pelo tieso—. ¿Quieres firmar o te vas a tu casa...?

Gus tomó el punzón y firmó en las tarjetas.

Una hora más tarde, a bordo de un avión de carga especial, Gus se sentaba, mareado y con frío, en un asiento de tiras de lona entre el pelirrojo, que dijo llamarse Hogan, y un individuo gordinflón, que continuamente se quejaba.

—...Dan a un hombre tiempo para pensar. Menudo plan, ir a las colonias a mi edad, dejando un buen empleo...

—Eliminaron a muchos en el examen médico —dijo Hogan—. Es una simple medida económica. La vida es muy dura en Alpha; y para qué llevar un peso que allí no va a servir para nada, ¿eh? Cuesta mucho dinero un viaje de cuatro años luz.

—Yo creía que tomaban a cualquiera —dijo Gus—. Nunca había oído de alguien que se presentara voluntario y tuviera que regresar a su casa.

—He oído decir que los envían a campos de trabajo —murmuró Hogan confidencialmente, torciendo la boca—. No pueden permitirse el lujo de devolver descontentos a la vida normal.

—Puede ser —contestó Gus—. Todo lo que sé es que he pasado esta prueba y voy. Y no quiero regresar jamás.

—Sí —afirmó Hogan—. Lo hemos conseguido. Por mí, los demás pueden irse al infierno.

—...Tiempo para volver a pensarlo, y considerar la situación detenidamente —dijo el gordinflón—. No es lícito. No es...

Desembarcaron en un valle llano y seco que se extendía hasta un horizonte formado por montañas de color azul. Gus se resistió a sujetarse en la baranda mientras bajaba por la escalerilla; el cielo abierto lo mareó.

Se respiraba un aire limpio, sobre todo después de la atmósfera contaminada de la ciudad y de la enrarecida del avión. Gus sintió que la cabeza se le iba. No había comido en todo el día. Miró el reloj y quedó sorprendido al darse cuenta que hacía menos de cinco horas que había salido de su casa.

Unos individuos uniformados les llamaron al orden, haciéndoles formar una fila. La irregular hilera de reclutas empezó a avanzar, siguiendo a un coche-guía de color terroso. Después de media hora de camino, las piernas de Gus estaban resentidas por el desacostumbrado ejercicio, y el aire le parecía fuego al pasarle por la garganta. El coche se movía uniformemente al frente de la columna, dejando una senda de polvo a través del vacío desierto.

—¿Adónde demonios vamos? —Se oyó la voz de Hogan junto a él—. Aquí no hay nada más que este maldito desierto.

—Debemos estar yendo hacia el espacio-puerto de Mojave.

—Están tratando de matarnos —se quejó Hogan—. ¿Qué te parece si nos dejamos caer y descansamos un poco?

Gus pensó en ir retrasándose para arrojarse al suelo a descansar. Pero se imaginó a los guías acercándosele y ordenándole que volviese.

Que volviese a casa. Y continuó marchando.

En toda la tarde sólo realizaron una parada, durante la cual fueron repartidas unas gachas grisáceas en unas bolsas de papel. Mientras caminaban vieron ponerse el sol como una bandeja de metal hirviente. Cuando aparecieron las estrellas aún estaban caminando.

Había pasado ya la medianoche cuando, a lo lejos, apareció una hilera de luces. Gus caminaba penosamente, sin ser ya consciente del dolor de sus pies. Cuando se les dio el alto en una explanada iluminada, fue enviado, junto con los demás, a unas barracas que olían a desinfectante y a plástico nuevo. Se dejó caer en el estrecho camastro que le señalaron y se hundió en el sueño más profundo que jamás había conocido.

Despertó con el viento septentrional, a causa del estruendo de los altavoces. Después de un desayuno a base de gachas oscuras, los reclutas fueron alineados delante de los barracones, y un oficial se subió a una tarima para hablarles.

—Tienen muchas preguntas que hacer —afirmó. El eco de su voz amplificada rebotaba en el pavimento—. Quieren saber en qué asunto se han metido, y qué clase de trabajos tendrán que realizar en Nueva Tierra. —Hizo una pausa, mientras se empezaba a levantar un murmullo—. Les contestaré —dijo. Y el murmullo se acalló—: En Alpha Tres sólo conseguirán una cosa: una oportunidad.

El oficial bajó de la tarima y se retiró, mientras el murmullo aumentaba hasta convertirse en gritos acalorados. Uno de los guardias tomó la palabra y ladró:

—¡Basta! Cuando el mayor dijo que conseguirían una oportunidad, quiso decir que nadie obtendrá privilegios. ¡Nadie! Es posible que alguno de ustedes hayan sido peces gordos. ¡Olvídenlo! A partir de ahora, lo que cuenta es lo que ustedes puedan hacer. Sólo la mitad de ustedes irá a Alpha. Hoy sabremos quiénes son. Ahora...

Empezó a dar órdenes. Gus se encontró formando parte de un grupo de veinte hombres que se dirigían a través de la zona asfaltada hacia la torre de un edificio. Un muchacho alto y de pelo negro iba junto a él.

—Esta gente no da mucha información —murmuró—; cualquiera diría que tienen algo que ocultar.

—¡Silencio en las filas! —ladró un sargento de cara ancha y dientes enormes—. Pronto se enterarán de todo lo que necesitan saber y no les gustará. —Se calló y continuó caminando. Nadie volvió a hablar.

En la torre, los hombres fueron empujados hacia un enorme montacargas, que crujía como si fuera a desprenderse de un momento a otro. Gus vio el desierto extendiéndose a sus pies como una manta sucia. Se apartó, mientras la puerta chirriaba al abrirse junto a él.

—¡Fuera! —gritó el suboficial.

Nadie dio un paso.

—¡Tú! —los ojos del sargento parecieron taladrar a Gus—. Vamos. Tú pareces fornido y resistente. Lo único que se necesita son agallas.

Gus miró al exterior, donde había una terraza sin barandilla, y un pasillo de dos pasos de ancho y cinco metros de largo que acababa en otra terraza un poco más grande. Sintió como si sus pies se pegaran al suelo del ascensor. El sargento sacudió la cabeza, pasó bruscamente junto a Gus y al llegar a la mitad del pasillo, se dio la vuelta.

—Alpha es así —exclamó, señalando con su cabeza hacia el final del pasillo.

Gus respiró hondo y pasó aprisa; otros le siguieron y tres permanecieron en su sitio, negándose a pasar. El sargento hizo un gesto:

—¡Llévenselos!

Y la puerta del ascensor se cerró ante ellos. Entonces miró a sus subordinados.

—Esto les asusta, ¿eh? —dijo—. Naturalmente, es una cosa nueva. Nunca tuvieron que hacer algo semejante. Pues bien, allí en Alpha todo va a ser nuevo, así que más vale que se adapten o de lo contrario morirán.

—¿Qué pasaría si alguien se cayese? —preguntó el hombre de la barba negra.

—Se mataría —contestó secamente el sargento—. Lo que tienen debajo es roca. Y si van a morir, más vale que lo hagan aquí y no después que el Gobierno haya desperdiciado el dinero enviándolos a una distancia de cuatro años luz.

Después tuvieron que trepar por una tortuosa estructura a base de barras y codos, con una especie de laberinto que conducía a lugares sin salida y obligaba al escalador a descender y buscar un nuevo camino, mientras sus manos y sus piernas temblaban de fatiga. A continuación, la dificultad fue el agua: encerrado en una enorme jaula que pendía sobre un estanque fangoso, Gus atendía a las instrucciones. Conteniendo su aliento, trató de resistir mientras la jaula se metía bajo el agua y salía goteando, se metía otra vez..., y otra. Cuando la tortura acabó, estaba casi ahogado. Dos hombres habían sido retirados ya, desmayados. Luego había una carrera de obstáculos, en los que figuraban unos signos de advertencia; algunos los ignoraron o bien no los advirtieron y perdieron el equilibrio. También fueron retirados. Gus miró con incredulidad una cara cubierta de sangre.

—¡No pueden hacer esto! —gritó Hogan—. ¡Por Dios! ¿Se han vuelto locos? ¡Son unos...!

Se calló al pasar por su lado el sargento de los dientes enormes.

Más tarde hubo otra ración de gachas durante un descanso de media hora y el día continuó igual. Había que correr por una zona cubierta de rocas, donde un mal paso podía significar un tobillo roto. Y lo que era peor todavía, un recorrido a través de una tubería de cincuenta centímetros de diámetro y que a causa de los recodos que formaba podía dejarte atrapado debido al pánico; montar en una máquina centrífuga que dejó a Gus temblando, mareado y bañado en un sudor frío. Ninguna de las pruebas era particularmente dura, ni siquiera peligrosa, si el individuo que las realizaba mantenía la cabeza en su sitio y seguía las instrucciones. Sin embargo, la fila de hombres disminuía regularmente. A la caída de la noche, sólo quedaban Gus y ocho más, de los veinte que habían comenzado. Hogan y el hombre del pelo negro —Franz— estaban entre ellos.

—¿Has captado ya la idea de lo que está sucediendo? —Hogan susurró roncamente a Gus, mientras los supervivientes regresaban a las barracas—. He oído cosas sobre este tipo de sitios. Nos trajeron para eliminarnos. Todo, un viaje gratis a un planeta nuevo y el programa de colonización es un engaño, sólo un truco para matar a los disconformes.

—Estás loco —dijo Franz.

—¿Sí? ¿Has oído hablar de la eutanasia...?

—Un poco de gas en las barracas hubiese sido más fácil —contestó Gus.

—Lo del estanque... Habría llamado mentiroso a cualquiera si no lo hubiese visto con mis propios ojos.

—De acuerdo, quizá es demasiado duro —admitió Franz—. Pero éste es un programa de choque y tenían que improvisar...

Un zumbido había ido creciendo en la distancia. Ahora, mientras aumentaba de intensidad, Gus pensó en un trueno lejano. Y su imaginación le hizo creer que notaba un viento fresco y una tormenta tras el agobio del calor diurno.

—Miren —los hombres señalaban algo.

Una estrella blanca brillaba. Poco a poco iba aumentando de tamaño, mientras el ruido crecía. El rugido invadió la planicie y la luz se convirtió en un fuego centelleante, que dejaba un rastro luminoso.

—¡Apártense! —gritaron los oficiales, mientras rompían filas.

Un avión a reacción pasó como un rayo desde el este y ascendió hasta desaparecer. La gran nave que aumentaba de tamaño, brillando como una luna, emitió un chorro de aire caliente y descendió con suavidad sobre su columna de fuego, desapareciendo de nuevo en la oscuridad. Lentamente, una torre móvil llena de luces se deslizó hasta detenerse al pie de la nave. Poco a poco, el murmullo de los enormes motores fue extinguiéndose, mientras permanecía el eco que iba y volvía a través del llano.

—¡Es una nave espacial! —corrió la voz por las filas. Gus sintió cómo el corazón golpeaba contra su pecho.

Nadie durmió esa noche.

—Van a dormir bien a partir de ahora —dijo el sargento a los reclutas, mientras formaban en fila doble y se dirigían a un edificio pintado de blanco que brillaba pálido junto a las arcadas.

A Gus de parecía que la llanura estaba llena de hombres que caminaban hacia las puertas iluminadas. Pasaron varias horas antes que llegase al edificio. Una vez allí, pestañeó al recibir el fogonazo verdoso de la enorme habitación antiséptica. Allí, equipos de médicos y mujeres con mascarillas trabajaban en largas filas de mesas.

—¡Desnúdese y tiéndase sobre la tabla! —ordenó una voz. Un grupo de técnicos le rodeó. Pero Gus retrocedió agarrotado por un súbito pánico.

—¡Esperen...!

Unas manos lo atraparon. Él se resistió, pero los hombres le obligaron a tenderse. Con un spray hipodérmico le inyectaron algo en el brazo. Las preguntas se amontonaron en su cerebro, pero antes de poder convertirlas en palabras, se hundió en la algodonosa suavidad del sueño...

Alguien hablaba con ansiedad. La voz parecía haber estado allí durante largo tiempo, pero sólo ahora empezaba a comprender su significado:

—¿Entiendes? ¡Vamos, despiértate!

Gus trató de hablar, pero sólo le salió un bostezo.

—¡Vamos, ponte en pie!

Gus abrió los ojos y vio que la cara que se inclinaba sobre él no era la de ningún técnico. Era una cara semifamiliar, excepto por los tres centímetros de barba y las hundidas mejillas.

—Sargento... Berg... —Gus se levantó.

—Vamos, muévete. Hay trabajo que hacer.

—¿Qué ha ido mal?

—¿Qué? Querrás decir qué no ha ido mal. Hemos tenido daños en la proa y un motín. Pero tú no tienes que preocuparte de eso. Estamos a diez horas de viaje; ya has dormido suficiente.

—¿A diez horas..., de la Tierra?

—¡A diez horas del planeta Alpha Tres, tonto! Es decir, a mil ochocientos catorce días de la Tierra.

Gus se estremeció como si hubiese recibido un golpe... ¡Casi cinco años!

—Casi hemos llegado —balbució incrédulo.

—Sí —dijo Berg—. Además has sido elegido para ayudar en el aterrizaje, junto con unos cuantos colonizadores más. Sígueme.

Vacilando un poco, Gus siguió al sargento a lo largo de un estrecho corredor iluminado por una luz verde, que procedía de un tubo colocado a lo largo del techo. Al pasar frente a

una puerta abierta, pudo ver una pared destruida cubierta por una masa informe de plástico; en el suelo se veían tubos rotos, alambres y algunos escombros.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Da igual —gruñó Berg—. Tú sólo eres un recluta mudo. Continúa siéndolo.

Tomaron un ascensor, anduvieron a lo largo de otro pasillo y por fin llegaron al puente de mando, que aparecía iluminado como un árbol de Navidad. Muchos individuos uniformados de caqui y con las ropas algo arrugadas, estaban atareados mirando en silencio las múltiples pantallas y controles. Los oficiales murmuraban entre sí y los técnicos soltaban sus cantilenas ante las computadoras audiovisuales. Un oficial joven, con el pelo rubio muy corto, le hizo una seña a Berg.

—Éste es el último, señor —dijo el sargento.

—Lo utilizaremos como mensajero. Se han interrumpido las comunicaciones con las secciones dependientes de la estación 28. El aparato se está estropeando rápidamente.

—No te muevas de aquí —dijo Berg a Gus, y se marchó.

—Teniente, vaya a ocuparse del número 6 —gritó una voz gutural.

El teniente rubio se movió en dirección a un asiento giratorio, situado frente a una pantalla que mostraba vívidamente una luna creciente que se destacaba sobre un fondo negro como el terciopelo. En un extremo de la pantalla aparecía una luna llena de un color blanco verdoso. No se veían estrellas; la sensibilización de la pantalla había disminuido debido a la proximidad de un sol.

Gus retrocedió hacia la pared. Durante toda la hora siguiente estuvo allí, en pie, olvidado, observando la imagen del planeta que iba creciendo en las pantallas, y a los oficiales que trabajaban sobre un laberinto de controles que se extendía alrededor de la sala formando una herradura de unos veinte pies.

—...No vamos a intentarlo. Al menos mientras esté yo en el puente de mando. —Las palabras llamaron la atención de Gus. Un oficial delgado y con cara de halcón, tiró al suelo un montón de papeles—. Tendremos que cambiar el rumbo.

—¿Está negándose a cumplir mis instrucciones? —El hombrecillo rechoncho y de pelo blanco a quien Gus conocía como capitán de la nave, levantó la voz—: Está usted haciéndome llegar muy lejos, Leone.

—La haré descender sobre el Planeta Cuatro. —El primer oficial replicó a gritos—. Es lo mejor que se puede hacer.

El capitán lanzó una maldición.

Otras voces se unieron a la discusión. Y al final, el capitán capituló, gritando:

—¡Pues vayamos al Planeta Cuatro, Leone! Pero le garantizo que me ocuparé para que reciba usted la sanción correspondiente.

—¡Ocúpese de lo que le dé la gana!

La discusión prosiguió. Apoyado en la pared, Gus observó cómo la media luna iba creciendo hasta llenar la pantalla, se convertía en una curva polvorienta a modo de horizonte y finalmente en una llanura neblinosa manchada con blancos copos que debían ser nubes. Se oyeron una serie de silbidos suaves, y de pronto empezó a temblar toda la nave. En ese momento, todos los que estaban en el puente olvidaron sus diferencias. Sólo se oían voces dando órdenes y breves respuestas de asentimiento.

Bajo los pies de Gus, la cubierta vibraba y parecía que fuera golpeada por enormes martillos. Decidió descender, pero tuvo que detenerse para sujetarse, debido al aumento de la vibración que amenazaba lanzarlo contra el suelo. El silbido del aire estaba convirtiéndose en un tornado fantasmal.

De pronto, e inesperadamente, la vibración disminuyó y un nuevo estruendo recorrió toda la nave: el rugido de los motores que se ponían en movimiento.

Los minutos pasaban lentamente, mientras el rugido, que sólo se podía comparar al fragor de las cataratas del Niágara, iba aumentando paulatinamente. Luego, un golpe le lanzó al suelo. Medio atontado, se puso en pie y vio a los oficiales que se levantaban de sus asientos dando gritos y propinándose palmadas en la espalda. El capitán salió precipitadamente, abandonando el puente de mando. La gran pantalla central mostraba una serie de colinas de un color gris verdoso y un cielo plomizo, como si estuviera lloviendo.

—¿Qué diablos está haciendo usted aquí? —La voz restalló como un látigo. Era el primer oficial, Leone—. ¡Salga del puente inmediatamente!

—Señor —dijo el sargento Berg, acudiendo en su ayuda—, son órdenes del capitán.

—¡Que se vaya al diablo el capitán! ¡Váyanse todos al diablo! —Con el brazo hizo un gesto que incluía a todos los que se hallaban en el puente de mando—. ¡Reservistas! Son la vergüenza del ejército.

Gus volvió solo a la sala en que había estado cuando despertó. Uno de los guardianes le recibió con una maldición.

—¿Dónde te has metido? Estás en la lista de los congelados. Date prisa y preséntate a Hensley en el comedor, ¡y no te pierdas!

—No me había perdido —respondió Gus, mirando al guardián airadamente—; pero creo que un individuo llamado Leone sí se ha perdido.

—¡Ah...!

El guardián le dio las instrucciones exactas; las siguió y le condujeron a una sala estrecha de techo alto, brillantemente iluminada y muy fría. Un pionero de piernas arqueadas caminó hacia él, le señaló un armario lleno de trajes aislantes y le asignó a un equipo. Gus observó mientras quitaban los cerrojos de una portezuela cuadrada de medio metro de espesor. Al abrirla, pudo verse el cuerpo congelado de un hombre que yacía bajo una delgada capa de plástico.

—Los aparatos automáticos se han estropeado —dijo el jefe del grupo—. Tenemos que descargar a los pioneros a mano; vamos, quiero decir, lo que queda de ellos.

—¿Qué quiere decir?

—Hace unas cincuenta horas, nos topamos con una roca de cuatro toneladas. Hemos perdido un grupo de oficiales y varios miembros de la tripulación, y antes que Leone viniera a curiosear, ya se habían perdido un buen número de pioneros. La roca pasó por en medio del cuerpo central de la nave. —El individuo levantó el plástico, que se desprendió de la piel cérea del muerto con una crepitación—. Podríamos decir que se estropearon igual que éste.

Gus miró el rostro contraído y amarillento, en el que destacaba el blanco de los dientes bajo los labios grises. El plástico volvió a cubrirlo y la tripulación avanzó hacia la puerta.

En las cinco horas siguientes, Gus encontró otros veintiún cadáveres. En la sala de reuniones se agrupaban ciento cuarenta y un colonizadores aparentemente intactos. Gus pudo echarles un vistazo mientras temblaban, respondiendo a los estímulos de los equipos médicos.

—No es fácil morirse y volver a resucitar —admitió el individuo de las piernas arqueadas, observando a un hombre que se retorcía a pesar de las ataduras que lo sujetaban.

El trabajo prosiguió. El horror había desaparecido; ahora era sólo un trabajo monótono, cansado, emocionante... Gus aprendió a percibir en seguida los síntomas de aquella tragedia. Cuando delante de una puerta aparecía un saliente congelado, significaba invariablemente que dentro había un cadáver. En los complicados procesos que requería la vida latente de un ser hibernado, el sujeto generaba el calor suficiente para evitar la congelación en el interior de la cápsula.

En la puerta siguiente se veía la señal fatídica. Gus la abrió, forcejeando para romper el sello helado, y tiró de la bandeja que sostenía el cuerpo. Se acercó para mirar detenidamente, pues algo le llamaba la atención en aquel rostro que yacía bajo una capa de hielo. Arrancó el plástico que lo cubría y sintió una corriente helada que le cortó el aliento.

Era el rostro de su hermano menor, Lenny.

—Es duro —dijo el jefe, mirando a Gus con curiosidad—. De acuerdo con la ficha, entró un día después que tú; debió embarcar casi al mismo tiempo. Estuvimos cargando durante cinco semanas...

Gus pensó en el cansancio de todas las pruebas, la tortura de la jaula que se sumergía, el paseo sobre el vacío, sobre aquel estrecho pasillo, y Lenny tratando de seguirle, pasando por todas aquellas pruebas para acabar muriendo de ese modo.

—Dijo usted que cuando Leone vino aquí para comprobar lo que había pasado, algunos de los colonizadores estaban ya muertos —expresó Gus con voz átona.

—Olvídalo. ¡Vamos a trabajar! Allí están los vivos, que son de los que tenemos que cuidar. —El jefe apoyó la mano en una pequeña pistola que llevaba al cinto—. Aún no hemos salido del peligro ninguno de nosotros...

Hacía veinticuatro horas que la nave había aterrizado cuando le tocó a Gus bajar la rampa que se extendía bajo el frío cielo de un mundo nuevo. Estaba lloviznando. Había un olor acre de plantas quemadas y se podía ver una zona verde de vegetación extraña, pero fresca y agradable.

La tierra requemada era un trozo de barro ennegrecido, pisado por los miles de hombres que habían desembarcado antes que él. Estaban formados en filas irregulares que se extendían hasta perderse sobre un pequeño promontorio. El grupo de Gus formó y se puso en marcha hacia el final de esa zona.

—No me parece gran cosa esto —dijo Hogan. Su rojo pelo estaba más despeinado que nunca. Al igual que el resto de los colonos, también llevaba una barba de tres centímetros crecida durante la hibernación.

—No es aquí donde debíamos aterrizar —señaló Gus—. Estamos en otro planeta.

—Vaya, ¿cómo lo sabes?

Gus le explicó lo que había oído durante su permanencia en el puente.

—¡Maldición! —clamó Hogan, señalando con la mano la ondulante tundra que se extendía ante sus ojos—. ¡Se han equivocado! Eso quiere decir que aquí no existe ninguna colonia, ni edificaciones, ni nada...

—Como dijo el hombre... —intervino Franz—, tendremos que arreglárnoslas por nuestros propios medios. Podemos construir un pueblo propio en éste...

—¿Ah, sí? Sin árboles, ni madera, ni ríos...

—Sin embargo, por lo menos hay agua. —Y señaló las gotas que se deslizaban por su cuello.

—De cualquier manera —replicó Hogan—, esto no es por lo que yo firmé.

—Tú firmaste igual que todos, sin hacer preguntas.

—Sí, pero...

—No lo digas —replicó Franz—, me vas a hacer llorar.

—No hay refugios —dijo Hogan una hora más tarde—. Y yo había oído que la mejor comida era para nosotros, los colonos. ¿Dónde está?

—Espera hasta que descarguen la nave —dijo Franz.

—Por ahora, de ahí no ha salido otra cosa más que nosotros. —Hogan se frotó las manos para entrar en calor, mientras miraba la torre gris que parecía la nave. Los daños hechos a la estructura por el meteorito se veían claramente, como un punto cerca del vértice.

—Probablemente aún están ocupados haciendo reparaciones de emergencia —comentó Franz.

—No me parece que un agujero tan pequeño como ése haya podido hacer tanto daño —objetó Hogan.

—Esa nave es casi tan complicada como un cuerpo humano —dijo un hombre que estaba a su lado—. Hacer un agujero en ella causa los mismos efectos que si te lo hubiesen hecho a ti de un disparo.

—¡Eh, miren! —señaló Hogan. Un nuevo grupo de colonos estaba formándose en la cumbre de la colina.

—Mujeres —murmuró Franz.

—¡Por Dios, son hembras! —gritó Hogan.

—Es natural —dijo alguien—. Después de todo, no se puede formar una colonia sin mujeres.

Los hombres vieron cómo, sección tras sección, las mujeres colonos subían la colina, empezando a formar tras los hombres. Entonces se volvieron al oír el sonido de unos motores. Un carruaje que remolcaba un pequeño vagón venía cerca de la formación y se paró cerca de Gus. Un cabo bajó de él y quitando la lona que cubría el vagón, mostró un pesado envoltorio. Lo sacó mientras gritaba:

—Ahora van a cavar. Acérquense y tomen las palas.

—¿Palas? ¿Estás bromeando? —dijo Hogan, mirando a los demás.

—¿Cavar para qué? —preguntó alguien.

—Para hacer refugios —contestó el cabo—. A menos que quieran dormir al cielo raso.

—¿Y qué hay de las casas prefabricadas?

—Sí. ¿Y qué hay de nuestras raciones?

—Hay equipo pesado en la nave. Si hay que cavar, vamos a tomarlo y hagámoslo con él.

El cabo sacó una porra.

—Les he dicho...

Comenzó, e inmediatamente, su voz desapareció entre el clamor que se levantó al acercarse los hombres a rodearle.

—¡Queremos comida!

—¡No queremos cavar!

—¿Cuándo nos van a dar las mujeres?

—Yo..., yo voy a preguntarlo.

El hombre de la porra dio varios pasos hacia atrás, y después se volvió y desapareció rápidamente colina abajo. Ahora ya se oían voces en toda la formación. Gus vio otros cabos y sargentos que se retiraban, uno de ellos con la cara sangrando y sin gorra. El griterío aumentaba por momentos. Un vehículo llegó corriendo desde la nave y los recogió. Las porras golpearon a los pioneros que los perseguían.

—¡Atrapémoslos! —gritó Hogan.

Pero Gus lo sujetó del brazo.

—Quieto, imbécil. Esto nos va a costar caro.

—Ya es hora que saquemos algo. No somos prisioneros.

—Ellos tienen toda la fuerza —dijo Gus—. Esto no nos va a ayudar en nada.

—Somos ciento a uno —gritó Hogan—. ¡Míralos correr! Me parece que se les ha olvidado la gran idea de obligarnos a cavar. —Se soltó de la mano de Gus que lo sujetaba y miró hacia las mujeres—. Muchachos, vamos con ellas. Las damitas parecen aburrirse.

Gus retuvo al pelirrojo.

—Como empieces así, estamos condenados. ¿Aún no has visto el lío en que nos hemos metido?

—¿Qué lío? —empezó a chillar Hogan—. Les acabamos de enseñar que no pueden hacer lo que les dé la gana con nosotros.

—Están cargando y vuelven a la nave —señaló Gus.

Las cabezas se giraron y vieron cómo subía la rampa el último de los coches.

—Los hemos asustado...

—Claro —Hogan arrugó el entrecejo ferozmente—. Están huyendo de nosotros.

—Imbécil —repitió Gus con cansancio—. ¿Y si no vuelven a salir de la nave, qué va a pasar?

—No nos pueden hacer esto —repitió Hogan una vez más.

Ambos soles se habían puesto hacía horas y la lluvia se había convertido en escarcha, que se iba helando sobre el cieno y las ropas de la gente.

—Debemos estar a cinco grados bajo cero —dijo Franz.

—¿Creen que nos abandonarán aquí para congelarnos?

—No lo sé.

—Y están allí, comiéndose nuestras raciones y durmiendo en camas blandas —gruñó Hogan—. ¡Sucias sanguijuelas!

—No les podemos culpar demasiado —comentó Franz—. Con cabezas cuadradas como tú, persiguiéndoles. ¿Aún esperas que salgan fuera y te dejen terminar lo que has empezado?

—No podemos permitirles que hagan esto.

—Pueden hacer lo que quieran —dijo Gus—. Nadie en la Tierra sabe lo que está pasando aquí. Pasan diez años desde que se hace una pregunta hasta que se recibe la respuesta. Y en diez años, la población de la Tierra, ya se habrá triplicado. O sea, que tendrán otras cosas en que preocuparse más importantes que nuestras quejas. No somos imprescindibles.

El murmullo continuaba en los grupos que se extendían por aquella parte de la colina, bajo la constante aguanieve. Algunas figuras oscuras se acercaron desde el lugar donde estaban las mujeres.

—Son las chicas —dijo Hogan—. Quieren compañía.

—Déjalas tranquilas, Hogan —le advirtió Gus—. Veamos qué es lo que quieren.

La que figuraba al frente del grupo era una rubia de aspecto atlético, que aparentaba unos veintitantos años; venía abrigada con un chaquetón demasiado holgado. Al colocarse en frente de los hombres, éstos se acercaron a observarla.

—¿Quién es el jefe de ustedes? —preguntó.

—Nadie, nena —empezó a decir Hogan—. Aquí cada hombre se vale por sí solo.

Y mientras hablaba iba extendiendo el brazo como una garra carnosa. La chica le detuvo.

—Deja eso por ahora, cerdo —dijo con brusquedad—. Tenemos cosas importantes para hablar, como por ejemplo, el no morirnos de frío. ¿Ustedes qué están haciendo para evitarlo?

—Nada en absoluto, monada. ¿Qué quieres que hagamos? —Hogan señaló hacia la aeronave con el pulgar—. ¡Esos asesinos nos han abandonado!

—Hemos visto muy bien lo que pasaba. Unos cuantos cretinos de entre ustedes han iniciado un motín. No puedo echarles en cara el que se hayan largado. ¿Pero qué van a hacer ahora? ¿Van a dejar que vuestras mujeres se mueran de frío?

—¿Nuestras mujeres?

—¿Y de quién creen que somos las mujeres? Hasta hay una para ti, gordinflón, si eres capaz de conseguir que no se muera de frío.

—Tenemos algunas palas —dijo Gus—; podemos hacer refugios. Esta tierra parece fácil de trabajar.

—¿Cómo quieres cavar refugios para más de nueve mil personas con sólo dos docenas de palas? —se burló Hogan—. ¿Estás loco?

De pronto se oyó un estruendo semejante al fragor de un trueno.

—¡¡Atención...ón!! —una voz potente resonó en la explanada—. Habla el capitán Harris...iss.

Los focos del pie de la astronave se encendieron.

—¡Se han amotinado contra nosotros...os! —prosiguió la voz—. Creo que podría justificar cualquier medida que tomase contra ustedes...es. Incluso la de abandonarles y hacerles pagar las consecuencias de vuestros propios actos...actos. —Hubo una pequeña pausa para permitir que la idea se infiltrara en el ánimo de todos—. Sin embargo, tienen la suerte del hecho que sea preciso hacer algunas reparaciones a bordo...bordo. Me falta personal...al. Tenemos poco tiempo...empo.

—¡Estamos listos! —exclamó Hogan.

—Necesito veinte voluntarios para ayudar a poner la nave en condiciones de vuelo...vuelo...vuelo. A cambio les dejaré alimentos para que puedan sobrevivir.

Se elevó un murmullo entre las nueve mil personas que se encontraban en el exterior.

—¡Se va a quedar con nuestra propia comida! —gritó Hogan.

—A la menor señal de desorden despejaré los alrededores de la nave en un radio de dos kilómetros —la voz del capitán resonó como un bombo—. ¡Les ofrezco la última oportunidad...dad...dad! ¡Piénsenlo cuidadosamente! ¡Quiero que escojan veinte hombres entre los más fuertes y que éstos se acerquen a la nave...ave!

—¡Lancémonos sobre ellos en cuanto abran las escotillas! —gritó Hogan, dominando el barullo de la multitud—. ¡Podemos apoderarnos de la nave y matar a los tripulantes uno por uno! ¡A bordo hay equipo y alimentos que nos pueden durar muchos años! ¡Incluso podemos quedarnos en ella hasta que vengan a rescatarnos!

Muchos rostros, ansiosos, se volvieron hacia Hogan. Sus ojos brillaban en las caras semiheladas.

—¡Al ataque! —vociferó Hogan—. ¡Vamos!

Gus dio un paso al frente, le agarró por un hombro y le hizo dar media vuelta, luego le dio un puñetazo que lo lanzó contra el suelo.

—¡Me presento como voluntario para el trabajo! —gritó Gus.

Y empezó a caminar hacia la nave. La multitud se apartó, abriéndole camino.

Franz se puso al lado de Gus y ambos encabezaron la pequeña tropa de voluntarios. Los enormes focos los bañaban en su luz azulada. Gus sintió cómo los músculos de su estómago se contraían al pensar en las armas que le encañonarían desde las escotillas abiertas. O quizá dispararían desde las compuertas de entrada...

Pero no hubo ningún disparo. Un equipo de tripulantes les salió al encuentro, les registraron en busca de armas, les estudiaron cuidadosamente y luego les condujeron hacia el interior de la nave. Gus y la mujer rubia fueron escoltados hasta la «SECCIÓN DE ENERGÍA», donde fueron entregados a un oficial calvo y de rostro sombrío.

—¿Sólo dos? ¡Y uno de ellos es una mujer! ¡Que se vayan al diablo el capitán y su orgullo! Ya le dije que... —se calló y gritó a un tripulante de manos grasientas para que se

hiciera cargo de los recién llegados. Éste les dio una ración de gachas y les puso a arreglar un mecanismo ennegrecido por el fuego.

—¿Por qué tienen tanta prisa? —preguntó la chica al tripulante—. ¿Para qué trabajar toda la noche? Todos estamos cansados, ustedes también. ¿Cuánto tiempo hace que no has dormido?

—Hace tanto tiempo, que casi no me acuerdo. Pero son órdenes del capitán.

—¿Y qué está haciendo el capitán por los colonos? ¿Ha enviado la comida y el equipo que prometió?

—¿Yo qué sé? —murmuró el mecánico—. Ocúpate de tu trabajo y deja de hablar.

Media hora más tarde, mientras el cabo y el ingeniero se ocupaban de una válvula que se había congelado en el otro extremo de la sala, la muchacha le dijo a Gus:

—Creo que nos están tomando el pelo.

—Tal vez —murmuró Gus.

—¿Qué vamos a hacer?

—Sigue trabajando.

Pasó otra hora. De pronto el ingeniero tiró el calibrador con el que había estado trabajando. El aparato salió rebotando al otro lado de la puerta abierta.

—Intenta distraer al cabo durante unos instantes —dijo Gus a la chica en voz baja.

Ella asintió, se levantó y fue hacia donde se encontraba el cabo.

—Me siento mareada —dijo.

Y se apoyó contra él.

Gus se dirigió rápidamente hacia la puerta y desapareció en la luz verdosa del corredor.

Cuando llegó a la oscura antesala del puente de mando alguien estaba gritando:

—...Nueve horas fuera. ¡Si no nos marchamos antes, será demasiado tarde!

—No me fío de tus cálculos, Leone.

—Ya te he enseñado las curvas de desgaste; compruébalas tú mismo, pero hazlo aprisa. La estructura se está abriendo a una velocidad de dos centímetros por hora. Dentro de tres horas tendremos averías serias, y dentro de ocho, ya será demasiado tarde.

—Como mínimo necesito seis horas para descargar, después de la prioridad, no podemos pensar que...

—Déjate de descargas, capitán. Tu primera obligación es devolver la nave intacta.

—Y a ti con ella, ¿eh, Leone?

—Los otros oficiales piensan como yo.

—¡Después de haberlos convencido tú! ¿Y qué hacemos con los colonos? Tenemos sus equipos, sus raciones...

—La comida la necesitamos —dijo Leone firmemente—. Ya sabes las pérdidas que hemos tenido. Tendremos suerte si logramos lo suficiente para nosotros. Los colonos ya se las arreglarán; no tienen más remedio. ¿O es que no vinieron para eso?

—No venían aquí, recuérdalo. Tenían que ir al planeta Tres. En Alpha Cuatro pueden sobrevivir, pero es muy dudoso.

—No exageres; hace bastante frío, pero en la Tierra hay lugares peores.

—Serías capaz de asesinarlos a sangre fría, Leone.

—Creo que no queda otra alternativa.

Gus dio un paso atrás y se marchó en el mismo silencio con el que había llegado.

El ingeniero seguía lanzando juramentos cuando Gus volvió a aparecer. Gus se dirigió directamente hacia él y sin mediar aviso de ninguna clase, le dio un puñetazo en el estómago. El ingeniero cayó hacia delante y Gus volvió a pegarle, esta vez en la mandíbula. El cabo lanzó un grito y saltó, intentando desenfundar la pistola, pero la

muchacha se tiró a sus pies y lo derribó al suelo. Gus le golpeó en la cabeza y le dejó sin sentido.

—¡Marchémonos de aquí!

Ayudó a levantarse a la chica, que sangraba por la nariz. La condujo hacia el corredor y ambos se dirigieron hacia la plataforma de carga. Apenas habían andado unos cincuenta metros, cuando un grupo de hombres armados les salió al paso. Se necesitaron tres de ellos para poder reducir a la chica. Gus vio cómo un objeto contundente se dirigía contra él; luego el mundo pareció convertirse en un castillo de fuegos artificiales.

Un foco luminoso brillaba frente a su rostro. Estaba tumbado boca arriba en el suelo y con las manos atadas a la espalda. Al otro lado del cuarto un hombre alto, uniformado, estaba sentado frente a una mesa. Gus se incorporó dolorosamente. Al oír el ruido, el hombre levantó la cabeza. Era Leone, el primer oficial. Lanzó una mirada burlona hacia Gus. Tenía los ojos enrojecidos y no se había afeitado.

—Podría hacerte matar —dijo—. Pero primero quiero averiguar unas cuantas cosas. Habla y tal vez pueda hacer algo por ti. Dime, ¿con quién habías organizado el plan? ¿Están ésos —señaló con la cabeza hacia fuera— intentando alguna clase de ataque?

—Trabajo por mi cuenta —dijo Gus.

—Déjate de historias, quiero la verdad. Ya estás en un buen lío: atacar a un oficial, deserción...

—Yo no formo parte de su ejército —le interrumpió Gus—. Quiero ver al capitán; si es que no se lo ha merendado usted todavía.

Leone se rió.

—Supongo que querrás reclamar tus derechos.

—Más o menos.

—Aquí ya no hay derechos —dijo Leone llanamente—, sólo necesidades.

—Quiero comida y equipo. Esas gentes que están fuera, vinieron aquí esperando tener una oportunidad decente y usted pretende abandonarles sin nada a cambio.

—Vaya, vaya. Así que era eso lo que se escondía detrás de tu intentona.

Leone parecía complacido.

—Tendrás que irte haciendo a la idea, colono...

—Me llamo Addison. Aunque nos llame usted colonos, no conseguirá borrarnos de su conciencia.

—Has fallado los dos asaltos. No tengo conciencia. Y en cuanto a los nombres, implican lazos familiares y un lugar dentro de la estructura social. Careces de ambos. Aquí no tienes ninguna de las dos cosas, excepto lo que hayas podido conseguir por ti mismo desde que estás aquí —se sirvió un trago de una botella que estaba sobre la mesa y vació el vaso antes de seguir hablando—: Hubo un tiempo en que me preguntaba qué sentido tenía la carrera de la humanidad hacia el carnaval enloquecido en que se ha convertido el planeta. Hoy en día, la Tierra no es más que una superficie de nulidades sin nombre y sin rostro que se afanan desesperadamente para conseguir que toda la masa terráquea no sea más que carne humana. Me parecía completamente absurdo. Pero ahora lo veo claro —Leone sonrió. Estaba muy borracho—. ¡Ah! Te lo preguntas, pero eres demasiado orgulloso para manifestarlo. ¡El orgullo! Sí, cada una de esas pobres moléculas olvidadas de humanidad tiene su poquito de ese fatuo engaño en que consiste la importancia de uno mismo. Es gracioso; muy gracioso. —Leone se inclinó hacia Gus gesticulando con el vaso que había vuelto a llenar—. No sabes cuál es tu función, ¿verdad?

Sonrió, esperando una respuesta, pero Gus seguía mirándole en silencio.

—¡No eres más que un número estadístico! —Leone levantó el vaso en un brindis burlón—. La naturaleza produce millones de seres para que uno solo pueda sobrevivir. Y tú eres uno de esos que pertenecen al millón.

—Ahora que ya lo ha solucionado todo —dijo Gus—, ¿qué va a hacer con nosotros? Esa gente que está ahí fuera va a morir congelada.

—Quizá —dijo Leone despreocupadamente—. Pero quizá no. Los más fuertes sobrevivirán..., si pueden. Sobrevivirán para reproducirse y con el tiempo devorarán este nuevo mundo y saltarán hacia otra estrella. Entretanto tiene muy poca importancia lo que le pueda ocurrir a un número estadístico.

—Les prometieron una oportunidad.

—Promesas, promesas. Todos acabaremos muriendo, ésta es la única promesa. En cuanto a estas cifras que están pasando frío ahí fuera, imagínate que son huevas de pescado; eso te ayudará. Se producen millones para que unos pocos de ellos puedan vivir y seguir reproduciéndose. Mientras haya exceso de huevas de pez, la vida sigue.

—No son huevas. Son seres humanos y tienen derecho a que se les haga justicia.

—A cualquier cosa le llamas justicia —Leone se inclinó tanto hacia delante que estuvo a punto de caer de la silla—. La justicia es uno de los conceptos más falsos con los que el hombre se engaña a sí mismo. No existe, mejor dicho, sí que existe; en la mente del hombre. ¿Quieres decirme qué sabe el Universo de la justicia? Los soles arden, los planetas siguen sus órbitas, los productos químicos reaccionan. La zorra devora al conejo con la conciencia tranquila, exactamente igual que Alpha Cuatro devorará a esos pobres de ahí fuera. —Se levantó de la silla—. Y así es como tiene que ser. La Naturaleza actúa de este modo. Sobrevivir o no sobrevivir es igual. Es natural, igual que un terremoto, que te mata tranquilamente con la mejor intención del mundo.

—Usted no es ningún terremoto —dijo Gus—. Y es usted quien piensa quedarse con la comida que necesitan esas gentes.

—¡No empieces a gimotear hablando de una tontería como la justicia! —gritó Leone, sentándose de nuevo—. Estábamos tranquilamente tomando unas copas en la sala de guardia, cuando un meteorito chocó con nosotros. Mató a la mitad de los oficiales que iban en esta maldita nave... Mató a mi amigo, a mi mejor amigo. ¡Que se vayan todos al infierno! ¡Estábamos a punto de terminar un viaje de cinco años...!, ¡y todo por culpa de un estúpido cargamento de caviar! —Leone apuró el vaso de un trago y lo lanzó contra la pared—. No me vengas con más historias de lo que está y de lo que no está bien —murmuró—. Lo único que importa es la realidad.

Reclinó la cabeza sobre los brazos y empezó a roncar.

Gus necesitó cinco minutos para llegar hasta la mesa y registrar los cajones hasta encontrar la llave eléctrica que le permitió abrir las esposas. En el armario había un uniforme de los que usaba la tripulación. Gus se lo puso y tomó también una pistola, que halló en un cajón. En el pasillo todo estaba en silencio. La mayoría de la tripulación debía estar ocupada. Descendió hacia la parte inferior de la nave hasta que encontró el corredor que conducía a la «SECCIÓN DE ENERGÍA». En el camino se cruzó con dos hombres que no le hicieron caso.

La puerta roja que daba entrada a la «SALA DE CONTROL DE ENERGÍA» estaba entreabierta. Gus entró sigilosamente, la cerró sin hacer ruido y echó el cerrojo. Cuando Gus apoyó el cañón de su pistola en la espalda del ingeniero jefe, éste dio un respingo.

—¡No se mueva! —advirtió Gus.

Le empujó hacia uno de los armarios, decidido a encerrarle en él.

—¡Está usted loco! ¿Qué espera ganar con esto? —el rostro rojizo del ingeniero estaba congestionado—. Sólo va a conseguir que le peguen un tiro...

—Y usted también. ¡No haga ruido!

Gus cerró la puerta del armario con llave. Luego se dirigió a la sala en la que se hallaban los controles. Tres técnicos trabajaban sobre un tablero a medio montar. Levantaron la cabeza sorprendidos al oír la voz de Gus. Luego levantaron las manos lentamente. Gus les empujó hacia el mismo armario donde se encontraba el ingeniero. Encerró a dos de ellos y apoyó la pistola en el pecho del tercero.

—¡Enséñame cómo funciona esto! —ordenó.

El técnico inició una confusa conferencia sobre los reactores de fusión cíclica.

—Deja lo que no interesa —ordenó Gus—. Lo que quiero saber es cómo funcionan estos controles.

El técnico empezó la explicación. Gus escuchaba y de vez en cuando hacía alguna pregunta. Al cabo de quince minutos, señaló una cubierta de plástico rojo que tapaba un panel.

—¿Es éste el control de puesta en marcha?

—Eso es.

—¡Ábralo!

—Bueno, un momento... ¡Oiga, amigo! —dijo el hombre rápidamente—. ¡Usted no sabe lo que está haciendo...!

—¡Haga lo que digo!

—¡Si toca estos controles desajustará el giroscopio irreparablemente!

Gus apretó la pistola contra el pecho del tripulante.

—Bueno, bueno, ya lo haré.

Empezó a trabajar, pero le temblaban las manos. Gus estudió el laberinto de cables que se extendía ante su vista y preguntó:

—¿Qué ocurriría si cortase estos cables? —el técnico se incorporó, sacudiendo la cabeza.

—¡Espere un momento y no haga barbaridades!

Gus le golpeó en la cabeza con fuerza.

—¡Invertiría el circuito de los reactores, la energía pasaría al sistema de alimentación interna y...!

—¡Explíquelo más claro!

—¡Se sobrecalentarían los motores y explotaría todo! ¡Abriría un buen boquete en el planeta!

—¿Y qué ocurriría si sólo cortase ese cable rojo? —preguntó Gus, señalando a un extremo.

El técnico sacudió la cabeza con desaliento.

—Casi lo mismo —contestó con voz cortada—. Los reactores empezarían a funcionar, la parte central se recalentaría y al cabo de una hora, estaría al rojo vivo. Necesitaría unas tres horas para inutilizarse por completo. El contador gamma...

—¿Hay algún medio de impedir que ocurra esto una vez que se haya cortado el cable?

—No en cuanto se ha llegado al punto crítico. Si se deja que se ponga al rojo, estamos todos acabados y ya no podremos movernos de aquí.

—¡Córtelo! —ordenó Gus.

—¡Usted está loco!

El hombre se lanzó contra Gus; éste le golpeó con la pistola y le envió rodando contra el suelo. Había un par de enormes llaves colocadas sobre el panel. Gus usó una de ellas para destruir el cable que no llegaba al grosor de un lápiz. Inmediatamente empezó a sonar una campana con gran estruendo. Gus se desprendió de la llave que había usado y encerró al

técnico, que se hallaba inconsciente, en un armario de herramientas. Entonces tomó un teléfono que se encontraba en la pared y pulsó un número escogido de la lista que estaba junto al aparato.

—Capitán, aquí una de las huevas —dijo—. Creo que más vale que conversemos un rato sobre algo que va a tener que hacer dentro de poco.

Gus se encontraba con el capitán Harris en la cima de una colina que estaba a más de un kilómetro de la nave. Miraban junto a los demás, cómo una mancha de color rojo mate se iba extendiendo sobre uno de los lados de la brillante nave. Un suspiro se escapó de la garganta de los espectadores, al ver cómo la pulimentada estructura de la nave se iba ondulando.

—Puede estar contento. La ha dejado inútil para volar —dijo el capitán con una voz sin tonalidades.

—En primavera se habrá enfriado lo suficiente como para que podamos entrar en ella y recuperar todo lo que pueda ser útil para la colonia. Mientras tanto, lo que ya hemos sacado antes que se calentase demasiado, deberá bastarnos.

Harris lanzó una mirada helada a Gus.

—Sí, supongo que podremos sobrevivir hasta entonces.

—*Tenemos* que sobrevivir —corrigió Gus—. Ahora estamos todos metidos en el mismo lío.

—Cuando la historia de su traición salga a la luz...

—Sería una desventaja para usted el permitir que lo hiciese —interrumpió Gus—. Así que más le valdría que se mantuviese firme en la historia que hemos preparado. Y recuerde mi golpe de suerte y su heroicidad al salvar tanto material como logró sacar.

—Mis oficiales me destrozarían si supiesen que he llegado a un trato con un infame amotinado...

—Y los colonos también lo harían, si supiesen que usted había planeado dejarlos abandonados.

—Estoy preguntándome si usted hubiese cumplido su palabra de hacer volar la nave si yo no aceptaba sus condiciones.

—No importa, de cualquier manera hubiese salido perdiendo. Así, de esta forma, ha conseguido con los colonos un cierto prestigio, puesto que piensan que usted prefirió perder la nave antes que abandonarlos.

—Si hubiese habido otra manera...

Un individuo alto se dirigió hacia los dos hombres.

—Capitán —gritó Leone con voz pastosa—. Le dije que sucedería eso.

—Sí, ya sé que me lo dijo, Leone. Pero antes de protestar, vaya a dormir la borrachera.

—Estamos perdidos —murmuró Leone, mientras observaba cómo la orgullosa figura de la nave se inclinaba visiblemente sobre la debilitada estructura—. Nos hemos quedado sin nave. Mi retiro, mi casa, mi mujer..., todo ha desaparecido. Estamos clavados aquí, ¡para siempre!

—Nos dirigiremos hacia el sur —dijo Gus—. Posiblemente allí encontraremos un clima mejor.

—No estoy seguro que sea conveniente abandonar esta zona —contestó Harris—. Si vamos a tener alguna oportunidad para que nos rescaten...

—Nuestra oportunidad no es más de una entre un millón —replicó Gus—. Nadie nos echará de menos. Así que ahora sólo nos servirá lo que nosotros podamos hacer.

—Mi autoridad...

—Ahora no significa gran cosa —le interrumpió Gus—. Ahora todos somos pioneros y nos encontramos inmersos en las mismas aguas.

—¡Menudas aguas, llenas de tiburones!

Gus asintió.

—Es posible que no todos sobrevivamos; pero estoy seguro que algunos lo vamos a lograr.

Harris pareció temblar.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Tenemos una oportunidad —dijo Gus—. Es todo lo que un hombre puede pedir.

ÁNGELES IGNORANTES

ZENNA HENDERSON

El tema de la persecución de los «diferentes» —clara extrapolación del racismo y la xenofobia característicos de nuestra sociedad— ha sido tratado numerosas veces en la SF. El símbolo del telépata o el mutante ha sido utilizado recurrentemente para expresar el temor y el odio irracionales que muchos hombres sienten hacia lo insólito, lo «raro», lo que no cabe en el estrecho marco de sus prejuicios.

Zenna Henderson, a lo largo de una serie de cuentos relacionados entre sí, que narran las aventuras (o más bien desventuras) de una raza dotada de poderes parapsíquicos en su peregrinaje por la Tierra, denuncia enérgicamente el rechazo y la persecución que sufren por parte de nuestra sociedad todos aquellos que cometen el crimen de ser distintos. Su ciclo Pueblo*, al que pertenece* Ángeles Ignorantes*, es una de las obras más patéticamente poéticas que ha producido la SF.*

* * *

Todavía la tengo, esa extraña pieza de metal en forma de flor, mostrando las marcas de la marea en su parte superior y en su fondo el poso de arena y gravilla. Se adapta fácilmente a la palma de mi mano y puedo rodearla con los dedos; y tantas veces ha ocurrido así que los bordes están suaves y pulidos ahora..., suaves contra la línea blanquecina de la cicatriz de la herida producida donde un agudo borde brillante y aún caliente me tocó, cuando la recogí, increíblemente, de donde había caído, fundida, desde la inclinada pared al suelo arenoso del cañón, más allá de Margin. Es un recuerdo, y cuando ahora la tomo en mi mano, mirando sin ver los múltiples tejados del Margin de hoy, me recuerda vívidamente al Margin de ayer..., e incluso acuden a mi mente recuerdos anteriores a Margin.

Solamente hacía una hora que nos hallábamos en la carretera cuando nos tropezamos con aquella escena. Durante unos quince minutos, sin embargo, se había percibido un extraño olor en el aire, un olor que me hacía arrugar la nariz, y relinchar y agitar la cabeza al viejo «Nig», sacudiendo los arreos y molestando a «Prince», que alzaba pacientemente la cabeza, miraba a su alrededor y volvía a su tarea.

Nosotros éramos la tarea; Nils, yo y nuestro carromato cargado con pertenencias personales, arrastrando tras de nosotros a «Molly», nuestra aún joven vaca Jersey, íbamos de camino hacia Margin para establecer un hogar. Nils comenzaría su brillante y nueva carrera como ingeniero de minas, como superintendente de la mina que había hecho nacer a Margin.

Por supuesto, aquél sería un primer paso que conduciría a otros empleos más sólidos y mejor pagados, culminando en el más maravilloso de los futuros que podían florecer de aquella semilla poco atractiva que estábamos a punto de plantar. Aún nos quedaban tres días para llegar a Margin, cuando al tomar una cerrada curva en el camino, haciendo rechinar fuertemente nuestras ruedas de hierro sobre la tierra de aluvión, descubrimos el desastre.

Nils detuvo inmediatamente los caballos. Un poco más abajo de nosotros y cerca de la masa protectora formada por la falda de granito gris de la colina se veían las ruinas de una casa y los derruidos restos de unos cobertizos levantados en un extremo de un viejo corral. Una delgada columna de humo se alzaba en línea recta, en el aire de la temprana mañana. No se advertían señales de vida por ninguna parte.

Nils agitó las riendas y animó a los caballos con un cloqueo gutural. Cruzamos sobre el suelo de arena poco firme y el vehículo se tambaleó peligrosamente cuando las dos ruedas de la izquierda casi se hundieron hasta los ejes en una falla del terreno.

—Debió haberse incendiado esta misma noche —comentó Nils, asegurando las riendas y saltando a tierra.

A continuación alzó ambos brazos para ayudarme a bajar del alto asiento y sostenerme unos segundos en apretado abrazo, como solía hacer siempre. Luego me soltó y caminamos juntos hasta lo que había sido el corral de la casa.

—Han desaparecido los establos —dijo Nils—; y, al parecer, todos los animales también.

Hizo una mueca ante el olor que se desprendía de la masa aún candente.

—Seguramente habrán salvado a las bestias —dije, frunciendo el ceño—. No creo que las hayan dejado encerradas en un cobertizo incendiado.

—Eso, si estaban aquí cuando se declaró el incendio —dijo Nils.

Miré hacia la construcción principal.

—No se le puede llamar casa. Y no parece que viva nadie ahí. Quizá esto sea un hogar abandonado. Y, en tal caso, ¿qué habrá sido de los animales?

Nils no dijo nada. Había recogido una larga astilla y hurgaba entre las cenizas.

—Voy a mirar qué hay en la casa —dije, contenta de tener una excusa para apartarme del insoportable olor a carne quemada.

La casa se desmoronaba. La puerta no se abría y las desvencijadas ventanas habían dejado caer sus cristales rotos sobre el semiderruido porche delantero. Me acerqué lentamente a su parte posterior. La habían construido tan cerca de las rocas, que solamente quedaba un estrecho paso entre éstas y la casa. La puerta posterior colgaba de un solo gozne, y más allá vi el destrozado pavimento. En otros tiempos, debió haber sido un lugar muy agradable: vidrios en las ventanas..., pavimento entarimado..., cuando la mayor parte de nosotros, en el territorio, nos conformábamos con un suelo de tierra apisonada y muselina en las ventanas.

Atravesé el umbral de la puerta, arrimándome bien a uno de sus lados y vigilé mis pasos sobre el suelo, que crujía de modo alarmante. Miré hacia arriba para ver si había desván, ¡y entonces sentí que todo mi cuerpo temblaba repentinamente de terror y de sorpresa!

Arriba, recortándose contra la clara luz del día que penetraba por el derruido tejado vi una cara..., ¡un rostro que me miraba! Era un rostro sucio, casi salvaje, enmarcado por un enmarañado cabello negro que caía sobre las sucias mejillas. Estaba mirándome desde el

hueco de lo que, en otros tiempos, había sido un techo. Luego, la boca se abrió sin articular ningún sonido, los ojos giraron en sus órbitas y se cerraron. Me lancé hacia delante, casi instintivamente, y tomé entre mis brazos aquel cuerpo que caía y que me arrastró al suelo en su caída. Sentí que el semipodrido pavimento cedía y nos hundíamos en la poco profunda cámara de aire que había debajo de las deterioradas tablas.

Grité:

—¡Nils!

Inmediatamente oí la respuesta:

—¡Gail!

Y, acto seguido, el ruido de los pies de Nils, que corría.

Sacamos a la criatura de la derruida casa y la colocamos sobre la hierba, casi rala, de unas seis semanas, que crecía entre la arena como un pequeño río verde que siguiera los repliegues de la tierra allí donde ésta conservaba más humedad. Flexionamos los brazos y piernas de aquel ser, dándonos cuenta muy pronto del hecho que no era una mujer, sino una niña todavía. Traté de estirarle la falda para cubrir mejor sus piernas, pero el borde cedió sin rasgarse, quedándome entre los dedos un conjunto de lo que parecía ser tela quemada y hollín. Le alcé la cabeza para allanar la arena bajo ella, y me detuvo cuando algo me llamó la atención.

—Mira, Nils: el cabello. La mitad está quemado. Esta pobre niña debió haber estado metida en pleno incendio. Quizá trataría de libertar a los animales...

—No se trata de animales —respondió Nils con voz tensa y tono de cólera—. Son..., *eran* personas.

—¡Personas! —exclamé—. ¡Oh, no!

—Por lo menos cuatro —añadió Nils, asintiendo con un movimiento de cabeza.

—¡Oh, pero..., eso es terrible! —dije, al mismo tiempo que apartaba un mechón de cabellos de aquel pacífico rostro—. Seguramente el fuego prendió durante la noche.

—Esas personas estaban atadas —aclaró Nils—; atadas de pies y manos.

—¿Atadas? Pero, Nils...

—Atadas. Deliberadamente quemadas.

—¡Indios! —exclamé, poniéndome en pie y casi tropezando con el borde de mis largas faldas—. ¡Oh, Nils!

—Desde hace casi cinco años no hay ataques indios en el territorio. Y el último tuvo lugar más allá de sus límites. Me dijeron en Margin que por aquí nunca se habían mostrado agresivos. En esta zona no hay indios.

—Entonces, ¿quién...?

Nuevamente me dejé caer de rodillas junto a la inmóvil figura, y murmuré en voz baja:

—¡Oh, Nils!, ¿a qué clase de país hemos venido?

—No importa la clase que sea —dijo Nils—. Tenemos aquí un problema. ¿Está muerta esa niña?

—No.

Apoyé una mano sobre el pecho de la pequeña y sentí cómo ascendía y descendía, al compás de la respiración. Rápidamente le flexioné brazos y piernas, y luego examiné sus miembros cuidadosamente.

—No le encuentro ninguna herida. ¡Pero está tan sucia y harapienta!

Encontramos un manantial, bajo un saliente de granito, a medio camino entre la casa y el corral. Nils hurgó entre nuestras cosas en el carromato y encontró una pequeña palangana, algunos trapos limpios y jabón. Encendimos un pequeño fuego y calentamos agua en un balde abollado. Mientras se calentaba el agua quité a la pequeña los harapos chamuscados que la cubrían. Llevaba puesta una prenda interior de una sola pieza, ajustada a su cuerpo tan ceñidamente como su propia piel, y tan flexible como esta última. Le

cubría desde los hombros hasta la parte alta de los muslos. El desarrollo de su cuerpo me hizo calcularle entonces una edad un poco mayor de la que le había supuesto en un principio. La prenda estaba intacta, pero no pude hallar la forma de desabrocharla para quitársela; así es que se la dejé puesta y envolví a la muchacha, aún inconsciente, en una colcha. Luego, cuidadosamente, fui bañándola poco a poco, excepto la cabeza, secando luego aquella extraña prenda interior, que quedó limpia y brillante sin ningún esfuerzo. Luego le puse uno de mis camisones, que casi le estaba bien, ya que yo tampoco soy muy alta.

—¿Qué voy a hacer con sus cabellos? —pregunté a Nils, mirando los chamuscados mechones de la chica—. La mitad están quemados casi hasta las orejas.

—Corta el resto para igualarlos —dijo Nils—. ¿Tiene quemaduras en alguna parte?

—No —repliqué, un tanto asombrada—. Ni la menor señal de quemaduras y, sin embargo, sus ropas se han quemado casi por completo, lo mismo que el pelo...

Sentí que un estremecimiento recorría todo mi cuerpo y miré a mi alrededor aprensivamente, aunque nada podía ser más terriblemente vulgar que aquella escena de desolación. Excepto..., quizá aquella tenue columna de humo que ascendía hacia el cielo desde las ruinas del cobertizo.

—Aquí están las tijeras —dijo Nils, llegando con ellas desde el carromato.

De mala gana, fijándome en aquellas trenzas que me rozaban la cintura, corté a la muchacha sus largos cabellos hasta que ambos lados de su cabeza quedaron más o menos igualados. Luego, haciendo un hueco en la arena para colocarle la pequeña palangana bajo la cabeza, le lavé el pelo hasta que el agua salió limpia. La sequé cuidadosamente. Los cabellos, una vez desembarazados de la suciedad, cayeron en suaves y espesos rizos sobre su cuello.

—¡Qué pena haber tenido que cortárselos! —dije a Nils, sosteniendo la húmeda cabeza sobre mi doblado brazo—. ¡Debieron ser unos cabellos muy hermosos!

Casi dejé caer mi carga cuando la muchacha abrió los ojos y me miró con expresión vacía. Forcé una sonrisa y exclamé:

—¡Hola...! Nils, dame una taza de agua.

Al principio la muchacha miró hacia la taza de agua como si se tratara de un veneno; luego, suspirando hondo, se la bebió a grandes y apurados tragos.

—Ahora ya estás mejor, ¿verdad? —dije, al mismo tiempo que apretaba su cabeza afectuosamente sobre mi regazo.

No hubo respuesta ni sonrisa, sino solamente una lenta tensión de los músculos, que sentí bajo mis manos, hasta que, todavía en mis brazos, la muchacha fue apartándose de mí poco a poco. Le pasé la mano suavemente por los rizos y añadí:

—Siento mucho haber tenido que cortarlos, pero estaban...

Me interrumpí; sentí otra tensión muscular de la chica, y la ayudé a sentarse. Miró a su alrededor, como aturdida, y en aquel momento sus ojos parecieron fijarse en la tenue columna de humo del corral. Al ver lo que estaba mirando, avancé un hombro para tapar aquel horrendo espectáculo. La boca de la muchacha se abrió, pero no pronunció ni una sola palabra. Sus dedos se hundieron crispadamente en uno de mis brazos cuando se puso en pie y comenzó a caminar hacia el corral.

—Déjala mirar —dijo Nils—. Ella sabe lo que ha sucedido. Déjala. De lo contrario estaría haciéndose preguntas toda su vida.

Nils la tomó por un brazo cuando la muchacha llegó a su altura y la condujo hasta el corral. Yo no pude ir. Me ocupé en vaciar la palangana y en enterrar las quemadas ropas. Luego extendí la colcha para recibir a la pequeña cuando regresara.

Finalmente, Nils la trajo y la dejó sobre la colcha. La muchacha permaneció tendida con los ojos cerrados, inmóvil, como sin respirar siquiera. Entonces vi que dos lágrimas se

deslizaban por entre sus párpados cerrados y se perdían entre los rizos que cubrían sus orejas. Nils tomó una pala y, frunciendo el ceño, inició la tarea de enterrar lo que quedaba de aquellos carbonizados cuerpos.

Encendí el fuego nuevamente y comencé a preparar la comida. El día estaba muriendo rápidamente; pero, fuese tarde o temprano, cuando Nils terminara, partiríamos. Si comíamos algo en aquellos momentos y nos poníamos en viaje podríamos hacerlo durante las horas de oscuridad, hasta que aquel maldito lugar quedase bien atrás.

Finalmente llegó Nils, deteniéndose junto al manantial, resoplando repetidamente, al tiempo que se echaba agua por el cuello y la cabeza. Salí a su encuentro con una toalla.

—La comida está preparada —dije—. Podremos irnos tan pronto como acabemos.

—Mira lo que encontré —dijo, entregándome un trozo de papel—. Estaba clavado en la puerta del cobertizo. La puerta no ardió.

—¿Qué es? —interrogué—. Aquí no dice nada.

—Se trata de una cita, una cita de la Biblia.

—¡Oh! —exclamé—. Sí. Déjame ver.

Sostuve el papel cuidadosamente y lo examiné, al principio un poco desorientada. Decía, con letra casi ilegible: «Ex., 22, 18».

—¡Ah, sí! —exclamé—. Éxodo, capítulo 22, versículo 18. ¿Lo conoces?

—No estoy seguro, pero tengo una vaga idea. ¿Tienes la Biblia a mano? Lo comprobaré.

—Está guardada en una de mis cajas, en el fondo de todo nuestro equipaje. ¿Quieres que vaya a buscarla?

—No, ahora no —dijo Nils—. Esta noche, cuando acampemos.

—¿De qué crees que se trata? —le pregunté.

—Prefiero esperar hasta más tarde. Espero estar equivocado.

Comimos. Intenté animar a la muchacha, pero se volvió hacia otro lado. Puse en su mano media rebanada de pan y cerré sus dedos sobre ella, obligándola a que se la llevase a la boca. En la mitad de nuestra silenciosa comida hubo un movimiento que me llamó la atención. La muchacha se había vuelto para inclinarse y apoderarse con ambas manos del pan, temblorosamente. Comenzó a masticar con grandes precauciones. Tragaba con gran esfuerzo y se atiborraba la boca de pan una y otra vez, al mismo tiempo que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Comía como una persona que estuviese muerta de hambre, y cuando acabó el pan le di una taza de leche. La tomé por los hombros para que se incorporase un poco y la sostuve mientras bebía. Me hice cargo de la vacía taza y luego dejé que la muchacha se tendiera nuevamente sobre la colcha. Durante un momento mi mano quedó atrapada bajo su cabeza, y sentí una deliberada presión de su mejilla contra mi muñeca. Luego la muchacha se volvió hacia otro lado.

Antes de abandonar aquel lugar rezamos un poco sobre la fosa común que había cavado Nils. La muchacha estaba a nuestro lado y permanecía inmóvil, contemplándonos. Cuando terminamos nuestras oraciones, la chica tenía una mano extendida en la que sostenía una flor blanca, tan blanca que casi parecía proyectar una luz intensa sobre su rostro. Tomé la flor y la deposité cuidadosamente sobre la sepultura. Luego Nils tomó a la muchacha en brazos y la condujo hasta el carromato. Yo me quedé atrás durante un momento, no deseando abandonar tan pronto aquella solitaria tumba. Volví a tomar la flor y la examiné. Bajo la luz del sol, sus pétalos parecían brillar con luz interior y su dorado centro era casi etéreo. Me pregunté qué clase de flor podría ser. La alcé para mirarla al trasluz, y vi que era una flor bastante parecida a una margarita que estuviera marchitándose con el calor del día. La dejé nuevamente sobre la tierra, que acaricié con una mano; recé una última oración; y regresé al carromato.

Cuando acampamos aquella noche, estábamos demasiado agotados por las millas recorridas forzadamente, por el calor y por los acontecimientos como para hacer algo más, a no ser cuidar de los animales y dejarnos caer a continuación sobre nuestros jergones extendidos en tierra, cerca del carromato. No habíamos hecho nada por detenernos en el anterior pozo que habíamos encontrado, a causa de la demora en nuestro viaje, pero de momento disponíamos de agua suficiente. Yo me sentía demasiado cansada para comer, pero aún hallé fuerzas para dar a Nils lo que había quedado de la comida del mediodía y para ordeñar a «Molly». Di a la muchacha una taza de leche fresca y cremosa y un poco más de pan. Inmediatamente lo despachó todo ansiosamente, como si aún tuviese hambre. Contemplando sus delgadas muñecas y sus oscuras ojeras me pregunté cuánto tiempo habría estado sin alimentarse.

Dormimos todos profundamente bajo el cielo cuajado de estrellas; pero a una hora ya avanzada de la noche me desperté; y, como hacía fresco, extendí una mano para ver si la muchacha estaba bien tapada. Se encontraba sentada sobre el jergón, con las piernas cruzadas y mirando al cielo. Vi cómo volvía lentamente la cabeza, para ver el firmamento de un extremo a otro. Luego volvió a tenderse lentamente sobre el jergón, suspirando audiblemente.

Yo también contemplé el cielo. Resultaba muy espectacular, todo lleno de estrellas en una noche sin luna y en aquella región de montañas y llanuras infinitas. Pero, ¿qué era lo que buscaba la muchacha? Quizá disfrutaba sólo con saber que continuaba viviendo y con ver las estrellas.

Nos pusimos en marcha nuevamente, muy temprano, y alcanzamos la siguiente aguada cuando todavía las sombras se alargaban con el amanecer.

—Los carromatos estuvieron aquí —dijo Nils—. Anteanoche, supongo.

—¿Qué carromatos? —pregunté, deteniéndome en mi labor de sacar agua del pozo.

—Desde que abandonamos aquel lugar, no hemos hecho más que seguir sus huellas —me explicó Nils—. Dos carromatos ligeros y varios jinetes.

—Probablemente se trate de antiguas rodaduras... —insinué—. Pero acabas de decir que estuvieron aquí anteanoche; ¿crees que habrán tenido algo que ver con aquel incendio?

—No había huellas de ninguna clase antes que llegásemos a aquel lugar. Parece ser que pasaron la noche aquí y luego se dirigieron expresamente a aquel lugar, para regresar por este mismo camino a la noche siguiente.

—Se dirigieron allí expresamente... —repetí, sintiendo un escalofrío—. No irás a creer que en pleno siglo XIX la gente pueda ser tan violenta... La gente civilizada, quiero decir... Además...

Mis palabras murieron antes de poder expresar la horrorosa imagen que tenía en el pensamiento.

—¿No atar a otras personas para quemarlas? —concluyó Nils, arrastrando el pellejo del agua hacia el carromato—. Gail, nuestro próximo campamento será en Grafton's Vow. Creo que sería mejor tomarnos un poco de tiempo para ver esa Biblia antes de continuar.

Así lo hicimos. Y nos miramos mutuamente por encima del dedo de Nils, que señalaba sobre el libro y el papel que había encontrado en la puerta del cobertizo.

—¡Oh, no! —exclamé horrorizada—. ¡No puede ser! ¡No en estos días y en esta época!

—Puede ser —replicó Nils—. Puede ser en cualquier época de la vida, cuando las gentes pervierten la bondad, el amor, y la obediencia y adoran a un pequeño dios que conviene a sus almas degeneradas.

El dedo de Nils señalaba unas breves líneas: «No permitirás que viva una bruja».

—¿Por qué has querido consultar esta cita antes de llegar a Grafton's Vow? —pregunté.

—Porque es esa clase de lugar —dijo Nils—. Me lo advirtieron en County Seat. En realidad, algunos opinaban que sería más prudente tomar el otro sendero: un día más de

viaje, una llanura reseca; pero se evita Grafton's Vow. Se relatan historias de lapidaciones, y...

—¿Pero qué clase de lugar es ése? —pregunté.

—No estoy seguro. Aunque he oído historias muy extrañas. Lo fundó hace unos veinte años un tal Arnold Grafton. Llevó hasta allí a su pequeño rebaño de seguidores para establecer la nueva Jerusalén. Son gente muy rígida y de estrecha mentalidad. No se puede discutir con ellos, y nada de veleidades ni lascivia. Nada de violar las leyes de Dios, que, según dicen, observan todos. Cuando se apartan de las bíblicas, entonces parece ser que Grafton aplica las suyas allí donde Dios omitió algo.

—Pero... —dije yo, preocupada—. ¿No son cristianos?

—Eso dicen...

Ayudé a Nils a alzar el pellejo del agua; y él añadió:

—Excepto que creen que sólo deben ceñirse a las leyes del Antiguo Testamento, suplementadas por las que dicta Grafton. Luego, si obedecen buena cantidad de ellas, tras una vida de lucha para conseguirlo. Cristo les recibe en un cielo donde no hay leyes. Cada ley que obedezcan en la tierra será una ley que en la eternidad no existirá ya para ellos. De manera que ya puedes imaginarlo: cuanto más rígidos sean aquí más libertad tendrán en el otro mundo. Imagina también lo que debe ser su cielo: abstemios, castos, honrados aquí... ¡Un ahorro, un seguro para la prometida Libertad Total!

—¿Y el señor Grafton encontró suficientes partidarios de esa doctrina para fundar una ciudad? —pregunté un poco aturdida.

—Toda una ciudad —replicó Nils—. En la que no seremos admitidos. Hay un lugar para acampar en las afueras, donde se nos permitirá pasar la noche si es que deciden que no contaminaremos la zona.

A mediodía nos detuvimos, tras haber rebasado el Millman's Pass. Los caballos sudaban y respiraban agitadamente, y la pobre «Molly», que era arrastrada pesadamente, se sintió muy agradecida cuando pudo pastar a la sombra de los pinos y álamos.

Estaba ocupada con la artesa donde conservábamos carne cuando, sorprendida, vi a la muchacha, que se deslizaba en aquel momento fuera del carromato, donde la habíamos acostado durante el viaje. Se asió a un lado del carruaje e hizo una mueca al tocar sus pies la gravilla que cubría el terreno. Parecía muy joven y delgada, perdida en la amplitud de mi camisón de dormir, pero sus ojos ya no estaban tan hundidos y sus labios ya tenían color.

Le sonreí.

—Ese camisón es un poco largo para trepar por las montañas. Esta noche trataré de encontrar mis otros vestidos y veré si puedo conseguirte algo. Creo que mi vieja falda azul...

Me detuve, pues evidentemente la muchacha no entendía una sola palabra de lo que yo estaba diciendo. Agarré el borde del camisón que llevaba puesto y añadí:

—Camisón.

La muchacha miró la arrugada muselina blanca, y luego a mí; pero no dijo nada.

Coloqué entre sus manos un trozo de pan y dije:

—Pan.

La muchacha lo dejó cuidadosamente sobre el plato donde yo tenía las demás rebanadas para comer y tampoco dijo nada. Luego lanzó una ojeada a su alrededor, me miró y, volviéndose de repente, caminó con rapidez hacia los espesos matorrales con los codos altos, como si estuviese haciendo un esfuerzo para sostener su peso sobre los pies descalzos.

—¡Nils! —exclamé, arrebatada por un súbito pánico—. ¡Se va!

Nils se echó a reír desde el otro lado de la lona que estaba extendiendo. Luego dijo:

—Incluso el mejor de nosotros tiene que meterse entre los arbustos de vez en cuando.

—¡Oh, Nils! —protesté, enrojeciendo, al mismo tiempo que llevaba el plato de pan hacia la lona—. De todas maneras, no debe correr por ahí con un camisón como ése. ¡Qué diría el señor Grafton! Y..., ¿te has dado cuenta? No ha dicho una sola palabra desde que la encontramos.

A continuación llevé el resto de la comida hasta el lienzo extendido sobre el terreno y añadí:

—Ni una sola palabra. Ni un solo sonido.

—Sí, tienes razón —dijo Nils—; puede que la muchacha sea sordomuda.

—Estoy segura que oye —dije.

—Pero quizá no hable inglés —sugirió Nils—. Tiene el pelo negro. Es probable que sea mexicana, o incluso italiana. Aquí, en la frontera, hay gente de todas las razas. Es difícil adivinar de dónde puede ser.

—Pero, ¿no crees que diría algo en cualquier idioma o que de su garganta saldría algún sonido? —insistí.

—Quizá se deba a la fuerte impresión que acaba de sufrir —replicó Nils, muy serio—. Evidentemente, la experiencia habrá sido muy dura para ella.

—Sí, quizá sea eso, pobre chiquilla...

Miré hacia el lugar por donde había desaparecido la muchacha y repetí:

—Sí...; pobre chiquilla. La llamaremos Marnie, Nils. Necesitamos algún nombre para dirigirnos a ella.

Nils se echó a reír.

—Me parece a mí que ese nombre te consuela un poco de estar separada de tu hermanita, ¿no?

Le devolví la sonrisa y repliqué:

—Me suena bien: Marnie, Marnie.

Como si acabase de llamarla, la muchacha, Marnie, salió de entre los matorrales. El camisón le cubría completamente los desnudos pies. Sus manos estaban ocupadas con un ramo de amapolas, que examinaba atentamente. «¡Qué graciosa es! —pensé—. ¡Y es bonita!»

En aquel instante contuve la respiración y mis manos se crisparon sobre el plato que sostenían. ¡Aquel camisón resultaba demasiado largo para Marnie! ¡No podía caminar con él sin que lo arrastrara por el suelo o sin tener que sostener su borde con una mano! ¿Y aquella pausa que hacía entre pasos? Siseé a Nils.

—¡Mira! —musité casi roncamente—. ¡Está..., está flotando! ¡Ni siquiera toca el suelo con los pies!

Justamente en aquel momento, Marnie nos miró. Su rostro se retorció con una mueca de terror y se dejó caer en tierra. No solamente sobre sus pies, sino al suelo, encogida y aplastando el ramo de flores con su cuerpo.

Corrí hacia ella y traté de levantarla, pero de pronto se agitó convulsivamente, intentando huir de mí. Nils acudió en mi ayuda. Entre los dos luchamos por retener a la chiquilla, que se mostraba tan violenta que incluso pensé en si se haría daño.

—¡Teme..., tiene miedo de algo! —dije agitadamente—. ¡Puede que... piense... que queremos matarla!

—¡Ven aquí! —exclamó Nils, tomándola por un brazo y sujetándola con firmeza—. ¡Háblale! ¡Dile tú algo! ¡Haz algo! ¡No podré sostenerla durante mucho tiempo!

—¡Marnie! ¡Marnie! —grité, intentando acariciarle la cabeza y el tenso rostro, procurando llamar su atención—. Marnie, ¡no temas nada!

Traté de sonreír y añadí:

—Descansa, pequeña, no tengas miedo...

Le enjugué el sudor y el rostro bañado en lágrimas, con una esquina de mi delantal.

—Vaya, vaya... —murmuré en tono tranquilizador, preguntándome si la muchacha me entendería.

Pero finalmente la tensión muscular de su cuerpo comenzó a ceder y por fin quedó inmóvil, totalmente agotada, entre los brazos de Nils. La tomé en brazos y apoyó su rostro contra uno de mis hombros.

—Tráele una taza de leche —dije a Nils—. Y a mí otra, también.

Hice una breve pausa, sonreí y añadí alegremente:

—¡Esta es una dura labor!

En la lucha había olvidado casi qué era lo que la había iniciado, pero lo recordé en cuanto llevé a Marnie hasta el manantial y la obligué a que se lavara la cara y las manos. Así lo hizo, siguiendo el ejemplo que yo le daba. Luego se secó con una toalla que le entregué, de tela de saco de harina; y cuando yo comenzaba a volverme para alejarme, la muchacha alzó el borde del camisón y hundió los pies en el arroyo. Cuando los sacó para secárselos vi las enrojecidas plantas y dije:

—No me extraña que no quisieras caminar. Espera un minuto.

Volví al carromato, recogí mis viejas zapatillas y, al pensarlo dos veces, tomé también unos cuantos alfileres. Marnie todavía estaba sentada junto al arroyo, inclinada sobre el agua y sumergiendo en ella los dedos de una mano. Se puso las zapatillas, un poco grandes para ella, y luego observó con interés mi operación de achicarle el borde del camisón, empleando para ello los alfileres.

—Ahora —dije—, al menos podrás caminar con más comodidad. Pero estropearás totalmente este camisón si no te encontramos otras ropas.

Nos pusimos a comer, y Marnie despachó todo cuanto preparamos, después de probar poco a poco los alimentos y de observar cómo comíamos nosotros. Más tarde me ayudó a recoger las cosas, a guardar lo que había sobrado de la comida y a plegar la lona. Incluso me echó una mano para fregar los platos..., haciéndolo todo con absorbente interés, como si estuviese aprendiendo cosas realmente nuevas para ella.

Cuando nuestro carromato rodó de nuevo por la carretera, Nils y yo charlamos casi en voz baja para no molestar a Marnie, que dormía en el interior del carromato.

—Es una chiquilla extraña —dije—. Nils, ¿crees realmente que flotaba en el aire? ¿Cómo pudo haberlo hecho? Es imposible.

—Bien, pareció como si, efectivamente, flotase —dijo Nils—. Y se comportó como si en realidad hubiese hecho algo malo, algo...

Nils se detuvo, frunciendo el ceño, al mismo tiempo que con el largo látigo azotaba una rama del árbol que colgaba sobre la carretera. Luego continuó:

—...Como si nosotros tratásemos de hacerle algún daño. Gail, puede que ésa sea la razón por la que...; bueno, me refiero a lo de haber encontrado ese papel con la cita bíblica. Es posible que esas otras personas fuesen como Marnie; y que alguien haya pensado que eran brujos, y los quemaron...

—¡Pero los brujos son malignos! —exclamé—. ¿Qué hay de malo con flotar...?

—Cualquier cosa puede ser mala, Gail, si está al otro lado de la línea que tú trazas, marcando lo único que puede ser bueno. Te aseguro que los límites que trazan algunas personas son excesivamente estrechos.

—¡Pero lo que han hecho aquí es un asesinato! —casi grité—. Matar...

—Asesinar, o ejecutar...; es sólo cuestión de interpretación —dijo Nils—. «Nosotros» le llamamos asesinato, pero nunca podrá demostrarse...

—Marnie —sugerí—; ¡ella vio...!

—Pero no puede hablar; o no quiere —dijo Nils.

Al primer golpe de vista sentí odio hacia el valle de Grafton's Vow. Para mí era un lugar sombrío de un extremo a otro, a pesar del fuerte sol que brillaba y que nos hacía sentir agradecimiento hacia las ramas de los árboles que nos proporcionaban sombra. La carretera se extendía en aquel momento entre vallados, a medida que nos íbamos aproximando a la ciudad. Incluso los caballos se sentían nerviosos e incómodos cuanto más se acercaban a ella.

—Mira —dije—: ahí hay un aviso, o lo que sea; en ese poste.

Nils detuvo el carromato junto al poste, y me incliné para leer:

—«Ex., 20, 16.» —Luego añadí, tras una breve pausa—: Eso es todo cuanto dice.

—Otra cita de la Biblia —dijo Nils—. «No prestarás falso testimonio.» Esto debe ser una costumbre de esta gente, colocar citas bíblicas donde se haya quebrantado una ley.

—Me pregunto qué es lo que habrá sucedido aquí —dije, comenzando a temblar, cuando nos pusimos de nuevo en marcha.

Fuimos recibidos ante una puerta por un hombre que tenía un rifle en las manos y que dijo:

—¡Que Dios se muestre misericordioso!

Luego nos condujo hasta un lugar para acampar con toda seguridad, separado de la ciudad por una empalizada de troncos de madera. Allí nos interrogó gravemente un hombre de rostro ansioso, que también empuñaba un rifle y que miraba a intervalos hacia el cielo, como si esperase que en cualquier momento descendiese de las alturas la ira celestial.

—¿Solamente un carromato? —preguntó.

—Sí —dijo Nils—. Mi esposa, yo y...

—¿Tiene usted su partida de nacimiento? —preguntó aquel hombre, con severo acento.

—Sí —replicó Nils pacientemente—. La tengo guardada en el baúl.

—¡Y probablemente su Biblia también está guardada en el baúl! —acusó el hombre de repente.

—No —dijo Nils—. Aquí la tengo...

La sacó de debajo del asiento, y el hombre miró a su alrededor, olisqueando como un perro sabueso.

—¿Quién es esa persona? —preguntó a continuación, señalando a Marnie con un movimiento de cabeza. La muchacha se hallaba tendida; durmiendo quizá.

—Mi sobrina —contestó Nils, antes que yo dijese nada—. Está enferma.

—¡Enferma! —exclamó el hombre, apartándose de la parte trasera del carromato—. ¿Qué pecado ha cometido?

—No se trata de nada contagioso —aclaró Nils.

—¿Por dónde han venido?

—Por el Millman's Pass —respondió Nils sin parpadear, ante la aguda mirada del extraño individuo.

El hombre palideció, y su mano se crispó sobre el cañón del rifle; se tensó la piel de su rostro, y luego comenzó a sudar.

—¿Cómo...? —exclamó.

Se pasó la lengua por los labios y habló nuevamente, tartamudeando:

—¿Vinieron por...? ¿Había allí...?

—¿Cómo dice? No le comprendo —dijo Nils.

—Nada...; nada —replicó el hombre, retrocediendo.

Durante unos instantes guardó silencio; luego dijo:

—Tengo que verla... A su sobrina. Es muy fácil prestar falsos testimonios...

Tomó un extremo de la colcha y tiró de ella, haciendo que Marnie volviese hacia él la cabeza. Creí que aquel hombre iba a sufrir un colapso.

—¡Esa es...! —casi gimió, roncamente—. ¿Cómo consiguió...? ¿Dónde la encontró usted?

Repentinamente, cerró la boca. Después, ante nuestro silencio, añadió:

—Si usted dice que es su sobrina..., es su sobrina.

Hubo otro violento silencio.

—Pueden quedarse durante la noche —dijo el hombre, haciendo un esfuerzo—. Hay un manantial cerca del vallado. No se muevan de su sitio. Recuerden sus oraciones. Procuren temer a Dios.

Y tras pronunciar estas palabras, se alejó rápidamente.

—¡Sobrina! —exclamé yo—. ¡Oh, Nils! ¿Tendré que clavar para ti en el carromato un papelito donde se lea: «Ex., 20, 16»?

—La muchacha tiene que ser alguien —dijo Nils—. Cuando lleguemos a Margin tendremos que explicar su presencia entre nosotros de alguna manera. Se llama igual que tu hermana, por lo tanto, es nuestra sobrina. Sencillo, ¿no?

—Eso parece —dije—. Pero, Nils, ¿quién es ella? ¿Cómo sabía ese hombre...? Si aquellas personas que murieron allí eran sus familiares, ¿dónde están sus carromatos? ¿Y sus pertenencias? La gente no cae del cielo, así como así...

—Puede que los de Grafton ejecutasen a aquellas personas —sugirió Nils—. Y confiscaran todas sus propiedades.

—Sería más característico si las hubieran quemado en la plaza principal de la ciudad —dije, temblando—; y sus carromatos también.

Acampamos. Marnie me siguió hasta el arroyo. Miré a mi alrededor, sintiéndome violenta por si alguien la veía en camisón, pero por allí no había nadie y estaba oscureciendo. Atravesamos el vallado por un pequeño portillo y por vez primera pudimos ver las casas del pueblo. Eran muy corrientes, exceptuando quizá los innumerables papeles que aparecían clavados por todas partes. ¿Cómo era posible que aquellas gentes pudiesen llegar a pecar teniendo ante sí constantemente tantos recordatorios?

Cuando sacábamos agua del manantial, una muchachita ataviada con un vestido de percal gris, de cuello y muñecas muy delgados, se aproximó a nosotros, caminando por la orilla del manantial y mirándonos como si de un momento a otro fuésemos a saltar sobre ella como fieras.

—Hola —saludé finalmente, sonriendo.

—Que Dios tenga piedad —respondió la chica en voz baja—. ¿Están ustedes en paz con Dios?

—Espero que sí —respondí, sin saber si la pregunta requería una respuesta.

—Está vestida de blanco —dijo la pequeña, señalando a Marnie—. ¿Se está muriendo?

—No —dije—, pero está enferma. Ese es su camisón de dormir.

—¡Oh! —exclamó la pequeña, abriendo mucho los ojos y cubriéndose la boca con una mano—. ¡Qué horrible..., emplear esa palabra tan mala! Estar así..., así..., fuera de la casa, ¡y durante el día!

La pequeña hundió su pesado balde en el manantial y, casi arrastrándolo, se alejó de nosotros, vertiendo mucha agua al caminar tan apresuradamente. A medio camino fue recibida por una mujer de gesto avinagrado que le quitó el balde de las manos, asestó a la chica cruelmente un par de golpes con una fina vara que llevaba en la mano y, acto seguido, sacando un papel del bolsillo, lo clavó en el tronco de un árbol, tomó a la chica de la mano y el balde con la otra, y ambas se alejaron con dirección al pueblo.

Me acerqué a mirar el papel: «Ex., 20, 12».

—¡Vaya! —exclamé, lanzando luego un silbido de asombro—. ¡Y hasta lo tenía escrito ya!

Luego regresé al lado de Marnie. Una vez más, los ojos de la muchacha me parecieron muy grandes y vacíos de expresión. Tenía las mejillas hundidas.

—Marnie —dije, tocándola en un hombro.

No hubo respuesta, ni parecía darse cuenta de mi presencia cuando la llevé hasta el carromato.

Nils guardó el balde del agua, y luego dimos cuenta de una cena frugal y tristona bajo el resplandor de nuestro fuego de campaña. Marnie no comió nada y permaneció todo el tiempo terriblemente inmóvil, hasta que la metimos en la cama.

—Puede que la pequeña sufra ataques —dije.

—Quizá haya sido por haber visto cómo pegaban a esa otra niña —dijo Nils—. ¿Qué habrá hecho?

—Nada, a no ser hablar con nosotros y asustarse del hecho que Marnie vistiera un camisón en público.

—¿Qué decía ese papel que clavó su madre en el árbol? —preguntó Nils.

—«Éxodo, 20, 12» —respondí—. La niña debió desobedecer a su madre al conversar con nosotros.

Tras una noche inquieta, sin descanso, amaneció; y levantamos el campamento aun antes que las sombras se desvaneciesen. Nos pusimos en marcha muy pronto. Antes de partir, Nils escribió algo en un trozo de papel y sujetó éste al vallado, cerca de nuestro carromato. Cuando al fin nos alejamos, le pregunté:

—¿Qué escribiste ahí?

—«Éxodo, capítulo 22, versículos 21 al 24» —dijo—. ¡Si desean ira, que caiga sobre ellos!

Me sentía demasiado deprimida y cansada para seguir hablando del asunto. Solamente sabía que debía ser otra prohibición bíblica, y me sentí repentinamente agradecida por haber sido conducida por mis padres por los senderos del Amor y la Alegría, en vez de a través de la oscuridad.

Media hora más tarde, oímos ruido de cascos de caballos a nuestras espaldas, y al mirar hacia atrás, vimos a alguien que cabalgaba hacia nosotros levantando un brazo con ademán de apremio.

Nils detuvo el carromato y colocó el rifle cruzado sobre ambas rodillas. Esperamos.

Era el hombre de ávido rostro que nos había llevado hasta nuestro campamento provisional. Llevaba el papel de Nils, arrugado, en una mano. Al principio me pareció que no podía hablar. Finalmente, exclamó:

—¡Adelante! ¡No se detengan! ¡Puede que vengan detrás de mí!

Tragó saliva y se enjugó el sudor de la frente. Nils sacudió las riendas y avanzamos de nuevo por la carretera. El hombre dijo:

—Ustedes..., ¿dejaron esto?

Y al hacer la pregunta, extendió hacia nosotros el papel. Luego continuó, hablando atropelladamente:

—«No vejarás a un forastero ni le oprimirás; no abusarás de ninguna viuda ni de ningún huérfano. Si les ofendes de alguna manera, yo escucharé sus gritos y mi cólera descenderá como cera derretida...»

El hombre se agitó sobre la silla de su montura, luchando por respirar más cómodamente, y añadió:

—Esto es exactamente lo que yo les dije, les enseñé el papel, los versículos siguientes...; pero no pudieron ver más allá del 22, 18. Ellos..., se fueron luego. Ese Archibold les habló de aquella gente. Dijo que hacían cosas que solamente los brujos sabían hacer. Tuve que acompañarles. ¡Oh, que Dios tenga piedad! Y les ayudé a atarles y vi cómo luego ardía el cobertizo.

—¿Quiénes eran? —preguntó Nils.

—No lo sé —respondió el hombre, aspirando el aire ruidosamente—. Archibold dijo que les vio volar por entre los árboles y reír. Dijo que flotaban rocas a su alrededor y comenzaron a construir una casa con ellas. Dijo que..., que caminaban sobre el agua y no se hundían en ella. Dijo también que uno de ellos sostenía un trozo de madera en el aire, que de repente aparecía más madera, que ardía, y que luego hacían brotar una higuera de la tierra...

Se enjugó de nuevo el sudor del rostro y añadió:

—¡Tienen que haber sido brujos! De lo contrario, ¿cómo hubiesen podido hacer tales cosas? Les atrapamos. Estaban durmiendo. Volaban como pájaros. Yo tomé a esa pequeña que tienen ustedes ahí en el carromato, aunque sus cabellos entonces eran mucho más largos. Los atamos a todos. ¡Yo no deseaba hacerlo!

Las lágrimas se deslizaban por las mejillas de aquel hombre. Hizo otra pausa y continuó su relato:

—Yo no hice nudos en mi soga, y cuando el techo se hundió, la muchacha voló desde el fuego y se escondió en la oscuridad. ¡No sabía que los de Grafton eran así! Yo llegué aquí el año pasado. Ellos..., ellos le dicen a uno lo que hay que hacer para salvarse. Uno no tiene que preocuparse, ni pensar, ni preguntarse nada.

El hombre, una vez más, se enjugó el sudor con una manga, añadiendo:

—Ahora, durante toda mi vida, veré aquel cobertizo en llamas. ¿Y los demás?

—Los enterramos —dije lacónicamente—. Enterramos sus restos carbonizados.

—¡Que Dios tenga piedad! —musitó el hombre.

—¿De dónde venía esa gente? —preguntó Nils—. ¿Dónde están sus carromatos?

—No había carromatos —respondió el hombre—. Archibold dice que llegaron cuando el cielo se iluminó con un gran rayo y luego sonó un trueno. El cielo estaba despejado entonces; ni una sola nube por ninguna parte. Dice que esperó y los observó durante tres días, antes de venir a decírnoslo. ¿No creen ustedes que serían brujos?

Miró hacia la carretera que quedaba a su espalda y añadió:

—Podrían seguirme. No les diga nada. No les diga que yo he hablado así.

Reunió las riendas en una sola mano, con rostro ansioso; espoleó a su caballo hasta lanzarlo al galope y se apartó de la carretera para cruzar el llano. Pero, antes que se desvaneciese en la distancia el ruido de los cascos de su caballo, dio media vuelta y se acercó de nuevo a nosotros.

—¡Esa muchacha debe ser una bruja! —exclamó, con jadeante respiración—. Debe morir. Están ustedes comprometiéndose con el diablo...

—¿Quiere que la saque de ahí dentro para que pueda usted quemarla aquí mismo? —preguntó Nils, con tono airado—. Para que pueda usted contemplar cómo arde, por sus muchos pecados...

—¡No, no lo haga! —exclamó el hombre, inclinándose sobre el pomo de su silla, en el colmo de la indecisión—. Ningún hombre que haya puesto la mano sobre el arado y mire hacia atrás alcanzará el reino de los cielos. ¿Y si tuviesen razón? ¿Y si el diablo me estuviese tentando en estos momentos? ¡Puede que aún no sea demasiado tarde! ¡Puede que me salve confesando!

Y tras pronunciar estas últimas palabras, el hombre espoleó a su caballo nuevamente, para lanzarse al galope carretera adelante, de nuevo hacia Grafton's Vow.

—¡Bien! —exclamé yo, suspirando hondo—. ¿Qué versículo citarías para esto?

—Me estoy preguntando —dijo Nils— si ese llamado Archibold no estará loco de remate.

—Volaron como pájaros —le recordé—. Y Marnie flotaba.

—¡Pero eso respecto a que flotaban rocas a su alrededor y maderas ardiendo, y esos relámpagos en un cielo azul! —protestó Nils.

—Puede que fuese alguna especie de globo —sugerí—. Puede que el globo explotara. Tal vez Marnie no sepa hablar inglés. Si el globo navegó una gran distancia...

—No podría ir demasiado lejos —dijo Nils—. El gas se enfría y descendería. ¿Pero cómo diablos podrían haber llegado por el aire?

Sentí un movimiento detrás de mí, y me volví. Marnie estaba sentada sobre el jergón. ¡Pero qué Marnie tan diferente! Parecía como si escuchara mejor o que una ventana acabara de abrirse en su mente. En sus facciones se pintaba una expresión de ansiosa atención. Luz en sus ojos, y la posibilidad de sonrisas alrededor de su boca. Me miró.

—¡Por el aire! —gritó.

—¡Nils! —exclamé—. ¿Has oído eso? ¿Cómo llegaste por el aire, Marnie?

La muchacha sonrió con expresión de disculpa y se tocó el cuello de la prenda que la cubría, diciendo:

—Camisón.

—Sí, camisón —repetí, buscando una palabra, cuando en realidad lo que necesitaba era un objeto voluminoso.

Y entonces pensé: «¿Puedo alcanzar la caja del pan?» Los brillantes ojos de Marnie abandonaron mi rostro, revolvió entre las cajas y paquetes. Lanzó una exclamación de contento al encontrar un trozo de pan.

—¡Pan! —dijo—. ¡Pan!

Y éste voló por los aires hasta ir a caer en mis manos.

—¡Bien! —dijo Nils—. ¡Ya se ha iniciado la comunicación!

Se puso serio y añadió:

—Y al parecer tenemos una hija. Por lo que ha dicho ese hombre no hay nadie que se haga cargo de ella. En consecuencia, parece ser nuestra.

Cuando nos detuvimos al mediodía para comer estábamos muy cansados, más por las interminables especulaciones que hacíamos que por el viaje. No hubo señales de persecución, y Marnie se había dejado caer de nuevo sobre el jergón, con los ojos cerrados.

Acampamos junto a un pequeño arroyo e hice que Nils sacara del carromato mi baúl, antes de atender a los animales. Abrí el baúl con Marnie a mi lado, quien contemplaba con curiosidad cada uno de mis movimientos. Había guardado yo una vieja falda y una blusa, colocadas las dos prendas encima del resto de la ropa que llenaba el baúl, con objeto que cuando llegáramos a Margin me sirvieran para usarlas a diario en la limpieza de la casa. Acerqué la falda hasta la cintura de Marnie y comprobé que era demasiado larga y grande; pero muy pronto le quedaría bien, empleando unos cuantos alfileres. Inmediatamente, y ante mi sorpresa y embarazo, Marnie se quitó el camisón con rápido movimiento y quedó sin nada encima, a no ser aquella extraña prenda interior. Miré a mi alrededor, para ver dónde se hallaba Nils y, rápidamente, entregué la falda y la blusa a Marnie. La muchacha también miró a su alrededor, un tanto desorientada, y se puso ambas prendas, sosteniéndose la falda por ambos lados. Le enseñé los botones y ojales, y entre las dos conseguimos que le sentase mejor, con la ayuda de cuatro alfileres.

Cuando Nils llegó para comer, Marnie ya estaba vestida. Incluso tenía puestas mis zapatillas.

—¡Bien! —exclamó Nils—. ¡Aquí tenemos a una bella señorita! Lástima que le hayamos cortado el cabello.

—Podemos achacarlo a que está recuperándose de unas fiebres tifoideas —dije, sonriendo.

Pero la luz había desaparecido del rostro de Marnie repentinamente, como si entendiera lo que estábamos diciendo. Se pasó una mano por los cortos rizos y luego miró las trenzas,

que yo había dejado sueltas al estilo indio, ya que viajábamos solos y sin que nadie nos observase.

—No te preocupes —dije a la pequeña, dándole un afectuoso apretón en un brazo—. Ya volverán a crecer.

Marnie alzó una de mis trenzas y me miró.

—Pelo —dijo.

Luego se llevó la misma mano a su cabeza y añadió:

—Rizos...

¡Qué maravillosa sensación la de sentirse sobre aquella llanura que se alzaba sobre Margin y saber que ya casi estábamos en casa! Al sujetar mis trenzas alrededor de la cabeza en forma más adecuada, miré hacia las cajas y paquetes amontonados atrás, en el carromato. Con todo aquello y muy poco más, teníamos que montar un hogar allí, en medio de cualquier parte. Bien, con Nils sería suficiente.

El ruido de nuestras ruedas sobre la grava al entrar en la ciudad despertó la curiosidad de la gente que habitaba en las esparcidas casas y otras construcciones que formaban Margin. Margin parecía asirse a la falda de una colina, es decir, ocupaba casi los tres lados de su base. Al otro lado había cientos y cientos de millas de un territorio que se perdía a lo lejos. Era un lugar donde se podía respirar libremente y aun así sentir la protección de aquellas eternas colinas. Afortunadamente fuimos escoltados hasta nuestra casa, situada en el otro extremo de la ciudad, por un número de personas que crecía constantemente. Marnie, una vez más, se había sumido en el silencio. Abría mucho los ojos, haciéndose quizá mil preguntas, y tenía una mano crispada sobre el asiento, como si tratara de escudarse en Nils y yo.

Los primeros días en un lugar nuevo siempre son incómodos y confusos. Todas las tareas de establecernos y la preocupación de que Marnie comenzara a flotar como un globo o que enviase algo por los aires, como había hecho con el pan, se combinaban para ponerme los nervios de punta. Afortunadamente, Marnie se sentía muy tímida en presencia de otras personas, exceptuándonos a nosotros, tan tímida en presencia de los demás, que en cuanto le lavé el camisón, y se aseó nuevamente, y pedimos prestado un camastro, allí acosté a Marnie, quien inmediatamente se sumió durante todos los días en una especie de letargo, como si hubiese ido a un lugar muy remoto, que nosotros no pudiéramos intuir siquiera.

Por supuesto tuvimos que explicar su presencia. No la habíamos mencionado para nada cuando habíamos dispuesto y anunciado anticipadamente nuestra llegada. La muchacha carecía de ropas, y yo no tenía prendas en abundancia para cubrirnos las dos decentemente. Así, me escuché a mí misma relatar las más fantásticas historias a la señora Wardlow. Su esposo era el maestro de la escuela y el pastor, desempeñando además cualquier otra posible función propia de un hombre culto que viviera en una nueva ciudad de la frontera. Su esposa era una especie de gaceta viviente de noticias de toda la ciudad y asimismo guardiana de la moral pública.

—Marnie es nuestra sobrina —dije—. Es la hija de mí hermana menor. Está convaleciente de unas fiebres tifoideas y..., y de meningitis.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Wardlow—. ¿Y sufrió todas esas cosas de una sola vez?

—No —repliqué, entusiasmándome con mis propios embustes—. Quedó muy débil de las tifoideas y a continuación padeció una meningitis. Casi llegó a perder el cabello con esta última enfermedad. También creímos que la perderíamos a ella...

No necesité fingir en absoluto para estremecerme al recordar repentinamente la visión de aquella débil columna de humo que ascendía hacia el cielo...

—Mi hermana la dejó con nosotros, esperando que el clima de aquí protegiera a Marnie contra una probable anemia. Mi hermana abriga también la esperanza a que nuevamente enseñemos a hablar a la muchacha.

—He oído hablar de personas que han tenido que aprender a caminar otra vez, después de padecer unas fiebres como las de esa enfermedad, pero nunca que tuviesen que aprender a hablar nuevamente.

—El término científico de ese padecimiento es afasia —dije calmosamente—. Fue cosa de la meningitis. Marnie ya había comenzado a hacer progresos al hablar, pero el viaje la ha perjudicado mucho en tal sentido...

—No estará..., bueno, perturbada, ¿verdad? —preguntó la señora Wardlow casi en voz baja.

—¡Claro que no! —dije con tono de indignación—. Y debo advertirle que oye perfectamente...

—¡Oh! —exclamó la señora Wardlow, enrojeciendo—. Ya, ya, naturalmente; no deseaba ofenderla con mis palabras. Cuando se recupere lo suficiente, el señor Wardlow se sentiría muy complacido con darle algunas lecciones, hasta que pueda acudir a la escuela.

—Gracias —dije—. Su esposo es muy amable.

Luego cambié de tema al servir el té.

Cuando la señora Wardlow se retiró, tomé asiento junto a Marnie, cuyos ojos brillaron ante mi sola presencia.

—Marnie —dije—. No sé hasta qué punto podrás entenderme, pero eres mi sobrina. Tienes que llamarme «tía Gail» y a Nils «tío Nils». Has estado enferma. Tienes que aprender a hablar nuevamente.

Sus ojos me contemplaban con atención sostenida, pero ni siquiera parpadearon indicándome que me había entendido. Suspiré hondo y me volví. Marnie extendió una mano y me tomó del brazo. Me tuvo así durante un rato, con los ojos cerrados. Finalmente hice un movimiento como para zafarme de su mano, y la muchacha abrió los ojos y sonrió.

—Tía Gail, estuve enferma. Perdí el cabello. ¡Quiero pan! —recitó calmosamente.

—¡Oh, Marnie! —exclamé, abrazándola encantada—. ¡Que Dios te bendiga! ¡Estás aprendiendo a hablar!

Acerqué mi mejilla a sus rizos y luego la solté.

—En cuanto al pan —añadí—, esta mañana he amasado y ahora mismo está en el horno. No hay nada como el aroma a pan cocido para que un lugar cualquiera parezca un hogar.

Tan pronto como Marnie estuvo bastante fuerte, comencé a enseñarle a realizar las labores más necesarias de la casa y me sentí muy desconcertada cuando la vi tomar una escoba torpemente, sin saber literalmente cuál de sus extremos emplear o qué hacer con ella. ¡Cualquiera sabe para qué sirven una aguja y un dedal! Pero Marnie los miró como si se tratase de maravillas de otro mundo. Vio cómo la aguja cosía, deslizando la hebra de hilo en la tela, una y otra vez, hasta que la aguja cayó al suelo porque no había anudado el hilo en un extremo.

Aprendía a hablar, aunque al principio lo hizo con mucha lentitud. Tenía que entablar una lucha consigo misma y buscar las palabras. Un día le hice una pregunta y ella me contestó:

—No conozco tu idioma. Tengo que cambiar las palabras al mío para ver cómo son, y luego cambiarlas otra vez a tu idioma...

Marnie suspiró y añadió tras una ligera pausa:

—¡Es tan lento! Pero pronto podré tomar las palabras de tu pensamiento para no tener que cambiarlas.

Parpadeé, no muy segura de desear que supiese lo que yo pensaba.

La gente de Margin adoptó muy pronto a Marnie, y todo el mundo se sentía muy complacido con sus progresos. Incluso los jóvenes escuchaban pacientemente sus calmosas palabras. La muchacha hallaba más cómodo jugar con niños menores que ella porque los pequeños no necesitaban hablar muy correctamente para entenderse y porque sus juegos se relacionaban con las cosas fundamentales de la casa y la comunidad en sus formas más simples y los repetían interminablemente.

Para incomodidad mía, descubrí que Marnie podía llevarse tan bien con los pequeños..., el día en que Marwin Wardlow llegó hasta mí gritando su indignación de siete años de edad.

—¡Marnie y mi hermana no me dejan jugar! —exclamó encolerizado.

—¡Oh!; estoy segura que ellas te dejarán si juegas tranquilamente —dije, dejando a un lado mi labor de ganchillo para una nueva enagua de Marnie.

—¡No quieren dejarme!

Y el chico se dispuso a chillar nuevamente. Sus chillidos rivalizaron con la sirena de la mina, que sonaba a las seis en punto. Suspiré, y tomando al niño por una mano, le conduje hasta donde jugaban, bajo los olmos.

Marnie estaba jugando con Tessie Wardlow, de cinco años de edad. En aquel momento se ocupaban en construir una casita. Ya habían esbozado varias estancias, sirviéndose de piedritas, y las estaban amueblando con astillas y otras piedras, viejos tarros de conserva y restos de platos rotos. Marnie estaba arreglando unas flores en un jarrón roto que había colocado entre dos piedras. Tessie se ocupaba en llevarle flores y algunas hojas de árbol. ¡Y no se cambiaba entre ellas ni una sola palabra! Tessie miraba a Marnie y luego salía corriendo para recoger otra flor. Antes de recoger la que le parecía, detenía su mano, que ya la tocaba, miraba hacia la espalda de la atareada Marnie, dejaba aquella flor y tomaba otra, hasta que regresaba con ella, correteando alegremente.

—¡Marnie! —llamé.

Y a continuación parpadeé al sentir en mi mente algo que respondía: «¿Qué?».

—¡Marnie! —llamé nuevamente.

Marnie se sobresaltó y me miró.

—Sí, tía Gail —dijo cuidadosamente.

—Merwin dice que no le dejan jugar.

—¡Oh, eso es un cuento! —exclamó Tessie, con indignación—. No hace nada de lo que dice Marnie, y ella es hoy el ama.

—¡No me dice que haga nada! —chilló Merwin.

—¡Sí que te lo dice! —gritó a su vez Tessie, golpeando la tierra con un pie—. Te lo dice igual que a mí, pero tú no quieres hacerlo.

Me ahorré de tener que servir de árbitro en la disputa cuando la señora Wardlow llamó a sus chicos para cenar. Aliviada, tomé asiento en el «vestíbulo», una roca cubierta de musgo. Marnie se sentó en el suelo, a mi lado.

—Marnie —dije—, ¿cómo sabía Tessie qué clase de flores tenía que traerte?

—Se lo dije —respondió Marnie, con sorpresa—. Dijeron que hoy yo sería el ama. Merwin no quería jugar.

—¿No le dijiste las cosas que tenía que hacer?

—¡Oh, sí! —exclamó Marnie—. Pero no hizo nada.

—¿Y esa última flor que te trajo Tessie? —continué—. ¿Acaso le pediste esa flor especial?

—Sí. Porque iba a recoger una que tenía mal los pétalos en un lado.

—Marnie —dije pacientemente—, yo estaba aquí y no escuché ni una sola palabra. ¿Hablaste a Tessie?

—¡Oh, sí!

—¿Con palabras? ¿En voz alta? —insistí.

—Creo que...

Marnie se detuvo, suspiró hondo y se apoyó sobre mis rodillas para trazar una curva sobre la tierra con uno de sus dedos. Luego, añadió:

—Creo que no. Es mucho más fácil adivinar sus pensamientos antes que se conviertan en palabras. Yo puedo hablar con Tessie sin palabras. Pero Merwin, creo que necesita palabras.

—Marnie —dije, dando de mala gana unos pasos en el desierto de mi ignorancia, deseosa de saber qué hacer con una muchacha que suponía «más difíciles las palabras»—, tienes que emplear siempre palabras. Puede parecerte más sencillo..., de la otra manera, pero tienes que hablar, ¿sabes? La mayor parte de las personas no entienden si no se usan palabras. Cuando las personas no entienden se atemorizan. Cuando se atemorizan se enfadan. Y cuando se enfadan..., tienen que hacer daño.

Permanecí inmóvil en mi asiento, contemplando cómo Marnie asimilaba mis palabras, pensaba en una respuesta y luego la convertía en palabras que salieran de sus infelices labios.

—Entonces fue... Nos mataron porque no nos entendieron —dijo—. Por eso prendieron fuego.

—Sí —repliqué—. Exactamente.

Hubo un silencio y añadí:

—Marnie, nunca has llorado por las personas que murieron en el incendio. Estabas triste, pero..., ¿no era tu propia familia?

—Sí —dijo Marnie, tras un largo silencio—. Mi padre, mi madre y mi hermano...

La muchacha tragó saliva y añadió:

—Y un vecino nuestro. Un hermano fue llamado a los cielos cuando nuestra nave se rompió y el salvavidas de mi hermana pequeña no venía con el nuestro.

¡Y entonces los vi! Vívidamente, los vi, a medida que la muchacha iba nombrándolos. Al padre le vi con vida antes que su sonriente imagen se desvaneciese de nuevo en mi mente; tenía los cabellos negros, como Marnie. La siguiente era una mujer bajita y regordeta.

—Pero —dije, parpadeando—, ¿no sientes pena por ellos? ¿No estás triste porque hayan muerto?

—Estoy triste porque ya no están conmigo —dijo Marnie, lentamente—. Pero no siento que el Poder les llamará a su Presencia. Sus cuerpos estaban rotos y muy heridos.

Marnie tragó saliva nuevamente y, tras otro silencio, añadió:

—Mis días aún no han terminado, pero no importa el tiempo que pase hasta que yo sea llamada, porque mi familia vendrá a buscarme. Reirán y correrán hacia mí y yo...

Marnie ocultó su rostro durante unos instantes entre los pliegues de mi falda. Finalmente, alzó la barbilla y dijo:

—Estoy triste por estar aquí sin ellos, pero mi mayor tristeza es no saber dónde está mi hermanita o adónde ha sido llamado Timmy. Timmy y yo éramos gemelos.

La mano de Marnie se cerró sobre el borde de mi falda; y la muchacha continuó:

—Pero, ¡la Presencia sea alabada!, te tengo a ti y al tío Nils, que no se enfadan porque no entienden.

—Pero al llegar aquí, a la Tierra... —comencé a decir.

—¿Se llama a esto Tierra? —preguntó Marnie, mirando a su alrededor—. ¿Es la Tierra el lugar adonde vinimos?

—El mundo entero se llama Tierra —dije—. Todo, todo cuanto puedas ver..., y allá, muy lejos, hasta donde puedas llegar. Vinieron a este territorio...

—Tierra —musitó Marnie—. ¡Así que este refugio en los cielos se llama Tierra!

Marnie se puso en pie de un salto, y dijo:

—Siento mucho haberte molestado, tía Gail. Mira esto, es para prometerte no ser interrestre...

Tomó la última flor que había colocado en el jarrón de la casa de muñecas y la puso en mis manos.

—Pondré la mesa para cenar —exclamó, cuando corría ya hacia la casa—. Esta vez, tenedores para cada uno..., y bien colocados en su sitio.

Suspiré hondo y di vueltas a la flor entre mis dedos. Luego me eché a reír sin saber por qué. Aquella flor, que había crecido tan prosaicamente para luego ser arrancada en la falda de nuestra colina, refulgía maravillosamente, con un brillo intenso, y su dorada corola parecía arder, tornándose casi transparentes los pétalos que acariciaban mis dedos. ¡No parecía terrenal! Pero cuando aquella noche enseñé la flor a Nils, y le conté lo sucedido durante el día, la flor era otra vez sencillamente una flor, desmadejada y marchita.

—Una de las dos, o tú o Marnie, tiene una imaginación portentosa —comentó Nils.

—Entonces será Marnie —repliqué—. En un millón de años no sería yo capaz de inventar las cosas que ella me dijo. Pero, Nils, ¿cómo podemos estar seguros del hecho que no es verdad?

—¿Qué verdad? ¿Qué crees que te ha dicho?

—Pues..., verás —murmuré—. Ella dijo que podía leer el pensamiento de los demás, por lo menos el de Tessie. Y que éste es un mundo extraño para ella. Y..., y...

—Si ésa es la manera en que la muchacha desea hacer más llevadera la pérdida de su familia, déjala. Es mejor que la histeria o la melancolía. Además, es mucho más emocionante, ¿verdad?

Y tras pronunciar estas palabras, Nils se echó a reír.

¡Aquella reacción no me servía de mucha ayuda para calmar mi imaginación! Pero lo cierto era que él no tenía que luchar mano a mano con Marnie y sus hábitos. No tenía que insistir en que Marnie aprendiese a hacer las camas a mano en lugar de lanzar las ropas por el aire, flotando, hasta que caían perfectamente en su sitio, o en que las jóvenes usaban zapatos en lugar de preferir ir descalzas, «caminando» a unas cuantas pulgadas de altura sobre la dura gravilla y cantos rodados del patio posterior de la casa. Por otra parte, tampoco tenía que persuadirla para que, por muy oscura y sin luna que fuese la noche, entendiese que la gente no recortaba por las buenas flores de papel y las hacía florecer y lucir como pequeñas velas encendidas por los rincones de las habitaciones. Nils había estado aquel fin de semana en la capital del condado. Yo no sabía de dónde era aquella muchacha, pero sí que éste «era» un nuevo mundo para ella y que, fuera cual fuese aquel otro mundo de donde procedía, yo no tenía el menor recuerdo de haber leído en los libros nada sobre él.

Cuando Marnie comenzó a recibir lecciones en la única aula que servía de escuela al señor Wardlow, finalmente hizo amistad con los pocos chicos y chicas de su edad que había en Margin. Calculando su edad, cualquiera pensaría que tendría algo menos de los veinte años y más de trece. Entre sus amigos estaban Kenny, el hijo del capataz de la mina, y Loolie, la hija de la cocinera de la posada. Los tres corrían juntos por las colinas, y Marnie aprendió de ellos un extenso vocabulario y se hizo un poco más prudente en su forma de comportarse. La sorprendió un par de veces haciendo cosas que parecían imposibles, pero reaccionaron airadamente y se retiraron, por lo que Marnie tuvo que esperar más o menos pacientemente, antes que volviesen a aceptar su compañía. Uno no olvida tan fácilmente las cosas en tales circunstancias.

Durante aquel tiempo, sus cabellos crecieron y también ella; hasta el punto que tuvo que abandonar aquella extraña prenda interior que ya llevaba puesta cuando la encontramos. Marnie dio un profundo suspiro al dejarla a un lado, guardándola a continuación en el fondo de uno de los cajones de la cómoda.

—En casa —dijo— se celebraría una ceremonia y se haría una promesa. Todas nosotras, las muchachas, sabríamos a partir de entonces que acababan de empezar nuestras responsabilidades como adultos...

Sin saber a qué achacarlo, desde aquel día Marnie nos pareció otra; menos extraña, menos distinta a los demás, quizá.

No transcurrió mucho tiempo antes que Marnie comenzara a detenerse súbitamente en medio de una frase para ponerse a escuchar atentamente o dejar de pronto los platos que estaba colocando en la mesa para correr hacia la ventana. Yo la contemplaba ansiosamente, preguntándome a mí misma si se sentiría preocupada por algo. Luego, una noche, después de apagar la lámpara, creí oír algo que se movía en la habitación de al lado. Me acerqué descalza, caminando cautelosamente. Marnie se hallaba en la ventana.

—¡Marnie!

Su borrosa figura se volvió hacia mí.

—¿Qué es lo que te preocupa? —pregunté, acercándome a ella y mirando luego hacia la soledad de las colinas iluminadas por la luz de la luna.

—Ahí fuera hay algo —dijo—. Algo malo y que me da miedo. Algo «terrible y maligno».

Las dos últimas palabras las tomó de mi mente. Yo me sentía complacida porque Marnie, al hacer aquello, ya no me indignara ni atemorizara, como había sucedido las primeras veces.

Marnie añadió:

—Es algo que anda alrededor de la casa una y otra vez y teme llegar hasta aquí.

—Quizá se trate de algún animal —sugerí.

—Quizá —admitió la muchacha, apartándose de la ventana—. No conozco vuestro mundo. Este es un animal que camina erguido y solloza: «¡Que Dios tenga piedad!»

Aquel incidente resultaba algo chocante, pero ya no lo pareció tanto cuando Nils, al día siguiente, dijo con indiferencia al servirse un poco de puré de patatas en la mesa:

—Adivina a quién he visto hoy. Dicen que lleva por aquí una semana o algo así.

Llenó su plato de salsa y añadió:

—Nuestro amigo, el de la duda torturada.

—¿El de la duda? —pregunté, parpadeando, sin acabar de entenderle.

—Sí —replicó Nils, tomando una rebanada de pan—. Incendiar o no incendiar; he aquí el dilema.

—¡Ah! —exclamé, sintiendo un escalofrío—. ¿Te refieres al hombre de Grafton's Vow? ¿Cómo se llamaba?

—Nunca lo dijo, ¿no?

Nils detuvo el tenedor camino de su boca como si repentinamente se hubiera puesto a reflexionar sobre algo.

—Derwent —contestó Marnie, apretando los labios—. Caleb Derwent. ¡Que Dios tenga piedad!

—¿Cómo lo sabes? —pregunté—. ¿Te lo dijo él?

—No —dijo la muchacha—. Lo tomé de él para recordarlo con gratitud.

Y se apartó de la mesa, abriendo mucho los ojos y añadiendo:

—¡Eso es! ¡Ése es el animal terrible que camina alrededor de la casa durante la noche! ¡Y pasa de largo durante el día! ¡Pero me salvó del incendio! ¿Por qué viene ahora?

—Marnie cree que «algo» ronda por ahí fuera —expliqué a Nils, que nos miraba inquisitivamente.

—¡Vaya! —exclamó él—. Las dos mentes... Marnie, si alguna vez él...

—¿Puedo retirarme? —preguntó Marnie, poniéndose en pie—. Lo siento, pero no puedo comer cuando pienso en alguien que se está arrepintiendo de ser bueno.

La puerta de la cocina se cerró a espaldas de la muchacha.

—Y tiene razón —dijo Nils, reanudando su comida—. El hombre salió por detrás de un montón de barriles en el almacén, y me habló en voz baja, advirtiéndome que yo estaba comprometiéndome todavía con el diablo al dar albergue a una conocida bruja. Casi le acorralé en un rincón, hasta que me dijo que, finalmente, después de transcurrido todo este tiempo, había confesado sus pecados, su pecado por omisión, a sus superiores de Grafton's Vow, y que le habían excomulgado hasta que se redimiera...

Nils me miró escuchando sus propias palabras. Se detuvo y, de repente, exclamó:

—¡Gail! No supondrás que ese individuo tendrá alguna mala idea sobre Marnie, como por ejemplo llevársela de nuevo a Grafton's Vow, ¿verdad?

—¡O de matarla! —exclamé, apartando mi silla de la mesa—. ¡Marnie!

A continuación tomé asiento nuevamente, al ocurrírseme otra idea, y añadí:

—Pero la muchacha es lo suficientemente bruja como para sentir su presencia por los alrededores. No podrá llevársela por sorpresa.

—Lo sienta o no —dijo Nils, comiendo apresuradamente—, la próxima vez que me encuentre con ese Derwent le diré que es probable que disfrute de mejor salud en otra parte cualquiera.

En los días que siguieron nos acostumbramos a ver el rostro de Derwent, que atisbaba desde la esquina de alguna casa o desde algún matorral, pero toda su hostilidad parecía reducirse exclusivamente a observar a Marnie a prudencial distancia, por lo que decidimos dejar las cosas tal y como estaban, pero..., con precauciones.

Luego, un día, a última hora de la tarde, Marnie penetró corriendo por la puerta posterior y, cerrándola, se apoyó sobre ella, jadeando.

—Marnie —dije en broma—, no he oído tus pasos en el porche. Debes recordar...

—Lo..., lo siento, tía Gail —contestó la muchacha—, pero tuve que darme prisa.

La muchacha estaba temblando de arriba abajo.

—¿Qué es lo que has hecho esta vez para hacer enfadar a Kenny y a Loolie? —pregunté, sonriendo.

—No..., no se trata de eso —dijo—. ¡Oh, tía Gail!... Ese..., ese hombre está abajo, en el pozo, y no puedo hacerle subir. Sé alzar un peso inanimado, pero él no está inanimado, y...

—Marnie, siéntate —dije con calma—. Procura mostrarte serena y dime qué es lo que ha ocurrido.

La muchacha tomó asiento, si es que podía llamarse así a aquella manera nerviosa de sentarse.

—Yo estaba en el pozo del este —dijo—. Mi familia son «identificadores», algunos miembros de ella lo son; quiero decir que mi familia lo es especialmente...

La muchacha se detuvo para tragar saliva y luego continuó:

—Los identificadores pueden localizar metales y minerales. «Distinguí» un trozo de cuarzo allá abajo, en el pozo, y quise recogerlo para tu colección. Atravesé el vallado... ¡Oh, ya sé que no debí haberlo hecho, pero lo hice! Y estaba comprobando la profundidad a que se hallaba el mineral, cuando..., cuando miré hacia arriba, ¡y allí estaba él!

Marnie enlazó ambas manos crispadamente, y continuó:

—Me dijo: «El mal debe morir. No puedo regresar porque no estás muerta. Te saqué en esta vida de un pequeño incendio; y por eso moriré abrasado.» Y entonces me empujó hacia el pozo.

—¡Al pozo! —exclamé, asustada.

—Desde luego, yo no caí —se apresuró a decir la muchacha—. Yo alcancé fácilmente el otro lado del pozo, pero..., ¡pero él me había empujado con tanta fuerza que él sí que cayó!

—¡Que cayó! —repetí, horrorizada—. Niña, eso significa una caída de cientos de pies sobre rocas y agua.

—Pero yo le sujeté antes que tocara el fondo del pozo —dijo Marnie, en tono de disculpa—. Claro que tuve que hacerlo a nuestra manera. Detuve su caída, pero..., pero aún está allí. ¡En el aire! ¡En el pozo! Pero está vivo. Y no sé cómo subirle.

La muchacha rompió a llorar y concluyó:

—Y si le suelto caerá al fondo, para morir. Y si le dejo allí estará flotando en el aire constantemente. ¡No puedo dejarle allí!

Marnie se abrazó a mí sollozando. Era la primera vez que lo hacía.

Nils acababa de entrar, al final del relato de la muchacha; y mientras yo consolaba a ésta, le expliqué lo que ocurría. Acto seguido, Nils fue al cobertizo y regresó con un rollo de soga.

—Con un poco de buena suerte, nadie nos verá —dijo.

Las últimas horas de la tarde nos rodeaban cuando trepamos por la pendiente que había detrás de la casa. El cielo parecía muy alto, y más allá de las colinas mostraba una curiosa tonalidad entre anaranjada y metálica. Lucía ya una estrella muy alta. Ascendimos por la colina hasta el pozo del este. Era uno de los pozos abandonados y muy peligrosos que habían quedado abiertos después de las prospecciones mineras que habían perforado todas las colinas que nos rodeaban. Estaba circundado por una valla de alambre espinoso y era terreno prohibido para todos los niños de Margin, incluyendo a Marnie. Nils pisó el alambre de espino inferior del vallado y alzó con una mano el de la parte superior. Marnie se deslizó por la abertura, y yo hice lo mismo torpemente, rasgándome el borde de la enagua con las aguzadas púas.

Nos tendimos casi al borde del pozo. Estaba oscuro como boca de lobo.

—¡Derwent!

La voz de Nils resonó en cien ecos, más allá de la escasa vegetación que crecía en la boca del pozo.

—¡Aquí estoy, Señor! —resonó otra voz—. La muerte me sorprendió en medio del pecado. Arrójame al fuego, al fuego eterno con el que ayudé a incendiar aquel cobertizo. ¡Vendí mi alma. Señor, por un rostro atemorizado! Aquí estoy, Señor. Arrójame al fuego eterno.

Nils lanzó un gruñido. Me fijé en que una profunda emoción, o quizá una honda repugnancia le atenazaba la garganta.

—¡Derwent! —gritó nuevamente—. ¡Voy a dejar caer una cuerda! ¡Átela alrededor de su cintura para poder subirle!

Nils pasó un extremo de la soga por encima de un grueso madero tendido sobre la boca del pozo. La soga comenzó a descender poco a poco, en la oscuridad..., y luego osciló flojamente.

—¡Derwent! —gritó Nils—. ¡Caleb Derwent! ¡Sujete esa soga!

—Aquí estoy, Señor —respondió monótonamente la voz anterior, pero mucho más cerca que antes—. La muerte me sorprendió en medio de mi pecado.

—Marnie —dijo Nils por encima del hombro—, ¿puedes hacer algo tú?

—¿Puedo hacerlo? —interrogó la muchacha—. ¿Puedo hacerlo, tío Nils?

—Desde luego —respondió Nils—. Aquí no habrá nadie que se sienta molesto por eso. Toma, sujeta la soga y baja, así sabremos bien hasta dónde llegas.

Marnie desapareció en la oscuridad del pozo, asiendo la fuerte soga con ambas manos. Nils se enjugó con un brazo el sudor que cubría su frente.

—No hay peso —murmuró—. ¡Ni una sola onza de peso en la soga!

Luego se oyó un chillido y se sintió un movimiento allá abajo, en la oscuridad.

—¡No, no! —bramó Derwent—. ¡Me arrepiento! ¡Me arrepiento! No me arrojes hacia el fuego...

La voz dejó de oírse y la soga sufrió una sacudida.

—¡Marnie! —grité—. ¿Qué..., qué...?

—¡Está...! Tiene los ojos vueltos hacia arriba y la boca abierta. No puede hablar —respondió la muchacha desde la oscuridad—. No puedo adivinar sus pensamientos...

—¡Desmayado! —exclamó Nils.

Luego, añadió:

—Está bien, Marnie. Sólo ha perdido el conocimiento a causa del pánico. Rodéale con la soga.

Y así fuimos logrando subirle a la superficie. Hubo un momento en el que nuestras manos resbalaron por la soga, ¡pero el hombre no se cayó! La soga se aflojó, pero Derwent no cayó. Apareció el ávido rostro de Marnie, junto a la cabeza inclinada de Derwent.

—Puedo sostenerle; puedo hacer que no caiga —dijo la muchacha—. Pero ustedes tienen que subirle, yo no puedo.

Muy pronto le tendimos sobre el terreno, fuera ya de peligro; pero en el breve intervalo que Nils tardó en tenderle en tierra, aquel hombre flotó sobre ella, a unas cuantas pulgadas de altura. Marnie le empujó hacia abajo con ambas manos.

—No está..., no está sujeto a la Tierra con todas sus ligaduras. Solté algunas cuando detuve su caída. Pero ahora tengo que volver a sujetarle. No aprendí en casa esto muy bien. No para hacérselo a otras personas. Todos pueden hacerlo por sí solos allí. Tuve tanto miedo cuando cayó que olvidé todo cuanto sabía. Pero de todas maneras, no podría haberlo hecho con él en ese pozo. Habría caído...

La muchacha miró a su alrededor, observando la creciente oscuridad del crepúsculo. Luego, dijo:

—Necesito una luz.

¿Luz? Miramos también a nuestro alrededor. Las únicas luces que se veían eran la de una estrella y una o dos que parpadeaban en la llanura, que se extendía a nuestros pies.

—¿Una linterna? —preguntó Nils.

—No —dijo Marnie—. La luz de la luna, o del sol o la de una estrella es suficiente. Hace falta luz para...

Marnie se encogió de hombros, extendiendo ambas manos abiertas.

—Muy pronto saldrá la luna —comentó Nils.

Nos agachamos junto a unas formaciones de rocas, esperando a que saliera la luna y sosteniendo, al mismo tiempo, a Derwent, para que la luz lunar nos sirviese como elemento para sujetarle a tierra, una vez más. En aquel momento, tuve ganas de echarme a reír, quizá intempestivamente. ¡Qué historia para contar a mis nietos! Si es que lograba salir de aquella situación y seguir viviendo, claro.

Finalmente salió la luna, haciendo transparente el aire de la noche. Marnie respiró profundamente. Su rostro aparecía muy pálido bajo la luz lunar.

—¡Es terrible! —exclamó—. Realizar este traslado a la luz de la luna es una actividad de adultos. Cualquier niño puede hacerlo bajo la luz del sol, pero...

Marnie se estremeció, y añadió:

—Solamente los ancianos se atreven a usar juntas la luz de la luna y la del sol. Yo creo que podré manejar la luz de la luna. Eso espero.

Marnie alzó las dos manos, formando con ellas una especie de cuenco. Inmediatamente se le llenaron de luz lunar. La luz parecía fluir a través de sus palmas y dedos, con un gran resplandor. Luego comenzó a entrelazar los rayos de luz, formando un complicado diseño que se movía y variaba, hasta que, al crecer, llegó a ocultarle los codos, proyectando un fulgor intenso sobre su rostro, lleno de ansiedad. Una curva de aquel fantástico dibujo me tocó a mí. Fue algo que jamás había sentido hasta entonces, y di un salto, apartándome de la luz. Pero, fascinada, volví a acercarme. Una exclamación ahogada de Marnie me detuvo cuando ya extendía una mano para intentar tocar aquella luz.

—¡Es demasiado grande! —exclamó—. Es demasiado poderoso. No..., no sé lo suficiente para controlarlo...

Sus dedos se movieron, y la intricada luz envolvió a Derwent por completo. Luego hubo una sacudida y un ruido sordo. Las rocas se movieron, chocando entre sí, más allá de nosotros; y se derrumbó el borde del pozo del este. El suelo se hundió alrededor del punto donde antes había estado el pozo. Una fina columna de polvo ascendió en el fresco aire de la noche. Nils y yo nos apartamos rápidamente, abrazándonos con fuerza. Marnie miró a Derwent, que se hallaba completamente relajado.

—Es demasiado grande, demasiado rápido —se disculpó—. Me temo que he estropeado el pozo.

Nils y yo cambiamos una mirada, y los dos sonreímos débilmente.

—Está bien, Marnie —dije—. No importa. ¿Se encuentra ese hombre bien ahora?

—Sí —replicó la muchacha—. Está recobrando el sentido.

—¡Magnífico! —dijo Nils, en voz baja, dirigiéndose a mí—. Pero, ¿qué supones que habrá hecho ese pequeño terremoto con la mina?

Mis ojos se abrieron y sentí que mis manos se crispaban sobre Nils. Efectivamente, ¿qué le habría sucedido a la mina?

El conocimiento de Derwent volvió a su cerebro lo bastante como para abandonarnos en seguida al día siguiente, tambaleándose sobre la silla, moviéndose solamente porque lo hacía su caballo, dirigiéndose hacia Dios sabía dónde..., marchándose lejos de Margin, de Grafton’s Vow, de Marnie. Contemplamos su marcha, y Marnie hizo una mueca.

—Ese hombre se encuentra desconcertado —dijo—. Si yo fuese un «clasificador», podría ayudar a su mente.

—¡Trató de matarte! —exclamé, impacientándome ante su compasión.

—Pensó que jamás podría llegar ante la Presencia por mi culpa —dijo Marnie rápidamente—. ¿Qué habría hecho yo si pensara lo mismo que él?

Y así se fue Derwent, y lo mismo ocurrió con la mina, en forma irreversible. El pozo, tan laboriosamente horadado en sólida roca, un pozo que apenas necesitaba madera a causa de la consistencia de aquélla; todo se había hecho trizas y derrumbado. Desde la misma boca de la mina, reducida en aquellos momentos a la entrada de una pequeña cueva, se podía escuchar el murmullo de las aguas que habían penetrado, inundándolo y arruinándolo todo. Al día siguiente, un fino reguero de agua comenzó a formar un charco a la entrada. Al tercer día, aquel arroyo inició el descenso hacia la ciudad. Casi inmediatamente quedó el agua absorbida por aquel terreno más reseco que un hueso, pero la humedad fue extendiéndose poco a poco y comenzó a formarse un caudaloso torrente que descendía cerro abajo.

No hace falta mucho para que una ciudad muera. Los obreros se movieron a la entrada de la mina durante un día o dos, hablando de los terremotos y otras calamidades que

enviaba la mano de Dios, dando gracias por no haber estado trabajando en aquellos momentos. Fue como una muerte que aplasta todas las cosas brutalmente, en lugar de dejarlas crecer o decrecer poco a poco. Y partió la primera familia, despidiéndose de todo el mundo brevemente, para ocultar la tristeza y la preocupación que se reflejaba en sus ojos. Los otros la siguieron, dejando atrás sus cabañas que acabarían por desmoronarse también, o desmontando sus casas, que llevaron hasta la carretera como tortugas, dejando atrás solamente los cimientos de cemento.

Nosotros, por supuesto, nos quedamos hasta el final; Nils pagando a los hombres, tomando disposiciones sobre lo que quedaba del equipo de la mina y cuidándose, en general, de todos los detalles de aquella carrera suya que tan esperanzadoramente se había iniciado allí, en Margin. Pero, finalmente, también empaquetamos todas nuestras cosas. Lo malo era que Marnie había desaparecido.

La muchacha se había sentido aterrorizada al darse cuenta de lo que le había sucedido a la mina. Se sentía demasiado deprimida para llorar cuando llegaron Loolie y Kenny y los Wardlow para despedirse. No sabíamos qué decirle o cómo consolarla. Finalmente, a última hora de una tarde, la encontré sentada y medio encogida sobre su camastro, con el rostro lleno de lágrimas.

—No te preocupes, Marnie —dije—. No nos moriremos de hambre. Nils siempre hallará la forma de...

—No lloro por la mina —respondió la muchacha.

Ante sus palabras sentí un extraño resentimiento ante su indiferencia por la catástrofe. Hubo un largo silencio, y Marnie añadió:

—Ahora hace un año. Justamente un año.

—¿Un año?

Entonces recordé. Un año desde que habíamos visto ascender aquella columna de humo del cobertizo, un año desde que yo había sentido entre mis dedos aquellos cabellos cortados, un año desde que Nils había cavado aquella fosa común frunciendo el ceño como jamás le había visto hacerlo.

—Bien, pero las cosas serán más fáciles ahora —dije.

—Bueno, es que ahora sería el festival en casa —dijo Marnie—. Es la época de recoger flores, y ascender hasta el cielo, y cantar para recordar a todos aquellos que fueron llamados durante el año. Celebramos el festival sólo tres días antes que llegaran los «coléricos» para matarnos.

La muchacha se enjugó las lágrimas que humedecían sus mejillas con el dorso de ambas manos. Luego, continuó:

—Fue un festival difícil porque estábamos muy separados por el pasillo. No sabíamos si nuestras canciones llegarían a oírse desde el otro lado.

—No estoy muy segura de comprenderte —dije—, pero continúa, sigue llorando por tus muertos. Eso te consolará.

—No lloro por aquellos que fueron llamados —dijo Marnie—. Están ante la Presencia y no necesitan lágrimas. Lloro por todos los que viven en esta tierra que hemos encontrado. Lloro porque... ¡Oh, tía Gail!

La muchacha se detuvo para abrazarse a mí y añadir:

—¿Y si yo fuese la única que no ha sido llamada? La única...

Acaricié sus hombros, ansiando consolarla.

—Estaba Timmy —dijo la chica, aceptando el pañuelo que yo le entregaba—. Él estaba en nuestra nave. Solamente en el último momento de despegar logramos un sitio para él, para que nos acompañara. Pero cuando la nave se deshizo y cada uno de nosotros tuvo que recurrir a su propio salvavidas, nos dispersamos como me enseñó a hacer el pequeño

Kenny el otro día. Y solamente pudieron permanecer unidos unos cuantos salvavidas. ¡Oh, cómo hubiese deseado saberlo anticipadamente!

Marnie cerró los ojos cuajados de lágrimas. Le temblaba la barbilla.

—¡Si yo supiese si Timmy está o no ante la Presencia!

Hice todo lo que pude para consolarla.

—Esta noche he celebrado un festival silencioso —dijo finalmente—. Confiando en el Poder...

—Esta también es una noche solemne para nosotros —dije—. Mañana comenzaremos a preparar nuestras cosas. Nils cree que podrá encontrar trabajo más cerca del valle.

Me detuve y suspiré hondo, para añadir:

—¡Este hubiese sido un lugar tan agradable para vivir! Todo cuanto nos faltaba era una corriente de agua y ya está aquí. Pero así es la vida en el salvaje oeste.

A la mañana siguiente, Marnie se había ido. Sobre su almohada había dejado una nota que decía: «Esperen».

¿Qué podíamos hacer? ¿Dónde podíamos buscar? Era imposible distinguir huellas en aquellas pendientes rocosas. Y Marnie no dejaría ninguna aun cuando aquel terreno fuese pura arena. Miré a Nils, desesperada.

—Tres días —dijo encolerizado—. Los acostumbrados tres días anteriores al funeral. Si no ha regresado para entonces, nos iremos.

Al segundo día de espera en aquella fantasmal ciudad, yo había ya derramado lágrimas suficientes como para rivalizar con aquel arroyo que iba ahondando más y más su cauce. Nils se hallaba en la entrada de la mina, contemplando las aguas en el mismo punto de donde habían surgido. Yo estaba agachada en un rincón, junto al arroyo y al lado de los bloques de cemento de lo que antes habían sido los cimientos de las oficinas, cuando de repente sentí la presencia de alguien. Me volví cautelosamente. Se trataba de Marnie.

—¿Dónde has estado? —le pregunté calmosamente.

—Buscando otra mina —respondió, con firmeza.

—¿Otra mina?

Mis temblorosas manos asieron a la muchacha para arrastrarla hacia mí; y, silenciosamente, nos abrazamos. Luego, la solté.

—Yo estropeé la otra —dijo Marnie, como si no se hubiese interrumpido—. Encontré otra, pero no sé si la querrán.

—¿Otra? ¿No quererla?

Mi mente funcionaba a toda velocidad cuando me puse en pie, y grité:

—¡Nils!

Su figura salió de detrás de una roca enorme, y tras detenerse unos segundos para comprobar que efectivamente éramos dos, descendió por la pendiente a grandes zancadas y luego se detuvo, jadeante, junto a Marnie. La abrazó con fuerza, y yo lloré por los dos, aunque no tan abundantemente como habría creído. Finalmente, todos compartimos mi delantal para enjugarnos las lágrimas, y luego, llenos de felicidad, tomamos asiento en el borde de nuestro porche.

—Está al otro lado del llano —dijo Marnie—. En una cañada que hay allí. Está lo suficientemente cerca para que Margin pueda seguir prosperando en el mismo lugar. Además, ahora hay aquí un arroyo.

—Pero, ¡una nueva mina! ¿Qué sabes tú sobre minería? —preguntó Nils, al mismo tiempo que se le iluminaba el rostro de alegría.

—Nada —respondió la muchacha—, pero puedo identificar cosas. Tomé estas monedas: un penique, como cobre...

Marnie me miró con expresión de disculpa, y añadió:

—Esta otra, como oro..., y este dólar, como plata.

Al mismo tiempo que hablaba mostró las monedas en la palma de su mano. Luego, añadió:

—Tu pequeña caja de caudales... Por la «identidad» de esto puedo encontrar otros metales semejantes. Cobre..., no hay tanto como en la antigua mina, pero hay «alguno» en la nueva. También hay un poco de oro, por supuesto más que en la mina vieja, y...

Marnie se detuvo para añadir, como disculpándose:

—Lo siento, pero en su mayor parte lo que más hay es plata. Muchísima más que cobre. Puede que si busco un poco más...

—¡Pero, Marnie! —exclamé—. ¡Si la plata es mejor!

—¿Hablas en serio? —preguntó Nils, con expresión de incredulidad—. ¿Crees que posiblemente hayas encontrado una mina?

—No sé nada sobre minas —repitió Marnie—. Pero sé que estos metales están allí. Los siento en todo un lado de la montaña, y también cómo profundizan en la tierra. Gran parte de ellos están mezclados con otras materias, pero son iguales al mineral que solían sacar de Margin en los carromatos de ruedas altas. Gran parte del metal es como el dólar. No sé cómo pudo criarse ahí, entre la tierra.

—Plata pura —murmuré—. Plata y oro.

—Yo..., yo podría abrir la colina para que ustedes lo viesen —sugirió Marnie tímidamente, mirando el impasible rostro de Nils.

—¡No! —respondí precipitadamente—. No, Marnie... Nils, ¿no podríamos al menos echar una ojeada?

Y así nos fuimos hasta allí, abriéndonos paso por entre los matorrales y a través de una estrecha entrada para desembocar en una cañada situada un poco más allá del llano. Deteniéndome para respirar más desahogadamente, entre dos altos peñascos de granito anaranjado, contemplé el trozo de cielo azul que se cernía sobre nuestras cabezas. Una nube blanca apareció repentinamente; pero la nube ya no se movió, sino que lo hizo la montaña de granito. Osciló, y durante unos momentos, pareció que estaba a punto de desmoronarse. Contuve una exclamación y aparté la vista del cielo para mirar a Marnie y a Nils.

Nils observó detenidamente la cañada.

—Ni siquiera sabía que esto estaba aquí —dijo—. Nadie ha registrado tierras en esta zona. Será nuestra, si es que vale la pena denunciarla. Nuestra propia mina...

Marnie se arrodilló al pie de una de las abruptas lomas que formaban la cañada.

—Aquí está la mayor parte —dijo, pasando la mano por la roca—. Está en toda la montaña, pero cerca de aquí hay algo de plata.

Miró a Nils y leyó el escepticismo en su rostro.

—En fin... —suspiró.

Se dejó caer en tierra; enlazó ambas manos y se las miró detenidamente. Vi cómo sus hombros se tensaban y que algo se movía, o cambiaba, o se iniciaba. Entonces, y a la altura de su hombro, en la rocosa superficie de la montaña, se produjo una especie de estallido, y a continuación, algo brillante cayó de la roca y se deslizó, muy caliente, hacia la arena, extendiéndose medio derretido, hasta adquirir el tamaño de un disco tan grande como la palma de la mano. ¡Un disco de plata pura!

—Ahí está —dijo Marnie, relajándose—. Se hallaba casi a flor de tierra.

—¡Nils! —grité—. ¡Mira!

Tomé el brillante objeto y volví a soltarlo inmediatamente, sintiendo que me brotaba sangre en uno de los dedos con que acababa de tocar el cortante borde plateado.

No se necesita mucho tiempo para que una ciudad se desarrolle. No, si hay una mina muy productiva y un llano ideal para construir calles rectas y comerciales. Y árboles, y colinas, y un fresco arroyo para las zonas residenciales. Los tres contemplamos el milagro

del desarrollo y expansión de Margin. Sólo de vez en cuando Marnie se asoma a la ventana, durante las horas de la noche..., para preguntarse si ella es la única..., la última que queda de su pueblo en la Tierra. Y sólo de cuando en cuando yo la miro y me pregunto de dónde provendría aquel pasmoso milagro, de dónde habría venido ese ángel ignorante.

DOMUS VITAE

MICHAEL HARRISON

Se ha dicho a menudo que un buen libro es el mejor amigo, como si de algo vivo se tratase. Y es que, de todos los objetos, tal vez sean los libros los más «vivos», puesto que transmiten las palabras de un ser humano, sus ideas y sentimientos.

Pero el libro que «protagoniza» este relato no está dotado de una simple vida metafórica...

* * *

Ya no existe la calle del Pozo Santo, ni sus pintorescas y antiguas casas de chapa y yeso, de salientes aleros y desigual altura. Lo mismo le ocurre al viejo teatro Olímpico y a la posada del Sol Naciente. Nadie podría decir hoy dónde estuvo el viejo pozo santo que diera su nombre a la calle, y ningún espíritu sería capaz de vagar por la sólida y moderna estructura de la Australia House.

Pero en 1893, cuando levantó tanto alboroto la inexplicable muerte de Rufus Hopkins, no sólo en los adyacentes Wych Street y Clare Market, sino a lo largo y lo ancho de toda Inglaterra, los sombríos parajes de San Clemente Danes parecían los más apropiados para que sucediesen tales cosas; y se creyó con toda razón que aquel asunto encerraba un siniestro misterio que aún no se ha desvelado en nuestros tiempos.

El señor Hopkins, en la época de su muerte, contaba algo más de cincuenta años y era uno de los muchos vendedores de libros que habían hecho que se diera a la calle del Pozo Santo el sobrenombre de Carrera de los Libreros. Poseía una pequeña tienda del siglo XVIII, con puerta de arco, sobre la que había unas habitaciones artesonadas donde vivía con su familia, compuesta por su esposa y dos hijos adultos.

En la investigación que siguió, las declaraciones prestadas por estas personas y por otros vecinos que habían conocido al difunto pusieron de manifiesto que el señor Hopkins no había padecido en ningún momento de su vida trastornos nerviosos ni aberraciones mentales. El negocio de librería, aunque de pequeño volumen, era sin embargo bastante firme y daba lo suficiente para atender a las necesidades de la familia. Teniendo en cuenta estas circunstancias, no existían razones para pensar que el señor Hopkins se hubiera convertido de pronto en presa de las más inquietantes fantasías, ni para que una mañana fuera encontrado súbitamente muerto.

La tienda había pertenecido a su padre, y con él empezó a trabajar Rufus Hopkins desde que abandonó la escuela, haciendo recados, catalogando las compras y llevando el diario. Luego, al ganar experiencia, atendía a las ventas y vigilaba los puestos de Petticoat Lane y Caledonian Market. Durante más de treinta y cinco años estuvo vendiendo libros en la calle del Pozo Santo, y a través de los cuarterones de vidrio de la ventana solía observar las

cabezas que se inclinaban sobre los puestos del exterior, donde vendía libros a dos peniques.

En vez de leer, solía sentarse a observar los rostros de los transeúntes. Era una distracción que jamás le cansaba. Era incalculable la cantidad de seres humanos que curioseaban constantemente en los puestos de libros a dos, cuatro y seis peniques. Entre ellos acudían eruditos en busca de algún raro ejemplar que colmara sus deseos literarios, escolares en busca de alguna ocasión, personas ilustradas a la búsqueda de las primeras ediciones del *Paraíso Perdido* o los incunables de Aldus, o simplemente paseantes ociosos.

Las caras eran siempre distintas y cuando alguna de ellas se repetía, Hopkins la reconocía inmediatamente, aunque hubiesen transcurrido años desde su última visita. A veces veía a un hombre buscando algún ejemplar curioso, precisamente el mismo que conociera hacía muchos años de muchacho, interesándose por el *Tucídides* de Bohn. El librero jamás olvidaba, y por ello llegó a ser un viejo conocido suyo un hombre alto y moreno que examinaba los títulos de los libros con gran detenimiento.

No se trataba de un hombre joven, según podía ver Hopkins; iba vestido con un largo gabán negro abotonado hasta el cuello y tocado con un sombrero de ala ancha descolorido por el tiempo. El librero no podía verle nunca la cara con claridad, ya que al estar inclinado sobre el escaparate, su sombrero le ocultaba las facciones. Pero Hopkins tenía la impresión que el rostro de aquel hombre era alargado y enjuto, igual que su figura, estirada y añosa.

Nada más empezar a trabajar con su padre, Hopkins lo vio por primera vez, y, desde entonces, aquel hombre se presentaba dos veces al año para buscar entre los libros baratos. En ocasiones llevaba libros bajo el brazo, pero en todos aquellos años no compró un solo ejemplar, ni de dos peniques, de la tienda de Hopkins, como tampoco se le ocurrió preguntar dentro de la librería por el objeto de su búsqueda, si es que en verdad buscaba algo.

Por ello, el librero se preguntaba frecuentemente por qué aquel hombre, a quien conocía desde hacía tanto tiempo, jamás había preguntado por nada dentro de su tienda. Hopkins lo achacaba a su pobreza, considerando que de no estar el libro que buscaba incluido entre los ejemplares baratos, no podría adquirirlo.

Al señor Hopkins le encantaban los misterios y aquel hombre alto y de gabán negro constituía sin duda alguna un misterio. Principalmente porque nunca se presentaba en pleno día, sino de noche, poco después de encenderse los faroles, y además, porque lo hacía dos veces al año: en junio y en octubre. Tuvieron que pasar muchos años para que el señor Hopkins notara que los días eran siempre los mismos: el 21 de junio y el 31 de octubre, y sólo algún tiempo después cayó en la cuenta que la primera fecha correspondía al solsticio de verano y la segunda a la víspera de Todos los Santos.

«Resulta curioso», reflexionaba. Pensó que en aquellas fechas era cuando percibiría sus ingresos económicos aquel hombre, pero al señor Hopkins le seguía extrañando que la segunda paga la recibiera en octubre y no por Navidad.

Si bien el señor Hopkins no estaba exento de impulsos románticos, eran tantos y tan diversos los tipos que observaba diariamente desde su ventana, que ya estaba acostumbrado a pasar por alto sus sentimientos concernientes al aspecto patético de algunos de los que rebuscaban entre los libros de dos y cuatro peniques. Y así transcurrieron muchos años antes que al señor Hopkins se le ocurriera la idea de preguntarle a aquel hombre si podía ayudarle a encontrar el libro que buscaba. Lo único que contenía al librero de abordar a su solitario visitante era el considerarle, después de todo, como a un cliente más, y también el hecho de observar en él la manifiesta timidez que frecuentemente acompaña a la pobreza.

Pero una vez tomada la decisión, Rufus Hopkins experimentó una gran ansiedad a que llegara la fecha deseada: el 31 de octubre. Decidió que preguntaría a aquel hombre lo que

buscaba, y luego, para el próximo junio, cuando le viera venir por la calle, depositaría el libro (fuera cual fuese su precio) en el escaparate de a dos peniques, de forma que el cliente pudiera verlo. Hopkins sentía gran amargura interior por haber esperado tanto tiempo para mostrarse generoso. Le hostigaba un leve remordimiento al pensar que el libro que buscaba aquel hombre podía haber estado arrinconado en uno de sus estantes interiores al precio de un chelín, ¡el mismo libro que durante tantos años había estado buscando ávidamente aquel pobre anciano!

«Rufus —se dijo a sí mismo—, te estás haciendo duro de corazón a medida que envejeces.»

Y así llegó a la decisión que si encontraba el libro que buscaba aquel anciano lo compraría a cualquier precio.

Todos aquellos que hayan planeado esta clase de pequeñas y felices estratagemas, sorpresas o como se les quiera llamar, comprenderán la ansiedad con que Rufus esperaba la vigilia de Todos los Santos. Así pues, pronto empezó a temer que no se presentara aquel hombre, o que ese año eligiera otro día en que él no estuviera en su tienda. Abrigaba una docena de fantásticos temores que le impidieran ejecutar su buena acción.

Pero la noche en cuestión —una noche oscura y lluviosa—, justamente antes de las ocho, el anciano se presentó ante el escaparate. Rufus apenas podía contener la impaciencia para permitir a aquel hombre que rebuscara entre los libros.

Desde junio, Hopkins había instalado en la puerta de su tienda una luz de arco para facilitar el comercio nocturno, y ahora, bajo su resplandor blanco y azul, la pobreza de aquel hombre resultaba más patente. Su gabán estaba zurcido y remendado y el gran sombrero negro aparecía cubierto de mugre. Era alto, pero patéticamente encorvado, y se acercó a los libros con un paso que denotaba cansancio y desesperación.

Rufus le observó desde la ventana con la ansiedad de un gato, temeroso a que aquel hombre le descubriera y se sintiera cohibido. Pero tenía la cabeza inclinada hacia los libros y el ala del sombrero ocultaba su rostro.

Sus largos y blancos dedos revolvieron los libros una y otra vez, hasta que la encorvada figura se dispuso a marchar de allí. Era el momento largamente esperado. Hopkins, tragando saliva con inexplicable nerviosismo, abrió la puerta de par en par y con tal violencia, que hizo enloquecer la campanilla tintineando y agitándose desenfrenadamente en su fleje curvo.

Hablando más tarde del asunto, Rufus le dijo aquella misma noche a su mujer que, cuando se acercó a la alta figura del anciano, de pronto experimentó un inexplicable disgusto hacia todo aquello y sintió un intenso deseo de dejarle marchar. Pero el momentáneo recuerdo de sus buenas intenciones le hizo vencer su timidez y entonces dio un golpecito en el brazo de aquel hombre.

—Discúlpeme —le dijo.

El anciano se volvió, y Rufus quedó mudo al ver su viejo y patético rostro. Durante un buen rato se quedó contemplando aquel demacrado semblante, sin acordarse de lo que iba a hacer. Por fin, dijo:

—Discúlpeme, señor; pero le he visto a usted tan a menudo buscar entre los libros, que pensé que tal vez podría ayudarle si desea alguno en particular.

Los febriles ojos del anciano parecieron arder dentro de sus órbitas mientras el librero decía aquello. Luego, respondió:

—Gracias, pero..., bueno, yo sólo puedo comprar libros baratos.

Hopkins dejó escapar una risita nerviosa.

—Bueno —dijo con una jocosidad que no sentía—, después de todo, entre los amantes de los libros existe cierta camaradería, y yo tengo dentro docenas de ellos.

Mientras decía esto, le agarró por el brazo y ambos entraron en la tienda, donde Hopkins le ofreció una silla.

—Tome asiento. Nadie vendrá ahora.

El anciano se sentó en la silla emitiendo un suspiro y plegó las blancas manos sobre la empuñadura de su bastón.

—Y ahora —se apresuró a preguntar Hopkins, frotándose las manos—, veamos qué podemos hacer.

El anciano esbozó una sonrisa y echó una mirada a su alrededor.

—Esto no ha cambiado mucho —dijo.

Rufus, que en aquel momento iba a tomar la escalera, se volvió bruscamente.

—¿Quiere decir que ha estado usted aquí anteriormente?

—Sí, hace muchos años.

El librero asintió con la cabeza.

—¡Ya lo creo! —exclamó—. Yo diría que no fue en mis tiempos. Y llevo aquí treinta y cinco años.

—No —repuso el anciano—. Fue antes que usted viniera.

Hopkins, sujetando la escalera con una mano, hizo un movimiento amplio con la otra para señalar sus existencias.

—Y ahora dígame cómo se llama el libro que busca.

Aguardó mientras el anciano consultaba un librito de notas.

—El título es *Domus Vitae* —respondió—. Fue escrito por un inglés llamado Edward Chardell y publicado por los Van Epp.

—¿De Amsterdam?

—Sí. ¿Lo conoce usted?

—No —dijo Hopkins—, nunca oí hablar de él; pero conozco a los hermanos Van Epp.

El anciano sacudió la cabeza.

—Me lo temía —respondió, y se puso en pie para marcharse.

—Espere un poco —dijo Rufus—. El catálogo no está hecho sólo por mí. También participa en ello mi ayudante y yo no conozco todos los libros que hay aquí.

Estuvo buscando afanosamente en sus estantes durante unos minutos.

—Parece que no lo tenemos —dijo, volviéndose hacia su visitante.

—Sí. Ya imaginaba que no lo tendría. Es un libro muy raro.

El librero descendió de la escalera de mano y se acercó a su pequeña mesa de despacho.

—Tomaré nota de ello —dijo—. Nunca se sabe.

Escribió en su libro de notas, leyendo en voz alta:

—*Domus Vitae*, de Edward Chardell. Publicado por Van Epp, Amsterdam. ¿Qué año?

—Mil setecientos cincuenta y tres.

El librero apuntó la fecha.

—Es un libro pequeño —dijo el anciano—, en dozavo..., y los veinticuatro ejemplares impresos fueron encuadernados por los propios Van Epp. Así pues, podrá usted encontrarlo en su encuadernación original de vitela, con las armas de Lord Edward Sempiter, protector de Chardell, grabadas en oro sobre su portada.

—¡Sempiter! —exclamó Rufus, arqueando las cejas al oír ese nombre.

—¿Sabe usted algo de él?

Hopkins meneó la cabeza.

—No mucho. Únicamente que era miembro del club del Fuego del Infierno, en cuyas memorias se habla de la perversidad de Sempiter.

Se hizo un profundo silencio y Rufus levantó la vista de su escritura para encontrarse con la mirada de fuego de aquel hombre clavada fijamente en él.

—No era perversidad. Era desprecio, si usted lo prefiere, hacia los ruines convencionalismos y prejuicios..., ¡pero no perversidad!

Rufus cerró su libro.

—Buscaré ese libro de Chardell —dijo—. ¿Está en inglés?

—No todo; parte de él está escrito en latín.

—Comprendo. Y ahora, señor...

El anciano miró al librero antes de responderle, y, según aseguró Hopkins después a su esposa, empezó a pronunciar un nombre que comenzaba por «Ch»; luego, sacudió la cabeza y dijo:

—Sempiter.

Rufus miró el anciano, como preguntándose si habría oído bien, pero su visitante asintió con la cabeza.

—En efecto, Sempiter. Lord Edward Sempiter fue mi..., fue un antepasado mío.

Hopkins anotó en su libro: «31 de octubre de 1892. El señor Sempiter se interesó por *Domus Vitae*, de Edward Chardell».

Desde su mesa, preguntó:

—Señor Sempiter (y al decir esto, pareció cruzarse una fugaz sonrisa por aquel blanco rostro), se me ocurre pensar que a lo mejor encontramos ese libro, faltándole la portada y el título. ¿Podría usted darme una idea de su contenido a fin de reconocerlo mejor?

Y al llegar aquí, pareció también que el señor Sempiter iba a decir algo y luego cambió de opinión, por que comenzó diciendo:

—Chardell me dijo... —y continuó—: Quiero decir que Chardell asegura en su libro que la vida es inmortal, no tanto en el tiempo como en la esencia. Este libro, *La Casa de la Vida*, se publicó cuando Chardell yacía agonizante, y en él están contenidos los resultados de los experimentos e investigaciones cuidadosamente realizados a lo largo de toda una vida. Dice —explicó el anciano— que la vida existe fuera e independientemente de la creación, e independiente también de los accidentes llamados nacimiento o muerte. Alega que la vida (por lo cual él entiende conciencia y volición) puede instalarse, y de hecho así ocurre, en los objetos tanto animados como inanimados. En una casa, un libro.

Rufus sacudió la cabeza.

—¿Lo duda usted? —preguntó el anciano.

—No. Sólo estaba reflexionando.

—Por ejemplo —continuó Sempiter—, ¿cree usted en lo que comúnmente se denomina fantasmas?

—Nunca he visto ninguno —dijo Rufus.

—¿No? Pues eso es un fantasma. El paso de la conciencia desde un objeto animado a otro inanimado; una simple alteración del *locus*, eso es todo. Yo estoy sorprendido, sin embargo, del hecho que no haya aquí un espectro.

—¿Aquí? —preguntó Rufus, inquieto.

—Sí, en la calle del Pozo Santo, número 20... ¿Ha oído hablar de Digby Gascoigne, amigo de Byron?

—Sí. Tengo aquí sus poemas —dijo el librero, volviéndose hacia un estante que tenía tras él—. Aquí están.

Tomó un delgado volumen de tafilete verde y se lo entregó a Sempiter, quien lo abrió y comenzó a leer en voz alta:

A quienes por lograr lo mejor nos hemos esforzado,
en sueños, maldades y tonadas,
el crepúsculo ahora nos encuentra oprimidos,
obsesionados con recuerdos de felicidad pasada.

Henos aquí en silencio, cruzadas las manos,
en silencio, sobre la última cresta solitaria
de un temporal océano;
reflexionando en torno a luchas, heridas abiertas
y perspectivas adversas de eternidad.
Henos aquí, quienes compartimos los pensamientos,
igual que compartimos los alimentos.

—¡Oh, sí, cuán propio es esto de Gascoigne! —comentó el anciano—. Me pregunto por qué no ha vuelto, con tanto que dejó sin terminar y por qué se iría tan fugazmente.

Rufus no dijo nada, y el anciano preguntó:

—¿Ha leído usted esos versos?

—Una o dos veces.

Meneó la cabeza dubitativo.

—¿Y no le ha sentido nunca junto a usted?

—No —respondió el librero, un poco inseguro—. ¿Por qué tendría que sentirlo?

—Sepa que murió aquí —dijo Sempiter—. Se ahorcó en esta tienda.

Se levantó trabajosamente de su silla, y Rufus, para cambiar tan desagradable tema, dijo:

—Señor Sempiter, encontraré su libro, aunque tenga que preguntar a todos los libreros de Londres. Le espero a usted el 24 de junio, como de costumbre.

El anciano, que se dirigía caminando lentamente hacia la puerta, se detuvo en seco.

—¡El 24 de junio! —susurró—. ¿Cómo es posible que lo sepa usted?

Sus febriles ojos parecían penetrar ardiendo en el cerebro de Hopkins. El librero tartamudeó:

—Le he visto a usted muy a menudo por esa fecha.

El anciano pareció relajarse. Prosiguió su marcha, saliendo por la puerta que Hopkins mantenía abierta, y a medida que se alejaba por la calle del Pozo Santo, el librero creyó oírle murmurar:

—La noche de Walpurgis...[1] Me pregunto si sabrá eso.

Lo curioso acerca del libro tan buscado por el señor Sempiter fue que mediante el anuncio publicado en el periódico, el librero consiguió dos ejemplares aquella misma semana. Ambos estaban en perfectas condiciones, y uno de ellos tenía incluso sin cortar algunas páginas; pagó siete chelines con seis peniques por uno y diez chelines por el otro.

La misma mañana en que llegaron, el librero se sentó en su tienda y comenzó a leer el *Domus Vitae* de Edward Chardell. Hopkins describió posteriormente sus emociones a su esposa, la cual trató de referírselas más tarde al investigador del caso.

Abrió el libro con interés, cosa muy explicable, y comprobó que era exactamente como lo había descrito el señor Sempiter y estaba impreso con la elegante tipografía que caracterizaba a todas las obras de los Van Epp. Se trataba de un libro delgado; constaba de treinta y dos páginas en dozavo y contenía cuatro grabados en media tinta.

Lo subió a su casa para que lo viera su esposa, y ambos se pusieron a examinar los grabados.

—¡Tira esa porquería! —dijo la señora Hopkins—. ¡Nada bueno puede traernos el tener eso aquí!

La señora Hopkins repitió sus mismas palabras durante el interrogatorio, encontrando en ellas esa especie de presciencia con que la mujeres están siempre tan dispuestas a acreditarse.

El investigador le pidió, tal vez un poco innecesariamente, que describiera la naturaleza de los grabados, pero la señora Hopkins fue totalmente incapaz de hacerlo. A fuerza de delicados interrogatorios, se supo que los grabados no eran obscenos en el sentido ordinario; eran más horripilantes que lascivos. Según explicó la mujer del librero, «una mirada le bastó para no querer verlos más».

Pero en la tienda, su esposo había tenido tiempo para examinarlos a conciencia una vez vencida la repugnancia inicial, no menos intensa que la de ella. Según le confesó a su esposa, el señor Hopkins había considerado aquellos grabados como la más extraordinaria composición que jamás conociera, pese a que cada año pasaban por sus manos miles de libros ilustrados.

El frontispicio, por ejemplo, mostraba a un hombre y una mujer sentados a la mesa en una lujosa y tétrica habitación, y, con la expresión de un deseo animal plasmada en sus rostros, estaban devorando el cuerpo de un niño.

Pero tan horrible como su festín era el horror inefable y deliberado que flotaba en toda la escena; como si la infamia del horrible banquete no radicara en el hecho mismo, sino en su *propósito*.

Los otros tres grabados eran variaciones sobre el mismo tema. En uno, dos plantas se habían enroscado a una tercera; en otro, dos escorpiones estaban atacando a una mariposa. En el tercer grabado, dos niños (si así se podía llamar a tan horrorosos infantes) estaban devorando el cuerpo de un gato. Todos ellos estaban impregnados de ese horror que se halla muy por encima del espanto propio de lo representado en la escena. Bajo cada grabado se veía la leyenda siguiente: «*Mors domus vitae*» («La muerte es la mansión de la vida»).

Era tal la fascinación producida por el libro en el señor Hopkins, que cada mañana lo abría y leía un trozo. Pero después de llevar un mes leyendo, el librero no sabía más que cuando lo leyera por primera vez. Entendía, por supuesto, lo que Chardell estaba diciendo. El tema era simple y claramente interpretado. En poesía, Wordsworth había dicho lo mismo en estas líneas:

> *Nuestro nacimiento no es más que un sueño y un olvido:*
> *el alma que surge con nosotros, la estrella de nuestra vida,*
> *tiene en otra parte su ocaso*
> *y viene de muy lejos...*

Alegaba Chardell que nuestra existencia corpórea era solamente una de tantas; pero aseguraba (y aquí difería de aquellas religiones que afirman algo similar) que nuestras transmigraciones sólo son cambios de *sede* y no cambios de *estado*. Es más, insistía en que la verdadera vida es la *conciencia* y que igual que un cuerpo puede vivir sin la conciencia (como ocurre en el sueño, en catalepsia y en la idiocia), también puede existir la conciencia sin un cuerpo material que la contenga. Para él, en realidad, la conciencia era un ente no menos material que nuestro cuerpo y capaz de llevar una existencia independiente.

Hasta aquí todo iba bien. Era una factible mezcla de Platón, Paracelso, Tomás de Aquino, Swedenborg y Joseph Granville, y el señor Hopkins quedó realmente impresionado.

Pero había algo muy curioso en torno al libro, según le dijo a su esposa, y era que parecía insinuar, de manera bastante extraña, que existía algún significado oculto detrás de todas aquellas claras palabras. Con frecuencia se había visto el librero tratando de separar dos páginas, sólo para percatarse que no había dos hojas juntas. Tan fuerte era la impresión sentida por el librero de haber pasado algo por alto, que hasta trató afanosamente de separar una sola hoja.

Y esto no había sucedido una sola vez, sino varias.

Continuó, no obstante, leyendo el libro, y a finales del segundo mes llegó a ser una certeza para él la creencia que existía algún significado oculto. Se dio cuenta, particularmente, que entre las páginas 28 y 29 había una clara cesura; que el sentido quedaba cortado aunque siguieran las páginas.

Tomó nota de ello, y, haciendo un esfuerzo para identificar sus pensamientos con los del autor, advirtió que podía marcar en el libro una docena de lugares en los que, al parecer, Chardell había tenido que omitir algo y continuar. Al leer aquella obra con detenimiento, el librero llegó a la conclusión que el libro no era más que una versión mutilada de un original en el que Chardell había expuesto toda su doctrina.

Y nuevamente le pareció a Hopkins, a medida que resolvía estas interesantes cuestiones, que una influencia extrapersonal estaba actuando para ayudarle a resolver el problema de las lagunas.

Se le ocurrió pensar que el libro pudiera estar en clave y leyó muchas obras sobre criptografía y escritura oculta, aplicando todo lo que averiguó a la resolución de aquel oscuro enigma. Pero dedujo, después de varios días de trabajo, que no se había empleado ninguna clave en la escritura de *Domus Vitae*.

Fue por entonces cuando la señora Hopkins, según sus declaraciones, comenzó a preocuparse por su marido. Tal y como manifestó en el interrogatorio, no es que sufriera trastornos ni durmiera sobresaltado, sino que parecía poseído por una obsesión, y demostraba poco interés por todo lo que no fuera el libro. Pero eso no significaba que fuera desgraciado. Estaba plenamente absorto por la resolución de un misterio que consideraba de primera magnitud, y para él las horas pasaban rápidamente cuando se hallaba sentado con el lápiz en la mano ante aquel libro, eternamente abierto.

Luego se le ocurrió dedicarse a rellenar él mismo las lagunas existentes: empezaría a leer lentamente, en voz alta, y siempre que tropezaba con una elisión, intentaría descubrir cuáles habían sido las intenciones del autor.

Tomó una hoja de papel y empezó a leer las palabras que ya conocía tan bien. En seguida pareció que estaba recitando de memoria (una memoria salida de los años olvidados) y a su mente acudieron recuerdos de una oscura grandeza, como la que se vislumbraba en los grabados del libro. Casi sin intervenir su voluntad (ciertamente sin demasiada reflexión) se puso a escribir. Vertiginosamente, su lápiz llenó un cuarto de página, y luego otro y otro...

Cuando hubo terminado leyó lo que había escrito, y, levantándose, se acercó al fuego con la cara pálida, temblando, y depositó las tres hojas que había garabateado dentro de la pequeña estufa de hierro, después de despedazarlas. Pero un trozo de una de ellas cayó sobre el piso y fue descubierto antes de la investigación. En aquel papel había escrito:

> «...De manera que es como Sempiter dice: un libro, una imagen, una joya..., todo ello es susceptible de alojar la esencia viviente que hay más allá de la vida. Así, cuando mi cuerpo yacía agonizante, la esencia vino a mí a fin de facilitar un lugar de reposo a ese espíritu que se estaba escapando para emprender un nuevo viaje. Por ello escribí estas líneas para que...»

Después de aquello, Hopkins tomó el libro y lo depositó con el otro ejemplar gemelo en uno de los estantes más altos de la tienda. Por lo que se sabe, nunca más volvió a mirarlo.

Cuando su esposa le preguntó cuánto pensaba cobrar al anciano por la venta del libro, Hopkins se estremeció y dijo:

—¡Que le haga buen provecho!

Es de suponer que el viejo señor Sempiter se presentara a recoger su libro la víspera de San Juan, porque sólo se encontró un ejemplar en la tienda después de la muerte del librero. La señora Hopkins recordaba que aquella noche oyó sonar la campanilla de la puerta alrededor de las nueve y a su marido que hablaba con alguien, pero no le dio importancia.

Según dijo al investigador, cuando su esposo subió a cenar parecía «muy sosegado».

El investigador del caso dijo que esperaba que el señor Sempiter pudiera arrojar alguna luz sobre el asunto, y que había ordenado aplazar el proceso hasta que se localizara al testigo; pero la búsqueda no había tenido éxito. A decir verdad, las indagaciones efectuadas en los documentos correspondientes demostraron que el último Sempiter había muerto en el siglo XVIII, y era el mismo Lord Edward Sempiter que había pertenecido al club del Fuego del Infierno.

El investigador observó que posiblemente se trataba de un nombre supuesto. Entonces prosiguieron las investigaciones sobre la causa de la muerte. El médico forense, al presentar su informe, manifestó que Hopkins parecía haber sido víctima de un síncope cuando estaba en lo alto de la escalera de mano, y que los traumas hallados en su cabeza se debían a su caída desde la susodicha escalera. Al parecer se había levantado muy temprano, sin despertar a su esposa, y estaba alcanzando un libro —*Domus Vitae*— de un estante cuando sufrió el ataque y cayó.

Contestando a una pregunta del investigador, el patólogo admitió que no se explicaba el hecho que el cuerpo del fallecido estuviera casi totalmente exento de sangre. Mencionó algunas raras enfermedades orientales, pero fue incapaz de explicar la forma en que el señor Hopkins pudiera haber contraído alguna de ellas.

La otra cosa extraña fue el inconmovible testimonio de la señora Hopkins. Dijo que había sido despertada por el ruido que había hecho su esposo al caer, y cuando bajó corriendo a la tienda se lo encontró muerto. Estaba segura que el culpable de todo era el libro, e intentó destruirlo.

Lo tomó y, con un insuperable horror, lo arrojó violentamente lejos de ella. Y jura que, mientras tuvo el libro en su mano, éste parecía latir «igual que un corazón viviente».

EL MONSTRUO OPORTUNO

LESLIE CHARTERIS

Leslie Charteris no necesita presentación para el lector hispano. Su personaje el Santo, mezcla de James Bond y Sherlock Holmes, ha protagonizado una de las series de TV más populares en nuestro país.

En este relato (algunos lectores recordarán el telefilme para cuyo guión sirvió de base) asistimos al enfrentamiento de dos mitos: uno televisivo (Simon Templar) y otro algo más «*clásico*»*, el monstruo de Loch Ness.*

* * *

—Por supuesto —dijo el inspector Robert Mackenzie, de la policía de Inverness, marcando extraordinariamente la «s»—. Ya sé que sólo se halla en Escocia como turista y no por deseos de verse mezclado en problemas policíacos.

—Tiene usted toda la razón —contestó el Santo, sonriendo.

Estaba tan acostumbrado a este tipo de introducción, que su monotonía, a veces se le hacía tediosa; sin embargo, el inspector Mackenzie llevó la conversación con tal cortesía que casi pareció expresar una bienvenida oficial. Era éste un hombre de constitución fuerte y aspecto agradable. Poseía unas manos enormes, de color rosáceo y los ojos grises eran pequeños y brillantes; el pelo, de color pajizo, estaba cuidadosamente peinado sobre la calva. Recordaba de tal manera al tradicional policía inglés, que Simon Templar sintió inmediatamente por él un afecto nostálgico. A excepción de una llamada del jefe de inspectores Claud Eustace Teal en persona, nada podía haberle recordado tanto los buenos tiempos; por otra parte se sentía satisfecho del hecho que, incluso después de tantos años y encontrándose tan lejos, no hubiera desaparecido por completo del aura de Scotland Yard.

—Así que supongo —continuó Mackenzie— que no debe estar interesado en misterios locales.

—¿Y cuál es su misterio? —preguntó Templar—. ¿Es posible que les haya robado alguien el lechón que estaban engordando para su banquete anual?

El inspector soportó esta broma con la misma dignidad con la que hubiera reaccionado un escocés al que le hubiesen preguntado qué vestía debajo de la falda.

—Posiblemente se trata del monstruo de Loch Ness —indicó el inspector, con gravedad.

—Me está bien empleado —contestó el Santo, de buen humor—. Al fin y al cabo, he sido yo quien ha comenzado a bromear. Sin embargo, es usted el primer policía que ha tratado de tomarme el pelo. ¿Acaso no conocía usted mi fama respecto a que suelo ser yo el que lo hace?

—No estoy haciendo un chiste —explicó Mackenzie, ofendido.

El Santo lo miró con sorpresa.

A partir de la primavera de 1933 se sucedieron varios testimonios dignos de crédito que afirmaban haber visto en Loch Ness una criatura monstruosa, cuya existencia había sido hasta entonces una leyenda típica de la región, que perduraba desde tiempos antiguos, pero que muy pocas personas de este siglo, y no demasiado dignas de confianza, habían afirmado ver. Las descripciones variaban en los detalles, como es común en cualquier testimonio, pero, sin embargo, parecían estar de acuerdo en que la bestia medía aproximadamente nueve metros de longitud y podía nadar a una velocidad de casi treinta nudos; era de un color gris oscuro, de cabeza similar a la de un caballo, que se asentaba sobre un cuello largo y de forma cónica, con una gran movilidad que, especialmente en la cabeza, parecía recordar la de una gallina asustada; todos estaban de acuerdo en que este animal no admitía clasificación entre ninguno de los conocidos por la historia natural moderna.

Estas noticias fueron confirmadas en diciembre por una fotografía en la que se veía un reptil de forma extraña deslizándose sobre el agua; había sido obtenida por un empleado de la British Aluminium Company que poseía una fábrica en los alrededores de Loch Ness. Varios expertos certificaron que el negativo no había sido falsificado ni retocado en forma alguna, lo que provocó grandes titulares en los periódicos.

Quince días después un diario londinense tenía ya un corresponsal dispuesto a publicar la historia en colaboración con un famoso cazador. Se encontraron varias huellas de pisadas, de las que se hicieron moldes, y antes que el año nuevo hubiese cumplido tres días, habían sido identificadas por varios expertos zoólogos del Museo Británico, como hechas con la pata trasera derecha de un hipopótamo disecado. Tras la publicidad que este

suceso alcanzó en toda la nación, el tema se convirtió en cómico y la incredulidad aún coloreaba los vagos recuerdos que el Santo tenía del hecho.

Pasó un rato antes que Templar lograse convencerse del hecho que la cara seria del inspector no formaba parte de una tomadura de pelo al estilo escocés.

—¿Y cuál es el delito que ha cometido el monstruo? —preguntó Simon, con una expresión tan grave como la de Mackenzie.

—Se sospecha que hace pocos días robó y se comió un cordero. Más aún, es muy posible que la noche pasada haya matado un perro.

—¿Dónde ha ocurrido?

—La oveja pertenecía a Fergus Clanraith; es el dueño de una granja que bordea el lago y que se encuentra detrás de Foyers. El perro pertenece a sus vecinos, una pareja cuyo nombre es Bastion, que proceden del sur de Inglaterra y que se instalaron aquí el verano pasado. Todo esto se encuentra a unos cuarenta kilómetros de aquí, si es que puede perder el tiempo que le tome acercarse.

El Santo suspiró. A veces pensaba que ya había pasado por todo, incluso para un hombre que tenía el don de encontrarse tan a menudo con lo extraordinario. Sin embargo, parecía que siempre existía algo aún más extraño esperando para enredarle.

—De acuerdo —dijo con resignación—. Me he visto envuelto en las cosas más extrañas que usted pueda imaginar, así que realmente no tengo por qué dejar de hacerlo en estos momentos. Voy con usted.

Simon pagó la cuenta del hotel y tomó su propio coche, puesto que pensaba continuar viajando durante todo el día y de todas formas no le importaba gran cosa dónde parar. Siguió al viejo coche de Mackenzie saliendo del pueblo y tomaron la carretera que bordea el lado oriental del río Ness, y a los pocos minutos la mole gris del pueblo se perdió de vista y se encontraron entre la verde y dorada luz del campo.

La carretera seguía casi exactamente los meandros del río y del Caledonian Canal, concediendo, sin embargo, pocas veces la vista de las siete compuertas construidas para elevar las barcazas al lago. En cuanto llegaron a Dores, se extendió por primera vez ante su vista el lago Ness en toda su amplitud.

El gran Glen escocés cruza la región diagonalmente en dirección nordeste-sudoeste, dando la impresión que un gigante hubiese tratado de separar su parte alta de las profundas depresiones naturales formadas por el lago Linnhe y el Firth de Beauly. En el mapa que Simon había visto, la cadena de lagos se extendía casi en línea recta y tan continua, que tuvo que mirar dos veces para asegurarse del hecho que aquello no era en realidad un canal que se dirigía del mar Oriental al Occidental. El mismo Loch Ness, que era tremendamente largo, casi cincuenta kilómetros, y que sin embargo no solía alcanzar más de mil seiscientos metros de anchura, no parecía sino un ensanchamiento de este canal que desembocaba en ambos mares.

No obstante, el paso no debía ser utilizado por demasiados buques, puesto que no había ningún barco a la vista esa tarde. Con el agua tan tranquila como la de un estanque y los campos y árboles extendiéndose desde sus orillas, así como un cielo azul punteado de trecho en trecho por nubes algodonosas, era un lugar tan bonito como el que hubiera podido desearse para una postal, y desde luego se respiraba una paz que no cuadraba en absoluto con el horror que la leyenda traía desde las brumas de la antigüedad.

Durante veinte minutos de marcha al paso tranquilo marcado por el coche de Mackenzie, la carretera seguía paralela al borde del lago y apenas elevada sobre el nivel de éste. La orilla opuesta se curvaba suavemente hasta conformar la tranquila belleza de la bahía de Urquehart, con su antiguo castillo elevándose gris y austero en uno de los extremos, retornando luego a su anchura original y uniforme. Poco después, tras la afortunadamente breve visión de la antiestética fábrica de aluminio, la carretera se

desviaba hacia el sur, cruzando la pequeña aldea de Foyers y se dirigía zigzagueando hacia el valle formado por uno de los cristalinos arroyos que alimentaban el lago.

Unos minutos más tarde, Mackenzie se introdujo en un camino estrecho que daba la vuelta a una colina, bajando después para descubrir de nuevo el lago en toda su magnitud. En aquel punto, la carretera pasaba ante la primera de dos casas que, aunque estaban alejadas una de otra, no distaban del lago más de un tiro de flecha. Ambas se destacaban con igual dureza sobre las suaves colinas y aparecían con el mismo tono oscuro, austero y carente de gracia que el pueblo y el resto de los edificios que Templar había visto en Escocia; un país en el que los arquitectos no parecían estar a la altura de la belleza del paisaje, sino que parecía que querían competir en la construcción de combinaciones de piedra y ladrillo cada vez más feas. Era ésta una paradoja ante la cual no había logrado elaborar una teoría factible, y tras muchos intentos, había decidido no preocuparse más de ello.

Junto a la primera casa estaba un hombre cavando en el huerto; llevaba una camisa sucia y pantalones de pana y levantó la vista al oír acercarse la vieja barcaza del inspector Mackenzie. Era un hombre bajo, pero de constitución fuerte, y tenía un pelo tan rojo que parecía llamear con la puesta de sol.

Mackenzie salió del coche e invitó a Simon a seguirle. Cuando el Santo los alcanzó, el hombre del pelo rojo estaba ya charlando con el inspector.

—Sí, ya he ido a ver los restos del perro. Y es bastante más que lo que dejaron de mi pobre oveja.

—Pero, ¿le parece que la causa de las dos muertes ha podido ser la misma?

—No puedo contestarle a eso. No soy detective. Pero recuerde que no fui yo el que culpó al monstruo de haber robado mi cordero. Fue idea de los Bastion, lo que muy bien pudo ser una excusa para evitar que yo les preguntase si habían sido ellos los últimos en verlo. Si hubiese sucedido así, no me extrañaría demasiado que lo hubiesen visto a la hora de comer. Apostaría cualquier cosa a que no existe tal criatura.

Mackenzie le presentó al Santo.

—Fergus, me gustaría que conociese al señor Templar, quien posiblemente me ayudará en esta investigación.

Clanraith le saludó con un apretón de sus manos callosas mientras le taladraba con sus ojos profundos.

—No parece usted policía, señor Templar.

—Procuro no parecerlo —contestó el Santo, en tono neutro—. ¿Quiere usted decir, por lo que le estaba contando al inspector, que no cree en la existencia del monstruo?

—Yo no he dicho tal cosa.

—Entonces, aparte de otras consideraciones, ¿cree usted en la posibilidad de su existencia?

—Puede ser que exista.

—Viviendo en el sitio en que tiene usted su casa, cualquiera creería que ha tenido usted bastantes oportunidades de haberlo visto. Suponiendo que existiese, claro está.

El granjero miró a Simon con aire de sospecha.

—¿No será usted un reportero por casualidad, señor Templar?

—No, no lo soy —le aseguró Simon, aunque el otro no pareció demasiado convencido.

—Oiga usted, cuando alguien dice haber visto monstruos, es muy posible que incluso sus mejores amigos se pregunten si no ha tomado una copa de más. Si yo hubiese visto algo, puede tener la seguridad a que no lo hubiera comentado con extraños, puesto que no me gusta ser objeto de las risas de nadie.

—Sin embargo, admitirá —le interrumpió Mackenzie—, que no es muy normal encontrar a un perro en las condiciones en que estaba éste.

—Yo sólo digo —concedió Clanraith— que es extraño que nadie haya oído ladrar al perro, ni siquiera lanzar gemidos.

En la mente del Santo apareció la imagen de un ser amorfo y terrible, deslizándose suavemente por el agua oscura y apareciendo junto a un rebaño que dormía tranquilamente, sin que ninguno de los animales lo advirtiera.

—¿Quiere decir que puede no haber tenido ni siquiera la oportunidad de gemir?

—Yo no digo nada —manifestó Clanraith, con cautela—, pero era un buen perro guardián.

Mientras hablaban, había salido una muchacha de la casa y se había acercado a ellos. Tenía el pelo rojizo de Fergus Clanraith y sus ojos verdosos; sin embargo, la piel era sonrosada y blanca, en contraste con la de él, que estaba curtida por las inclemencias del tiempo, y sus labios eran carnosos mientras éste los tenía delgados. La chica medía casi un palmo más que Clanraith y su figura se redondeaba justo en los sitios apropiados.

Ella intervino en la conversación:

—Es cierto. El perro ladraba incluso cuando me veía, pese a que somos vecinos.

Tenía la voz suave y bien modulada, con sólo un leve y agradable tinte del acento campesino de su padre.

—Esto sólo viene a confirmar, Annie, que si fue una persona la que lo mató, el perro tenía que conocerla todavía mejor que a ti.

—Pero es increíble que algún ser humano fuese capaz de hacer una cosa así a un perro conocido, y mucho menos si el perro hubiera sido suyo.

—¿Ven ustedes? Esto es lo malo de haber dejado que la chica se educase en el sur. Ha olvidado muy fácilmente lo que los ingleses hicieron a escoceses honrados no hace todavía demasiado tiempo.

Los ojos de la muchacha no se habían separado mientras tanto, con cierto interés cándido, de la figura del Santo, y fue a éste a quien se dirigió al hablar.

—Padre hubiese deseado luchar por Bonnie Prince Charlie. Le complace que trabaje con el señor Bastion, porque de esta forma vivo en casa y al mismo tiempo puedo cuidarle; pero piensa que soy culpable de fraternizar con el enemigo.

—Continuemos con nuestra conversación. Eso ya tendremos tiempo de discutirlo —intervino Mackenzie—. Veamos si el señor Templar tiene más preguntas que hacer.

Había algo en la mirada de Annie que quería expresar su deseo a que el Santo preguntase algo, y Simon parecía compartir la idea. Ciertamente, no se había imaginado encontrar a nadie tan atractivo como Annie entre los personajes de esta nueva aventura, y empezó a sentir un poco más de interés en el asunto que le haría interrumpir su viaje. Aún pudo verla de pie, junto al seto, por el espejo retrovisor y observó cómo ella miraba el alejarse de los coches incluso después que Clanraith hubiese reanudado su trabajo. Unos trescientos metros y varias curvas después, Mackenzie se introdujo por un portón de piedra y paró el automóvil en la explanada que se encontraba frente a la segunda casa. Simon paró tras él y después le acompañó hasta la puerta, que se abrió casi inmediatamente, surgiendo de ella un individuo alto y delgado vestido con un suéter y anchos pantalones de franela.

—Buenas tardes, señor —dijo el detective cortésmente—. Soy el inspector Mackenzie, de la policía de Inverness. ¿Es usted el señor Bastion?

—Sí, yo soy.

Bastion tenía una cara huesuda y una nariz aguileña. Su pelo negro y largo, con ligeras manchas grises, estaba realzado por un enorme bigote que le daba cierta apariencia militar. Sus ojos negros se dirigieron inquisitivamente al Santo.

—Éste es el señor Templar, que coopera conmigo en esta investigación —explicó Mackenzie—. El policía que estuvo aquí esta mañana me telefoneó explicándome lo que usted le había enseñado; sin embargo, desearíamos poder comprobarlo.

—Por supuesto. Acompáñenme, por favor.

Les condujo alrededor de la casa atravesando un jardín de inspiración francesa que se encontraba a su espalda, y tras cruzar un pequeño huerto junto al cual se extendía un trozo de césped que llegaba hasta el agua, apareció ante su vista una playa de guijarros. A ambos lados de la pequeña playa, la tierra se elevaba hasta formar una especie de cuenco que permitía un fácil acceso al agua. La senda que acababan de recorrer conducía a un pequeño y rústico embarcadero, atado al cual se encontraba un desvencijado bote, y en la zona de tierra que había a uno de los lados del embarcadero se podía ver un bulto cubierto con un viejo saco de patatas.

—No he tocado nada, tal como me pidió el policía —explicó Bastion—. Lo único que he hecho ha sido cubrirlo.

Se inclinó y levantó el saco con cuidado.

—¡Pobre bestia! —murmuró Mackenzie, al ver lo que se encontraba debajo.

Había sido un enorme perro de raza indeterminada, cuyo mayor parecido se podía encontrar en la alsaciana. Lo que le había sucedido no era mucho más agradable de ver que de relatar. La cabeza y los cuartos traseros estaban casi completamente machacados hasta convertirse en una pulpa roja; plenamente identificables por su apariencia, había en el pecho unas hendiduras de alrededor de tres centímetros de largo y muy juntas, de las cuales había manado la sangre que más tarde se coaguló sobre la corta pelambrera. Mackenzie se puso en cuclillas y estiró ligeramente la piel para ver los cortes con más claridad. El Santo palpó también el pecho; tenía éste un aspecto muy poco natural en el lugar donde las hendiduras lo atravesaban, y al tacto descubrió que donde debía encontrarse la caja torácica, sólo quedaba por una masa esponjosa y blanda.

Sus ojos se encontraron con los de Mackenzie en una mirada compasiva.

—Si ha sido el monstruo, tiene que tener una muy buena fila de dientes —declaró.

—Sí —contestó el inspector, con la cara preocupada—. Lo que me pregunto es qué tipo de animal puede existir en este lugar que tenga una boca tan desmesurada.

Se pusieron en pie y observaron los alrededores del lugar donde el perro había sido encontrado muerto. En este sitio, la tierra, que sólo estaba a un paso o dos de la playa, aquí muy estrecha, estaba tan húmeda y blanda que la hierba, mezclada con el cieno, hacía las huellas muy difíciles de identificar; de todas formas, se distinguían con relativa claridad tres o cuatro señales hechas por el tacón de un zapato.

—Me temo que he sido yo el que ha hecho muchas de esas huellas —declaró Bastion—. Ya sé que no debería haberme acercado ni tocado nada, pero todo lo que yo pensaba en el momento de encontrarlo era si estaba vivo y si podía hacer algo por él. El policía que estuvo aquí esta mañana también pisoteó los alrededores. —Señaló más allá del perro—. Sin embargo, ninguno de los dos hemos tenido que ver con aquellas huellas que hay allí.

Junto a la playa había un sitio en el que el barro daba la impresión de haber sido arañado por tres garras gigantes. Una de las rayas que aparecían marcadas se cruzaba con un grupo de matojos arrancados limpiamente. Las garras habían dejado tres surcos paralelos, con una separación de unos tres centímetros; cada uno de ellos tenía más de dos centímetros de profundidad y casi uno de anchura, y se dirigían hacia el lago en una longitud de diez centímetros.

Simon y Mackenzie permanecieron sobre los guijarros para no borrarlas. El Santo las recorría con el dedo mientras el inspector tomaba las medidas exactas, que anotaba en su cuaderno.

—No me gustaría verme obligado a huir delante de algo con el pie lo suficientemente grande como para tener estas garras.

—Supongo que a causa de esto lo llaman monstruo —subrayó el Santo, secamente—. A nadie le impresionaría mucho si sus huellas fuesen de ratón.

Mackenzie se levantó dirigiendo al Santo una mirada de desconfianza, y le preguntó a Bastion:

—¿Cuándo encontró esto?

—Supongo que sería poco más o menos alrededor de las seis —contestó Bastion—. Me desperté poco antes del amanecer y como no conseguía volver a dormir, decidí salir a pescar, así que ya estaba levantado cuando se hizo de día.

—¿No oyó ningún ruido antes de levantarse?

—No.

—¿No podía haber sido el perro ladrando el que le despertó?

—No lo creo. De todas formas, mi mujer tiene el sueño muy ligero y ella no oyó nada. Me quedé bastante sorprendido al no ver al perro cuando salí. No solía dormir en la casa, pero siempre se sentaba en la puerta al amanecer. Cuando bajé aquí, lo encontré tal como está.

—¿Y no vio usted nada más? —preguntó Simon—. Me refiero a si notó usted algo extraño en el lago.

—No. No vi al monstruo. Cuando miré, no había siquiera una onda sobre la superficie. Claro que el perro pudo haber sido muerto algo antes, aunque el cuerpo estaba caliente todavía.

—¿Cree usted que fue el monstruo el que lo mató, señor Bastion? —preguntó Mackenzie.

Bastion les miró y contestó desconfiadamente.

—No soy hombre supersticioso —dijo—. Sin embargo, si no ha sido alguna bestia la que lo ha hecho, no me explico qué ha podido suceder.

El inspector cerró de golpe el cuaderno. Evidentemente, la situación estaba absolutamente fuera de lo que con anterioridad había encontrado. Miró al Santo como si esperase que éste hiciera algo.

—Podría ser interesante —declaró Templar, pensativamente— conseguir que un veterinario le hiciese la autopsia.

—¿Para qué? —preguntó Bastion, agresivamente.

—Enfrentémonos con la realidad —dijo el Santo—. Estas huellas de garras podrían ser muy fácilmente una falsificación. En cuanto a las heridas del perro, también podrían haber sido hechas con algún bastón; hasta podría ser un bastón con púas, de forma que dejase unas heridas semejantes a las que harían unos dientes. De cualquier manera, nadie podría haberse acercado a él sin que ladrase. A menos que hubiese sido drogado antes. Así que antes de dar crédito a historias de monstruos, me gustaría que quedase fuera de toda duda que no ha habido ninguna otra posibilidad, y sólo una autopsia nos dará esta seguridad.

Bastion se acarició el bigote con aire abstraído.

—Ya veo lo que quiere decir. Sí, posiblemente sea ésa la mejor idea.

Les ayudó a meter el perro en el saco con el que anteriormente había estado cubierto y Simon y Mackenzie lo llevaron hasta el portamaletas del coche del policía.

—¿Podríamos hablar con la señora Bastion, por favor? —preguntó Mackenzie, mientras se limpiaba las manos con un trapo que pasó después al Santo.

—Sí. Supongo que sí. —Bastion afirmó de mala gana—. Ella está bastante afectada por este asunto, como bien pueden ustedes imaginarse. En realidad, el perro era más suyo que mío. Entren ustedes y veré si puede atenderles.

Fue la señora Bastion en persona quien les sacó de dudas al salir a recibirlos a la puerta, demostrando así que les había estado observando desde una de las ventanas.

—¿Qué van a hacer con «Golly», Noel? —preguntó a su marido—. ¿Por qué se lo llevan?

—Quieren que lo examine un veterinario.

Bastion continuó explicando los motivos, hasta que ella le interrumpió de nuevo:

—Entonces no permitas que lo vuelvan a traer. Bastante penoso ha sido el verlo tal como está para volverlo a ver tras la autopsia. —Se volvió hacia Templar y Mackenzie—. Deben entender cómo me siento. «Golly» era casi un hijo para mí. Su nombre real era «Goliath»; lo llamaba así porque era muy grande y fiero, pero en realidad no parecía más que un cachorro en cuanto tenía confianza.

Las palabras habían salido de su boca como en un torrente que recordaba casi el sonido de un generador eléctrico. Era una mujer de fuerte osamenta y rasgos duros, que no intentaba disimular en absoluto su alrededor de cuarenta y cinco años. Su pelo rubio era liso y estaba peinado formando un moño; los ojos azules quedaban enmarcados en un círculo de arrugas que le hubiesen dado un carácter simpático de ser un hombre deportista. Llevaba los labios pintados descuidadamente, lo que, por otra parte, parecía ser su única concesión al maquillaje femenino. Pese a esto, Bastion la rodeó con el brazo tan solícitamente como si estuviesen recién casados.

—Estoy seguro que estos señores cuidarán que sea enterrado —le dijo—, pero ahora creo que quieren hacerte algunas preguntas.

—En realidad, sólo se trata de confirmar lo que el señor Bastion nos ha dicho —manifestó Mackenzie—: que usted no oyó ningún ruido la noche pasada.

—Ninguno en absoluto, y les puedo asegurar que si «Golly» hubiese hecho cualquier sonido, lo habría oído. Siempre lo oigo. ¿Por qué tratan con tanta insistencia de desvirtuar los hechos? Salta a la vista que ha sido el monstruo el que lo hizo.

—Algunos monstruos tienen dos piernas —contestó Simon.

—Y supongo que a usted le han educado para que no crea en ningún otro tipo. Incluso teniendo la evidencia ante sus propios ojos.

—Recuerdo que una vez se encontraron huellas que resultaron ser fraudulentas —interrumpió Mackenzie.

—Sé a lo que se refiere, y esa estúpida falsificación hizo que un montón de idiotas dejase de creer en la fotografía auténtica que fue tomada pocos meses antes. Las repercusiones fueron tan amplias, que incluso una fotografía todavía mejor, tomada por un cirujano londinense cuatro meses más tarde, fue considerada otro engaño. Para ser sinceros, les diré que la razón de comprar esta casa se debió al deseo de descubrir al monstruo nosotros mismos.

Dos pares de cejas se levantaron al mismo tiempo; sin embargo, fue el Santo quien habló por ambos.

—¿Y cómo piensan conseguirlo? —preguntó—. El monstruo es muy conocido desde hace siglos, al menos para los que creen en su existencia.

—Aún no ha sido demostrado que exista realmente, así que me gustaría alcanzar la fama que me daría una demostración científica de su existencia. Eso es, sin dejar lugar a ninguna duda, y también me gustaría que se le llamase *Monstruum Eleanoris*.

—Con toda seguridad no saben ustedes —intervino Bastion, sin disimular su orgullo— que mi esposa es una naturalista muy conocida. Se ha dedicado a la captura de prácticamente cualquier animal de carácter extraño que exista, e incluso ha logrado descubrir dos especies.

—Sí, pero nunca he conseguido un trofeo tan importante como lo sería éste. Supongo que me creerán un poco loca, pero realmente sería muy dudoso que hubiera algún animal, sea cual fuere su tamaño, que no haya sido descubierto ya. Cuéntales los hechos sobre los últimos descubrimientos.

Bastion se aclaró la garganta como si fuese un estudiante a punto de recitar su lección:

—El gorila no fue descubierto hasta 1847, el panda gigante lo fue en 1869, y se ignoró la existencia del okapi hasta 1910. Por supuesto ya se tenían noticias de su existencia a

través de los exploradores, pero la gente jamás había creído con anterioridad que fuesen otra cosa que leyendas de los nativos. Estoy seguro que ustedes recordarán haber oído algo del descubrimiento del celacanto; fue en el año 1938, y, por lo tanto, bien cercano a nuestros días.

—Exacto. Entonces, ¿qué razón hay para que aquí no viva un animal que pueda descubrir yo? —dijo Eleanor, concluyendo la frase por su esposo—. Supongo que más natural hubiera sido intentar demostrar la existencia del abominable hombre de las nieves; pero Noel no puede aguantar las alturas, así que estoy tratando de hacer lo mismo con el monstruo de Loch Ness.

El inspector Mackenzie, que durante un buen rato se había ido quedando cada vez más confuso, y se iba impacientando, pese a los esfuerzos que hacía para ocultarlo, consiguió por fin interrumpir el alud de palabras, que en el mejor de los casos sólo podía considerar como delirios sin sentido.

—Lo único que me preocupa, señora —intervino—, es tratar de descubrir si existe algún delincuente que deba ser apresado. Si éste fuese un monstruo, como usted piensa, no caería dentro de mi jurisdicción. Sin embargo, en este caso, es posible que el señor Templar, que no es oficial de la policía, pudiese serles de más ayuda que yo.

—¿Templar? —repitió Bastion—. No sé por qué, pero me suena el nombre. Me da la impresión que tendría que conocerle.

—¿No será usted el de la aureola, por casualidad? —subrayó la señora Bastion, con un tono que parecía acusador.

—Es posible.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Bastion—. Parece mentira que no lo haya adivinado antes. Ya me parecía a mí que no tenía usted aspecto de policía.

Mackenzie arrugó el gesto ligeramente, pero ambos esposos estaban demasiado absortos en su conversación con el Santo para percibirlo.

Simon Templar, por los años que llevaba despertando este tipo de interés, debería estar acostumbrado. Sin embargo, conforme pasaba el tiempo, esto le causaba cada vez más una especie de vergüenza e incomodidad. Hubiera deseado que sus nuevos conocidos pasaran por alto esta admiración y hubiesen continuado hablando del problema o del caso que le había llevado hasta allí.

Entonces dijo, con cierta brusquedad:

—Sólo se debe a mi mala suerte el hecho que me encuentre aquí. Mackenzie me atrapó cuando estaba a punto de abandonar Inverness. Tenía intención de ir a Loch Lomond como cualquier otro turista, para admirar sus bellezas; sin embargo, me convenció a fin que tomase la carretera que cruza el valle en lugar de la que pasa por las montañas y me detuviese aquí para meter la nariz en sus asuntos.

—Pero eso es estupendo —dijo la señora Bastion—. Noel, ¿por qué no le invitas a que se quede esta noche?; o mejor todavía, invitémosle a quedarse el fin de semana, si tiene tiempo, naturalmente.

—Sí, sí, claro —aceptó el señor Bastion, obedientemente—. Estaríamos encantados si se quedase con nosotros. Tener al Santo aquí puede que nos dé buenas oportunidades de cazar al monstruo.

Simon le miró con frialdad, consciente de la ligera expectación que denotaba Mackenzie, y decidió quedarse casi sin pensarlo.

—Gracias —dijo—. Me encantaría quedarme. Traeré mis cosas. Mac bien puede irse solo.

Fue hacia el coche sin más palabras, consciente del hecho que sólo la señora Bastion no había quedado sorprendida de su decisión. «Todos piden a gritos encontrarse con alguna

sorpresa —pensó—. No hay ninguna diferencia entre policías y civiles en cuanto oyen mi nombre. Veamos ahora qué tal les sienta el tener al Santo en casa.»

Mackenzie le siguió al exterior.

—Supongo que queda sobreentendido que no tendrá usted ninguna autoridad en el caso, excepto la que le puedan dar los derechos de un investigador privado, que, por si no lo sabe, no son los mismos en Escocia que en Norteamérica, si debo juzgar por los libros que he leído.

—Intentaré no armar ningún alboroto —le aseguró Simon—. Pero, por favor, telefonéeme con el resultado de la autopsia tan pronto como sepa algo. Y mientras espera saber su resultado, podría dar un vistazo en la biblioteca para enterarse de lo que dice la ley sobre la caza de monstruos. Infórmese si debemos sacar un permiso especial o algo parecido.

Estuvo observando la marcha del detective, y cuando perdió de vista el automóvil, se acercó a su deportivo. Se sentía mejor sin tener encima unos ojos y oídos que tomasen nota de sus más intrascendentes respuestas. Sería pecar de mentirosos si dijésemos que los hechos del caso, tal y como se los habían presentado, no habían despertado su interés.

Noel Bastion le acompañó hasta una habitación pequeña, pero agradable, que se encontraba en el piso alto. Tenía una ventana desde la que se podía ver la casa de Fergus Clanraith y que también permitía una vista parcial del lago. La señora Bastion ya estaba preparando la cama cuando llegaron.

—Es imposible encontrar servicio en un lugar como éste —explicó—, bastante suerte tengo de conseguir que una mujer se acerque en bicicleta desde Fort Augustus una vez a la semana para hacer la limpieza. Hoy en día, el servicio sólo desea vivir en poblaciones donde tengan la oportunidad de «vivir la vida», como dicen ellos.

Simon se dirigió a Bastion, diciendo:

—Tiene usted suerte de haber encontrado una secretaria justo al lado de su casa.

—¡Ah! Se refiere usted a Annie Clanraith —dijo Bastion, mientras se acariciaba el bigote con un nudillo—. Sí. Estaba trabajando en Liverpool, cuando vino a su casa en Navidades para pasar las vacaciones con su padre. Yo tenía entonces necesidad de mecanografiar un manuscrito y ella me ayudó. Fue Clanraith quien la convenció para que se quedase. Yo no le podía pagar tanto como estaba ganando en Liverpool, pero él le hizo ver que prácticamente conseguiría el mismo dinero, puesto que de quedarse aquí, ella se ahorraría la comida y el alojamiento con tal de cuidar de la casa. Clanraith es viudo, así que esta solución le vino muy bien.

—Noel es escritor —intervino la señora Bastion—. Su obra maestra aún está sin terminar, pero se pasa el día trabajando en ella.

—Va a ser una biografía de Wellington —expuso el escritor—. Todavía no se ha hecho ninguna tal y como debiera ser, es decir, escrita por un soldado profesional.

—Mackenzie no me ha dicho nada de usted —dijo el Santo—. ¿Cuál era su grado?

—Sólo mayor, en el arma de infantería.

Simon no dejó de percibir el ligero tono defensivo que Bastion empleaba. Un cálculo rápido le permitió darse cuenta en seguida que la pensión de un mayor del ejército británico, a menos que estuviese aumentada por alguna actividad literaria más comercial de lo que podía ser una biografía sin terminar, por otra parte de escaso interés, no podía sufragar muchas expediciones cinegéticas para que su ambiciosa esposa consiguiese una gran reputación.

—Ya está —dijo la señora Bastion—. Ahora supongo que querrá acomodarse. Así que le dejamos solo. Serviré el té dentro de un rato.

El Santo se había embarcado en este viaje por Escocia con la mente libre de problemas y una actitud optimista, pero si alguien le hubiese dicho que acabaría tomando el té en el

estudio de dos desconocidos, con la maleta deshecha en la habitación de los huéspedes y charlando con solemnidad de un monstruo, como si éste fuera un ser tan real como un mono, le hubiera sorprendido un poco. Su anfitriona, sin embargo, estaba obsesionada con el tema.

—Escuche —dijo, tomando un tomo muy gastado de la librería—, es una cita de la biografía de San Columba, escrita a mediados del siglo VII. Habla de su visita a Inverness, hace ya algunos siglos, y dice: «Se vio obligado a cruzar las aguas del Ness; y una vez en la orilla, vio a algunos de los habitantes del lugar llevando a un pobre hombre, que, según dijeron los que lo llevaban, había sido capturado poco antes por un monstruo acuático, que lo atrapó y mordió salvajemente cuando nadaba. El santo ordenó a uno de sus acompañantes que se lanzase al agua y le trajese unos guijarros. Lujne Mocumin, sin dudarlo, se quitó las ropas a excepción de la túnica y se lanzó al agua. El monstruo apareció en la superficie y se acercó a él mientras nadaba... El santo, viéndolo, lanzó una orden hacia el feroz monstruo, diciendo: *No avances más, ni roces a ese hombre; retírate inmediatamente*. Entonces, al oír las palabras de San Columba, el monstruo pareció quedar como aterrorizado y huyó con más rapidez que si unas cuerdas ocultas hubiesen tirado de él».

—Intentaré recordar la fórmula —murmuró Simon—, y espero que el monstruo no pueda diferenciar a un santo de otro.

—Monstruo es realmente una palabra un tanto estúpida para llamarlo —dijo la señora Bastion—. Predispone a la gente a ser incrédula sobre su existencia. En la antigüedad, los indígenas del lugar lo llamaban *Nisseag*, que en realidad es el nombre *Ness* en el idioma gaélico, con una terminación de diminutivo femenino. Su correspondencia literal al inglés moderno sería *Nessie*.

—Debo admitir que resulta más apropiado —asintió Simon—, siempre que uno se olvide de la forma en que juega con los perros.

El rostro curtido de Eleanor Bastion quedó pálido; sin embargo, los músculos de su rostro no llegaron a temblar.

—No he olvidado a «Golly». Simplemente estaba tratando de mantenerlo alejado de mi pensamiento.

—Suponiendo que este ser extraño existiese —dijo el Santo—, ¿cómo consiguió llegar hasta aquí?

—¿Por qué tendría que llegar hasta aquí? Encuentro bastante más razonable que siempre haya estado en este lugar. El lago tiene doscientos cincuenta metros de profundidad, que es casi el doble de la del mar del Norte. Un *Nisseag* es una criatura que obviamente prefiere las profundidades y emerge sólo muy raras veces. Tengo base para creer que su lugar de origen fue el fondo del lago y que un movimiento continental prehistórico cortó el camino entre el lago y el mar.

—Entonces, según su suposición, ¿cuántos millones de años lleva el monstruo en este lugar?

—No me interprete mal. Me estoy refiriendo a las criaturas que quedaron atrapadas aquí originalmente, que debemos suponer fueron al menos dos. El actual debe formar parte de sus descendientes, quizá el último; sin embargo, si nos debemos basar en las edades que han alcanzado muchas de las criaturas primitivas aún en existencia, es muy posible que ésta sea tremendamente grande.

—¿Qué tipo de animal cree que es?

—Lo más probable es que pertenezca a la familia de los plesiosaurios. Las descripciones que se han obtenido hasta ahora hacen pensar en esta especie: cuerpo grande, cuello largo y extremidades palmípedas. Algunas personas afirman haber visto algunas protuberancias en su cabeza, algo así como los cuernos de un caracol; esto no concuerda

del todo con los restos de plesiosaurios que hemos conocido. De todas formas, nuestro conocimiento de esta especie se ha visto limitado hasta ahora a sus esqueletos. No creo que hubiese usted adivinado la forma de un caracol conociendo únicamente su concha.

—Sin embargo, y suponiendo que efectivamente Nessie lleve aquí tanto tiempo, ¿cómo es que su existencia no ha sido dada a conocer mucho antes?

—Naturalmente que lo ha sido. Acaba usted de oír la lectura del texto de San Columba. Y si se refiere sólo a observaciones científicas modernas, hay varios escritos sobre el monstruo, que merecen nuestra confianza desde 1871.

Bastion aprovechó en esta pausa la oportunidad que hacía rato estaba esperando.

—Debe usted tener en cuenta que hasta 1933 no existió ni siquiera un mal camino que llevase al lago. Un viaje como el que acaba usted de hacer, hubiese resultado toda una expedición. A esto se debe la escasez de testimonios que ha habido hasta ahora, especialmente el tipo de testimonio en el que un científico pueda confiar.

Simon escuchaba atentamente mientras encendía un cigarrillo. La imagen había quedado clara para él. Era un caso semejante al de los platillos volantes; todo dependía de lo que uno quisiera creer.

Naturalmente, en este caso no era sólo cuestión de tener más o menos fantasía. Tras las supuestas fechorías del monstruo, era posible que alguien estuviese obrando de mala fe.

—¿Y qué tendría usted que hacer para poder demostrar oficialmente la existencia del monstruo?

—Tenemos dispuestas varias máquinas fotográficas y tomavistas equipados con los mejores teleobjetivos que hay en el mercado —dijo la mujer—. Prácticamente me paso ocho horas diarias vigilando el lago; empleo el mismo tiempo que utilizaría cualquier persona realizando un trabajo normal. Como es natural, cambio sistemáticamente las horas de guardia, para poder vigilar a distintas horas del día y de la noche. De vez en cuando también puedo contar con la cooperación de mi esposo, que vigila unas cuantas horas. Desde aquí podemos dominar el lago en varios kilómetros de longitud, y teniendo en cuenta el cálculo de probabilidades, un *Nisseag* tiene que aparecer tarde o temprano en esta zona. Cuando esto ocurra, nuestras cámaras y tomavistas nos proporcionarán una serie de imágenes capaces de acabar con todos los razonamientos contrarios a su existencia. Sólo hay que tener paciencia; cuando vine aquí, me hice a la idea de quedarme diez años, si era necesario.

—Y ahora —dijo el Santo—, supongo que estará más convencida que nunca de encontrarse sobre la verdadera pista y que el rastro es reciente.

La señora Bastion le miró a los ojos con frialdad.

—Desde hoy voy a vigilar con un rifle al alcance de la mano y no sólo con los tomavistas —dijo ella—. Un *Nisseag* no puede ser mucho mayor que un elefante, y no creo que pueda resistir el impacto de balas blindadas. Hasta ayer creía que era un crimen matar al último superviviente de una especie, pero desde que he visto lo que hizo al pobre «Golly», me sentiré muy contenta si consigo su cabeza, además de las fotografías.

La conversación fue mucho más extensa, pero no podría añadirse nada más que no resultara repetido. La señora Bastion había acumulado muchos otros libros sobre el tema, y estaba dispuesta a leer fragmentos de todos ellos para apoyar su teoría.

Sin embargo, después de la cena consistente en carne fría con ensalada, cuando eran apenas las ocho y media, anunció que se iba a dormir.

—Quiero levantarme a las dos y estar al acecho mucho antes del amanecer, aproximadamente a la hora en que debió perecer el perro.

—Muy bien —dijo el Santo—; llame a mi puerta y bajaré con usted.

Se quedó un rato más para aceptar un trago de «Peter Dawson», que parecía saber de un modo especial en su país de origen. Probablemente era su imaginación, pero le producía una sensación agradable el beber el licor en su mismo lugar de procedencia.

—Si es usted tan amable de cuidar de ella, yo podré dormir un poquito más —dijo Bastion—. Esta noche tengo que trabajar en mi libro y me gusta aprovechar las horas de silencio. No es que Eleanor no sepa cuidar de sí misma mejor que muchas otras mujeres, pero después de lo que ha ocurrido, no me gustaría dejarla sola ahí fuera.

—¿Está usted completamente convencido de la existencia del monstruo, no es así?

Bastion contempló su vaso pensativamente.

—Es la clase de asunto que todo mi instinto y mí experiencia me llevan a poner en duda. Pero ya ha oído usted mismo la teoría de mi mujer, y créame que no es fácil discutir con ella. Además, tengo que admitir que la defiende con tal vigor que casi consigue convencerle a uno. Pero hasta esta mañana debo confesar que no me pronunciaba ni en pro ni en contra.

—¿Y ahora ha cambiado de opinión?

—Con franqueza, estoy bastante impresionado. Creo que todo va a aclararse definitivamente dentro de las próximas cuarenta y ocho horas. Quizá tengan ustedes suerte esta madrugada.

La vigilia puso a Simon la carne de gallina, pero sólo debido al aire frío del amanecer. La luz llegó lentamente, abriéndose paso a través de un cielo gris que amenazaba lluvia. El agua del lago permanecía tranquila guardando sus secretos bajo la cristalina superficie.

—Me pregunto qué es lo que hemos hecho mal —dijo finalmente la señora Bastion cuando la luz del día comenzó a enseñorearse del paisaje—. El monstruo tenía que haber vuelto al lugar donde cometió su última felonía. Si no hubiéramos sido tan sentimentales, hubiésemos podido dejar al pobre «Golly» donde estaba y haber establecido guardias cerca de él.

Simon no se sorprendió en absoluto del hecho que el monstruo no apareciese. En realidad, de haber surgido éste del lago, habría creído estar soñando.

—Como ya dijo ayer, es un asunto que requiere mucha paciencia —observó filosóficamente—. Pero si seguimos con el cálculo de probabilidades, me parece que el resto de la guardia va a ser pura rutina. Por lo tanto, si no está usted nerviosa, me iré a dar una vuelta.

La vuelta no le había llevado lejos del huerto, cuando la visión de una muchacha de pelo rojizo que avanzaba por el centro del prado le hizo saltar el pulso alegremente, pensando en la remota posibilidad de conseguir una compensación romántica.

La sonrisa de Annie Clanraith era tan alegre y parecía tan feliz de verle, que le dio la sensación de ser un amigo íntimo que hubiera estado ausente durante mucho tiempo.

—El inspector Mackenzie le dijo a mi padre que se había quedado usted aquí. Me alegro mucho.

—Estoy contento del hecho que se alegre —dijo el Santo. Pero ante la ingenua sinceridad de la muchacha, le fue imposible resultar tan impersonal como hubiese deseado—. ¿Y por qué está usted tan contenta?

—Es estupendo tener a alguien nuevo con quien hablar. Si se quedase una temporada aquí, descubriría usted lo mucho que puede aburrirse uno en un lugar como éste.

—Pero tiene usted un empleo que parece bastante más atractivo que trabajar en una oficina de Liverpool.

—Bueno, no está mal. Además, así mi padre está mucho mejor atendido y más contento. Y supongo que ahora me dirá que tiene que ser muy agradable vivir en un lugar tan hermoso. Pero me gusta leer y mirar la televisión y no puedo evitar el soñar con sitios más distraídos.

—Una muchacha como usted —dijo él, bromeando— debería tener suficientes moscardones a su alrededor como para evitarle pensar en otras cosas.

—Lo único que tengo son páginas y páginas sobre la estrategia militar de un individuo que logró vencer a Napoleón. Pero al menos, Napoleón tenía a Josefina. Wellington sólo consiguió darle su nombre a una bota vieja.

Simon rió comprensivamente.

—Posiblemente pasó sus ratos libres descalzo. ¿O es que su padre le ha enseñado que nadie nacido más al sur haya podido hacer algo meritorio?

—Debe usted haber pensado cosas horribles de mi padre al oírle hablar del señor Bastion en la forma en que lo hizo. Sobre todo, siendo éste una persona tan simpática, ¿verdad? Es una pena que esté casado.

—Es posible que su esposa no comparta esa opinión.

—Quiero decir... Yo soy una chica normal y no estoy anticuada, y lo que aquí echo de menos principalmente es algún chico con quien salir. Hasta he llegado a pensar que si se me acercase algún pretendiente no me resistiría ni un poquito.

—Parece como si esta tonadilla escocesa hubiese sido escrita para usted —dijo el Santo, mientras la entonaba suavemente:

Cada chica tiene su chico
y yo no pesco ni uno;
pero todos me sonríen
cuando paso por su lado.

Ella empezó a reírse.

—Bueno, por lo menos he conseguido que usted me sonría, así que el día comienza un poco más animado que de costumbre.

—¿Adónde va tan temprano?

—A trabajar. Cruzo por los campos porque de esta manera el camino resulta mucho más corto que si lo hago por la carretera.

Al oírselo mencionar, Simon se dio cuenta que por entre los árboles se podía distinguir la casa de los Clanraith. Se volvió y continuó con ella hasta la puerta de la casa de los Bastion.

—Siento que su trabajo me impida ofrecerme para llevarla de excursión.

—Está visto que no tengo suerte, ¿verdad? Hay un baile en Fort Augustus mañana por la noche y hace meses que no he bailado. Pero no sé de nadie que pudiese acompañarme.

—Me gustaría tratar de solucionárselo —contestó él—. Todo depende de cómo vayan las cosas en el asunto que tengo entre manos. De todas formas, no pierda la esperanza.

Cuando entraban, Bastion apareció por el fondo del pasillo y dijo:

—Buenos días, Annie. Hay algunas páginas que corregí anoche. Están en mi mesa. No tardaré.

Annie entró en la habitación de la que Bastion acababa de salir, mientras éste se dirigía al Santo.

—Supongo que no vieron nada.

—Si hubiésemos visto algo, estoy seguro que habría escuchado bastantes gritos y hasta es posible que algunos disparos.

—¿Ha dejado a Eleanor allá abajo?

—Sí, pero no crea que por eso estará en peligro. Ya es completamente de día. ¿Ha llamado Mackenzie?

—Todavía no. Supongo que estará ansioso de tener noticias suyas. El teléfono está en la biblioteca; si lo desea puede instalarse allí mientras espera su llamada. Incluso, si le

interesa, puede echarle un vistazo a la colección de libros que Eleanor ha ido reuniendo sobre el monstruo.

Simon aceptó la idea e inmediatamente quedó tan absorto en la lectura de los libros que sólo el hambre le hizo consciente de la hora que era cuando Bastion entró a anunciarle que la comida estaba lista. La señora Bastion ya había regresado y estaba preparando un estofado de cordero que despedía muy buen olor. Se excusó por ser recalentado.

—Tenía usted razón, sólo fue una guardia rutinaria —dijo ella—. Mucho esperar para nada; aunque uno de estos días espero obtener mi recompensa.

—He estado pensando sobre esto —dijo Bastion—, y me parece que tu sistema de vigilar ocho horas al día tiene un punto débil. Ya hay suficientes probabilidades en contra al dominarse tan sólo un cuarto de la superficie total del lago, lo que le deja al monstruo otros tres cuartos, en los cuales puede surgir sin ser visto. Pero, además, al vigilar durante sólo ocho horas de las veinticuatro que tiene el día, únicamente tenemos un tercio de probabilidades de verlo, incluso si surge al alcance de nuestro puesto de observación, y eso no solamente disminuye nuestras posibilidades, sino que las multiplica en contra nuestra.

—Lo sé; pero, ¿se te ocurre alguna solución?

—Puesto que el señor Templar señaló con bastante sentido común que cualquiera puede estar lo suficientemente seguro a la vista del monstruo, siempre que tenga un rifle de caza mayor al alcance de la mano y haya alguien que pueda oírle en caso de emergencia, he pensado que nosotros tres podríamos dividirnos la vigilancia y cubrir todo el día, desde el amanecer a la puesta del sol, o sea, todo el tiempo en el que hay suficiente claridad para poder ver algo. Esto es, si el señor Templar consiente en ayudarnos. Ya sé que no podrá quedarse aquí indefinidamente, pero...

—Si les puedo ayudar de esta manera, estaré encantado de hacer uno de los turnos —dijo Simon, con indiferencia.

Podía haber sido más amable o poner un poco más de entusiasmo en la voz, pero el Santo no había llegado a convencerse del todo respecto a que el monstruo existiese realmente y se le pudiese cazar por este u otro sistema. Estaba impaciente por recibir noticias de Mackenzie, ya que creía que iban a ser la clave del problema.

El teléfono sonó a las dos, y las noticias fueron absolutamente negativas.

—El doctor ha sido incapaz de encontrar señal alguna de drogas o veneno en los restos del pobre animal.

Simon respiró profundamente.

—¿Le dijo lo que pensaba sobre las heridas?

—Dijo que no había visto nunca nada igual. Afirmó que no conocía la existencia de ningún ser viviente con unas mandíbulas tan poderosas como las de este monstruo. De no haber sido por las señales de los colmillos, habría pensado que fue muerto a estacazos. Pero la autopsia ha descartado esta posibilidad.

—Supongo que lo que me acaba de decir no permite sospechar que haya habido intervención criminal y le obliga a cortar su investigación oficialmente —afirmó el Santo—. Sin embargo, dígame su número de teléfono para poder llamarle si la situación cambia de nuevo.

Apuntó el número en un bloc que había junto al teléfono antes de comunicar las noticias a los Bastion.

—Esto confirma lo que yo decía —afirmó la señora Bastion—. No puede haberlo hecho ninguna otra cosa que no sea un *Nisseag*. Esto nos da más motivos para llevar a cabo la idea de Noel de vigilar durante todo el día.

—Me parece que yo he sido el que más ha dormido esta noche, así que haré yo la primera guardia —indicó Bastion—. De esta forma podrán dormir la siesta y recuperar el sueño perdido.

—Yo haré la segunda —dijo ella—, quiero estar de guardia entre dos luces. Comprendo que estoy monopolizando las horas más apropiadas para su aparición. Pero este asunto tiene más importancia para mí que para ninguno de ustedes.

Simon la ayudó a retirar los platos del café. Ella se fue a descansar inmediatamente.

—Estaré mucho más fresca luego si duermo un poco la siesta. Debería usted hacer lo mismo. Fue muy amable por su parte el levantarse a media noche para acompañarme.

—Bueno, parece que no me van a necesitar hasta mañana por la mañana —dijo el Santo—. Estaré por los alrededores leyendo o husmeando; ya estoy casi tan interesado en el *Nisseag* como ustedes.

Volvió a tomar el libro que había dejado en el estudio y empezó a leer mientras la casa iba quedando en silencio. Annie Clanraith se había ido antes de la comida, llevándose una carpeta para poder continuar su trabajo en casa.

Apoyó el libro sobre sus rodillas y quedó pensativo, medio tumbado en el sofá. Era ésta su forma de intentar resolver problemas complicados; se relajaba hasta que su mente quedaba en blanco, y entonces las impresiones subconscientes podían desarrollarse de modo que finalmente llegaba a formular conclusiones casi tan concretas como si hubiese tenido un conocimiento absoluto del problema. Estuvo mirando al techo pensativamente durante bastante tiempo y continuó meditando con los ojos cerrados.

Noel Bastion le despertó al entrar en la habitación mientras canturreaba en voz baja. El biógrafo de Wellington se excusó inmediatamente.

—Lo siento, señor Templar. Creí que estaba en su habitación.

—No tiene importancia —dijo Simon.

El Santo miró el reloj y quedó sorprendido por lo que había dormido. Añadió:

—Estaba dándole vueltas al caso y debo haberme dormido sin darme cuenta.

—Eleanor me relevó hace una hora. No he visto ni señal del monstruo.

—No le oí entrar.

—Suelo caminar sin hacer ruido. Creo que es un hábito que adquirí en los comandos, mi mujer dice que si pudiese caminar como yo, tendría bastantes más trofeos en su colección.

Bastion se acercó a uno de los libreros y tomando un libro, empezó a hojearlo como si buscase una cita.

—He tratado de adelantar algo en mi trabajo, pero con este lío es bastante difícil concentrarse.

Simon se levantó desperezándose.

—Supongo que tendrá que acostumbrarse a trabajar sin condiciones óptimas si sigue con este pluriempleo de cazador de monstruos en el que va a emplear diez años. ¿No es ése el tiempo que Eleanor está dispuesta a esperar?

—Me alegraría mucho que lo descubriese algunos años antes.

—Estaba leyendo en este libro. *Algo más que una leyenda*, que en 1934, cuando la expectación por el monstruo estaba en su punto culminante, un tal Sir Edward Mountain contrató un grupo de hombres y organizó una vigilancia sistemática, tal como usted propone, ahora bien, repartiéndose alrededor de todo el lago. La vigilancia se prolongó uno o dos meses y consiguieron varias fotografías de algunos remolinos en el centro del lago. De todas formas, como pruebas eran muy confusas y no fueron aceptadas científicamente.

Bastion dejó el libro en el estante.

—Usted no acaba de creer todo esto, ¿verdad?

—Lo que me he estado preguntando —explicó el Santo— es por qué un monstruo con tales dientes y tan potentes mandíbulas dejó al perro casi hecho papilla, pero sin embargo no se comió ni un trocito.

—Puede que no sea carnívoro. Un elefante furioso posiblemente pueda aplastar a un hombre hasta convertirlo en pulpa, aunque no se moleste en comérselo. El perro, por alguna razón, pudo haberle irritado, quizá por estar siempre ladrando a todas las cosas.

—Según las declaraciones que han hecho ustedes, no se oyeron ladridos. Aunque, por otra parte, estoy seguro que la oveja no molestaría al monstruo con sus balidos. Tengo entendido que no se ha encontrado rastro de la oveja, ¿no?

—Eso es lo que dice Clanraith, pero como no tenemos pruebas de la culpabilidad del monstruo, igual pudo haber sido robada por algún vagabundo.

—Sin embargo, la desaparición de la oveja pudo haber dado a alguien la idea de inventar la leyenda del monstruo ladrón.

Bastion sacudió la cabeza dubitativamente.

—Pero es un hecho que el perro le ladraba a todo el mundo —señaló con insistencia.

—Excepto a la gente que conocía —contestó el Santo, poniendo no menos ahínco en su respuesta—. Todo perro, por muy fiero que sea, es vulnerable por unas cuantas personas. Por usted, por ejemplo. Si usted hubiese querido, habría podido acercarse a él, y si el perro estaba soñoliento, su única reacción ante la presencia del amo habría sido abrir un ojo, y después de cerrarlo, volver pacíficamente a su sueño. Esta es, prácticamente, la cuestión. ¿Están ustedes absolutamente seguros que no había nadie más a quien el perro tuviese la suficiente confianza como para ni siquiera moverse?

Bastion se retorció el bigote pensativamente:

—No sé qué decir. Es posible que Fergus Clanraith gozase de su confianza.

Simon se sorprendió.

—Pero me pareció que no sentía precisamente un gran amor por su perro.

—Quizá no lo apreciase mucho. Pero debía conocerlo muy bien. A Eleanor le gusta mucho pasear por el campo, y el perro solía ir con ella. La mayoría de las veces tenían que cruzar las tierras de Clanraith y a menudo se paraba a charlar con él. Además, ella me dijo alguna vez que Fergus se llevaba muy bien con el perro. A decir verdad, yo me quedé muy extrañado. Ella admitió que Clanraith era un tipo extraño, lleno de ideas nacionalistas, pero Eleanor es medio escocesa y se inclina más bien a perdonarle. No me extrañaría que, aunque sea un poco raro, tenga alguna cualidad que le haga atractivo a un perro. También es posible que su hija tuviese la misma confianza; además, Annie es una chica bastante atractiva.

—A esta última afirmación —le interrumpió por fin el Santo—, sí, supongo que para cierto tipo de hombre, a cierta edad y en ciertas circunstancias, su atractivo puede llegar a ser bastante peligroso.

Ante esta respuesta, Noel Bastion adquirió una expresión pensativa mientras se planteaba la viabilidad de dos comentarios, sin decidirse al fin por ninguno de ellos.

Trató entonces de disimular esa pausa que había surgido en la conversación, tomando ostentosamente el reloj que descansaba sobre la cómoda.

—Perdón, pero se me está haciendo tarde, y Eleanor me pidió que le llevase un termo con té caliente a las cinco. No sabe qué hacer si no cumple este requisito, ni siquiera cuando espera la aparición de un *Nisseag*.

Bastion salió de la biblioteca y Simon fue con él hasta la cocina, donde había una tetera en la que se oía bullir el agua. Observó cómo su anfitrión escogía cuidadosamente varias hojas para preparar la infusión.

—Verá, mayor —dijo—, no soy un detective propiamente dicho, ni siquiera un detective privado.

—Lo sé. Si no me equivoco, yo diría que usted suele estar en la orilla opuesta.

—También es verdad. Lo que pasa es que a veces, sin comerlo ni beberlo, me meto en situaciones que lo único que necesitan es un poco de deducción, y algunas veces sorprendo a todo el mundo sacando conclusiones brillantes. Sin embargo, y como regla general, prefiero evitar el delito a resolverlo. Es más o menos lo que dicen sus libros de táctica militar: que una pequeña acción preventiva puede evitar grandes contraataques.

Mientras tanto, el mayor había echado el agua hirviendo en un cazo y estaba abriendo un termo para poder llevárselo a su esposa.

—En este caso, ha llegado usted un poco tarde para evitarlo, puesto que el delito ya se ha cometido, si es que ha sido tal.

—No es absolutamente cierto que el delito exista ya. Sobre todo, si la muerte de «Golly» no era más que un primer paso, algo que reforzase la historia de la oveja perdida y preparase el camino para que la siguiente víctima del monstruo fuese una persona. Si la primera víctima hubiese sido un ser humano, la explicación a que éste había sido muerto por el monstruo tendría mucho menos adeptos que ahora, cuando ya muchos creen que hay dos muertos en su haber.

Bastion puso un poco de azúcar y leche en el cazo, y con la seguridad que da la práctica, quitó la tapadera para oler la infusión y empezó a removerla.

—Pero, por Dios, señor Templar, ¿quién habría podido tratar a un perro de esta manera como no fuese un maniático o un sádico?

Simon encendió un cigarrillo. Ahora estaba absolutamente seguro, y su seguridad le dio una gran calma.

—Un matarife profesional —dijo—. Hay bastantes, y no están fichados por la policía. Se trata simplemente de gente a quien su temperamento y hábitos han dotado de gran dureza ante la muerte. Pero no son sádicos; normalmente son amables con los animales y con las personas, siempre que sea útil. Pero en el fondo, los miran a todos como objetos suprimibles, así que, si llega un momento en que lo creen necesario, son capaces de sacrificarlos sin ningún remordimiento.

—Clanraith es granjero y tengo entendido que cría animales para venderlos a los mataderos —dijo Bastion casi en un murmullo—. De todas formas, y pese a que no me cae nada bien, me es muy difícil creer que es tal y como usted pinta a estas personas.

—¿Cree usted, entonces, que deberíamos buscar a otro culpable?

Bastion llenó el termo y lo cerró.

—¡Maldito si lo sé! Me gustaría poder meditarlo con calma. Le llevaré el té a Eleanor.

—Le acompaño —dijo el Santo.

Fuera, la oscuridad se extendía rápidamente y había una neblina que limitaba la visibilidad todavía más. Desde el jardín no se podía ver más allá del huerto.

—Es, naturalmente, muy difícil para una persona ordinaria —continuó Simon, con insistencia— imaginarse que alguien viviendo con otra persona como marido y mujer, y compartiendo una vida normal, de pronto cambie y mate a su cónyuge. No tiene por qué dudarlo; los cementerios y las prisiones están llenos de estos tipos, y hay todavía más, fuera de ellos, que lo hicieron con la suficiente limpieza como para no ser descubiertos, o que lo están planeando ahora. Por lo menos la mitad de las veces es a causa que el matrimonio se ha ido haciendo un tanto aburrido y ha aparecido alguien más atractivo en su círculo. Entonces, por alguna razón tonta, generalmente en conexión con el dinero, el asesinato comienza a parecer bastante mejor solución que el divorcio.

Bastion aflojó el paso y casi se dio la vuelta, mientras parecía querer atravesar a Simon con sus ojos. Tenían un aspecto sombrío por el carácter que le daban sus grandes cejas contraídas.

—No sé adonde quiere llegar, señor Templar, pero no me gusta lo que está insinuando.

—No lo he dicho con la intención que a usted le gustara. Estoy tratando de impedir un asesinato. Permítame que le confiese algo: mientras usted y Eleanor dormían tranquilamente, o vigilaban el lago, he curioseado bastante por la casa. Puede que esto lo considere una falta contra las normas de la hospitalidad, pero es mucho menos complicado que obtener un permiso de registro. ¿Se acuerda usted de aquellas señales que había en la tierra, junto al perro muerto, de las que afirmé que no podían haber sido hechas por otra cosa que no fuesen unas garras? Pues bien, encontré un arpón entre los trastos de pesca, que muy bien pudo haberlas hecho; además, la punta tenía señales de haber sido rayada recientemente e incluso algo de barro que costaría poco hacer analizar. No he estado en la buhardilla y por lo tanto no he podido encontrar ninguna cabeza de tiburón disecada a la que le faltasen varios dientes, pero apostaría cualquier cosa a que si Mackenzie hiciese un registro la encontraría. Tampoco he encontrado todavía una estaca a la que se le hayan clavado los dientes del tiburón, porque todavía no he conseguido acercarme al lago solo; pero creo que no sería necesario hacer un registro muy minucioso para encontrarla. Probablemente estará escondida entre algún matojo esperando ser utilizada en el momento en que la cabeza para la que está destinada quede de espaldas.

El mayor Bastion se había quedado completamente inmóvil y no sabía cómo reaccionar.

—No es usted más que un charlatán entrometido —contestó muy nervioso—. ¿Tiene usted la impertinencia de sugerir que intento asesinar a mi mujer para heredar su dinero y escaparme con la hija de un granjero? Permítame decirle que en nuestro matrimonio soy yo el que tiene el dinero, y...

—Estúpido egoísta —respondió Simon con sorna—. No he sospechado semejante cosa ni por un momento, desde que su esposa se me insinuó claramente. Es obvio que no es una mujer tonta, y ninguna mujer inteligente expondría una relación sólida con usted por un romance sin importancia con un invitado. ¿Es que no ha leído nunca *El amante de lady Chatterley* o el *Informe Kinsey*? ¿Y no se le ha ocurrido que una mujer de carácter, como Eleanor, y precisamente porque no es ninguna niña tonta, podría llegar a aburrirse con un marido que sólo se preocupa de las campañas de Wellington?

Noel Bastion abrió la boca y cerró los puños, pero no llegó a realizar ninguno de sus dos deseos. En ese momento se oyó el grito.

Era un grito desgarrado y agudizado por un terror sobrehumano. Rasgó la quietud del atardecer como una descarga eléctrica que erizó los cabellos del Santo. El grito no cesaba, sino que ululaba una y otra vez con extrañas cadencias producidas por la histeria.

Durante un momento ambos quedaron como petrificados; entonces, Bastion se volvió y corrió locamente, atravesando la pradera en la dirección en que venía el sonido.

—¡Eleanor! —aulló como un loco, con una voz casi tan aguda como los chillidos.

Corría con tanta rapidez que el Santo tuvo que emplear todas sus energías para poder alcanzarle en la carrera. No logró hacerlo hasta que Bastion tropezó, casi cayendo, con algo que yacía en el camino. Simon lo había visto sólo un momento antes que Bastion tropezase, y se desvió ligeramente identificándolo mecánicamente por el brillo acerado de un cañón de rifle.

Y entonces, mirando al frente, pudo ver a través de la niebla azulada algo que jamás hubiera podido creer, pero cuyo recuerdo iba a perseguirle durante el resto de sus días. Algo de un color gris negruzco, viscoso y cubierto de escamas; era una masa enorme y amorfa, de la que emergía una cabeza y un cuello de forma semejante a los de un reptil, en los que sobresalían unas extrañas protuberancias, y unas terribles mandíbulas en las que se

debatía una figura humana, de la que surgían los gritos y que intentaba en vano golpear al monstruo con una estaca de forma extraña...

Con un gemido incoherente, Bastion tomó el rifle que yacía a sus pies y disparó. La horrenda masa se agitó al recibir el disparo y ambos pudieron oír, aún atontados por el rugido del rifle, el nauseabundo crujido de las enormes mandíbulas al cortar bruscamente el último grito.

El monstruo echó el enorme cuello hacia atrás y les lanzó con gran fuerza lo que había sido un ser humano. Cayó junto a ellos con un sonido seco, mientras el monstruo se retiraba, quedando oculto por la vaporosa niebla del lago. Más tarde, se oyó el ruido que producía un enorme cuerpo al sumergirse y sólo entonces dejó Bastion de disparar.

Finalmente, el biógrafo de Wellington se arrodilló junto al cuerpo de su esposa. Simon la miró y pudo ver que una de sus manos todavía sujetaba espasmódicamente el extremo de una estaca, en la que se había incrustado una fila de dientes de tiburón. Ahora, al verla mejor, pudo apreciar que no era un arma hecha en casa, sino probablemente un recuerdo de alguna expedición al sur del Pacífico. Sin embargo, no se podía acertar todo, incluidos los detalles. Hasta que no vio a Bastion con la cabeza inclinada ante la mujer que había planeado asesinarle, el Santo no había esperado jamás quedar conmovido de un modo tan irracional como lo hizo.

«¡Dios mío! —pensó—, ahora sé que me estoy haciendo viejo.»

Pero en voz alta, dijo:

—Trabajó incansablemente para convencer a todo el mundo de la existencia del monstruo. Si a usted le parece, podemos dejar las cosas tal como están. Afortunadamente he sido testigo de lo que acaba de ocurrir. No creo necesario tener que mencionar esto.

Separó los dedos sin vida y recogiendo la estaca se la llevó hacia la casa, desde donde iba a telefonear a Mackenzie.

EL FIERO DRAGÓN

AVRAM DAVIDSON

El Heroic Fantasy *(fantasía heroica) con elementos de SF es un género que, si bien es poco conocido en España, ha alcanzado gran popularidad en los Estados Unidos, sobre todo a nivel de literatura juvenil. Su técnica consiste en plantear situaciones similares a las de las novelas de caballería, cuentos de hadas, sagas germánicas, etc., pero trasladadas a un mundo futuro, en el que las astronaves y los rayos desintegradores coexisten paradójicamente con las espadas y los caballeros.*

Avram Davidson es uno de los autores de más renombre en este campo, y en Rogue Dragon *consigue mezclar el estilo de la novela medieval a lo Walter Scott con una sutil y muy actual ironía.*

* * *

I

Habían sacado de la emboscada al dragón macho en la selva de Belrose Woods, y le estuvieron persiguiendo durante una milla antes que fuera a encontrarse con la segunda fila de ojeadores y volviera a luchar contra sus perseguidores.

Durante unos instantes, el grupo quedó en silencio. Jon-Joras, sintiéndose —así se le antojaba— como una virgen ante su primera cita, sólo oía su respiración jadeante; el sudor le inundaba el rostro, bañándole todo el cuerpo. Al parecer, el dragón se había agazapado, allá a lo lejos, al otro lado del calvero, moviendo su temible cresta. Pasaron unos segundos... La gran cabeza se agitó un momento con cierta incertidumbre, tratando de divisar a los cazadores, mientras aquellos ojazos como gemas giraban en las cuencas orbitales, relampagueantes con un color ora azul verdoso, ora verdeazulado, según venían los rayos del sol que se deslizaban a través de la copa de los árboles. Después aquella lengua tan increíblemente larga, roja y bifurcada, salió de la boca del monstruo, moviéndose de un lado para otro como tratando de aspirar el aire. El dragón resoplaba hacia Jon-Joras. Más que el pensamiento (si aquel monstruo podía pensar..., y, ¡qué clase de pensamientos podía tener!), el cuerpo de la fiera estaba al borde de tomar una decisión. Al instante, el dragón se lanzó de repente hacia la izquierda.

De pronto, el silencio se rompió. Los ojeadores corrieron en dirección al monstruo, batiendo sus címbalos y dando alaridos; los músicos empezaron a golpear sus bombos, mientras los arqueros, limpios y bien peinados, con sus túnicas y polainas verdes, empuñaban sus arcos y se preparaban. El dragón se detuvo. A una señal, tan débil que Jon-Joras apenas si la percibió, una lluvia de flechas zumbó por el aire; al momento se pudieron contemplar innumerables dardos clavados en el costado de la bestia.

Decir que el dragón silbó sería tanto como confesar la limitación del lenguaje: los tímpanos de los cazadores vibraron lastimosamente bajo aquel horrible sonido que ponía los pelos de punta al más fiero. El dragón rugía... Un espasmo recorrió su cuerpo, al tiempo que la sangre oscura del monstruo corría por sus costados como pequeños arroyos. El dragón se detuvo totalmente, moviendo su enorme cabeza de un lado a otro en busca de sus verdugos, e hinchando de rabia sus fuertes carrillos.

El viento cambió de dirección, llevando a Jon-Joras un olor hediondo y agrio. Al cazador se le heló la sangre en las venas y su corazón latió violentamente.

Los portaestandartes avanzaron con rapidez, enarbolando sus banderas. El silbido del monstruo volvió a atronar el aire hasta terminar en un espantoso rugido: ¡por fin el dragón podía divisar a un enemigo! Con la cabeza baja y el cuello estirado, la bestia empezó a desplazarse hacia él. Al principio, lenta y pausadamente, moviendo las piernas con cautela. Los portaestandartes parecían estar representando una de sus danzas tradicionales...: la figura del ocho, el pez, la mariposa...; ahora se movían más rápidamente: la avispa; las banderas, blancas, rojas, verdes y amarillas, flameaban desafiantes por el aire, lleno de rugidos y vociferaciones.

El gigantesco dragón macho avanzaba ahora más rápidamente, con un trote pesado, aplastando las altas hierbas bajo sus plantas, de modo que el suelo retemblaba bajo su peso. Pronto alcanzaría a sus enemigos...

Los címbalos enmudecieron, al igual que las cornetas. El trote se transformó en galope, y los hombres irrumpieron en gritos de espanto cuando el monstruo, repentinamente y con un violento movimiento, se levantó sobre sus patas traseras y se lanzó contra ellos, mientras sus extremidades delanteras cruzaban el aire ferozmente.

En un abrir y cerrar de ojos, las banderas rodaron por el suelo, a la vez que los portaestandartes trataban de esconderse entre las malezas; los vestidos multicolores que un momento antes bailaban y azuzaban a la bestia se habían esfumado: los músicos y los bailarines huyeron entre gritos, ocultándose entre los matorrales con sus compañeros.

La gran bestia, aturdida, se detuvo de nuevo, moviendo su enorme cabeza de un lado para otro a veinte pies de altura, y gruñendo y rugiendo. En ese preciso momento el animal dejó su pecho al descubierto; una nueva descarga de flechas surcó el aire. El dragón lanzó un furioso rugido y se precipitó hacia sus atacantes a toda velocidad. Los címbalos sonaron tres veces y se descargó una nueva lluvia de flechas que hirieron al animal en el costado derecho. Los címbalos volvieron a sonar mientras el dragón gritaba de sufrimiento y rabia, girando violentamente su cabeza hacia los portaestandartes que, recobrados del susto, agitaban otra vez sus banderas.

El dragón bramaba y seguía avanzando hacia sus enemigos. Lleno de heridas, la sangre le corría por el vientre, de color más pálido, pero continuaba rugiendo y avanzando hacia los portaestandartes. Una vez más, banderas y abanderados desaparecieron. El monstruo se detuvo de nuevo, atronando el aire con su voz.

Jon-Joras pudo ver la marca de la X que se extendía como un blasón desde la garganta hasta la bragadura de la bestia. Pensó que incluso podría ver su pulso latiendo bajo aquella marca en forma de cruz, pero de pronto escuchó un disparo de arma tras él y el dragón se desplomó como alcanzado por un rayo. La sangre manaba a borbotones del cuerpo de la bestia como si fuera un torrente. El dragón agitó sus afiladas garras y enseñó sus enormes y repugnantes dientes con un rictus escarlata, al tiempo que soltaba un grito de muerte estremecedor y rodaba de cabeza al suelo, el cual retembló con el peso de la fiera.

—¡Alcanzado! —gritó una voz, exclamando la palabra tradicional llena de júbilo y exaltación—. ¡Alcanzado! ¡Alcanzado! ¡El dragón ha sido alcanzado!

Al darse cuenta que quien gritaba era él, Jon-Joras enmudeció de golpe, y toda la música empezó a sonar estrepitosamente.

El que había disparado contra el dragón era el alto comisionado Narthy, oriundo de algún territorio de la Serpiente, lejana constelación, cuyos planetas parecían abundar en metales preciosos, extrañas tierras y ricos y poderosos cazadores entre los altos comisionados, como Narthy.

En realidad, el tal Narthy no era un mal tipo, aunque se diferenciaba totalmente del propio superior de Jon-Joras. Narthy se unió al corro de hombres, algunos de ellos provistos de cámaras, que le rodearon para felicitarle por la pieza cobrada:

—¡Estupendo disparo, cazador!

—¡Buena puntería, cazador!

—¡Y bien ajustado!

El jefe era un hombre rechoncho, quemado por el sol y con el rostro curtido por el viento; su nombre era Roedeskant y, a diferencia de la mayoría de los maestres cazadores, no pertenecía al grupo de los *gentlemen*, aun cuando se hubiese criado en sus dominios. Durante la caza se había mostrado frío y seguro de sí mismo; sin embargo, ahora, a la vista de las cámaras y debido a su acento de casta inferior, se sentía azorado.

En parte porque estaba aturdido por la torpeza de Roedeskant y en parte a causa de no resultarle atractivo el aspecto del rechoncho Narthy, que enseñaba los dientes y estaba ensangrentado, Jon-Joras se volvió y se marchó, alejándose del grupo de cazadores. El mundo de Jon-Joras, el planeta beta de Mussorgsky el Menor, no se hallaba cercano a la Serpiente, donde nunca había estado y donde no esperaba ni deseaba estar. Nadie de los que le conocían le vería en la 3D, por la que Narthy había satisfecho una pequeña fortuna y que sin duda alguna no querría mostrar a sus amigos, sus parientes ni sus subordinados y socios, como tampoco a algunos superiores, a los que le habría gustado impresionar por el resto de su vida.

A medida que iba avanzando con sus pesadas botas de caza, notaba el fuerte olor que despedía el suelo impregnado con la sangre del animal, pero que no era lo bastante fuerte como para cubrir el amargo perfume almizclero del dragón. Tras él, una voz saltó:

—¡Qué disparo más podrido!

Más que espantado, sorprendido, Jon-Joras dio la vuelta y dijo:

—¿Qué?

Era alguien a quien no conocía, vestido con ropa blanca típica de un *gentleman* —un caballero—; un hombre alto con ojos ensangrentados y el cabello grisáceo.

—Podrido disparo —repitió el hombre, y agregó—: Mal ajustado, y todo porque el dedo temblaba sobre el gatillo; estos novatos son todos iguales. El caso es que a ese dragón le quedaba al menos otro cuarto de hora de resistencia. ¡Ya lo creo! No me dirá que Roe le apuntó para disparar; yo sé lo que digo, y nadie lo sabe mejor que yo, aunque proceda de la Lagartija, o la Rana, o cualquier lugar del que pueda venir ese cazador de pacotilla.

Estuvo mirando a Jon-Joras con sus ojos azules y astutos y al fin le preguntó:

—Pertenece a alguna compañía, ¿verdad?

—No. Soy uno de los favoritos del rey Por-Paulo. El que pertenece a la compañía es Jetro Yi, que está encargado de arreglar la caza, mientras que yo sólo me he adelantado hasta aquí para despachar los asuntos personales del rey.

El hombre de blanco gruñó:

—Bueno, a cada cual lo suyo; personalmente no soy de tendencia monárquica; no hay peor asunto que el de tener que renovar la maldita corona cada cinco años y hacer concesiones a la plebe y a los inferiores; y lo más comprometido son las elecciones. Bueno, no nos metamos con el rey de esa tierra...

Al darse cuenta que tenía que cambiar de tema debido a su falta de tacto, el caballero prosiguió:

—¿Qué clase de joven es usted, el privado de un rey?

Para Jon-Joras, el abordar el tema de su juventud era tanto como herir su susceptibilidad, con lo que, echando su negra cabellera hacia atrás, dijo con cierto énfasis:

—Por-Paulo es un buen hombre.

Pese a su juventud y a cómo alcanzara su situación, no quedaba duda del hecho que la inteligencia del muchacho, su habilidad, su forma de pensar y su elevada aplicación en el colegio, constituían buenas y suficientes razones. Sin embargo, cuando un muchacho es joven e hijo de una mujer joven —y por añadidura encantadora—; cuando uno no puede recordar a su padre, y cuando los rivales de su propio medio le insinúan que no merece la pena investigar acerca de su verdadera ascendencia más allá del Magate, en cuya compañía se suele ver a su madre muy a menudo, las cosas no dejan de complicarse un tanto...

—No trato de ofenderle —dijo el más viejo, y agregó—: Sus costumbres en nada prohíben presentarse a sí mismo, ¿verdad? Bueno, así pues, permítame que lo haga: Aelorix.

Y al pronunciar su nombre, el caballero tendió hacia el joven sus manos con las palmas vueltas hacia arriba.

Jon-Joras dio a conocer su propio nombre, colocando sus propias palmas sobre las de su interlocutor. Entonces, Aelorix dijo muy ceremoniosamente:

—Soy suyo y lo mío es suyo.

Por fortuna, Jon-Joras ya se había tomado la molestia de estudiar las costumbres locales; el joven exclamó:

—Me confunde su amabilidad, realmente no merezco tanto.

Detrás de ellos, los músicos empezaron a interpretar una alegre tonada, y Narthy fue llevado junto al dragón muerto. Aelorix frunció el ceño y soltó una palabrota:

—Bastardo, no me extraña. —Y refunfuñó mientras señalaba con un movimiento de cabeza al alto comisionado triunfante—: Roedeskant es un buen cazador; ninguno mejor... Pero él sabe muy bien cuál es su verdadero puesto, más de lo que yo pudiera decir por toda una serie de razones, locales o no. Recuerdo cuando era uno de los muchachitos de mi padre. —Y cambiando de tema, el caballero preguntó—: ¿Dónde vive usted, en el Estado?

Antes de encontrar la respuesta acertada, a Jon-Joras le pasó por la mente la visión increíble del cazador principal con las piernas desnudas, persiguiendo a los dragoncitos por los bosques y los matorrales. La pregunta era bastante embarazosa, pues si a la propia ciudad se la denominaba el «Estado», ¿cuál podría ser entonces la denominación de la Ciudad-Estado? Jon-Joras optó por dar el nombre de su ciudad:

—Resido en Peramis —contestó el joven—, en el pabellón.

—No está nada bien —dijo Aelorix moviendo la cabeza—. No, el pabellón no está bien. Quédese conmigo, en mi casa. ¿Qué le parece? Podrá permanecer allí hasta que llegue su amo.

Jon-Joras, agradecido por el cumplido, se sonrojó levemente. Una invitación para quedarse en la mansión de un caballero era cosa de meditar.

—Eso es lo adecuado y lo cortés para el favorito de un rey —afirmó el que se ofrecía a ser su anfitrión.

Desde luego el ofrecimiento no dejaba de ser uno de los más lisonjeros que el joven había escuchado y presenciado en el corto lapso de tiempo que llevaba en aquel lugar, en el Mundo Principal (que los indígenas llamaban Tierra, nombre que resultaba en extremo arcaico a oídos ajenos). Evidentemente el joven no podía rechazar la invitación, que por lo demás estaba deseoso de aceptar.

Jon-Joras quería ver por sí mismo cómo era la vida semifeudal. Además, también estaba la obligación hacia su rey, ya que cuantos más contactos estableciera tanto más grata resultaría la estancia del soberano Por-Paulo en la Tierra. Entonces preguntó:

—Si me quedo en su casa, ¿no me será difícil coordinar mi labor con Jetro Yi?

A modo de respuesta, el caballero sacó un instrumento parecido a un silbato y sopló un par de notas. Rápidamente, un hombre salió de la multitud y vino corriendo hacia ellos.

—¿Compañero Yi? —preguntó Aelorix, cuando le pareció que el criado podía oírle.

El hombre asintió con la cabeza, hizo un saludo de confianza y se marchó corriendo. Al poco rato regresó con Jetro, quien, aunque no corría, venía a un paso muy acelerado.

—Compañero, deseo invitar a este joven a Aelor.

Jetro Yi puso cara de asombro, pero no hizo ninguna objeción:

—Desde luego, desde luego. Como vuecencia desee.

—Mantendrás contacto con él —ordenó el caballero, tan autoritario como si fuera realmente el director de la compañía— dos veces al día. Y procura trasladar sus cosas cuando regresemos al Estado —agregó Aelorix.

—Desde luego, desde luego —asintió Jetro Yi.

—Ya puedes marchar.

Cuando Yi se hubo marchado, tras hacer una reverencia hasta casi el ombligo, el caballero soltó sin malicia:

—¡Mamarracho!

El viento del valle trajo el mugido de un dragón hembra, como dando a entender su presencia; acto seguido, en señal de respuesta, el macho bramó. Aelorix se quedó escuchando con el ceño fruncido. Movió la cabeza, algo preocupado.

Jon-Joras preguntó si había algún peligro.

—No... Ninguno, en absoluto. Sé que la hembra... Bueno, no quiero decir que nos hayamos encontrado con ella... Sin embargo, uno acaba por familiarizarse tarde o temprano con los gritos de los dragones... Pero lo cierto es que no conozco al dragón macho.

Y tomando a su invitado por el brazo, empezó a caminar.

La finca de Aelorix más parecía una ciudad que un verdadero Estado, repitiendo a escala más reducida el modelo al que correspondían todas las zonas civilizadas de la antigua Tierra, que había surgido tras la aparición del sistema planetario nacido del oscuro y atormentado caos del reino de Kar-chee.

Tras los melancólicos bosques daba gusto ver los campos y los sotos, y al principio, Jon-Joras no podía saber cuál era la residencia de su anfitrión entre todas las que se agrupaban en la confluencia del río.

La escena que tenía lugar en la plaza del mercado llamó la atención del muchacho: un grupo se apiñaba en torno a dos hombres, vestidos de sucias pieles, que estaban discutiendo; sus modales parecían señalar que se trataba de dos criados de alto rango. Al divisar la llegada del caballero, uno de los hombres exclamó:

—Aquí llega Su Excelencia.

—Aquí está el Grande —musitó uno de los hombres del corro, ataviado con su indumentaria de piel, profiriendo aquellas palabras en tono más crudo. Parecían hermanos y tenían un aspecto tétrico. Uno de ellos tomó un sucio bolso de fieltro y vació todo su contenido sobre el suelo pedregoso.

Jon-Joras retrocedió, espantado: eran las cabezas cortadas de unos animales; una de ellas, con dientes jaspeados y morro sangriento, era enorme en comparación con las demás, que eran pequeñas.

—Aquí están, Grande —vociferó el hombre—. Míralas.

Aelorix soltó un «¡hum!» sin pronunciar palabra y después se dirigió a su criado:

—¿Qué dice, Roedeskant? ¿Qué es lo que está diciendo?

—Dice que ésta es su ofrenda anual —contestó el criado.

—Pero observen el tamaño de esa cabeza —dijo uno de los hermanos en señal de protesta, y agregó—: Ahora, Grande, ya no quedan animales de este tamaño; todos son casi cachorros. ¿Acaso no merecen un premio?

Aelorix gruñó y se dispuso a seguir adelante, pero se detuvo y dijo a Roedeskant:

—Dales pescado.

Al oír esto, los hermanos parecieron apaciguarse. Jon-Joras, volviendo a contemplar la escena, vio cómo el criado desenfundaba un cuchillo y cortaba las orejas de los extraños animales. Al percatarse de la curiosidad del muchacho, su anfitrión sonrió y le explicó:

—Así no llevarán las cabezas a otra parte, a intentar ganar algo más. ¡Esos cerdos!

—¿Quiénes son?

—Perros cazadores... Bueno, ya hemos llegado. Sube estos peldaños.

Penetraron en un largo camino hecho de madera que subía levemente hacia la derecha; a ambos lados de aquel sendero había encantadores jardines y pájaros enjaulados. El joven contemplaba admirado la nitidez y el gusto de aquel escenario. Sin embargo, intentaba encajar la frase pronunciada con sus recuerdos de lecturas: ¿Perros cazadores...?

De pronto dio en el clavo: «¡Granjeros libres!», pensó.

Jon-Joras observó que su anfitrión torcía la boca con desprecio:

—Bonito nombre —dijo—, perros cazadores... Claro que a su manera, son útiles. Sin embargo, son personas sucias.

La esposa de Aelorix era una mujer de tez pálida, que llevaba un vestido totalmente bordado. Sola, sin ver a nadie, estaba sentada junto a su instrumento, que iba tocando y del que arrancaba, con sus dedos cargados de anillos, unos sonidos semejantes a un campanilleo. Tocaba con cierta rigidez, pero con una precisión admirable. De repente los

vio, o los sintió, y la música cesó. No hizo ningún comentario a Jon-Joras, como si no lo hubiera visto.

—¡Ah! ¿Qué noticias hay? —exclamó.

—Las de costumbre —dijo el marido, encogiéndose de hombros—: Una cacería; un extramundano; una matanza normal, aunque demasiado rápida.

Los ojos brillantes y la cara bonita parecían estar entre el enfado y la decepción:

—No quiero decir eso. No disimules —volvió a insistir—. ¿Qué noticias hay?

Aelorix quedó meditabundo, y al notar que su esposa se daba cuenta, dijo:

—Te ocupas de bagatelas, señora.

—¡Eh!

—Nada nuevo, salvo un dragón hacia el sur, en la selva de Belrose Woods. Un epitalamio. Al parecer, no reconoció su bramido. Eso es todo.

Una expresión que no representaba consuelo alguno, pero que en algo aliviaba su fuerte enfado, se deslizó por el semblante de la mujer. No duró mucho rato. Sus largos dedos dejaron el instrumento y sus manos se cruzaron pausadamente.

—No me gusta —dijo ella, como si se hablara a sí misma—. No, no, no. No me gusta...

II

Aunque el equipo planificador 3D del Mundo Principal era tan bueno como el de cualquier otro lugar de la Confederación Plurimundial, la economía local carecía de un sistema de control. Las escenas de caza podían darse a conocer en el exterior, pero no aquí, donde las comunicaciones no eran visuales. El Mundo Principal, en cuanto a la compañía de caza se refería, consistía principalmente en un coto de juego que durante siglos poca cosa más había sido. Aquí, el poderío de la Confederación era muy reducido, casi inexistente. Lo que estaba bien para la compañía de caza, que se encontraba tan alejada, parecía bastar para la Confederación.

La parte delantera del comunicador sólo era un simple instrumento y, cuando a la mañana siguiente, Jetro Yi habló tal como se lo habían ordenado, no era más que una voz:

—Estoy preparando a uno de los mejores cazadores para vuestro principal jefe, P. M. —dijo, con sus característico tono de darse importancia.

—Está bien, compañero.

—Ha prometido proporcionarnos un buen macho. Uno de cinco años.

—¿Cómo es eso?

—Porque los dragones, cuando más vigor tienen es cuando cuentan cinco años. Después decaen, y antes están demasiado verdes. Quiero decir ja-ja, literalmente ja-ja. ¿Qué diría vuestro rey si volviera con una piel que no fuera de primera calidad? Podrían decir que no es una caza de primera clase, algo en disonancia con su prestigio. Toma a uno de esos barrigudos aventureros, y ya verás que todo lo que quieren es ganar prestigio; bueno, ja-ja, si consiguen un dragón hembra o bien una carnuza vieja, lo mismo da, nadie notará la diferencia en los círculos donde ellos se mueven. Igual les da que la piel sea verde claro o negro rojizo. Pero para vuestro jefe, ni hablar, no señor. Puedes estar tranquilo, que todo saldrá bien.

—Muy bien, compañero.

—Ya informaré mañana por la mañana.

—Muy bien, compañero.

Cuando se había oído a Jetro una vez, bastaba para reconocerle siempre, a no ser que uno tuviera una afición desmedida por la caza.

Tras dejar el comunicador, Jon-Joras empezó a pasearse por la amplia y encantadora casa, dirigiéndose hacia el campo de entrenamiento, en donde seguramente, encontraría a su anfitrión.

En efecto, Aelorix se hallaba a un lado de la amplia superficie donde se celebraban los ejercicios; un grupo de jóvenes arqueros con el torso desnudo se dedicaban a disparar a unos blancos de pruebas. Un maestro arquero iba paseando tras los tiradores con un latiguillo en la mano y luciendo unos grandes bigotes que parecían de estaño. Los blancos estaban colgados bastante altos y se hallaban a voluntad del viento.

Cada vez que uno de los aprendices erraba el tiro, recibía un azote con el latiguillo en la parte inferior de la espalda: ¡Rissss! Cada vez que esto sucedía, el caballero asentía complacido, como si aprobara el castigo.

—Nada mejor para azuzar; y observa cómo el maestro arquero jamás pega a los músculos de los hombros. ¡Ah! Ya veo que mi hijo ha fallado una vez esta mañana. Veamos si cobra otra vez.

Los arqueros se detuvieron. Moedorix, el hijo menor de Aelorix, que iba asimismo con el pecho descubierto, mostrando un fuerte moretón por encima de la cintura, estaba también tomando posiciones. El maestro arquero gritó y el muchacho soltó una flecha. Jon-Joras apenas pudo ver adónde fue a parar el disparo, pero su anfitrión hizo un gesto de satisfacción. El maestro arquero se retiró un poco, aunque no se mostró adulador.

Al otro lado del campo se encontraban unos cuantos portaestandartes haciendo movimientos de danza con sus astas. Una idea repentina pasó por el pensamiento de Jon-Joras; a pesar que la retuvo en la punta de la lengua, parándose a pensar si era educado decirla, preguntó:

—Una empresa de este carácter debe resultar cara, ¿verdad?

—En mi caso, sí, porque me gusta que mis gentes se queden en casa y no vayan contratados por ahí de caza. No acepto contratos de caza, puesto que no tengo necesidad de ello. Tampoco tendrá que hacerlo mi primogénito. Pero supongo que mi hijo menor lo hará, a no ser que efectúe el reparto en mi testamento en perjuicio de Aelodor, mi primogénito, cosa que desde luego no haré. No lo creo. Las fincas deben conservarse enteras. He adquirido una finca más pequeña río arriba para entregarla al menor, y haré que se establezca por su cuenta. La compañía ya le facilitará unos cuantos y buenos contratos hasta que logre buena fama. Y te diré que de aquí es de donde proceden sus mejores cazadores jefes: los más jóvenes, ¿sabes? La compañía me conoce, yo conozco a la compañía. Odio pensar que tuviéramos que depender de la Confederación. —El caballero no entró en detalles, aun cuando agregó algo en su defensa—: No quiero que nosotros, ni mi familia, tengamos que depender tampoco de la Confederación. No recuerdo que en toda mi vida esta familia haya tenido que comprar ni una pata de venado, ni patatas, ni un corte de vestido. Muéstrame un caballero que lo haga y te mostraré una familia que se hunde —dijo orgullosamente Aelorix—. Así es cómo Roedeskant ha ido consiguiendo su finca, ¿sabes? La familia que la tuvo jamás se preocupó del hecho que su nombre desapareciera por la línea masculina. Se ha hundido y se ha vuelto a levantar. Bueno, lo ganó, así lo creo. El consejo de sindicatos, en la próxima sesión, cambiará su nombre por el de Roedorix; en caso contrario, habré perdido toda mi influencia y acabaré por convertirme en un cazador de perros.

Se detuvieron para contemplar el resultado de unas nuevas flechas, mientras Aelorix pasaba la uña de su pulgar por el extremo de las mismas. En ese momento, por la arboleda asomaron unos cuantos hombres... Al divisarles, Aelorix gritó, llamándoles:

—Pequeños..., ¿de dónde vienen tan temprano?

Los muchachos, algunos de los cuales eran casi niños, no cesaban de hacer con sus labios extrañas muecas. Jamás habían conocido una escuela, ni un par de zapatos, y vestían

descuidadamente. Los había de muchas edades, incluso «muchachos» de..., ¡de cuarenta años de edad!, que no hacían más que señas a su señor, dejando en el suelo cuanto llevaban. Cuando Jon-Joras se acercó, se dio cuenta que eran cestos de mimbre cubiertos con cuerdas de esparto, de los cuales procedía un agudo y tembloroso chillido.

—¿Qué hay, muchachos? —dijo Aelorix.

Todos hablaban a la vez, mientras iban deshaciendo los cestos.

—Ah, señor, mira qué hermosuras. ¿No son bonitos, señor? Échales una mirada, ¿quieres?

Llevaban casi una docena de jóvenes dragones, de un fuerte color amarillo, algunos de los cuales tenían un ligero tono verde en la parte de arriba.

—Muy bonitos, muy bonitos —repuso Aelorix con brusquedad—. Pero, haberse quedado tanto tiempo para traerme esa carnicería de pequeños, eso no. No deberían hacerlo. ¿Qué es lo que pasa?

Se quedaron en silencio, clavando sus ojos en el hombre que sostenía un cesto sin abrirlo. Lo destapó y metió la mano cautelosamente. De pronto se abalanzó y sacó algo que hizo lanzar un rugido a su señor:

—Pero, ¿qué demonios haces? No es un pollito, es un pollo. ¿Es que acaso tiene seis dedos y quiere perder uno? ¡Y para colmo, un pollo marcado! ¿Qué dices?

El hombre que sostenía al pequeño dragoncito calificado de pollo por el amo precisaba de ambas manos para sostenerlo, mientras otro de sus compañeros señalaba la marca, una X de color gris que llevaba el animal en la parte inferior del cuerpo y que a medida que fuera creciendo se tornaría blanca. Aelorix se inclinó para examinar la señal y, mientras colocaba la uña del pulgar para analizarla mejor, el joven dragón le echó una zarpa encima.

Los hombres partieron en seguida, con su rojo y feo rostro pintado de líneas blancas, que hasta ese momento no habían llamado la atención de Jon-Joras.

—¿Qué hijo de perra ha señalado al animal? —gritó Aelorix.

Su ira no inmutó a sus hombres.

Un viejo muchacho, que se arrastraba lánguidamente y tenía las manos ajadas como si le hubiera caído ácido, sacó lo que llevaba en su lata, al tiempo que movía la cabeza lentamente con los ojos clavados en el suelo. Parecía tener la tristeza de una muchacha perdida.

—Señor, esto no es mío —dijo—. No, esto es demasiado tosco, muy tosco, ya lo ves. —Pinchó al animal que llevaba con la punta de uno de sus dedos—. Observa hasta dónde se puede cortar. Yo no he hecho una señal como ésta, que toma de norte a sur y está hecha con rudeza. Y por aquí también.

—Sí, ya lo veo —dijo Aelorix amargamente—. Bueno, mira, córtale el cuello —ordenó con sequedad, y se marchó con pasos rápidos y lleno de enfado. De pronto se detuvo y dio media vuelta—: ¡Ni una palabra a nadie! La señora no tiene por qué enterarse de nada de esto.

Fue un breve espacio de tiempo el que separó este instante de las palabras que dirigiera a su invitado:

—Joven, por unos momentos, pásalo bien tú solo. Debo celebrar consejo con mis vecinos sobre un asunto. Ruego me perdones y me excuses.

Peramis no se diferenciaba mucho de las demás Ciudades-Estado del Mundo Principal, ese antiguo planeta desde el cual el hombre había empezado a extenderse por las galaxias. Había quedado muy mermado en sus recursos, tanto humanos como minerales, que antes la caracterizaran para lanzar y mantener aquella expansión. Así entonces, la población fue disminuyendo y los recursos fueron agotándose casi por completo, cuando los otros

mundos estaban siendo ocupados por diversos imperialismos; fue entonces cuando la vieja Tierra tuvo que quedarse sola, mientras los habitantes de Kar-chee, descarnados y negros como la pez, llegaban de sus cubiles situados en los alrededores de las estrellas del anillo. La Tierra quedó sola, indefensa; y, solos e indefensos, cuantos quedaron de su gente tuvieron que abrirse camino.

El establecimiento de la Confederación, junto a los recuerdos del pasado y a la atención por el hogar del primer hombre, apenas si encontró una reminiscencia del viejo estatuto que aún sobrevivía. Se habían acabado las grandes capitales, habían desaparecido los grandes Estados y las Ligas de naciones. De no ser que los de Kar-chee se interesaron mucho más por el mar que por la tierra, habrían quedado muchas menos cosas. Como resultado de sus planes, y por razones que sólo ellos conocían, hicieron estallar grandes masas de tierra que quedaron sumergidas, a la vez que otras quedaron despojadas de todos sus elementos fertilizantes primordiales. Los ríos vieron sus cauces alterados, y las montañas se desplomaban o cambiaban de estructura.

Los antiguos mapas apenas podían utilizarse, eran inservibles, y Jon-Joras, al contemplar un ejemplar de un mapamundi en el gran salón del pabellón, no tuvo más remedio que olvidarse de la historia antigua. Por eso no era una gran proeza situar en él a Peramis, Sartor, Hathis y Drogue, las cuatro Estados-Ciudades que, al menos nominalmente, hoy en día se repartían las tierras donde podían cazarse dragones, constituyendo en total una superficie cuyo contorno se asemejaba a una península y era algo menor que un subcontinente.

Aelorix había estado bastante acertado a su manera: el dragón era quizá el más mortífero de los juegos, pero también el más prestigioso. En las antiguas leyendas que se habían conservado en sus formas más ricas en los mundos del sistema de la órbita interna, que fueron los primeros en iniciar la gran oleada de expansión, ya se hablaba de los dragones. Estos monstruos no parecían amoldarse a las criaturas de los tiempos actuales. Según cierta teoría, los dragones de los tiempos míticos se retiraron al interior de las selvas, a los lugares más recónditos, y así escaparon a la atención de los insignes historiadores, a la evolución y a las mutaciones resultantes de los cambios manifiestos del entorno.

No faltaban tampoco los que sostenían que los dragones habían sido traídos por los hombres de Kar-chee, destacando la existencia de los mismos en los castillos derruidos y en las excavaciones de los enormes anfiteatros hundidos que los supervivientes del hombre de la Tierra designaban con el nombre de «cuevas de dragones».

Sin embargo, a pesar de todas las teorías y por encima de ellas, una cosa parecía ser cierta: antes que llegaran los hombres de Kar-chee, nadie sabía si existían dragones en el Mundo Principal. Y en los tiempos en que los Kar-chee dejaron de molestar, la presencia de los dragones se convirtió en una de las grandes realidades de la vida terrenal. Bajo el caos y el reino de Kar-chee, la mística de las cacerías de dragones se había ido desarrollando en algún lugar y en alguna circunstancia. Y ahora, varios siglos después, constituía el único recurso del desolado planeta.

—Resulta increíble pensar que todos vinimos de allí —dijo alguien detrás de Jon-Joras, señalando el globo terrestre que el joven contemplaba.

Asintiendo con la cabeza, el muchacho se volvió: era el arqueólogo de la Confederación, un tal doctor Cannatin, a quien de vez en cuando había observado en el salón del pabellón regocijándose o bien lamentándose de los resultados de las excavaciones.

—¿Cómo van las nuevas excavaciones? —preguntó Jon-Joras con suma cortesía.

Cannatin era de mediana edad, un tanto regordete y llevaba la cabeza pelada, según era costumbre en su mundo de origen (o donde fuere), lo que le hacia parecerse a un huevo ambulante. El doctor hizo una mueca con su boca redonda:

—Apenas puede meterse uno en ninguna parte. La plebe..., así suelen calificar al pueblo por estos lugares, ¿verdad? Pero no importa, lo mismo da que les llamen perros ladrones que perros cazadores. Son granjeros libres, puesto que así les gusta que se les llame, y gente difícil. Preferirían cavar patatas antes que excavar los emplazamientos de los edificios. Más que una caza de ruinas esto parece una caza de perros, pueden creerme; ¡y para conseguirlos debo pagar cantidades exorbitantes! —exclamó el doctor con un suspiro. Y agregó—: Estoy tentado de abandonarlo todo para levantar un campamento en la otra orilla del río, junto a Hathor.

Jon-Joras preguntó si la clase más baja de Hathor era más dócil y razonable en relación con la arqueología y Cannatin movió la cabeza rapada:

—No pensaba en la gente de Hathor, sino en los nómadas, en las gentes de las tribus. Sus caminos principales convergen hacia aquel lugar. Ahora esas gentes van vagando de un sitio a otro. Deben conocer lugares de los que nadie ha oído hablar. De manera que allí me trasladaré muy pronto.

La súbita resolución, el apremio del doctor, sorprendieron a Jon-Joras, pero, antes que pudiera formular su pregunta, Cannatin masculló una excusa y se marchó a toda prisa.

Jetro Yi no se encontraba en el pabellón, con lo que Jon-Joras pensó que estaría buscándole en la oficina de la compañía de caza. Esto le permitiría conocer algunos aspectos más del «Estado» de Aelorix, y por lo tanto, el joven decidió llegar hasta la oficina de la compañía.

Delante del pabellón se estacionaban una serie de carruajes tirados por pequeños caballos que aguardaban a los clientes. No obstante, prefirió dar un paseo caminando. Por lo general, las calles de este distrito de Peramis eran tranquilas y había poca gente a pie; pero apenas atravesó el parque cuando en el cruce de unas calles tropezó con un grupo de personas que organizaban bastante alboroto.

Tras doblar la última esquina, se encontró ante una soberbia avenida bordeada de árboles y una gran multitud que se apiñaba en la espaciosa alameda, ante el portal estucado de blanco de un edificio al parecer muy importante.

Un mendigo, acurrucado en la acera, ciego por cierto, levantó la cabeza al oír acercarse a Jon-Joras.

—No hay sitio en el tribunal, grandeza —gruñó, al tiempo que tendía sus manos descarnadas pidiendo una limosna.

Jon-Joras le dio algo y, mirando absorto a la multitud, preguntó al ciego qué pasaba. El mendigo inclinó su cabeza, como queriéndose asegurar del hecho que allí no se encontraba nadie más:

—Ah, grandeza, es ese perro cazador que dio muerte al caballero.

—¿Y por qué lo mató?

—Alega que la gente cazadora pisoteó su sembrado de patatas. Desde luego los cazadores le indemnizaron, pero esos perros hambrientos no tienen consideración con nada ni con nadie; por lo visto quería que le dieran más dinero. Pelearon, y mató al caballero.

Jon-Joras le dejó gimiendo y se marchó a la alameda. Un reducido grupo de caballeros conversaba con mucha animación; uno de ellos parecía señalar a una serie de plebeyos como si exigiera al mismo tiempo cierta acción. Jon-Joras dirigió sus pasos hacia el grupo y se detuvo a cierta distancia del mismo para escuchar.

—Asqueroso, más que asqueroso —exclamaba un hombre fornido, ataviado con una grasienta piel de ante que dejaba al descubierto la mitad de su peludo pecho. El hombre prosiguió—: Primero llegan los de su misma especie, luego vienen sus sangrientos

dragones, después sus malditos criados que besan sus espaldas, y por último los clientes de más allá del mundo. ¡Extramundanos! ¿Acaso nos ayudaron los extramundanos cuando nos invadieron los de Kar-chee?

Su auditorio gruñía y se agitaba, apoyando al hombre de la piel de ante:

—En cuanto a nosotros concierne, yo digo que bastante tenemos con cazar con nuestros perros por el bosque para guardar nuestras casas seguras, y nada más. Somos granjeros libres, ése es nuestro nombre...

—Pero, ¿cómo deben estar libres nuestros campos y nuestros sembrados, las plantas que hemos criado a costa de nuestro sudor, cuando para ellos no son más que unos caminos que pueden pisar impunemente? A veces las cosas importantes van con lentitud, mientras que las intrascendentes tienen rápida solución; sin embargo, ahora la mayoría marchan de prisa y cada vez más de prisa...

Desde la alameda se escuchó un gran griterío; todos volvieron la cabeza. Los gritos se acercaban cada vez más, y procedían del tribunal:

—¡Culpable! ¡Culpable! ¡A muerte!

El grito de triunfo de los caballeros resonó por la alameda, al tiempo que el hombre de la piel de ante rugía con todas sus fuerzas. En un abrir y cerrar de ojos, la alameda se convirtió en un sangriento tumulto. Jon-Joras se vio atrapado en el remolino de la muchedumbre, zarandeado de un lado a otro como un barco en medio de la tempestad.

La gente era ya un populacho amotinado que se movía tormentosamente a un lado y otro. Al muchacho le falló una rodilla y cayó; levantando los brazos, se protegió contra las pisadas de la plebe enfurecida. Por suerte, se hizo un claro entre la multitud apiñada y de momento quedó a salvo. Al levantarse del suelo, el joven miró a su alrededor y vio a una muchacha que estaba tendida a su derecha, inerte. Era delgada, su fino rostro estaba pálido, y de uno de sus labios manaba un poco de sangre.

Jon-Joras fue a levantarla; la muchacha abrió los ojos y su rostro sufrió una convulsión; llena de rabia, le pegó, y apartándose de él de un salto, en un instante se perdió en medio de la multitud vociferante.

III

El populacho, más que liberar al condenado, lo que pretendía era prender fuego al tribunal y destruirlo totalmente. Ya estaba a punto de conseguirlo cuando apareció el ejército, que había sido alertado apresuradamente. El número de soldados con que contaba la Ciudad-Estado era reducido, pero poseían una férrea disciplina, lo cual no ocurría con el populacho. En consecuencia, aunque intensa y brutal, la batalla fue breve. Las gentes se dispersaron, clamando venganza y dejando a sus muertos en el campo de batalla.

Al asesino del caballero, que sólo lo había matado para compensarse de las pérdidas que le causara en su cosecha, se le ajustició tal y como lo establecía la ley, de la manera acostumbrada. Fue atado, amordazado y colgado por los pies en la plaza principal, y después un pelotón de arqueros le cosió el cuerpo de flechas.

En el pabellón se discutió prolongadamente acerca de si había sido un error o no aquella ejecución. El alto comisionado Narthy pasaba el tiempo como podía, en espera de la llegada de la nave espacial, que una vez a la semana, aterrizaba en la base de la Confederación, única zona de la Tierra que se hallaba bajo dominio de la galaxia situada en la extensión de terreno que los hombres de Kar-chee habían creado fuera de las islas Andaman. El «cazador» Narthy, que estaba despidiéndose en el salón del bar, insistía en que aquella ejecución había sido un error:

—¿Por qué dar un mártir al populacho? —decía, mientras iba sorbiendo su bebida—. Todos los miembros de la plebe que han sido testigos de la ejecución se convertirán ahora en unos nuevos cabecillas rebeldes. No, en el mejor de los casos, se habría debido efectuar la ejecución clandestinamente. Además, lo que se debería promover es una reforma agraria y la reforma del sistema educacional, con miras a satisfacer las legítimas aspiraciones de los plebeyos.

Sin embargo, un mercader muy bien vestido de los Mundos Azules dijo, moviendo la cabeza:

—Al contrario, yo opino que hacer en secreto lo que siempre se ha llevado a cabo públicamente es tanto como admitir que se tiene miedo al populacho, y no hay nada mejor para incrementar su poder. Por otra parte —prosiguió el elegante mercader—, ¿qué aspiraciones legítimas existen en el populacho? Es lógico que cualquier perro cazador aspire a ser caballero, pero, ¿quién puede estar de acuerdo en considerar que eso es una aspiración legítima? ¿Acaso una armada no debe consistir más que en almirantes? Y en cuanto respecta a los cazadores y a su derecho a cruzar por los terrenos sembrados, ¿por qué tratar ese asunto cuando es una norma que desde antiguo pertenece al dominio público? —Acariciando su vaso, el mercader de los Mundos Azules agregó—: Este planeta no cuenta con más recursos que sus cacerías, no hay otra cosa que justifique la presencia de la Confederación en esta zona o de las personas llegadas del exterior para visitarla.

Un hombre de la compañía PR, de mediana edad, asintió con un movimiento de cabeza.

—Y sin nosotros —dijo— este lugar se vería nuevamente sumido en la barbarie. No es posible basar una civilización en un campo de patatas; de ninguna manera. Debemos respetar nuestra obligación con nuestra antigua madre Tierra y debemos incrementar sus contactos.

A pesar de todo cuanto pudiera decirse de convincente en el bar, la mayoría de la población de Peramis pensaba de otra forma. La atmósfera de la calle era hostil, algunos visitantes habían sido zarandeados y apedreados, y aquella misma noche la hacienda de un caballero había sido incendiada, siendo asesinados algunos de los criados más leales al mismo.

Todos estos hechos hicieron comprender a Jon-Joras por qué el doctor Cannatin había optado por trasladar su base de operaciones a otro emplazamiento. Por último, el joven se encontró con Jetro Yi y le dijo:

—¿Qué les parecería si organizara mi caza real en otra Ciudad-Estado? En Sartor, o Hathis, o Drogue; en cualquier otro lugar, con tal que no se viera perturbada por estos incidentes.

Sin embargo, Jetro se opuso tozudamente a la idea. Quizá dudase de no contar con el tiempo debido para organizar las cosas de un modo satisfactorio. En realidad, estaba seguro del hecho que las cosas no estarían prestas a tiempo.

Jon-Joras llegó a la conclusión que, lo que posiblemente preocupaba más a Jetro era la pérdida de su comisión en caso que la cacería se realizara en otro distrito; a pesar de ello, no se sentía capaz de discutir con los que controlaban el terreno local, de suerte que se dejó convencer por Jetro respecto a que los disturbios iban a menos (realmente era así) y se dispuso a preparar la visita del rey Por-Paulo. Tal vez aquello le daría demasiado trabajo, y eso movió al joven a aceptar precipitadamente la repentina invitación del jefe cazador Roedeskant para ir a cazar un dragón. Cuando se le ocurrieron otros pensamientos, la nave espacial ya estaba en camino y era demasiado tarde para volverse atrás.

—Un gran dragón ha sido divisado a orillas del río que atraviesa las estepas del territorio Lie —explicó Roedeskant—. Creo que sería bueno que probaras vuestra puntería antes que llegue vuestro señor; ello es importante y se guardará callado. Sin formalidad alguna: si abates al dragón, eso no te dará ningún título, ¿entiendes?

El aerodeslizador surcaba el aire por encima de las praderas y la selva cada vez más densa, que se extendía río arriba. El ambiente era sumamente alegre y tranquilo. Una cacería organizada de repente era muy distinta de las que se organizaban oficialmente. Muchos de los cazadores que iban a bordo del aparato eran jóvenes, algunos muy jóvenes, como el hijo de Aelorix, a quien Jon-Joras había visto entrenándose. Al parecer, los arqueros de hoy eran caballeros aficionados.

—Tengo entendido que el dragón es un verdadero monstruo —dijo Roedeskant—. El dueño del territorio Lie ha enviado un mensaje por barca. Yo ignoro lo que se dice en él. —Roedeskant prosiguió—: Creo que se trata de un dragón que anda solitario.

—Parece que por allí son algo más numerosos de lo normal, ¿no crees? —preguntó un joven arquero, el hijo de Aelorix.

Una sombra pareció abatirse sobre el rostro del maestre cazador.

—Quizá sea así, grandeza —murmuró.

El joven Aelorix lo miró, repentinamente preocupado. Acto seguido, alguien empezó a tararear una canción y, uno tras otro, todos se unieron al coro:

Al dragón que encontré por la mañana,
lo perseguí toda aquella jornada.
Para darle muerte esperaba
desde el día en que naciera.

Al llegar a esa estrofa, alguien exclamó:

—¡Ahí está la isla!

Y el coro prosiguió:

Los músicos iban cansados,
sus cuernos sonaban ásperos,
pero con celo disparaban
los que al dragón seguían;
dispararon los arqueros
contra mi dragón, certeros.
El monstruo ya se desplomó,
mi corazón alegre saltó...

Jon-Joras hizo una mueca: tan pésima era la música como la letra. En realidad era algo espantoso. Sin embargo, tenía sonido y acompañamiento. El hijo menor de Aelorix cantaba alegremente, golpeando sus rodillas con los puños:

Mi dragón se adelantó hacia mí,
sus patas se alzaron al aire,
mi pecho saltaba de júbilo
ante el raro espectáculo
de mi dragón rugiendo como el trueno,
y enseñando sus enormes dientes.
Mi vida entera no me dará
más alegría que la que tuve allí.
Apunté a su marca crucial
para clavarle en su parte vital...

Jon-Joras perdió el resto de las palabras a causa del griterío de los muchachos y del zumbido del aerodeslizador que ya se estaba posando en un calvero del bosque, cerca del río. Un reducido grupo de hombres les aguardaba; uno de ellos, corpulento, de unos treinta años de edad, iba bien vestido, por lo que parecía ser el amo, mientras que los demás eran sus inferiores. Por sus maneras y formas de expresarse, muy bien podría ser un caballero, pero en realidad, según lo que había podido captar de los comentarios de sus acompañantes, Jon-Joras sabía que se trataba del hijo natural de un caballero.

Los portaestandartes se dedicaban a colocar sus banderas en las astas, cuando sonó un quejido lastimoso que sobresaltó sus oídos. Todas las cabezas se irguieron inmediatamente, girando de un lado a otro. Escudriñaban y husmeaban el aire cual si fueran animales.

—No está muy lejos —murmuró Roedeskant—, no está muy lejos...

Con gran presteza, el maestre cazador tuvo todas las cosas a punto, y mientras terminaba recordó a Jon-Joras algunos de los consejos que le había dado en el aerodeslizador: no debía disparar hasta que él se lo dijera, y cuando recibiera la orden tendría que disparar a la cruz de la X.

—Tenlo presente —dijo el maestre, y agregó—: Si lo haces así, darás con el nervio-ganglio vital del animal y le abatirás. De lo contrario, le estarás disparando absurdamente. ¡Santo Dios! ¡Ya!

El maestre profirió un grito; sus ojos relampagueaban; Roedeskant levantó sus brazos, y los címbalos sonaron en medio del griterío de los jóvenes arqueros. Los caramillos hicieron sonar sus agrias tonadas, mientras el dragón salía disparado del bosque.

Los portaestandartes ondeaban sus oriflamas para que la bestia se fuera hacia la derecha, pero ésta no les hizo el menor caso. Los címbalos hacían retemblar el aire, las flechas volaban, y los portaestandartes y los arqueros se unieron para dirigirse corriendo hacia la bestia. El dragón avanzaba más de prisa, como ignorándoles. Se levantó sobre sus patas traseras, y una lluvia de flechas se clavó en el vientre del animal, con lo cual los arqueros lograron llamar su atención.

Girando sobre una de sus patas se lanzó sobre los arqueros...

—¡Sangre de Dios! —chilló alguien—. ¡Una fiera! ¡Una fiera! ¡Un dragón viejo!

Los portaestandartes echaron a correr como gamos, dejando sus oriflamas por el suelo y buscando refugio entre las altas hierbas y los matorrales. La bestia rugió y, sin detenerse, fue a la carga con ellos... Entre las altas hierbas, todo era grito y espanto.

Las fuertes zarpas del dragón estaban teñidas de sangre...

—¡Disparen, disparen! —gritaba Roedeskant—. ¡Quien pueda, que dispare!

Jon-Joras vio a tres hombres que levantaban sus armas y disparaban al unísono. No obstante, el dragón continuaba avanzando... Dispararon otras dos veces seguidas, luego cuatro, pero el monstruo continuaba adelante.

Los arqueros guardaban sus filas, disparando sus dardos inútilmente, pero ninguno se salvó corriendo, y el dragón, silbando, chillando y contorsionando todo su cuerpo de un lado a otro, chorreando sangre, se dirigió contra ellos. Sus terribles garras barrían a diestra y siniestra; bajando y levantando la cabeza, sus mandíbulas se movían en el aire enrojecido.

El hijo de Aelorix disparó su último dardo sin lograr escapar a las garras de la fiera. La boca del muchacho estaba abierta, pero de ella no salía canción alguna.

Parecía como si la bestia se encontrase en todas partes; por fin, Jon-Joras tuvo al dragón en la mira de su arma, y en ese preciso momento recordó el consejo y la voz de Roedeskant: «Disparar solamente a la cruz de la X». (¿Dónde estaba ahora Roedeskant?) Pero la cruz de la X había sido borrada por la multitud de disparos que se le habían hecho,

y ya no era más que una especie de boquete del que manaban chorros de sangre. Sin pensarlo más, Jon-Joras disparó una vez tras otra.

En ese momento, alguien corría hacia él a toda velocidad. Su último disparo antes que rodara por el suelo se perdió en el aire. El hombre que se le había echado encima gritaba de terror; por fin pudo desprenderse de él y se marchó corriendo. Atontado, aún pudo notar el roce de la garra de la fiera. Jon-Joras casi perdió la respiración. Por el rabillo del ojo vio algo que iba arrastrándose, enorme y ensangrentado... Todo eran gritos y más gritos. Una voz chilló; el grito se volvió agudísimo, estridente, y, de pronto, se apagó.

El firmamento se oscureció, todo daba vueltas, convirtiéndose en un círculo concéntrico, en un torbellino. Jon-Joras sintió que perdía el conocimiento y todo se convirtió en una espesa niebla negra en la que se sumió.

En medio de su desvanecimiento notó algo que identificó como el zumbido del aerodeslizador, y eso le hizo volver en sí. Con una brusca tensión de sus músculos, giró la cabeza a tiempo para vomitar. Luego, temeroso, se recostó un rato. Pero no pudo escuchar otra cosa que el zumbido de las moscas.

El sol ya se había puesto y en el cielo hicieron su aparición los buitres. Cuánta gente había presenciado aquella cacería improvisada, Jon-Joras, aturdido por todo lo que le rodeaba, era incapaz de decirlo. Ignoraba, asimismo, cuántos habían logrado escapar en el aerodeslizador o se habían adentrado en el bosque. Nadie respondía a sus angustiosas llamadas de auxilio.

De pronto, le pareció oír un gemido detrás de un matorral que estaba a unos pasos de él. Se levantó y fue hacia allí: un muchacho yacía en la hierba; al sostener su ensangrentada cabeza entre sus manos, Jon-Joras se dio cuenta que no conocía el nombre del muchacho. El hijo de Aelorix miraba ciegamente hacia el sol:

—Dile..., dile a mi madre... —empezó.

—Lo haré, lo haré —afirmó Jon-Joras.

Y esperó. Pero los labios muertos ya no pronunciaron ninguna palabra más. «Dile a mi madre...»

«¿Qué podía decirle que ella no hubiera temido ni adivinado ya?», se preguntaba.

Ateridamente, siguiendo la costumbre de su propio pueblo, puso un poco de tierra sobre cada uno de los ojos cerrados del muerto; estirando los brazos cuán largos eran y golpeando las palmas de sus manos, Jon-Joras dijo:

—Se acabó la escena y el acto; que el telón se levante para dar paso a algo más agradable.

Y el joven ya no pudo recordar lo restante.

Cuando no se tiene idea de la dirección que hay que tomar, tanto da ir en una o en otra. El río y la aldea Lie no debían encontrarse muy alejados, pero Jon-Joras no sabía dónde se hallaban. Lo peor era esperar allí mismo a que llegara el auxilio. No podía quedarse allí, en aquel campo de muerte, sobre el que ya volaban los negros pajarracos dando círculos.

Dio una vuelta en torno al calvero donde se encontraba y tomó el primer sendero que se le ofreció a la vista. Estaba ya casi anocheciendo cuando se le ocurrió que el sendero que seguía no llevaba a la aldea Lie. Fue entonces cuando oyó a los perros. Su corazón latió más fuerte: donde había perros tenía que haber forzosamente cazadores. Además, ¿acaso no había visto sus cabezas cortadas? Al recordar los dientes jaspeados en los morros sangrientos, se echó a correr tanto como pudo.

Alguien merodeaba por aquellos alrededores, pues observó el reflejo de su atuendo en una vertiente. Cuando gritó en su dirección, el hombre desapareció inmediatamente. El muchacho abandonó el sendero y, saltando por entre los troncos de árboles que había en el suelo, salió en dirección a la silueta que acababa de divisar. Hasta que en medio de la penumbra dio con ella.

Era una muchacha.

—¡Por favor, no te haré daño alguno, no temas! —gritó—. Todos están muertos, todos los demás... El viejo dragón solitario...

La muchacha se detuvo al oír sus palabras y se volvió. Él también se paró. Durante unos segundos se miraron fijamente a los ojos. Era la muchacha a quien él había intentado ayudar en la alameda del palacio de justicia; era la misma muchacha que ya había echado a correr, lo mismo que ahora...

—Espere —le gritó—. Los perros...

En estos momentos ya estaban mucho más cerca. Parecía como si le acorralaran. Ya no podía ver a la muchacha. Recogió una rama e intentó buscar un árbol cuyo tronco fuera suficientemente ancho como para apoyar contra él su espalda, y a ser posible trepar por el mismo. Pero se hallaba en una zona que había sido devastada por un incendio muchos años antes; no había ninguna clase de árboles grandes.

—¡No corras! —dijo una voz de hombre.

Jon-Joras se volvió. Los perros lo rodeaban, conducidos con correas de piel por unos hombres. Quedó como atontado y dejó caer el palo que llevaba en la mano. Se recobró en seguida.

—Señores, me alegro muchísimo de verles. Estaba cazando, allá detrás —hizo unas señas, indicando al infinito, porque no sabía a qué distancia se encontraba ni en qué dirección se hallaba.

Aquellos hombres iban vestidos con pieles y ropas de tosco paño. Dos de ellos entregaron a los demás las correas de sus perros y se le aproximaron. El joven explicó:

—Era un dragón viejo, un dragón solitario y no habrá muerto, no moriría —exclamó casi sin aliento.

Los dos hombres se miraron mutuamente y en sus ojos parecieron brillar unas pequeñas lucecitas.

—¿De veras? —dijo uno.

—¿No ha muerto? —inquirió el otro.

Se le acercaron y el joven les tendió la mano. Sin molestarle en absoluto, ni hacerle daño, uno le tomó una mano, el otro le tomó la otra y se las ataron detrás de la espalda.

—Camina adelante —le dijo uno—. Anda y déjate de trucos, pues es más fácil soltar a los perros que contenerlos.

Recogió el palo que Jon-Joras había dejado caer y le golpeó en las costillas.

—¡Camina! —dijo nuevamente el hombre.

Jon-Joras obedeció.

IV

Los perros iban de un lado a otro, mirándole de vez en cuando como si estuvieran hambrientos. Sus ojos estaban llenos de destellos rojos a la luz de las antorchas, pues la noche ya había cerrado.

La difusa y resplandeciente luz no le daba a conocer indicio alguno de dónde podía encontrarse; seguían por el inacabable sendero por el que sólo podían caminar tres personas una junto a la otra. Uno de los hombres señalaba algo y murmuraba. El otro

cabeceaba asintiendo, y dijo algo que se perdió en un bostezo. Jon-Joras, siguiendo el gesto del hombre, pudo observar una gran roca que estaba cortada en uno de sus ángulos. En ella habían crecido unas enredaderas. Había muchas como aquélla. De repente, el suave crujido de sus pies comenzó a resonar. Aquel eco demostraba que estaban entrando en un túnel, el cual se extendía colina arriba. El olor era débil, pero no dejaba de ser un olor extraño, y el muchacho empezó a estremecerse.

Una ola de aire fresco llegó a su rostro y el eco desapareció. Las estrellas estaban encima, aunque sólo por encima de su cabeza, no a los lados. Sintió la pared que debía rodearles. No tenía ni la más remota idea de dónde se encontraba ni de dónde estaba ese lugar. Sin embargo, presentía que no había sido construido por los hombres que le tenían cautivo.

La caza misma le había causado una cierta tensión nerviosa parecida a la que se siente tras varios días de mucho trabajo; su larga caminata, su correr huyendo de los perros, su viaje... Vagamente, tenía la impresión de estar siendo conducido pendiente abajo hasta llegar a un recinto con antorchas clavadas en la parte superior de las paredes, tan altas que apenas podía ver dónde acababan. Le quitaron las ataduras y le trajeron comida. Comió, y agitando la cabeza, se dejó caer sobre la mesa.

No obstante, incluso en su sueño oía el silbido y podía escuchar el ronco y melancólico chillido del dragón.

Jon-Joras se despertó sobre un montón de cueros y juncos. La luz del sol que penetraba por una ventana situada muy arriba le hizo pestañear. No era una ventana, sino una pequeña brecha en la lisa pared negra que se alzaba a gran altura.

La habitación donde se encontraba no era realmente un pozo, ya que se hallaba en una especie de compartimiento hecho con tablas que apenas alcanzaban su cabeza. Empezó a subir, pero se detuvo de pronto. Un hombre, al parecer un centinela, con la mano puesta sobre el cuchillo que llevaba en el cinturón, estaba contemplándole. No es que se mostrara muy hostil, pero sí muy cauteloso y vigilante. A su llamada, una vieja mujer desdentada acudió con un cazo de agua caliente y un trapo.

—Lávate y larguémonos —ordenó el centinela.

Jon-Joras se alegró de poderse lavar. Luego, el guardia le hizo señas para que saliera del lugar en que estaba por entre las tablas. La luz que observaba por el agujero le llamó la atención. Siguió aquel rayo de sol hasta observar lo que iluminaba en la parte frontal y aquello le sorprendió: parecía ser un friso; al encontrarse demasiado alto, y debido al pésimo ángulo de visión, no podía darse una clara idea de aquel sorprendente fenómeno en medio de tal suciedad y tantas telarañas. Sin embargo, bajo aquella extraña luz, tuvo la impresión de captar una figura, aunque no se trataba de una figura humana. Tras un pestañeo y un leve estremecimiento, se dio cuenta que se encontraba en uno de los castillos destruidos y abandonados de los Kar-chee. Pero aún le quedaba por enterarse de quiénes eran las gentes que le habían convertido en una especie de ermitaño en un lugar abandonado.

En algún lugar parecía que se estaban haciendo preparativos para la comida de los cautivos. El centinela pidió un huevo frito a una de las mujeres que se encontraban por allí, y después pidió a otra una patata hervida. Los demás platos de este desayuno circunstancial eran servidos al mismo ritmo.

Jon-Joras se dirigió al centinela:

—No es que me queje, pero, ¿por qué ya no me tienen atado?

El hombre se frotó su rota nariz, y dijo:

—En realidad, no saldrás de aquí hasta que estemos dispuestos a permitírtelo. Además de eso, está la sala de la libertad —agregó, riendo entre dientes.

Jon-Joras insistió:

—Pero debo salir de aquí. Tengo mis obligaciones fuera.

El guardia movió afirmativamente la cabeza, al tiempo que ponía mala cara:

—Todos nosotros también tenemos nuestras obligaciones..., fuera, y también las tenemos aquí dentro.

—Perdóname, pero tú no te expresas como un caballero o como un perro cazador. Soy un extramundano, y me es fácil confundirme.

—Te explicaré. En cierta época viví en un Estado. Quiero decir la villa o la ciudad de Drogue. ¿No la has visitado nunca? Yo estuve muy poco en ella, aunque me gustaba. Era un tendero, tenía una pequeña casita en los suburbios y una parcela de terreno.

Sus frases eran cada vez más breves y su rostro enrojecía cada vez más.

—Mi pequeña finca lindaba con la de un caballero que se llamaba Oegorix y el cual dejó adulterar su sangre. Cierto día volví a casa, cansado. Me senté en mi jardín para descansar. ¿Jardín? ¿Acaso ves uno aquí? Pues allí era lo mismo: su grandeza había decidido ampliar sus campos de entrenamiento. Como te lo digo: antes de tomar un trooz de terreno baldío, de pradera o de su jardín, se apropió del mío. No me dejó ni una flor, ni una planta; sus sangrientos músicos desfilaban constantemente ante mi ventana, hollando el espacio donde antes estuvieran mis rosales.

En la lucha que tuvo lugar, el tendero se rompió la nariz. Salió de su casa para ver cómo se había ido abajo su tienda, y al regresar se encontró con que su casa había sido incendiada.

—De modo que me trasladé a la Ciudad-Estado de Hathis. Pero allí las cosas no me fueron mejor. En todos los lugares, los caballeros hacen lo que les place. No es como aquí, ya que aquí hacemos lo que nos gusta. Sin embargo, esto tampoco nos gusta mucho, y tarde o temprano...

Su boca se contrajo y dijo con voz sorda:

—Ya verás... Ahora, andando.

En cierto modo, todo aquello que Jon-Joras vio daba la impresión que se trataba de un caballero excéntrico que había trasladado su hacienda, su séquito, su ganado y cuanto tenía a las ruinas basálticas de un castillo de los Kar-chee, donde se habría mezclado todo de cualquier manera. Aquí una mujer colgaba una bolsa de trapo llena de queso recién hecho para que se escurriera; un poco más allá, un maestro flechero ataviado con una especie de delantal escogía, entre un montón, plumas de ave para terminar sus flechas. En otro lugar, un muchacho se ejercitaba en sacar escalas musicales de un cuerno antiguo. Una mujer sentada en un banco pintaba trozos de lienzo para hacer oriflamas, y de vez en cuando mecía la cuna de su hijo desnudo y sucio con su pie aún más sucio.

La visión del rostro destrozado del hijo de Aelorix vino a su memoria. Jon-Joras no sabía qué relación podría existir entre aquella muerte sangrienta y este extraño y salvaje campamento; en su interior, sólo presentía que tal conexión existía. Y luego, en medio de la confusión del patio en donde ahora se encontraba, hizo su aparición un hombre con una cicatriz en la cara.

El hombre no vio o fingió no ver al prisionero, pero todos advertían su paso. Tenía unos ojos vivos, bajo las enmarañadas y negras cejas que daban la impresión de ser un nido de serpientes. Los huesos de sus mandíbulas parecían estallar bajo su piel enrojecida; su boca semejaba una hendidura sin labios entre su formidable nariz y la larga y prominente barbilla. La cicatriz iba del cuero cabelludo al cuello, interrumpiéndose solamente en una de las orejas o, mejor dicho, lo que quedaba de ella, puesto que la tenía mutilada. Sus pies pisaban con fuerza las losas, como si sus enemigos se encontraran debajo de ellas.

De una forma casi maquinal, Jon-Joras se mantuvo firme, e inconscientemente empezó a seguirle; como un autómata, caminaba tras él, casi pegado al cuerpo del hombre. Al tiempo que iba pisando los talones de aquella extraña figura que avanzaba erguida y con

los brazos estirados a ambos lados del cuerpo, creyó que la respuesta estaría allí, donde ese hombre se encontrara.

Y así, presa de una emoción rayana entre el miedo y el espanto, Jon-Joras seguía adelante como tirado de una cuerda y sostenido por un imán.

Quizá lo que había oído aquella noche era un dragón, pero en sueños. Sin embargo, lo que ahora estaba oyendo no era un sueño, aun cuando el patio y cuanto veía en esos instantes, incluido el castillo de los Kar-chee, se le antojara un verdadero sueño; sus tímpanos vibraban con el silbido. Pero, ¡quizá era un sueño!..., ya que casi nadie más de quienes andaban por allí parecía extrañarse. El hombre seguía caminando y caminando...

De pronto, se detuvo ante una pared baja sobre la que se apoyó. Jon-Joras se adelantó un poco, después puso sus manos sobre el parapeto y miró. Allá abajo, algo se divisaba; el agrio y siniestro olor del dragón le atenazó la garganta, pero no se echó atrás; allá abajo, en un espacio cerrado por un lado con gradas de piedra y por el otro por un riachuelo, se encontraba un dragón debatiéndose sobre el suelo. Su cuerpo estaba cubierto de flechas y de dardos. Jon-Joras notó un olor que había notado en otros varios lugares: el hedor a sangre putrefacta y antigua.

A primera vista parecía tratarse de una escena corriente de caza del dragón. Sin embargo, Jon-Joras advirtió inmediatamente ciertas diferencias. Parecía como si la vista se le nublara y viera doble. Por ejemplo, allí había una fila de arqueros, pero tras ellos se encontraba otra fila. Mientras que los arqueros de la fila delantera agitaban los brazos y las cabezas, los de la fila que se hallaba detrás, vestidos con las mismas pieles verdes, permanecían inmóviles. Frente a la fila de los arqueros se abría una trinchera.

El dragón avanzó golpeando furiosamente el suelo con su cola. Una nueva lluvia de flechas cayó sobre él. Pero la bestia no se lanzó contra sus enemigos.

Una idea atravesó la mente de Jon-Joras: aquel dragón no era virginal.

Cuando la fiera atacó de nuevo, tuvo la impresión que los arqueros se perdían entre los matorrales; sin embargo, dando un salto se metieron en una trinchera en la que la zarpa del dragón no cabía. Había allí una fila de maniquíes, pero el dragón, sin prestarles atención, siguió adelante.

De detrás de una pared salieron unos cuantos hombres con unos estandartes ondeando. Jon-Joras tuvo que aguzar la vista para darse cuenta que también se trataba de maniquíes. El dragón los aplastó. Jon-Joras volvió la cabeza y sus ojos se clavaron en la arena para ver los mortíferos efectos de la bestia. No tuvo que esperar mucho.

En todo el espacio había maniquíes con vestidos de cazadores y armas en las manos. El dragón se movía enfurecido, saltando sobre sus patas, mientras atronaba el aire con sus bramidos y se lanzaba sobre el grupo que se hallaba al borde de otra trinchera. Casi instantáneamente, todas las figuras desaparecieron en ella. Todas, excepto una, la cual fue zarandeada a derecha e izquierda, de arriba abajo, hasta caer en las mandíbulas del dragón.

—Eso es lo que les ocurre a nuestros enemigos —dijo el hombre de la cicatriz en la cara, dando inmediatamente media vuelta—. Eso es lo que deseaba que vieras tú, extramundano, porque sin duda alguna ignoras lo que ocurre aquí, en nuestra vieja Tierra. Piensa en el enemigo peor que jamás tuvieron en el mundo; multiplica por diez y piensa en las cosas abominables que podría provocar un tal enemigo. Lo que acabas de ver allá abajo no es nada en comparación.

La voz del hombre se volvió más sorda al pronunciar las últimas palabras, mientras sus ojos lanzaban destellos y su boca se encogía aún más.

El hombre levantó la mano y acarició la mutilada piel de su rostro.

—Muchacho, ¿sabes cómo me ocurrió esto? Alguien..., alguien con una «X» en la desinencia de su nombre me lo hizo. Entonces aún era yo niño cuando esa persona decidió

que no era lo bastante sumiso. Quizá estuviera algo bebido en aquel momento, pero ebrio o lúcido me tomó por el cuello y me lanzó sobre un joven dragón.

Al contemplar la cicatriz que le atravesaba el rostro y aquellos ojos atormentados, Jon-Joras parecía sentir en sí mismo el espanto y el terror de aquella lejana y cruel escena.

—Nadie podría decir cómo seguí con vida. ¿Acaso mi verdugo se apiadó de mí y me apartó de las zarpas del animal? No lo creas, muchacho. Un caballero nunca siente piedad, y aquél no era compasivo. Pero era deportista, le gustaba ver aquellas escenas... Grité y me debatí..., y acabé por dar muerte al joven dragón. No me preguntes cómo lo hice, tenía que hacerlo. Olvidé cómo logré matarlo, pero lo demás no se me ha olvidado. ¡Jamás lo olvidaré!

El hombre aspiró una bocanada de aire y prosiguió.

—Mi nombre es Hue —dijo secamente—. No te molestes en decirme el vuestro, lo sé desde que te trajeron aquí. Hemos estado observándolos. Les estuvimos observando a todos ustedes.

Sus palabras acabaron en un silencio muy significativo; luego, preguntó:

—¿Dónde sucedió ayer la caza del dragón? Cerca de la aldea Lie, ¿no es así? Háblame de cuanto allí sucedió, cuéntamelo.

Su rostro mutilado seguía impasible, pero sus ojos brillaban entre aquellas cejas de medusa. Después guardó silencio un rato antes de decir, como contestando a una pregunta no formulada:

—Las cosas son así. ¿Tiene alguna justificación que los caballeros se dediquen a estas tareas y consideren a los demás como extraños? ¿Por qué cazan a los dragones? Sí, el dragón es sumamente grande y sumamente peligroso, es cierto. Se debe ir por él con gente que pegue fuerte, con una tropa de portaestandartes y con músicos, con arqueros y con fusiles. Desde luego que sí, y hay que estar muy seguro de haberle dado muerte. Eso en lo que respecta a los dragones adultos. Pero cuando son cachorros, hay que atraparlos y hacerles una señal con ácido, marcándoles con una X. ¿Te das cuenta?

Jon-Joras asintió.

—Muy bien —dijo Hue—. En cambio, si los caballeros tuviesen realmente la intención de acabar con los dragones, les bastaría con matar a las crías en lugar de marcarlas. ¿De acuerdo?

—Claro, lo que dices es justo, pero debes tener también en cuenta que ellos tratan de preservar la especie, puesto que todo este territorio no es más que una reserva de dragones, un coto.

—De acuerdo —concedió Hue—, pero ellos son los árbitros del juego. ¿Y qué pintamos nosotros? ¿Acaso somos cazadores furtivos? No, señor, nosotros vivimos aquí. ¿Acaso no gozamos de derechos como los demás hombres? Pues no, no tenemos ninguno. Una vez cada diez años, uno tiene la suerte de entrar como criado al servicio de un caballero, y sólo una vez cada cien años, un criado se convierte en caballero.

—¿Como Roedeskant?

—Sí, como Roedeskant. ¿Acaso se acuerda ya de quién fue su abuelo? Su fusta es mucho más pesada que la de cualquier otro caballero. O lo fue, pues ignoro si aún vive; no obstante, lo que sí sé es que ahora, tal y como están los dragones, es muy difícil escapar de sus garras.

La voz de Hue se iba convirtiendo en un monótono susurro, pero el muchacho no sentía el más mínimo aburrimiento al oír cuanto relataba su interlocutor con toda clase de detalles, como sólo lo hace un monomaníaco. Siguió hablando hasta llegar a manifestar que se había dado cuenta que cuando al dragón se le dejaba solo no representaba ningún peligro; era una especie de gigantesco cachorro carente de cerebro. Nadie tenía por qué cazarles por el planeta ni venir a morir bajo los zarpazos del monstruo; tampoco había por

qué atormentar y confundir a las águilas y los buitres del monte Gare con las banderas, los músicos y los arqueros.

Todas las normas rituales que constituían la muerte del dragón no dejaban de ser un error. Quienquiera que estuviera sano de cuerpo y de espíritu podía ingeniárselas para apartarse del camino de un dragón si éste no estaba enfurecido. Y el volver a la bestia furiosa competía más que nada al grupo de los portaestandartes, mientras que la misión de los arqueros consistía en hostigar al dragón hasta obligarle a erguirse sobre sus patas traseras y dejar al descubierto la señal de la X. El cazador que diera en el centro de este blanco podía abatir al animal. De esta manera se conseguía siempre matar al dragón.

Tras estas explicaciones, Hue se tomó un respiro y prosiguió diciendo que, pese a la poca inteligencia que tenía la especie, aquellos animales, al igual que cualquier otra criatura, eran capaces de aprender algo por experiencia. Pero con el sistema de caza que se venía aplicando ningún dragón lo conseguiría. El débil hombre cazador no dejaba que la bestia adquiriera habilidad ni astucia, ya que toda la operación cinegética no era más que coacción e hipocresía. El joven dragón no contaba con el menor atisbo de maña o de perfidia; solamente contaba con sus dientes, sus garras y su peso. A lo largo de los años había sido muy rara la ocasión en que un cazador había errado el tiro, y aun cuando el dragón escapara una vez, acabaría siempre por caer en otra cacería de la que ya no saldría con vida.

—Así pues —terminó diciendo Hue—, dentro de un rato verás una cosa, algo que cualquier caballero teme más que nada en el mundo: vas a ver un dragón, pero un dragón con el que se debe contar, ¡un dragón astuto y feroz!

Una luz iluminó la mente de Jon-Joras; su cuerpo, lleno de cansancio, se irguió de pronto.

—¿Es eso lo que aquí están tramando? —exclamó—. ¡Están amaestrando a los dragones!

V

La cabeza de Hue se movía lentamente, asintiendo a las exclamaciones del muchacho:

—Eso es precisamente lo que hacemos en la cueva de los dragones: los estamos amaestrando, entrenando para el combate. Los entrenamos hasta que sean capaces de no dejarse distraer por las banderas y la música. Los amaestramos para que no pierdan tiempo en sacudirse y arrancarse los dardos de encima. Cuando el dragón está bien preparado y es capaz de esquivar las trampas del enemigo, entonces lo soltamos y tenemos a un dragón tal y como el maestro de los cazadores pide que sea realmente.

Su voz se hizo más ronca y su boca sin labios se abrió tremendamente.

—Y así no caerán en la trampa —susurró.

El recuerdo de aquella «trampa», del terror y del pánico, y de aquella sangrienta matanza, hicieron estremecerse a Jon-Joras. Pero otro pensamiento afluyó a su mente, como un granito de arena que fuera aumentando:

—Sin embargo, un dragón, por muy amaestrado que esté, no deja de ser un dragón —dijo pausadamente—. Quizá haya aprendido la astucia, pero sigue siendo el mismo dragón desde el punto de vista físico. El entrenamiento del animal no impide que si un disparo lo alcanza en una determinada parte de su cuerpo acabe por darle muerte. Ayer mismo, yo disparé contra aquel dragón; no menos de un centenar de flechas se le clavaron encima. La cruz de la X estaba borrada, toda esa parte era como una medusa sangrienta y, sin embargo, el dragón no murió. ¿Por qué no murió?

Hue seguía mirándole, disfrutando aquellos instantes. Por fin, explicó:

—Es cierto que el cuerpo del dragón no ha cambiado, pero algo más cambió en él. No en el cuerpo, sino sobre el cuerpo. Nosotros no atrapamos a los dragones que los caballeros han destinado para sí, pues sería una locura por nuestra parte. No, lo que hacemos es procurarnos nuestras propias crías y encontramos los pequeños...

Jon-Joras sintió un escalofrío y recordó la escena: Aelorix contemplando al joven dragón, con el dedo quemado por el ácido de la vieja marca que señalaba la X, al tiempo que oía las palabras: «No he sido yo, miren dónde la pusieron también».

Hue siguió hablando.

—Sólo es cuestión de unas pulgadas —dijo—, una diferencia que uno no puede observar desde abajo, especialmente en el fragor de la caza. Sólo unas pulgadas, sí, muchacho. Pero igual podrían ser unas millas —agregó Hue, en tono sibilino.

Todo cuanto Hue contaba le parecía una pesadilla, aunque se le habría antojado apasionante si lo hubiese oído entre amigos. En la selva siempre habían existido bandas de forajidos de una u otra calaña. No obstante, antiguamente se habrían conformado con quedarse en ella, mientras que ahora, los que se habían establecido en el viejo castillo de los Kar-chee no parecían tener esas intenciones.

—¿Qué pretenden hacer con los dragones cuando asuman el poder? —preguntó Jon-Joras.

—¿Cuando tomemos el poder? Entonces daremos muerte a todos los dragones, a todos sin excepción, desde el mismo huevo.

—¿Y los caballeros?

—Todos deben morir, todos sin excepción, ya desde el mismo embrión.

Al principio, Jon-Joras creyó que Hue no había entendido la segunda pregunta y que aún seguía contestando a la primera. Pero al cabo de un rato notó que ambas preguntas merecieron la misma respuesta.

—Y ahora, Jon-Joras, o quienquiera que seas, ¡dejemos que tú respondas a algunas de mis preguntas!

De pronto, la voz de Hue se tornó fuerte, con una socarronería mucho más desconcertante que la rabia o la furia con la que pudiera expresarse anteriormente.

—Tú dirás.

Hue empezó a contar con los dedos de la mano.

—Primero: ¿qué es lo que deben averiguar por cuenta de los caballeros? Segundo: ¿cuánto les pagan? Y tercero: ¿qué les hace pensar que vivirán para gastarlo?

La última pregunta la formuló Hue con voz más ronca y amenazadora.

Hasta entonces, Jon-Joras no había oído nada tan aterrador como esas tres preguntas formuladas por aquella voz recelosa. Un escalofrío recorrió su cuerpo y dio un paso atrás como apartándose de aquella figura, para acabar diciendo al cabo de un rato:

—Me tomas por un espía.

Hue sonrió, si es que realmente podía tomarse por una sonrisa su manera de alargar la boca y abrir los labios.

—No soy ningún espía, te lo aseguro.

—Tú dirás lo que quieras, pero lo cierto es que has estado con Aelorix, has cazado con Roedeskant, y estabas junto al palacio de justicia cuando pronunciaron la palabra «¡culpable!». Fuiste atrapado arrastrándote por los bosques en esta dirección. ¡Y aún te atreves a decir que no eres un espía!

Bruscamente desapareció toda su socarronería:

—El juego ha terminado. Quiero que contestes a mis preguntas honrada y rápidamente. ¿Estás dispuesto a contestar?

Ante el silencio del muchacho, soltó en tono amenazador:

—Ya veremos. —Y volviéndose al guardia, ordenó—: Vamos, otra representación.

El hombre de la nariz descalabrada asintió con un gesto y se marchó.

En el lugar donde se encontraban existía una serie de enormes aberturas que conducían a los distintos puntos de la cueva de los dragones. Si Hue no hubiera atraído la atención de Jon-Joras hacia una de las aberturas, no habría presenciado la aparición de un hombre, el cual llevaba una especie de instrumento en la boca. Al principio no fue capaz de relacionar la aparición del hombre y los movimientos que hacía con el grito que ahora escuchaba: la profunda y amorosa llamada de un dragón hembra.

La bestia que se hallaba en la cueva había dejado de interesarse por los harapos destrozados de los maniquíes. Es posible que su oscuro y pequeño cerebro hubiera olvidado ya cómo eran los demás. Lo que ahora oía ya no llamaba a su cerebro sino a la totalidad de su sistema nervioso. El dragón macho lanzaba breves gritos, y mientras avanzaba su lengua no dejaba de entrar y salir de su boca.

En ese momento el pánico que embargaba al muchacho comenzó a convertirse en curiosidad y en algo de lo que sólo tendría conciencia más tarde. El dragón siguió arrastrándose por la cueva y profirió un alarido. Jon-Joras vio cómo el hombre que imitaba el grito de la hembra retrocedía hasta alcanzar y cruzar la boca de la cueva. Al tiempo que el dragón iba también a franquearla, una jaula se abatió sobre él. La bestia, sorprendida, lanzó un mugido, buscando escapar de la trampa; luego, desconcertada y contrariada, acabó por lanzar un lastimero grito que se perdió en las profundidades de la cueva.

La escena no dejaba de ser interesante, pero nada tenía de asombroso: la mayoría de los hombres de la selva son capaces de imitar a la perfección la voz de cualquier animal salvaje para llamar a los de su especie.

Sin embargo, la jaula había llamado la atención de Jon-Joras. Sin duda la habían construido los hombres de Hue, aunque por lo demás no parecía que hubiesen hecho grandes cosas. En realidad, no se habían molestado en restaurar el castillo arruinado por los años y las catástrofes naturales. La cueva de los dragones estaba debajo de las ruinas y había varias gradas a mitad de la pendiente que llevaba a la superficie. Tras ellos, un camino conducía hasta la enorme y oscura masa de la parte superior del castillo, y a lo lejos, manando probablemente de un gran vivero subterráneo fracturado por algún terremoto o hundimiento de la montaña, un torrente corría entre las enormes rocas negras. Los hombres de Kar-chee aprovecharon el agua que se había abierto camino para hacer una defensa natural que rodeaba las murallas del foso de los dragones.

Distraídamente, Jon-Joras contemplaba cómo el agua manaba de una brecha que había en la muralla, y cómo los rayos del sol, que penetraban a través de las copas de los árboles, iluminaban las rocas con una luz verdosa. Después, sus ojos y todos sus sentidos se centraron en otra escena: lo que ya conocía iba a repetirse en estos instantes. Los músicos, los portaestandartes y los arqueros ocupaban sus respectivos puestos. De nuevo se levantaron las filas de maniquíes, y trajeron otra gigantesca jaula con un dragón. La fiera chillaba, la puerta de la jaula se abrió y empezó otra cacería fingida.

Todo volvió a repetirse. Al parecer, Hue quería que el muchacho no perdiera un solo detalle del adiestramiento del dragón para volverle astuto y feroz a un tiempo. Y pese al horror que experimentaba, al terror e incluso a las náuseas que le causaba el espectáculo, siguió contemplando aquella caza ritual tan espantosa y cruel. Los cuernos volvieron a sonar, los arqueros soltaron una nube de dardos, y los portaestandartes danzaron al compás de la música. A continuación, los maniquíes hicieron bailar al dragón, hasta terminar en las fauces del monstruo.

Algo cayó sobre el rostro y el pecho de Jon-Joras; instintivamente, sin pensarlo, levantó la mano para limpiarse: era algo tibio y viscoso, era sangre. Observó la postura que el dragón mantenía en este momento y no pudo aguantar más; vomitó.

—Observa eso —dijo Hue, volviéndose hacia él con su horrenda mueca—. ¡Es lo que les espera a los traidores y a los espías!

La voz del hombre se tornó sorprendentemente suave y calmosa, como tratando de controlarse a sí mismo, pero al pronunciar la última palabra se convulsionó y la voz se volvió aguda. Las manos se despegaron de sus costados y Hue inclinó la cabeza como para mostrar lo que sucedía en el foso de los dragones.

—Esto es lo que te espera —dijo—, a no ser que decidas contestar a mis preguntas.

«Que muera ahora mismo o más tarde, igual da», pensó Jon-Joras.

A su mente acudió la idea de lo que debía intentar. Los seis años que había pasado en el colegio le habían dado la suficiente preparación para este instante decisivo. Habían sido seis años de constante adiestramiento físico y moral. «Morir ahora mismo o más tarde, da igual». Lanzó su brazo derecho hacia atrás y pegó un fuerte golpe en la garganta de Hue. No esperó a que cayera al suelo; saltó por encima del parapeto, como tantas veces lo hiciera en sus entrenamientos, y cayó de pie sobre las gradas que se encontraban un par de metros más abajo y formaban unas escalonadas filas semicirculares de asientos. Nadie estaba allí sentado, en aquellos graderíos a los que antiguamente solían acudir las gentes de Kar-chee para asistir a los espectáculos circenses. Nadie se preocupaba de nada. La escena del dragón resultaba demasiado familiar a quienes ahora moraban en las ruinas del castillo. Jon-Joras confiaba en que nadie estaría mirando desde el parapeto, en que su ataque habría pasado inadvertido y nadie se lanzaría en persecución suya, aunque suponía que antes o después alguien saldría tras él. Confiaba en muchas cosas, pero sobre todo en el tiempo.

Cuantos se encontraban en el foso de los dragones se habían introducido ahora en las trincheras para guarecerse de las zarpas de la fiera. Jon-Joras ignoraba si las trincheras comunicaban con un pasadizo por debajo del foso o bien si los hombres seguían acurrucados en ellas a la espera de una señal para poder salir con seguridad. Tal vez alguno de aquellos hombres, movido por la curiosidad, se asomaría al borde de la trinchera y le divisaría mientras iba corriendo por los graderíos semicirculares. Con todo, era muy posible que tampoco averiguaran lo que sucedía, mayormente con el dragón en el foso.

El muchacho corrió por la parte opuesta al morro de la fiera, que seguía gruñendo por su ensangrentada boca. Al parecer, la bestia estaba demasiado atareada para prestarle atención, y confiaba en pasar inadvertido a ella.

Los graderíos acababan en el fondo del foso. El agua había abierto una especie de canal por la parte norte y casi rodeaba todo el espacio ocupado por aquel escenario de caza fingida. Jon-Joras bajó las gradas a todo correr, brincando como un corzo, hasta que llegó a las últimas. Luego saltó al foso. En cierto modo se sentía más seguro aun siendo visto por el dragón que por los hombres que pudieran asomarse al parapeto. Bordeando la forma circular de la parte sur, escapaba a la vista de todo aquel que se hallara en las ruinas del castillo, aunque por poco tiempo.

El muro que corría por aquella zona parecía no acabar nunca. De momento, el fugitivo no oía gritos de alarma, aunque era muy posible que los violentos latidos de su corazón y su respiración jadeante se lo impidiesen. Por fin, el muro terminó y se vio de nuevo al aire libre. Ahora quedaba a la voluntad de los de arriba al no escudarse en el muro del foso. En este momento llegó a sus oídos el terrible silbido del monstruo; sus tímpanos vibraron lastimosamente; el suelo del foso tembló bajo las pisadas furiosas del animal. A unos pasos de Jon-Joras corría el arroyo formado por el agua que escapaba del muro por un gran boquete; podía ver el sol a través del boquete, pero aún no divisaba el fondo y la arboleda como la había percibido desde el parapeto.

Detrás de él, el dragón continuaba rugiendo; delante, el agua fluía al otro lado del boquete. Jon-Joras saltó; las cosas se habían sucedido con tal velocidad que se confundían en su mente. Sólo al saltar notó que había ganado la carrera al dragón. Por cuanto sabía, la

catarata de agua debía adentrarse en las rocas que se hallaban a sus pies. Las aguas habían pulido las enormes piedras que, sin embargo, a él le parecieron agudas y cortantes. De un momento a otro podía romperse la cabeza, pero una satisfacción lo embargaba; el no haber dado a Hue las respuestas que esperaba. Más valía romperse el cuello que hacer las veces de ratón de un dragón humano.

Al comienzo, el agua debió excavar un poco para formar más tarde una balsa que con el tiempo se convirtió en un gran pantano natural. A medida que descendía, el sol y el cielo le iban rodeando entre aquellas rocas mohosas. Trató de zambullirse, pero al saltar resbaló a causa de la humedad de la orilla. Al caer en el agua perdió de pronto la respiración, por lo cual no estaba en las mejores condiciones para nadar por debajo de la superficie como habría deseado. Cierto pánico (si es que el pánico puede calibrarse) le obligó a permanecer en la superficie cuando recobró el aliento, para acabar dirigiéndose a la orilla, donde aferrándose a unas malezas intentó salir. La maleza cedió y volvió a caer en el agua con un manojo de hierbas en la mano. Después, la corriente lo arrastró hasta que pudo recobrarse otra vez. Se hundió en el agua tanto como pudo, procurando sostener el manojo de hierbas sobre su cabeza para que le cubriera y le ocultara en lo posible, y así se dejó llevar por la corriente.

De vez en cuando, Jon-Joras oía ladridos de perros, pero no sabía ni podía saber si aquellos ladridos significaban que le perseguían, o bien si eran de perros sueltos por aquellos contornos. También oyó el quejumbroso balido de un viejo dragón hembra. No obstante, por lo general, lo más que se oía era el susurro del aire y el ruido del agua. El temor, más que cualquier otra cosa, le hacía mantener la vista siempre fija en la orilla. Cuando divisó el pequeño bote escondido, en la espesura, lo robó sin remordimiento alguno. Subió en él y se dejó llevar corriente abajo hasta llegar a un lago que cruzó sin pérdida de tiempo. Tuvo intenciones de hacer zozobrar el bote y luego alcanzar la orilla a nado, para que sus perseguidores pensaran que se había ahogado. Sin embargo, al no haber indicio alguno de persecución, decidió que sería una locura por su parte dejar un rastro que podía divisarse desde lejos. Llevó el bote a un lugar bien resguardado, y allí lo cargó de piedras hasta hundirlo.

En el bote había encontrado algo de comida seca y en los matorrales pudo recoger varios tipos de bayas. Se puso en camino a paso acelerado, sin tener la menor idea de dónde se encontraba y dándose cuenta, con gran sorpresa, que, además, tampoco sabía adónde quería ir. El aire fresco, el sol que iba ocultándose y el paisaje desierto le dieron a entender que había tenido éxito en su escapatoria.

Sin embargo, cuando de pronto vio las tres figuras a caballo, tuvo un movimiento instintivo para echar a correr. Pero se retuvo: adivinó en el acto que los tres jinetes no venían del castillo ni iban vestidos como las gentes que allí moraban. Gritó y movió sus manos en el aire: los jinetes se volvieron, y, deteniéndose, cabalgaron hacia él.

Uno de ellos era un hombre ya mayor, otro era más joven, y les acompañaba una mujer. Para ser más concretos, una muchacha; es más, se trataba de la muchacha que había rechazado su ayuda cuando yacía en el suelo entre la multitud apiñada ante el palacio de justicia. La muchacha a quien había socorrido y que huyó de él en el bosque después del fatal encuentro con el viejo dragón, y antes de su captura por los perros cazadores forajidos.

Al verle, pareció como si la muchacha dijera algo a sus compañeros; estuvo musitándoles algunas frases. Uno de ellos sonrió y el otro se encogió de hombros. Jon-Joras fue invitado a compartir la montura del hombre mayor, y prosiguieron su camino por aquella desértica llanura y ya a media luz. Mientras los tres hombres hablaban entre sí, la muchacha cabalgaba algo apartada de ellos, en tanto hundía su rostro en los pliegues de su amplia capa.

El más viejo era un hombre moreno, rechoncho, con barba gris, y sus rodillas se adherían fuertemente a los costados de su caballo flaco y desgarbado. Vestía una capa del mismo color azul que la de la muchacha, aunque echada a un lado y mostrando debajo de ella un atuendo de ante lleno de manchas de grasa. Unos pendientes de oro brillaban en sus peludas orejas. El compañero del viejo era totalmente distinto: joven, delgado, erguido y de buena presencia; elegante era la palabra apropiada, según Jon-Joras, para aquel hombre. Llevaba una túnica blanca como la de los caballeros, sus pantalones estaban cortados de un paño exquisitamente bordado (Jon-Joras se enteraría más tarde que éstos se llevaban solamente en los festejos celebrados por las tribus nómadas), y su capa, de muy buen corte, caía dejando los brazos en plena holgura y se cerraba en su pecho con una cadena de plata y un broche del mismo metal. En la muñeca llevaba un brazalete de oro labrado, e iba tan erguido y orgulloso como un halcón.

Por último, el viejo carraspeó y lanzó un salivazo al suelo. Se rascó de manera pensativa.

—He estado reflexionando sobre lo que dijiste antes, Henners —observó—, y no puedo estar de acuerdo en lo más mínimo. No hay en absoluto nada malo en el terceto.

—Tonterías, Trond —replicó Henners, con vehemencia—. Resulta arcaico, mal ideado, artificial, insípido y todo lo que quieras de malo. En una palabra, le falta la sencillez y rectitud del dístico, y también carece de asonancia y aliteración.

Trond hizo un ademán y le miró de soslayo.

—Sin embargo, el dístico —la última palabra estalló con petulancia— es tan monótono...

Y así cabalgaron, mientras el aire se tornaba azulado y el cielo se teñía de púrpura, haciendo su aparición las primeras estrellas; ambos hombres estaban enzarzados en una discusión sobre las diversas formas métricas de la poesía. Finalmente, ante los jinetes brilló la danza resplandeciente de un fuego, de muchos fuegos. Sonaron voces, y unas figuras surgieron entre la oscuridad y se acercaron. La muchacha desmontó, alguien se llevó su caballo, y la joven desapareció de la vista de Jon-Joras.

—Amigos poetas —dijo Henners, gesticulando—, permítanme que les presente a nuestro huésped, de nombre Jon-Joras, hombre extramundano que ha permanecido cautivo del traidor Hue y su banda. Pienso que no podemos ayudarle en mucho a regresar a su Estado..., y creo que se mostrará generoso, ¡ejem, ejem!, en lo que a gastos se refiere... Bueno, ¿es que no vamos a comer y beber antes de proceder a la composición de nuevos versos y rimas como corresponde a esta reducida parte de la humanidad civilizada?

Las invitaciones fueron formuladas en el acto, y el huésped fue trasladado a la vera del fuego mayor, encima del cual estaban asándose dos corderos. Alguien le puso una copa en la mano con una bebida que trató de sorber: tenía un sabor agridulce, fuerte y con olor a miel.

—¡Primer verso! —exclamó una voz cerca de Jon-Joras.

Otros hombres se alzaron con el mismo grito:

—¡Primer verso, huésped extramundano! ¡Primer verso!

Jon-Joras se encontró con que tenía que componer un verso precisamente cuando su mente estaba vacía, y si en algo pensaba sólo era en la cena que anunciaba el aroma de la carne que estaba asándose. Sin embargo, dominándose en lo posible, alzó la mano y pidió silencio. La gente calló para escucharle.

Tres son los que salieron cabalgando,
cuatro regresaron; el fuego ardía
y los corderos se estaban asando,
y en ello un gran misterio había:

¿De dónde los corderos, si no había rebaño?

Los versos fueron escuchados en medio del más atento silencio, interrumpido de pronto por una explosión de aplausos y carcajadas. Algunos oyentes se acercaron al muchacho, felicitándole y dándole cariñosas palmadas sobre la espalda; otro escanció más bebida en su copa de oro, y al otro lado de la fogata alguien se levantó para dar la réplica a los versos del muchacho; de nuevo se hizo el silencio:

Tales milagros encontró nuestro huésped,
buen fuego, comida y licor para su sed,
mas aunque mal le sepa decirlo hemos:
Todos nosotros..., buenos ladrones somos.

VI

Entre los señores de Beta (pues así se denominaban a sí mismos) abundaban los poetas, que en su mayoría componían unos versos muy rebuscados y elaborados con miras a que semejaran coplas muy sencillas. Además, tampoco faltaban los ladrones, aunque los menos expertos se conformaran con robar algún cordero o gallinas por los corrales...

Con todo, fueran ladrones-poetas o poetas del latrocinio, aquello era nuevo e interesante a los ojos de Jon-Joras. Esta no dejaría de ser, pensaba, una faceta de la vida harto curiosa para los sociólogos que estudian las costumbres de las colonias que se extienden por toda la enorme galaxia.

Junto a las llamas saltarinas del fuego principal del campamento de los poetas-ladrones, nuestro muchacho contemplaba y escuchaba ensimismado —ora divertido, ora asintiendo o reprobando— los versos del apuesto Henners (coplas y cuartetos), que relataba sus proezas para robar las joyas y el oro y la plata de su Suprema Serenidad el presidente del colegio de síndicos de Drogue, mientras estaba sentado a la mesa con los demás comensales de la alta cámara.

Mientras seguía escuchando, interesado, sintió que alguien le tocaba en el hombro; al principio, aquel gesto importuno le molestó, pero al oír las palabras que alguien pronunciaba a su espalda, Jon-Joras se volvió y se olvidó en el acto de Henners y su poético y picaresco relato.

—Esa muchacha es una bribonzuela, ¿verdad?

Entonces advirtió que se trataba del viejo Trond, cuyo rostro se veía enrojecido por las llamaradas de la fogata. El anciano estaba seguro que el muchacho sabía de quién le hablaba.

—¿Quién es esa muchacha? —repitió Trond, con voz susurrante.

Y haciendo un gesto con la cabeza, indicó al muchacho que le siguiera.

Jon-Joras se levantó y se fue tras él. Cuando por fin se detuvieron, aún se oía la voz de Henners, pero ya no se captaban sus palabras. La luna llena y gibosa resplandecía en el cielo estrellado, iluminando el amplio calvero donde se levantaba el campamento de los ladrones.

—¿Quién es esa joven? —insistió Trond, al tiempo que ambos se sentaban sobre el tronco musgoso de un árbol derribado por una tormenta. Y prosiguió, sin esperar la respuesta—: Ella pretende que tú la estás siguiendo.

Una sorda indignación se apoderó del muchacho.

—¿Ella dice eso? Pues sepa que es todo lo contrario —afirmó con fuerza.

Entonces contó al viejo Trond cómo habían sucedido las cosas; cómo la había encontrado por primera vez entre la muchedumbre amotinada ante el palacio de justicia de Peramis cuando el perro cazador había sido declarado culpable de la muerte del caballero; cómo él había tratado de ayudarla cuando yacía en el suelo desvanecida, y cómo ella, al recobrar el sentido, le había rechazado rabiosamente y había escapado...

—Nuestro primer encuentro fue puramente casual; ella no me conocía ni yo tampoco a ella. Pero la segunda vez...

Jon-Joras no dijo más. Tuvo la impresión que había dicho demasiado. ¿Acaso Trond y cualquiera de sus compañeros sabían algo acerca del castillo de los Kar-chee y de lo que en él sucedía? Suponiendo que no supieran nada, el muchacho tampoco deseaba que se enteraran. Tras una breve reflexión, prosiguió a regañadientes:

—La segunda vez que la vi fue en la selva, cuando yo estaba perdido tras alejarme de las gentes con quienes iba, y después de lo cual me capturaron los perros cazadores, ¿Quién iba a imaginar que la volvería a encontrar merodeando por la selva? Y en esta segunda ocasión, yo...

—Tú te interpusiste nuevamente en su camino —dijo Trond, asintiendo con la cabeza, sin expresión alguna—. Nuevamente.

La noche era calurosa, pero el muchacho no lo advertía con la emoción que le embargaba al recordar aquellas escenas.

—Todo esto puede parecerle una rara coincidencia —dijo como para defenderse—, pero debes tener presente que soy un extramundano, un forastero... Además, ¿cómo podía adivinar yo que ella y tú estarían cabalgando juntos precisamente en aquellos momentos?

—Bueno, bueno —dijo Trond, alargando la última palabra—. Lo que te digo no es más que lo que ella me dijo. Por mi parte, podría pensar muchísimas cosas que quizá fueran verdad..., si quisiera, pero no quiero. Y el porqué te lo diré ahora mismo: porque esta muchacha es una bribonzuela, y como dice el refrán...

Sin embargo, en aquellos instantes, Jon-Joras no quería saber lo que decía el refrán o la copla. Sujetó la rodilla de Trond y preguntó:

—¿Quién es ella, quién?

—Su nombre es Lora —repuso Trond.

—¿Lora? No, no significa nada.

—Quizá te diga algo el nombre de su amo.

—¿Su amo?

Trond asintió con un gesto. Su pipa hizo un ruido de gorgoteo.

—Sí, un hombre alto y delgado, de aspecto horroroso. Se llama Hue.

La voz del poeta Henners se perdió en la noche en medio de los gritos de júbilo y los aplausos. Jon-Joras, aturdido, preguntó:

—Pero, ¿por qué me odia? Comprendo que su amo me odie, pero ella...

Trond dejó escapar algo así como un gruñido o una risa ahogada.

—No te rompas la cabeza. ¿Por qué no tendría que odiarte? Tú eres un extramundano, ¿no es así? Entonces todo está claro: tanto para Hue como para la muchacha si ustedes, todos ustedes no hubieran venido aquí para cazar, el sistema se habría desmoronado. ¿Que te odia? Lo extraño sería lo contrario, créelo.

Jon-Joras tuvo la visión de aquella figura espantosa y desmadejada, de una rigidez sobrenatural, husmeando por las salas, las murallas y los parapetos del negro castillo en ruinas de los Kar-chee. Le parecía oír los feroces rugidos del dragón en el foso donde lo adiestraban sus atormentadores: el enemigo de Hue se preparaba para lanzarse contra los demás enemigos de Hue. Una vez más, veía la figura del maniquí, que esta vez no era ya

ningún maniquí, sino él mismo, Jon-Joras, atado de pies y manos y luego zarandeado y destrozado vivo bajo las dentelladas y los zarpazos del monstruo; oía los gritos de los forajidos:

—¡Así acaban los traidores y los espías!

—No deben atraparme —dijo Jon-Joras, en tono resuelto—. No caeré otra vez en sus garras. Nunca más.

El viejo Trond abrió su bocaza e hizo un gesto con la mano.

—No temas por eso —dijo—. Tú nos resultarás mucho más provechoso si te devolvemos a cualquiera de los Estados, a condición, claro está —añadió, arqueando las cejas—, que recuerdes bien lo que prometiste acerca de nuestros gastos.

Jon-Joras le aseguró que cumpliría fielmente su promesa.

—Jetro Yi, el representante de la compañía de caza, dispone de fondos más que suficientes para indemnizarles a ustedes con creces.

Trond se levantó, se estiró, y tras bostezar, dijo:

—Está bien, te devolveremos a vuestro Estado. —Pero de pronto, pareció ocurrírsele una idea, y, poniendo su mano en el hombro de Jon-Joras, se inclinó y le dijo quedamente—: ¿Conoces a uno de nuestros hombres llamado Thorm, un tipo corpulento y de ojos redondos y azules que no sabe escandir los versos? No lo conoces, claro. Bueno, lo que quiero decirte es que tengas cuidado con él. ¡Ojo con él! Y ahora, volvamos junto al fuego, que la noche empieza a refrescar.

La luna seguía vagando en el firmamento, mientras una ligera bruma esfumaba los árboles que había en torno al calvero. El efecto era luminoso y fantasmagórico.

—Thorm —repetía Jon-Joras—. ¿Por qué debo cuidarme de ese hombre si no le conozco en absoluto? ¿Acaso él me conoce?

—No, a ti no te conoce —dijo Trond—, pero conoce a Lora.

Jon-Joras reconoció de inmediato a Thorm cuando, al regresar junto al fuego, el hombre se adelantó y, mirándole despreciativamente, escupió al suelo; después se agachó para recoger el grumo hecho con la tierra y se lo arrojó a la cara.

—Bien, bien —dijo Henners, en tono de agradable sorpresa—. Esto es un honor para ti, joven huésped. Tú no puedes apreciarlo quizá, pero realmente son muy contadas las veces en que concedemos el honor de participar en un duelo, arrostrando todas sus consecuencias, a quienes no pertenecen a nuestro selecto grupo. Y ciertamente, ello no suele ocurrir tan pronto como en esta ocasión. Tal vez, haya quien no esté de acuerdo con ello —dijo, al tiempo que miraba a los demás asistentes a la escena.

Trond replicó, a modo de respuesta:

—En efecto, el hecho no es corriente. Podríamos considerarlo como una innovación.

Sus palabras levantaron un murmullo de aprobación.

—Eso sería tanto como componer versos blancos —dijo una voz desaprobadora.

Pero otro de los asistentes declaró:

—Yo me inclinaría a tolerar el duelo. Los versos de nuestro huésped eran francamente aceptables, de modo que, ¿por qué no permitirle recoger el desafío? Propongo que se ponga a votación. Que los que estén de acuerdo alcen la mano.

Los votos afirmativos superaron a los negativos.

—Muy bien —dijo Henners, imparcialmente—. De acuerdo, entonces, siempre y cuando nuestro huésped acepte batirse contra el que lo ha desafiado. —Y dirigiéndose a Jon-Joras—: ¿Aceptas, aceptas el duelo y cuanto ello implica?

Jon-Joras tenía deseos de negarse al duelo, pero fue incapaz de decir que no y preguntó si no había ninguna otra alternativa.

Henners carraspeó, frunciendo el ceño:

—En verdad, debo decirte que la otra alternativa te resultaría muy desagradable, y no te aconsejo que lo hagas. Sigue el consejo de un poeta y acepta el desafío.

Jon-Joras asintió, saludado por los aplausos jubilosos de la concurrencia.

El espacio quedó despejado, trajeron dos cuchillos y uno fue entregado a Thorm y el otro a Jon-Joras. Hubo ciertos preliminares rituales, pero el muchacho no los oyó. Tenía la sangre helada y maldecía el día de su nacimiento y el de su raza. ¡Cuchillos! ¡Duelos! ¡Combates! ¿Qué sabía él de esas cosas? En su mundo no existía más peligro que el de luchar a brazo partido.

—¡Vamos! —gritaron un centenar de gargantas—. ¡A pelear!

Thorm avanzó como si representara una danza e inmediatamente Jon-Joras recordó una posición muy popular en el colegio. Sintiendo que el cuchillo no le era familiar en las manos, sino que más bien le impedía moverse con holgura, optó por colocárselo entre los dientes, y luego, casi automáticamente y sin vacilar, se lanzó hacia adelante, tomó a su adversario por el tobillo derecho y tiró hacia sí.

La muchedumbre, incluido un hombre que en aquel instante afilaba el extremo de un largo palo, lanzó un grito de satisfacción.

Thorm rodó por el suelo, y Jon-Joras soltó el tobillo y trató de sujetarlo por los hombros. Sin embargo, Thorm, que llevaba el cuchillo en la mano, le lanzó una cuchillada; Jon-Joras la esquivó, pero notó que el arma le daba en un costado. De pronto, no sintió dolor alguno, sino una especie de amarga extrañeza.

Continuaron peleando furiosamente; Jon-Joras había logrado la primera caída de su adversario, pero éste había conseguido la primera cuchillada y la primera sangre; como quiera que el duelo se libraba a muerte, la ventaja era, en definitiva, para este último. Una cosa quedaba patente: Jon-Joras no debía preocuparse de los hombros de su adversario sino de la mano que sostenía el mortífero cuchillo... Lo que siguió fue una verdadera pesadilla. El cuerpo a cuerpo, el olor del sudor, el miedo, el temblor, el debatirse para cuidarse del cuchillo con la mirada siempre fija en la mano que lo llevaba, el arma sangrienta que una y otra vez iba tiñéndose de más sangre...

Thorm acababa de quedar al descubierto y Jon-Joras saltó sobre él; casi le había tomado la muñeca de la mano que sostenía el cuchillo, cuando notó que su pie tropezaba contra una piedra, trató de desviarla y fue entonces cuando Thorm aprovechó para sujetarlo y zarandearlo violentamente hacia atrás. Después se enderezó y estuvo a punto de sujetar la peligrosa muñeca; acabaron por encontrarse frente a frente, medio agachados, medio arrodillados, imposibilitados para moverse. Bruscamente, Jon-Joras se sacudió y aferrando con fuerza a Thorm por las manos y las piernas, lo fue empujando contra el fuego, en el que cayó de espaldas. Pronto llegó hasta su nariz el olor de la túnica chamuscada; y el grito de su adversario lo estremeció.

Jon-Joras estaba como loco, totalmente anonadado; lo único que recordaba era —en medio del repentino silencio— el cuchillo clavado en la espalda de Thorm, que no pronunció palabra al doblarse y dejarse caer con todo su peso en los brazos de Jon-Joras, el cual, con su ropa en llamas, retrocedió titubeando...

En seguida fue tomado por unos cuantos testigos del duelo y atendido. Su ropa encendida le fue quitada rápidamente del cuerpo sangrante, en tanto unas voces gritaban:

—¡Toma! ¡Toma!

Los miró sin saber de qué hablaban.

—¿Toma, qué? —preguntó, estupefacto.

Como respuesta, alguien arrancó el cuchillo de la espalda de Thorm (el cuerpo yacía donde había caído, de espaldas, con los ojos desencajados mirando al cielo estrellado y la boca abierta como en una indecible sorpresa), rasgó la túnica del muerto, le arrancó la camisa, le rajó la pálida piel del pecho de una cuchillada, metió la mano por el amplio

boquete y la sacó al cabo de unos segundos llena de algo de un color rojo oscuro y chorreando sangre. En seguida el corazón de Thorm fue ensartado en un largo palo, y alguien lo entregó a Jon-Joras.

El muchacho, como atontado, preguntó:

—¿Qué voy hacer con esto?

Hubo exclamaciones de asombro. Luego, el hombre que había estado afilando la punta del palo dijo:

—¿Qué hacer con esto? ¿Qué otra cosa puedes hacer con el corazón de vuestro enemigo, sino asarlo y comerlo?

Con el cuerpo helado y volviendo los ojos, Jon-Joras sostenía aquel corazón lo más lejos que podía, tratando de desprenderse de él.

—No —dijo—, no..., no..., no puedo...

—¿No puedes? Pero, ¿por qué no?

Hizo un esfuerzo para contestar:

—Eso... va... en contra de mis costumbres.

Finalmente, Henners rompió el enojoso silencio. Tomó el palo con el corazón ensartado y lo apartó de la vista de Jon-Joras.

—Bueno, si no puede, no puede, y se acabó —dijo—. Uno debe respetar siempre las costumbres de los demás. Pero..., bueno..., en tal caso, todo cuanto puedo decirte es que tú acabas de perder a un maldito buen hombre.

VII

A la noche siguiente, Jon-Joras y sus dos guías se encontraban con la llamada tribu de los hombres del río o piragüeros, con quienes hicieron trato para que aquellos individuos patizambos y de piel rojiza, de pequeña estatura, los llevasen río abajo hasta Peramis. La ligera embarcación llevada por cuatro remeros navegó durante toda la noche; sin embargo, tan pronto como el alba despuntó, los barqueros la llevaron hasta una pequeña ensenada disimulada entre la maleza de la orilla derecha, la ataron al tronco de un árbol, y, tras cubrirla con unas ramas, todos se echaron a dormir sobre la hierba.

Al despertar, los hombres del río pescaron unos cuantos peces que asaron allí mismo. Trond seguía rascándose como siempre, mientras Henners se lavaba cuidadosamente la cara y el torso en la misma orilla del río. Antes de reanudar el viaje, los piragüeros contaron sus canaletes; por lo visto, no se fiaban de los poetas-ladrones.

Así transcurrieron las horas, sin novedad alguna, en aquel segundo día de navegación por el río. Jon-Joras sabía ya lo que los dos hombres que le acompañaban esperaban de él; lo desembarcarían en algún punto cercano al norte de Peramis, desde donde los hombres del río enviarían un mensaje a Jetro Yi para que el representante de la compañía de caza acudiera con el dinero necesario para sufragar los famosos «gastos». Jon-Joras había prometido, asimismo, no decir nada hasta que hubiera transcurrido el tiempo suficiente para que los que le acompañaban (y vigilaban) estuviesen lejos y a salvo. Todo parecía suceder tal y como lo había dispuesto.

El muchacho se sentía con algo de fiebre; su cuerpo y su mente se hallaban algo revueltos; los días y las noches transcurrían como un sueño más bien pasivo y sin importancia, pero en su interior continuaban latentes aquellas horribles visiones, como agazapadas en lo más recóndito de su alma.

Jon-Joras no estaba totalmente seguro de cuántos días y cuántas noches habían pasado (aunque sin duda serían menos de los que creía). A medida que avanzaban, sentía la fuerte fragancia de las altas hierbas y el aroma resinoso de las ramas perennes, que llegaban de

las orillas del río. Trond y Henners hablaban en este momento de Lora y de los intentos de la muchacha para obligarles a emprender una acción ofensiva contra las tribus nómadas. Luego, volvieron a enfrascarse en sus eternos asuntos poéticos, recitando viejos versos o comparando las excelencias de las coplas, los tercetos y los cuartetos..., bajo las miradas recelosas de los pequeños hombres del río. Los cuatro piragüeros remaban en cadencia, tratando de captar las palabras o entender lo que decían aquellos extraños viajeros.

La noche había vuelto a cerrarse; el cristal del río palpitaba, bajo la luz anaranjada de la luna, como una inmensa alfombra de rizosas y entrelazadas lentejuelas. Y volvió a amanecer, repitiéndose las ya clásicas escenas: el descanso de los barqueros, la pesca, el asar los peces y comerlos y de nuevo a navegar río abajo...

Una noche más, la cual parecía transcurrir con la misma tranquilidad que las anteriores. De pronto, los ocupantes de la piragua divisaron las sombras de unas barcas que avanzaban hacia ellos; las embarcaciones maniobraron de golpe y rodearon por entero la piragua:

—¡Ríndanse! ¡Ríndanse! ¡Ríndanse! —gritaron unas voces a su alrededor.

Trond blasfemó, Henners se desprendió de su túnica y, lleno de ira, se lanzó de cabeza al río, mientras los remeros saltaban atropelladamente al agua, tratando de escapar y de ganar la orilla a nado. Pero en este mismo momento, una flecha llegó zumbando y se clavó en el hombro de uno de los piragüeros.

—Esto es sólo un primer aviso —soltó una voz en medio de aquella noche hostil—. También llevamos fusiles. ¡Ríndanse! —Y la voz agregó, para mayor formalidad—: En nombre de su Sublime Serenidad el presidente de Drogue, mantenedor de la paz del río.

—Nos entregamos —exclamó Trond, hoscamente.

Todos estaban tomados ya a los bordes de la piragua, intentando subir de nuevo a ella. Jon-Joras no se había movido durante toda aquella escena.

Por fin, los que se habían zambullido regresaron a la piragua, menos Henners. Al herido le tendieron en el fondo de la embarcación, mientras los tres remeros restantes recibían la orden de seguir adelante, custodiados por las embarcaciones de las fuerzas fluviales de Drogue, que acababan de aprehenderlos. Los canaletes se movieron en silencio, un silencio roto por los gritos de los que se habían lanzado en persecución de Henners, al parecer sin éxito alguno, pues al poco rato la embarcación de los perseguidores volvía a unirse al resto de la flotilla.

Al cabo de un par de horas llegaron a un desembarcadero iluminado con algunas lámparas que se movían al viento nocturno. Jon-Joras salió entonces por completo de aquel sopor que le embargara durante todo el viaje. Ahora observaba a los hombres que, tras haber saltado con ligereza de las embarcaciones, le rodeaban. Por lo visto, en Drogue no sólo los duelos se hacían en serio: sus fuerzas armadas, con sus uniformes bien cortados y adornados con insignias de oro y carmesí, contrastaban mucho con los soldados de Peramis y su vestimenta de burda tela de lana de color verdoso y grisáceo.

—Quedan detenidos —anunció un oficial, con cara de pocos amigos—. Anotaré en mi parte que ustedes se rindieron al segundo aviso.

Entonces preguntó y averiguó sus nombres, y prosiguió:

—El llamado Henners, que consiguió escapar, queda acusado en rebeldía de robo, de lesa majestad y sedición.

Y dirigiéndose al viejo Trond, que aún tiritaba debajo de su ropa calada, añadió:

—Por vuestra presencia junto a Henners en esta noche, se te considera culpable de complicidad con criminales.

—Puedo presentar un centenar de testigos que jurarán que no me encontraba cerca de Drogue con Henners —exclamó Trond, con increíble desparpajo—. El extramundano nada tiene que ver en este asunto —afirmó—. Estaba perdido, y nosotros lo guiábamos y llevábamos de regreso a su territorio de Peramis, eso es todo.

No obstante, sin hacer caso alguno de las protestas del anciano, el oficial continuó:

—Tú, el llamado Jon-Joras, quedas acusado de complicidad con los criminales por hallarte junto al llamado Trond.

Jon-Joras exclamó:

—¿Hasta dónde pretendes llevar esta estupidez?

El oficial, que se había marchado gesticulando, dio media vuelta y ladró:

—La infección nunca acaba —y prosiguió su camino.

Ya antes de haber hablado el oficial, las fuerzas fluviales de Drogue rodearon a Trond y Jon-Joras, atándoles los brazos por las muñecas y los codos. Tan pronto el oficial hubo pronunciado sus últimas palabras, los prisioneros fueron conducidos a marcha ligera, casi al trote, pese a todas sus protestas.

En cuanto a los piragüeros, el oficial ni tan siquiera se había dignado reparar en su presencia; habían permanecido de pie, tristes y cabizbajos, como si presintieran lo que se avecinaba. Se oyó el gruñido de un suboficial dando una orden: un par de hachas brillaron por los aires y los hombres del río se pusieron a gritar, lamentándose ante su piragua incendiada por los soldados.

Al llegar a la puerta de la cárcel, el subalcaide preguntó, sorprendido:

—¿Qué gente es ésa?

—Candidatos para Archie —fue la extraña respuesta del guardia que custodiaba a Jon-Joras y sus compañeros.

Finalmente, el subalcaide pulsó un botón que se encontraba detrás de él, y la gruesa puerta se abrió dejando paso a los prisioneros. Acto seguido tiró de una cuerda y se dejó oír una campana. Inmediatamente, un centenar de gargantas empezaron a organizar un fuerte griterío.

Entraron en una vasta estancia en la que, a la luz de una especie de linternas, se divisaban unos presos sucios moviéndose de un lugar a otro hasta apretujarse ante los dos recién llegados cuando éstos franquearon la estrecha puerta de barrotes de la celda.

—¡Carne fresca!

—¡Sangre nueva!

—¿Quiénes son?

—¿De qué se les acusa?

El alcaide salió de un cuchitril parecido a una perrera donde estaba tumbado, y apenas despabilado fue a tomar un pequeño registro tan mugriento como manoseado, dedicándose a inscribir en el mismo los datos relativos a los recién llegados, al tiempo que sacaba la lengua por uno de los lados de la boca. Terminada esta operación, los soldados se marcharon y los presos se echaron a dormir en su mayoría. Los pocos que quedaban rodearon a Jon-Joras y a Trond sin cesar de hacerles preguntas.

El lugar en que los habían metido, aunque bastante espacioso, apestaba terriblemente, al igual que los presos que los rodeaban, curiosos y excitados por la llegada de los nuevos. Trond los iba apartando de un modo no muy cortés, y tras echar un vistazo por entre aquellas sombras hediondas, preguntó:

—¿Dónde está el rincón de los poetas? ¿No hay ningún poeta por aquí?

Los que le rodeaban murmuraron; un hombre ya anciano y encorvado se dirigió hacia ellos, hasta que de pronto fue reconocido por Trond antes que el anciano llegara junto a él:

—¡Serm! ¿Aún sigues aquí, pobre viejo?

El anciano tuvo un gesto de alegre sorpresa:

—Sí, aún estoy aquí... ¿Quién eres? No, no me lo digas: ¡eres Trond! ¡Cuánto me...! —El anciano se interrumpió: ¿quién se alegra al encontrarse con un amigo en la cárcel?

Entonces preguntó—: Pero, ¿quién es este joven, que no lo conozco? Bueno, dame una rima, muchacho, con vuestro nombre como acróstico.

Jon-Joras, totalmente deprimido por cuanto veía a su alrededor, no pronunció una sola palabra, y los siguió hasta un rincón de la estancia que les servía de celda, junto a una ventana estrecha y desvencijada; en realidad, aquel rincón era mucho más limpio que todo el resto del lugar: había una tosca mesa, una silla rota, una jarra de agua y una capa de montar de color azul, pero muy gastada. Sólo estaban ellos tres en aquel rincón del anciano Serm. Trond preguntó con una mueca de disgusto:

—¿Éste es el llamado rincón de los poetas? No lo parece, que digamos, aunque comparado con el resto de la ratonera resulta palaciego —concedió—. Y según la tradición nos pertenece.

El viejo Serm asintió y dijo:

—En este rincón solía haber una flor en la jarra y un pajarillo en una jaula. Ambos murieron. —El anciano suspiró:

Seguro, la vida y la muerte
sólo pena y dolor han de traerte.

Cambiando bruscamente de tema, el anciano afirmó:

—Joven extramundano, mañana debes ver sin falta al presidente. Insiste en ello, ¿me entiendes? ¡Insiste en ello!

A continuación, entre gemidos y estertores, tomó un trozo de la capa e invitó a los recién llegados a compartirla y quedarse en el rincón de los poetas.

Cuando los rayos del sol hubieron penetrado a la mañana siguiente en la galería de la prisión, Jon-Joras siguió el consejo del viejo Serm y dijo al carcelero lo que deseaba.

—Quieres ver al hombre de la nariz peluda, ¿verdad? —preguntó el alcaide con una leve sonrisa. Largos años de constante relación con los presos le habían familiarizado con su jerga.

—He sabido que tengo derecho a pedir audiencia ante el poderoso presidente para solicitar clemencia —declaró Jon-Joras.

El alcaide gruñó, al tiempo que se rascaba el vientre.

—De modo que derechos tenemos, ¿eh?

—E insisto en hacer uso del que me asiste —afirmó Jon-Joras.

El alcaide bostezó y siguió rascándose. Se volvió de espaldas para ver cómo iba una jugada de dados que estaban realizando a su lado y, tras un prolongado silencio, soltó:

—Está bien; puesto que así lo deseas, cursaré vuestra demanda; puedes estar seguro que la haré llegar.

Y, realmente, el alcaide cumplió su palabra. Cierta tarde se acercó al muchacho y dijo:

—¡Eh, tú, camarada de Archie! Desnúdate y lava tu ropa andrajosa y tus costillas. Te abriré el lavabo, en él encontrarás leña para encender el fuego y unos tarros para hervir tus pulgas.

—Bueno, allá voy —respondió Jon-Joras, al tiempo que ya se desnudaba y tomaba la pequeña palada de brasas que el carcelero le tendía junto con un pedazo de jabón—. ¿Jabón también?

—Sí, para presentarse ante el hombre hay que oler bien.

Cuando por fin acabó se lavarse y tuvo su ropa seca, Jon-Joras se fue con los dos guardias que lo llevaban sujeto con una cuerda. Lo sacaron a la luz de las estrellas en la noche suave y perfumada. Una calesa aguardaba a la puerta de la cárcel con las ventanillas tapadas por unas cortinas negras. Los guardianes no se molestaron en pedirle excusas por atarle de pies y manos y amordazarle. No era la primera vez que Jon-Joras llegaba a la

conclusión que el disfrute de los derechos cívicos dejaba mucho que desear en la Ciudad-Estado de Drogue.

Por fin llegaron al palacio de su Suprema Serenidad el presidente. Tras recorrer innumerables pasillos y subir escaleras, entraron en una sala muy espaciosa y de aspecto solemne. Frente a la gran puerta de dos hojas, sobre unas gradas, estaba la silla, de momento no ocupada. Era una silla en verdad impresionante, parecida a un trono, como jamás se había visto en ningún lugar: alta, artísticamente labrada, dorada y guarnecida de almohadones de terciopelo y damasco. Jon-Joras pensó en la miseria que reinaba en la cárcel y en los olores hediondos que allí se respiraban; sintió náuseas, y un agrio sabor afluyó a su boca.

Los guardias se detuvieron y le quitaron la mordaza. El muchacho, acostumbrado a la sofisticada corte del rey Por-Paulo, contemplaba con ojos experimentados todo el ceremonial que acompañaba la entrada en la sala de su Suprema Serenidad el presidente, quien se dirigió a ocupar su puesto en la silla.

Roelorix III era un hombre fino y de vivas facciones, que debía contar cerca de cuarenta años. Se sentó y, moviendo hacia atrás sus pies calzados con finas zapatillas color púrpura, hizo unos gestos con las manos y la cabeza. Los guardias dieron un codazo a Jon-Joras.

Identificándose como el privado de su rey, el joven manifestó los motivos por los cuales se hallaba en el Mundo Principal..., la Tierra —se corrigió a sí mismo—, y prosiguió diciendo:

—Me dirijo a la poderosa presidencia para que se digne prestar atención a mis quejas.

El poderoso presidente, que parecía aburrirse sobremanera, en un tono algo cansino y algo cínico le invitó a continuar su relato.

Jon-Joras explicó cómo había presenciado la caza del dragón que el maestre cazador Roedeskant había abatido, cómo después había participado personalmente en una caza furtiva, y todo lo que posteriormente le había sucedido. El presidente se interesó de pronto por lo que Jon-Joras estaba relatando, y muy especialmente por los detalles acerca del viejo castillo de los Kar-chee y cuanto ocurría en su interior.

En realidad, Jon-Joras no podía ser más prolijo en detalles, aunque omitiera hablar del duelo a muerte con Thorm, puesto que no le parecía muy oportuno referir aquel percance, y además no estaba en disposición de ánimo para recordar aquellas escenas horripilantes.

—Los dos hombres pertenecientes a la nación denominada de los poetas —prosiguió— se ofrecieron a acompañarme y guiarme hasta regresar a Peramis, y ésta es la razón por la cual me hallaba con ellos. Esos son los hechos —concluyó Jon-Joras.

—Sin embargo —replicó el presidente, interviniendo por vez primera—, sin embargo, viajaban de noche y se escondían durante el día.

—Nunca vi la menor mala intención en ello —objetó Jon-Joras, tartamudeando.

Era cierto; el muchacho no había visto nada malo en aquel hecho. Y explicó:

—Era de noche cuando decidimos ponernos en camino, y me parecía lo más natural que descansáramos durante las horas del día. ¿Ocultarme? Francamente, no lo hacía. Más bien creo que consideré el hecho como una costumbre del lugar.

El presidente se levantó con tanta precipitación, que Jon-Joras casi no lo advirtió. Al tiempo que señalaba al acusado con el dedo, exclamó con voz clara y atropellada:

—¡Miente! No sólo se hizo cómplice de los ladrones, sino de los forajidos y los rebeldes (la peor calaña que pueda existir). Se ha condenado a sí mismo a través de sus propias imprecaciones, dando lugar a la sentencia que en nuestra calidad de alto magistrado pronuncio y habrá de cumplirse: queda condenado a la pena capital; atado de pies y manos, será colgado por los talones y después ballesteado.

Totalmente confundido, sin apenas tener tiempo de sentir ira o temor, Jon-Joras observó cómo el presidente abandonaba la sala a grandes zancadas. Apenas notó que le volvían a amordazar. Los guardias se lo llevaron.

Al enterarse de la condena de Jon-Joras, Trond hizo un gesto de rabia y dejó escapar un gruñido. El viejo Serm sintió remordimientos, reprochándose a sí mismo todo cuanto había sucedido.

—En mala hora tuve la idea —gemía— de ir a ver al narigón. ¿Quién iba a imaginar tal desenlace? Es incomprensible, ¿verdad, Trond? Nunca se ha oído cosa semejante: ¡ballestear a un extramundano! ¿Qué te parece, Trond?

—Esta mala faena no hay quien la consienta —afirmó Trond con fuerza. Vehemente, agregó—: Muchacho, no te dejes amedrentar por estos tunantes; ha llegado la hora de tomar medidas desesperadas y las vamos a tomar ahora mismo, te lo digo yo.

El alcaide los miraba con cierta satisfacción melancólica, mientras se iba acercando.

—A veces vale la pena no insistir —observó.

Trond se encogió de hombros y soltó:

—Bueno, yo digo siempre que de todas maneras uno no debe vivir eternamente, ¿no es así?

—Cierto —asintió el alcaide.

—Yo venía diciendo al muchacho —explicó Trond con increíble naturalidad— que lo mejor es dejarse colgar tranquilamente por los pies y ofrecer un buen blanco a los arqueros. Así todo acaba pronto.

—Sí, eso mismo suelo aconsejar a los condenados —asintió el alcaide.

—Por consiguiente —propuso Trond—, lo que debemos hacer es ofrecerle un buen banquete de despedida, con lo mejor para comer y beber, ¿no le parece?

El alcaide arqueó la ceja derecha y movió su labio inferior, como entendiendo y confirmando las palabras de Trond. Luego hizo la clásica señal del dinero, frotando el pulgar con el índice:

—Y el dinero, ¿qué?

Trond se sacó un anillo de uno de los dedos y lo colocó en la palma de su mano derecha:

—¿Qué le parece? ¿Habrá bastante? —dijo, al tiempo que observaba al alcaide, cuyos ojos brillaron instantáneamente con codicia.

—Esto no les dará mucho; esos canallas de joyeros siempre se aprovechan. Pero algo es algo —agregó, sin dejar de mirar el anillo codiciosamente.

—Le darán bastante —afirmó Trond—. Véndalo y quédese con la mitad del dinero; con la otra mitad compre lo que hace falta para el banquete de despedida; le aseguro que va a sobrar. Tome el anillo.

El alcaide lo tomó con ansia reprimida y suspiró hipócritamente:

—Es una pena, un anillo tan bonito...; es una verdadera pena, buen hombre... Está bien, está bien, contento de poder agradarles. No se preocupen, que yo no voy a quedarme nada... ¡No faltaría más! Ese dinero será sagrado para mí, tendrán todo cuanto necesitan.

El anillo desapareció en uno de los bolsillos de su mugrienta guerrera. Trond le dio las gracias y volvió al lado de Jon-Joras:

—Vaya un pícaro —soltó con desprecio—; ¡no se guardará nada! Quiere decir que no se quedará con más de las dos terceras partes, ésa es la verdad.

Fue en este momento cuando Jon-Joras comenzó a tomar plena conciencia de su trágica situación. Sintió escalofríos por todo su cuerpo entumecido. Al fin dijo sordamente:

—Mira, Trond, no quiero ninguna fiesta. Lo que quiero...

—Lo que quieres es salir de aquí. Está bien, no te apures, amigo —replicó Trond, palmeteándole la mano—. No tengas miedo, que todo saldrá bien: el alcaide no podrá entregar la joya que lleva en cualquier tienda, pues, tan pronto como la vieran, los joyeros llamarían a la policía. Sólo puede venderla a quien yo sé; en Drogue sólo hay una persona que pueda comprar objetos robados y de ese valor: el viejo Boke, y antes de soltar un céntimo, el viejo Boke querrá conocer toda la historia de ese anillo. —Y, dando una palmadita en la mano helada de Jon-Joras, Trond aclaró—: El viejo Boke sacará el mejor provecho de la información; los poetas cuentan con buenos amigos en la ciudad. No temas, que todo saldrá bien y no te pasará nada. Y esta noche duerme, sí, tranquilo, pero de un ojo..., sólo de un ojo —dijo Trond, sibilino.

Aquella noche Jon-Joras permaneció en vela. Se fue sumiendo en una especie de febril fantasmagoría a medida que el aceite de los candiles se gastaba y las tinieblas se enseñoreaban de la galería. Se sentía mal, completamente aturdido por aquella sucesión de acontecimientos dramáticos; el mareo que experimentaba le hacía pensar en cómo tendría que sentirse en medio de la plaza, cuando estuviera colgado boca abajo de la rama de un árbol, frente a sus verdugos; las cuerdas que le sujetaban los pies le quemaban la piel, y cualquier roce de su ropa le causaba la impresión de un dardo que se clavaba en su carne martirizada.

Después, de repente, el espejismo se desvaneció. Todo aquello no había sido más que un sueño: la huida del castillo de los Kar-chee, el duelo con Thorm, el largo viaje por el río, su captura y encarcelamiento: todo un sueño. Aún seguía en el castillo de los Kar-chee, y nada de lo que ocurrió después había sucedido. Sin embargo (y esto lo advertía con una espantosa certidumbre), todo aquello iba a suceder hasta en sus más mínimos detalles. Y él no podía evitarlo, todo había comenzado ya, y la prueba de ello residía en que nuevamente le llegaba el olor de las humeantes antorchas.

Con un gemido y un suspiro —de alivio más que nada—, puesto que resultaba mucho mejor vivir en la incertidumbre con Hue que estar bajo el peso de una condena a muerte, Jon-Joras levantó la cabeza para ver la luz de las antorchas que con toda seguridad había olido. Entonces se preguntó si realmente tendría que amoldarse al curso de los acontecimientos..., o bien si existía alguna posibilidad de escapar. Y, de pronto, todo en él se aclaró con viva luz: notaba un extraño ruido por encima de su cabeza. Un cambio en el ritmo de respiración de Trond y Serm le confirmó que algo extraordinario ocurría cerca de allí. Los dos se levantaron sigilosamente en medio de las tinieblas sin pronunciar una palabra. Alguien tomó a Jon-Joras por el brazo y después le tomó la mano, guiándole a través de la oscuridad, sin que el muchacho opusiera la más mínima resistencia... Notó una cuerda..., un trozo de madera..., más cuerda... Trond, tenía que ser Trond, que con aquellas manos suyas le empujaba hacia arriba. Se agarró a la escala de cuerda y empezó a trepar.

La puerta a la que al parecer estaba atada la escala de cuerda probablemente había sido proyectada para dar al pasillo de un piso superior que jamás había llegado a edificarse. Durante muchos años había quedado abierta al aire, pero, al transformar aquel caserón en una cárcel, la puerta había quedado cerrada y encalada como el resto de las paredes de la galería, cubriéndola el polvo y las telarañas.

La antorcha que Jon-Joras había olido ardía al final de la escala de cuerda. De pronto no acertó a divisar ni adivinar a quiénes pertenecían las caras de los que aguantaban la escalerilla. Uno tras otro, y acostumbrado como estaba a las tinieblas, pudo distinguir los semblantes de Trond y de Serm asomando al final de la escala de cuerda hasta reunirse con él. Entonces alguien cerró la puerta cuidadosamente, tras remontar la escala salvadora, y, habituado ya a la luz de la antorcha, Jon-Joras reprimió un grito de alegría al reconocerle:

—¡Henners!

Incluso en la oscuridad, apenas vulnerada por el hosco resplandor de la antorcha, a lo largo de todas las salas y galerías que iban atravesando sigilosamente, podían observar el más completo abandono. Las ventanas estaban cegadas con pequeños ladrillos, y los pocos muebles existentes, cojos y llenos de polvo, yacían de cualquier manera por los rincones. En cierto momento, Jon-Joras pisó el esqueleto de una rata; estremecido por aquel ruido, apresuró el paso.

Por último abandonaron aquellas largas y estrechas estancias para penetrar en una amplia y oscura galería, cuyas escaleras se sumían en las profundidades del suelo. A una señal de Henners se detuvieron para apagar la antorcha, y tras pisotearla, volvieron a bajar los peldaños de aquella galería subterránea, arrastrando los pies y tomados unos a otros para no caerse en medio de las tinieblas.

Las escaleras parecían interminables; por fin llegaron a un rellano, asimismo inacabable; por todas partes notaban la presencia de un muro. De pronto, todos contuvieron la respiración: alguien cruzaba por el otro extremo de la galería con una antorcha, como si fuera a cortarles el paso. La antorcha temblaba en su mano, y el que la llevaba gemía o canturreaba algo completamente inhumano, con una voz que heló la sangre de Jon-Joras. Al fin, aquella figura y aquella voz desaparecieron, perdiéndose en las tinieblas. El grupo siguió de nuevo adelante.

Tras interminables momentos en medio de las tinieblas, pareció que el suelo se volvía más rugoso y que se notaba algo de humedad. A los pocos segundos, Jon-Joras, al igual que el vagabundo de la leyenda, pudo ver las hermosas estrellas luciendo sobre su cabeza...

VIII

La indecible alegría y la estupefacción de Jetro Yi al encontrarse de nuevo con Jon-Joras desaparecieron tan pronto como éste comenzó su relato:

—Luego, ¿es verdad, es cierto lo que decían? Corrían rumores, y como comprenderás no les dábamos crédito. Pero, ¡qué horrible! ¡Resulta increíble! ¡Marcar a los dragones en mal sitio! ¡Madre mía! ¡Adiestrar a esas bestias para volverlas más astutas y feroces! ¡Eso es lo peor que uno pueda imaginar!

Jetro Yi, asombrado por lo que acababa de oír de boca de su amigo, lo llevó ante su jefe inmediato, el director de la agencia de la compañía de caza en Peramis, un tal Wills H'vor, hombre con mucha sangre fría, pero que empezó a palidecer y después a temblar a medida que Jon-Joras le contaba lo que había visto en la cueva de los dragones del viejo castillo de los Kar-chee. Los dientes de H'vor castañeteaban cuando el muchacho terminó su relato. Hizo un movimiento convulsivo y dejó escapar:

—¡Todos, to-to-todos noso-so-tros podemos morir! —Estaba claro que el director imaginaba ya las horrorosas escenas de aquella masacre general, y espetó—: ¿Cómo podemos asegurarnos de si los dragones están bien marcados o no? ¿Si están adiestrados o no?

—Es imposible saberlo —afirmó Jon-Joras—. Supongo que eso forma parte del plan de los bandidos perros cazadores.

No sentía ningún deseo de profundizar en el asunto ni de reprochar el odio rabioso de los forajidos, como tampoco la despiadada opresión por parte de los caballeros. Su brazo herido le dolía mucho, y se sentía hambriento y débil.

—Por favor, pónganme con la base de la Confederación —dijo—, y luego me parece que lo mejor será que vaya a ver a un médico.

Wills H'vor dio un empellón a Jetro Yi para que se moviera con más celeridad. La reacción instintiva y obsequiosa de éste no fue tan repugnante como en otras ocasiones, pues deseaba resultar agradable a Jon-Joras. Pidió inmediatamente la comunicación con la base de la Confederación.

Las voces resonaban y volvían a alejarse a través del comunicador electrónico. Jon-Joras estuvo un buen rato intentando comunicarse con algún superior suyo, hasta que por fin lo consiguió:

—El delegado Anse al aparato. ¿Quién habla?

Tal vez fuera ilusión suya (pues por décima vez quizá había pronunciado la frase: el privado del rey Por-Paulo de M. M. Beta), pero identificó la voz del delegado de la Galaxia, y sin preocuparse de nada más, comenzó a soltar cuanto tenía que decir. A veces tropezaba al decir las cosas, mas no por ello se interrumpió.

—Eso es todo cuanto tenía que contar de momento —terminó el joven.

La voz de Anse le pasó ciertas instrucciones:

—Ya concluiremos todo eso juntos... Veamos... Hoy es tercer día... Ya has perdido el ferry, y no habrá otro hasta el próximo primer día. Bueno, ahora mismo no puedo perder tiempo. Quizá pueda enviarte un transporte especial para trasladarte aquí.

Finalmente, optaron por dejar que Jon-Joras se repusiera bajo los cuidados de un médico y aguardara el día de partida del ferry del servicio regular del próximo primer día (por lo visto en el reino de Por-Paulo los días de la semana llevaban un número en lugar de nombre). En el pabellón existían instalaciones especiales que le ayudarían a restablecerse por completo.

—De todas maneras —concluyó el delegado Anse—, esta información no debe trascender fuera del círculo de Jetro Yi y H'vor. Ya me pondré en contacto con ellos. Y Tú, tómalo con calma y cúrate pronto.

Las heridas de Jon-Joras dejaron muy pronto de molestarle bajo los cuidados del médico Tu, licenciado de las famosas Facultades del planeta Maimón. Desde su cama, situada en un ala del pabellón, podía divisar a través de la fachada transparente las colinas que se extendían a lo lejos a ambas orillas del río. Sin solución de continuidad, al igual que en un calidoscopio, las escenas se sucedían ante sus ojos: la mansión de Aelorix, los jóvenes arqueros ejercitándose, el coro de los cazadores a bordo del aerodeslizador que los llevaba a la caza furtiva del dragón...; los momentos inauditos en los que fracasaron todas las tentativas para distraer la atención del viejo dragón...; el nuevo encuentro con Lora en el bosque...; el ladrido de los perros; el túnel mohoso...; el castillo de los Kar-chee...; el adiestramiento del feroz animal, y la sangre..., y todas las escenas y acontecimientos que habían comenzado con su huida del foso de los dragones...; el duelo con Thorm y aquel largo viaje por el río hasta caer en la prisión y enfrentarse con el rostro frío e impasible del presidente de Drogue.

Paulatinamente estas imágenes desaparecieron hasta ser sustituidas por recuerdos mucho más agradables: el patio central del colegio con su parterre de terciopelo verde azulado; los muchachos criticando a uno de sus compañeros, de cabello oscuro y mirada recelosa...

Después, poco a poco, todo esto fue desvaneciéndose también. Jon-Joras seguía recostado en su cama, viendo cómo la tarde se desmoronaba bajo el peso de la noche. El astro rey pareció vacilar en el horizonte y de pronto desapareció detrás de las colinas.

Al acostarse, cuando se hubieron llevado la última bandeja de la cena, Jon-Joras tuvo la impresión que estaba perdiendo conciencia. No obedecía a una repentina emoción ni a un proceso más lento de languidez, sino que desaparecía poco a poco del mundo de los sentidos.

En su semiinconsciencia creyó revivir una escena sombría de la selva. Pensó como en un sueño que si miraba detenidamente podría ver lo que acechaba detrás de los árboles antes que la escena se desvaneciera. «Me sujetaré a la barandilla de esta cama —pensó— con todas mis fuerzas y la sujetaré sin dejarla escapar; si encuentro mis manos en alguna otra parte sabré que estuve inconsciente...»

De todas maneras lo que debía saber le parecía trascendental. Y así lo supo, cuando encontró sus manos sujetas a la colcha que había sentido escapar. Tuvo que ser entonces cuando el hombre penetró en la habitación y se lo llevó sin él oponer resistencia alguna.

—Perro cazador, perro cazador —murmuró Jon-Joras. Pero estaba equivocado.

—Debería haberte dado muerte cuando se encontraba en mis manos —gritó Aelorix con la boca torcida, cual si fuera un arco— y haberle enterrado bajo el estiércol del establo.

Aturdido, Jon-Joras dijo:

—Yo he visto morir a vuestro hijo. Murió en mis brazos. Él...

—Al menos él murió con honra. Tarde o temprano, de una manera u otra, todos acabamos por encontrar al dragón. El suyo era un dragón repugnante y feroz. ¡Una fiera fabricada por el hombre!

La voz del aristócrata se apagaba en su garganta, y su rostro mostraba un disgusto posiblemente mayor que la ofensa o la rabia.

Jon-Joras protestó:

—Pero yo nada tuve que ver en ello. Yo mismo podía haber muerto. No comprendo, no comprendo —su mirada angustiada se clavó en el hombre que le había traído allí—. Y, verdaderamente, no lo comprendo. Tú... ¡Tú no formas parte de los caballeros! ¿Por qué haces esto?

Aelorix exclamó, con una leve sonrisa:

—¡Ah, te pasas de listo, me has llamado perro cazador! Esa es precisamente una de vuestras equivocaciones. Yo no soy ni un perro cazador ni tampoco un caballero. Posiblemente no lo sepas todo acerca de este lugar. Es natural; así pues, te lo explicaré y te lo pondré todo en claro. Ya sabes cómo nos llama ese loco que anda cavando entre las ruinas, ¿no? Nos llama «plebe». Por lo tanto, somos unos plebeyos, pero por favor, ¡no nos hagan perros cazadores! Otros prefieren llamarnos «granjeros libres»; sin embargo, nosotros no queremos granjas, ni cavar patatas, ni nada de todo eso...

No obstante, Jon-Joras lo escuchaba en cierto modo para poder calibrar la burda lógica carente de sentido de Aelorix. Mas era un hecho que la mayoría de los plebeyos aprobaban por completo el sistema de caza. Lo hacían naturalmente debido a los empleos que ello les proporcionaba, por el color que aportaba a aquellos días tan tristes de antaño; también lo hacían por simple costumbre y asimismo, por considerarse superiores a los llamados perros cazadores, con quienes se enfrentaban. Y porque así se aliaban a los caballeros a quienes envidiaban y con quienes, al fin y al cabo, se identificaban.

Las cosas eran así de complejas y así de sencillas.

Jon-Joras se esforzaba en vano en exponer a su airado interlocutor el plan de los forajidos para marcar engañosamente a los cachorros de los dragones y adiestrarlos, a fin de convertirlos en unas fieras astutas y feroces; tarde o temprano, de una manera o de otra —afirmó—, aquello conduciría a la destrucción de toda la gente, incluidos los mismos

forajidos. Se esforzó en vano en señalar que él no se inclinaba por ningún bando, que la gente de Hue le había capturado e intentado asesinar.

—En cuanto a lo primero que acabas de decir —contestó hoscamente Aelorix—, ya sabemos cómo cuidarnos. Y en cuanto a lo segundo, sólo diré que es una lástima que no te mataran. Pero, no tengas cuidado, que ya nos encargaremos de ello nosotros —soltó en tono amenazador.

—¿Por qué, por qué?

Jon-Joras se dio cuenta en el acto que sus protestas no servían de nada; allí no había razonamiento ni juego limpio de ninguna clase. Aelorix creía que los forajidos deseaban que sus planes se dieran a conocer y que Jon-Joras no hacía sino cumplir con el encargo que le confiaran. Por consiguiente —según Aelorix—, el joven estaba de parte de los forajidos capitaneados por Hue, convirtiéndose él mismo en blanco de la ira de los caballeros y sus chacales.

Había más: cuando antes de la caza furtiva, al llegar a casa de Aelorix como huésped distinguido, aquél le había explicado que no dependía ni quería depender de la compañía de caza, sólo se refería al aspecto estrictamente financiero, pues cualquier caballero dependía de la compañía por cuanto el sistema de caza estaba vinculado con el comercio extramundano, y los caballeros, como clase, dependían del sistema. Incluso la limitada libertad de la que gozaba Aelorix no dejaba de ser una excepción.

—¿Acaso imaginas que no sé lo que persigues? —replicó insolentemente, antes de gritar—: ¡Extramundanos! ¡Cobardes! ¡Que no son más que un montón de cobardes! Al menor indicio de peligro, jamás volverían a reaparecer sobre la Tierra, y a nosotros que nos zurzan, ¿verdad?

Luego, al descansar, jadeante, en medio de la noche se dejó oír un grito sordo, algo así como una llamada inquieta y llena de melancolía: el grito de un dragón en celo, en busca de la hembra.

Preocupado como estaba, Jon-Joras sintió por primera vez la sensación que debía experimentar aquella bestia, predestinada a morir para satisfacer con su tormentosa agonía los afanes deportistas de otra especie, cuando lo que el pobre dragón perseguía no era sino encontrar su pareja y cumplimentar la unión que la naturaleza exigía en aquellas lejanas tinieblas.

Al oír el bramido del dragón, los ojos de Aelorix y de sus servidores se volvieron hacia el exterior; permanecieron quietos unos segundos y se dirigieron de nuevo hacia el prisionero. Todo parecía indicar que la compasión no entraba en sus planes, fueren cuales fuesen. El anfitrión de antaño y sus hombres empezaron a enseñar los dientes.

—Ahí está —dijo Aelorix.

Jon-Joras notó una picazón por todo el cuerpo.

—Tarde o temprano —prosiguió Aelorix sordamente—, de una manera o de otra, todos nos encontramos con nuestro dragón. ¿Lo oyes? ¡Ése es el vuestro!

IX

Las palabras finales de Aelorix a su antiguo huésped y ahora prisionero suyo, no fueron pronunciadas. Pero no hizo falta pronunciarlas. Su dolor y amargura por la muerte de su hijo menor le llevaban a culpar a Jon-Joras. En su locura, pensaba: «¿Por qué mi hijo y no él? ¿Por qué debe vivir, si mi hijo está muerto?».

El alba estaba a punto de despuntar. Casi todo el cielo continuaba sumido en las tinieblas, pero por el este, las nubes empezaban a teñirse de rosa. Todo estaba en calma, todo estaba frío cuando lo trasladaron del pequeño pabellón a la selva cercana. Aelorix no

profirió una palabra más después de la escena anterior; sin embargo, su grupo de miserables estranguladores no hacía más que blasfemar y carraspear y quejarse del frío y el miedo que sentían. A ambos lados del sendero que seguían, las gotas de rocío hacían en la brumosa sombra de la selva.

—¿Te doy un soplo, señor? —preguntó uno de los hombres.

Aelorix asintió con un gesto. Entonces el hombre metió la mano en el saco que llevaba al costado y al extraer una pequeña botella soltó una blasfemia; volvió a introducir la mano en el saco y esta vez extrajo una especie de instrumento de madera y corteza de árbol que se llevó inmediatamente a los labios. Sus mejillas se hincharon: si Jon-Joras no hubiera mirado al hombre como lo estaba haciendo, nunca habría creído que aquel grito no procedía de la boca de un dragón.

Las tristes y tiernas notas se perdieron a lo lejos en el aire cargado de humedad. Todos escucharon sin moverse. De momento no se oyó nada tras aquellas notas, pero al poco rato por la parte derecha y desde una distancia que a Jon-Joras le pareció muy remota, llegó lo que casi semejaba al eco más profundo de aquel grito. Los hombres movieron sus cabezas afirmativamente.

—Es él —dijeron—. No se ha movido mucho durante la noche.

El hombre que se encontraba tras Jon-Joras le dio un empujón.

—Prepárate para el golpe —advirtió.

Continuaron internándose en la selva hasta llegar a un lugar que formaba una especie de vasto calvero cubierto de una hierba que llegaba hasta la cintura y en el que se divisaba algún que otro árbol bajo. Nuevamente captaron el bramido del dragón. Una y otra vez hicieron sonar el instrumento, imitando el grito de la hembra. El animal respondía e iba aproximándose.

Todos se detuvieron al llegar al centro del calvero.

—Tú sigue adelante —ordenó uno de los hombres, pinchando al muchacho en los riñones con la boca del fusil—, y no intentes escapar, pues de lo contrario... —el hombre imitó el chasquido de la bala—. Sigue avanzando hasta que venga el dragón; cuando te encuentres con él, te mueves lo que te dé la gana. Si tienes suerte y buenas piernas, quizá logres escapar... —Y el individuo, retrocedió, dejando a Jon-Joras solo.

El muchacho volvió la cabeza y vio cómo sus verdugos retrocedían rápidamente a reunirse con el resto de la banda. Después, se giró de nuevo para observar el bosque que se encontraba frente a él. Las piernas le flaqueaban, pero rechazó el impulso de huir. Tras un prolongado momento, que se le antojó un siglo, la llamada de la hembra resonó otra vez a sus espaldas, contestada por el dragón macho, que ahora avanzaba hacia Jon-Joras.

El viento del oeste movió las ramas del árbol que se hallaba tras él, luego las de otro. Su corazón latía desesperadamente y su cabeza se volvió con rapidez al observar que lo segundo en moverse ya no era un árbol...

Un largo cuello giraba de un lado a otro; los ojos lanzaban destellos amarillos y verdes; a continuación, el gigantesco cuerpo saltó hacia adelante, mientras la bocaza de la bestia se abría para lanzar el eterno grito del celo...

En ese preciso momento, algo inesperado sucedió: un dragón bramó por la parte de atrás, pero ya no era la fingida y sumisa voz del dragón hembra de antes, sino la de otro macho, la de un dragón desafiante y retador. Instantáneamente, con las pisadas de la fiera, subió por el aire el vaho amargo del rastro del macho. Jon-Joras sintió cómo se le retorcían las entrañas: «¡Atrapado! ¡Por delante y por detrás! ¡Atrapado!».

El dragón visible rugía su amargura, y Jon-Joras lo observaba con espanto.

Detrás de él no había ningún dragón macho, como tampoco ninguna hembra: los bramidos de uno y de otra provenían de la misma fuente, del pequeño instrumento de

madera y corteza. Y el olor a sudor de dragón venía de la botella que estaba en la misma bolsa.

¡Atrapados! ¡Engañados! Él y el dragón, los dos frente a frente...

Pero el dragón no lo sabía, no podía saberlo. En su pequeño y oscuro cerebro, ahora confundido por los gritos que escuchara, sólo había lugar para unas respuestas instintivas: una hembra, ¡ve hacia ella! Un macho: también la querrá, ¡mátale!

La bestia abandonó la maleza y empezó a cruzar el calvero a un trote pesado, lanzando adelante su lengua bifurcada, con la que palpaba el aire..., un aire en el cual el propio olor de Jon-Joras se mezclaba con el del «otro». El rastro humano se mezclaba ahora de manera inextricable en el cerebro de la bestia con el de su rival sexual y enemigo.

El dragón no conocía el ardid, pero el hombre, sí. Y el hombre razonaba, el hombre recordaba, en aquel momento, lo que le había dicho Hue en el castillo de los Kar-chee: que el torpe cerebro de la gran bestia estaba dominado por una mala orientación, por un instinto erróneo.

Ahora, Aelorix y sus sicarios no contaban con ningún instrumento de caza, salvo el fusil. No llevaban ojeadores ni banda de música, ni arqueros ni portaestandartes. Lo único que ahora empleaban no era otra cosa que la llamada artificial del instrumento y la atracción del olor procedente de las glándulas almizclares de algún otro dragón muerto. Eso es lo que llevaban.

Jon-Joras sólo podía contar con su mente.

De nuevo el viento le trajo el agrio olor y la llamada del macho. El dragón que venía hacia Jon-Joras se detuvo unos segundos, un estremecimiento de rabia sacudió sus poderosos músculos bajo su piel verdinegra; sus nodulosos carrillos empezaron a hincharse con furia; bramaba y silbaba, y se lanzó hacia el muchacho.

Todos esperaban que Jon-Joras, presa de pánico, echara a correr: «Si tienes suerte y buenas piernas», había dicho el hombre del fusil.

Pero ningún ser humano podía correr con la suficiente rapidez como para escapar de un dragón furioso. Mucho antes que pudiera llegar al dudoso refugio del bosque, el dragón lo habría alcanzado y destrozado con sus zarpas y sus fauces.

En consecuencia, sólo quedaba el ardid; el juego no había terminado...

Jon-Joras no actuó ni mucho menos según las normas imaginadas por sus verdugos. Sus piernas seguían flaqueándole, pero ahora movía con suavidad los brazos y, colocándolos por encima de su cabeza, trató de sacarse el camisón que le habían cedido en el hospital y que era su única vestimenta al ser raptado por Aelorix y sus hombres. Sus brazos tocaban las ramas superiores del árbol bajo el que se hallaba, y lo que hizo fue atar el camisón a aquellas ramas. Las mangas quedaron al aire, hinchadas y movidas por el viento de un lado a otro, como si representaran una danza a voluntad del mismo.

Jon-Joras no sabía con certeza si los ojos relucientes, ora verdes ora amarillos, de la bestia verían aquel señuelo. Sin embargo, el dragón empezó a rugir en el preciso momento en que Jon-Joras se agachaba entre la hierba que le llegaba hasta el pecho desnudo y que ahora le cubría enteramente el cuerpo y la cabeza.

Caminó lentamente. Las rodillas le temblaban y el sudor le chorreaba por todo el cuerpo; reprimiendo los violentos latidos de su corazón, se internó entre las altas hierbas hasta alcanzar un punto desde donde divisaba los movimientos de la fiera. No se molestó en averiguar lo que sucedía, cuando sintió que el suelo retumbaba como una piel de tambor y el ruido crecía y se aproximaba. Confiando en la flaqueza de cerebro del monstruo, en que no se apartaría de su camino y se lanzaría sobre el camisón que hacía de señuelo, Jon-Joras siguió avanzando por el calvero.

A los hombres que se escondían entre los árboles pudo parecerles que el muchacho se había desvanecido después de atar su camisón a la rama. ¿Se darían cuenta de su

estratagema? ¿Sospecharían la dirección que había tomado? Posiblemente imaginaran que, de no haber desfallecido, estaría tomando el camino más corto para salir del calvero, el que tomaba ahora.

En este caso, tal vez se dividieran para rodearle y hacerle frente. Sin embargo, no podían moverse rápidamente sin correr el riesgo de exponerse a la vista del dragón, y resultaría lento desplazarse por el bosque.

El sol estaba ya a la suficiente altura como para que Jon-Joras sintiera el calor de sus rayos en la parte del cuerpo que llevaba descubierta. Sin levantar la cabeza ni los hombros, Jon-Joras, guardando el paso que llevaba, comenzó a girar y a caminar en dirección al sol. No podía verlo, pero sintió al dragón cuando pasaba bramando a su izquierda; el muchacho continuó su camino. ¡La bestia no le había advertido! ¡No se había dado cuenta de su presencia!

Estaba casi seguro que éste había visto el camisón, ya que el animal se detuvo de pronto y Jon-Joras oyó cómo aplastaba al árbol y (por lo menos así se le antojó) el ruido de la tela al desgarrarse.

Siguió caminando; el sol calentaba sus hombros desnudos. De repente, notó que el sol desaparecía; la tierra estaba húmeda y la sombra le cubría: acababa de penetrar en la selva. ¡Estaba a salvo!

Volvió la cabeza sin dejar de caminar: a lo lejos, un dragón llamaba, pero no pudo averiguar si era verdadero o falso.

Tan pronto como se internó en la selva después que el dragón se lanzara contra el señuelo en medio del calvero, Jon-Joras se sintió peor que antes por hallarse totalmente desnudo. Sin embargo, en todo lo demás se sentía mucho mejor, y había recobrado las esperanzas de salir con vida de aquel horrible trance. Por una parte, sólo se encontraba a una jornada de camino a pie de la ciudad en lugar de a un día de vuelo. Por otra, si se encontrara de nuevo entre los perros cazadores, esta vez podría contar con su ayuda en lugar de ser capturado.

Pero, más que nada, se hallaba mucho mejor y más tranquilo por la experiencia que había adquirido. Estaba donde estaba y de la manera en que se encontraba, no por haber huido atolondradamente de una escena que en ningún modo había provocado, sino por haber sabido esquivar el peligro con inteligencia y ponerse a salvo.

Jon-Joras se hallaba desnudo como cuando su madre lo dio a luz; estaba solo, y de un lado tenía a una bestia salvaje y de otro a los hombres que querían quitarle la vida. Sin embargo, para su propio asombro y satisfacción, ya no sentía miedo.

Continuaba caminando en medio de la nítida y suave fragancia de la selva. Un fina criatura gris, cuyo nombre desconocía, se detuvo en su camino de ascenso por un árbol inclinado y lo contempló con curiosidad.

—Donde fueres, haz lo que vieres —dijo Jon-Joras en voz alta.

Siguió al animalillo que trepaba por el árbol, y desde su copa miró a su alrededor.

Las ropas del doctor Cannatin le quedaban más bien estrechas, y la bebida que le sirvió para reconfortarle estaba demasiado caliente y amarga, pero Jon-Joras no se quejó. Cuando su joven conocido salió del bosque, dando saltos de alegría al ver el campamento del arqueólogo, éste apenas se había extrañado al verlo desnudo.

—En Grimaldi Gamma —explicó después—, donde he realizado la mayor parte de mi labor, la gente anda siempre desnuda.

Mientras el muchacho recuperaba fuerzas, el doctor Cannatin iba enseñándole sus hallazgos.

—Tres tiestos y media botella de vidrio no deben parecerte gran cosa —dijo—, sobre todo al cabo de tres semanas de duras excavaciones. Sin embargo, puedo asegurarte que el valor de...

—No hay mucha arqueología de la que hablar en M. M. Beta —observó Jon-Joras.

—Cierto, esto es lo que me dice la gente. Por eso me pregunto cómo pueden arreglárselas para vivir allí.

El muchacho optó por sonreír, pues aquello más que cansarle le aburría un poco. Pero su anfitrión seguía con sus cosas, explicándole que aquella botella de medicina no era nada muy especial ni raro. Por el contrario, se hallaba bastante a menudo para certificar con su sola presencia la fecha a la cual se remontaban los demás objetos.

—Sin embargo —prosiguió el doctor Cannatin—, todavía no estamos seguros del nombre de la medicina que estas botellas encerraban. El insigne profesor Hrospard Uu —sin duda habrás leído su *Tentative Glottochronology of the Ichthyopophagous Peoples of Alghol*— afirma que se llamaba «colacola», mientras que el doctor Pix, un hombre bastante extraño, insiste en que la forma adecuada es «co-co-co».

En este preciso momento el arqueólogo se dio cuenta con cierto desagrado que un aerodeslizador había hecho su aparición zumbando por encima del campamento y se disponía a tomar tierra a un centenar de metros de allí.

—Ya tenemos de nuevo aquí a estos tipos importunos —soltó contrariado, al tiempo que varios hombres salían del aparato—. Ese individuo gordo ya ha estado aquí dos veces esta mañana, diciendo no sé qué tonterías acerca de algo. Por lo visto vienen de ese maldito lugar, supongo yo, donde no existe arqueología alguna. ¡Hay que ver cómo viven estas gentes! —espetó Cannatin, mientras Jon-Joras se levantaba de golpe y se dirigía hacia el aparato.

Al oír y luego divisar el aerodeslizador, el muchacho se había sobresaltado; pero no pensaba que los que iban en él fueran Aelorix y sus hombres, aunque tampoco era imposible. Se tranquilizó muy pronto: nadie se atrevería a atacarlo en presencia de un arqueólogo de la Confederación. Acto seguido salieron los pasajeros del aerodeslizador...

El gordo continuaba de pie, mientras Jon-Joras iba acercándose. Su rostro se mostraba ceñudo, atento, pero todo parecía indicar que se contenía para permanecer impasible. Una especie de angustia embargó al muchacho al ver aquel rostro tan severo: quizá no había sabido cumplir debidamente su misión, realizar las tareas encomendadas; sin embargo, se había portado muy bien y había salido airoso de todos los peligros. De manera que irguió la cabeza y siguió avanzando...

La expresión de la cara del gordo se quebró como una máscara de porcelana. Dio unos pasos adelante y aferró a Jon-Joras entre sus brazos.

—¡Mi rey y señor! —exclamó Jon-Joras.

El delegado Anse, que acompañaba al rey Por-Paulo, era una persona delgada, de pequeña estatura y correcta, cuyo cabello estaba cortado con la típica coronilla que solían llevar los de su continente natal.

—Has realizado una magnífica labor, privado, y te felicito por haber sido elegido como consejero principal —dijo Anse.

Por-Paulo asintió bastante distraídamente, mientras observaba con expresión afectuosa a su subordinado. Sin embargo, a Jon-Joras las últimas palabras del delegado Anse, por muy agradables que fueran, no dejaron de asombrarle: ¡consejero principal! Es preciso aclarar que Por-Paulo era uno de los cien miembros del famoso «Gabinete de sombras» de la Confederación, elegido entre más de un millar de soberanos.

Tan pronto como estuvo al corriente de la situación que le había expuesto el delegado Anse, el rey Por-Paulo dijo:

—El principal asunto del cual habrá que ocuparse de ahora en adelante es éste.

Jon-Joras se permitió advertir a su soberano:

—En estos momentos la cacería no podrá llevarse a cabo, pues resultaría demasiado peligrosa.

—¡Al cuerno la cacería! —exclamó Por-Paulo—. ¿Imaginas que te he enviado aquí para convertirte en el empleado de una zona acotada? Lo que en verdad deseo, mi intención, es ésta: mi cargo expira dentro de catorce meses y no tengo el propósito de asumir ningún otro. He cumplido con mi deber, pero ya estoy harto de todas estas cosas. Es como vivir en medio de una inmoralidad glorificada y presiento que me vería oprimido otra vez y acabaría despellejado como un grano de uva. No; he tenido la oportunidad que me ofrecieran realizar una labor mucho más importante para la Confederación en otros mundos menos poblados, y la voy a aceptar. —Y Por-Paulo prosiguió—: Tengo el privilegio de poder escoger a mi ayudante, y deseaba que fueras tú. Eres la persona más valiosa que jamás haya tenido a mi servicio, pero deseaba asegurarme antes de elegirte, por lo cual te di la oportunidad de probar quién eras realmente. Por eso mismo, cuando llegaron hasta mí los rumores de cómo iban las cosas en el viejo Mundo Principal, y cuando el consejo confidencial me encargó ocuparme de este asunto, opté por enviarte a ti. Y tenía razón, no me equivoqué.

Preguntó a Jon-Joras si aceptaría cursar estudios durante un año en un colegio superior que estaba promoviéndose ex profeso. El joven asintió, agradecido. Aquello le convenía y coincidía con sus propias ambiciones. Podría conocer otros mundos, otras gentes, nuevas cosas y nuevas emociones. ¿Qué más podía pedir?

—Pero, ¿y qué hacemos con los problemas de aquí? —preguntó a su vez Jon-Joras—. Pues algo hay que hacer.

—¿Tienes alguna sugerencia después de todo cuanto has visto? —inquirió Anse.

Desde luego, Jon-Joras las tenía.

—En primer lugar, habría que establecer un reglamento prohibiendo cualquier tipo de caza durante un período de diez años como mínimo —dijo—, hasta que la totalidad de los dragones mal señalados mueran. En realidad lo mejor sería, a mi juicio, no confiar por entero en esta medida, sino enviar algunas expediciones de exterminio con armas pesadas y acabar sencillamente con todos los huevos no incubados (ya que los dragones, siendo enormes lagartos, no son mamíferos). Ya veremos cuál es la mejor solución una vez que nos encontremos en la zona de los dragones. De todas maneras —prosiguió Jon-Joras—, diez años sin caza y sin dinero representarían un buen castigo para nuestros amigos los caballeros. Algunos de ellos, por supuesto, se arruinarían. Pero les estaría muy bien, no queda duda.

La voz del muchacho se volvió más sorda al continuar:

—Considero que habría que prestar una atención muy especial tanto a Aelorix como al poderoso payaso y presidente de Drogue.

—Pero, ¿y el resto del problema? —intervino Por-Paulo—. ¿Qué hacemos con los llamados perros cazadores y su sed de mayor libertad y de más tierras?

El delegado Anse habría deseado responder personalmente a esta última pregunta; sin embargo, no se le ocurría nada positivo y optó por preguntar a Jon-Joras:

—A ti qué te parece, ¿tienes alguna idea al respecto?

—Sí —contestó—; es cierto que a lo largo de este río las cosas no van muy bien, y pensando en ello me he preguntado más de una vez qué podía haber más allá de este valle, más allá de los montes que lo encierran. Semejante pregunta me la hice ya en el salón del pabellón cuando estuve contemplando el mapamundi. ¿Qué es lo que puede haber más allá

de este valle? Sólo puede existir la selva, y más allá de la selva las praderas y luego las montañas. De esta forma, detrás de las montañas es posible que se extienda un desierto. ¿Y al otro lado del mismo...?

—Al otro lado del desierto hay más bosques, más llanuras, más ríos y nuevas montañas, como en esta parte —manifestó Por-Paulo.

Sin embargo, nadie vivía en aquellas tierras; estaban deshabitadas desde la última invasión de los Kar-chee y el exterminio de la raza humana bajo su dominio, o quizá antes, cuando el viejo planeta Tierra se vio barrido de sus enjambres de habitantes por la gran emigración hacia las estrellas.

—El problema no radica ni mucho menos en una superpoblación de esta zona —dijo Jon-Joras—, puesto que en ella podría vivir una población muchas veces superior a la actual. La verdad es que los caballeros la mantienen baldía en su mayor extensión como reserva natural para los dragones. Y por otra parte, las praderas son el feudo de las tribus nómadas.

El delegado Anse declaró a su vez:

—Una prohibición de la caza durante diez años, difícilmente podría establecerse y ser respetada. Un cambio social tan brusco y draconiano como el que acarrearía la veda perpetua de la caza sería difícilmente aceptado por los habitantes de esta zona.

Jon-Joras movió la cabeza y repuso:

—No pretendo que esta parte del continente se convierta en una tierra de hambre, sino que mi proposición tiende a trasladar a sus habitantes (y no todos, ni en especial a los cazadores) a un lugar donde exista tierra suficiente y quizá más. Si mal no recuerdo, antaño hubo grandes migraciones en el Mundo Principal. Ignoro por qué razones no se han producido en nuestra época, aunque creo que no es tan difícil adivinarlo: por el temor a los dragones en la selva; tal vez sea ésta la causa principal, pero también está el temor a los nómadas enemigos, y el miedo a las grandes montañas y los desiertos... Sin embargo, todas esas dificultades pueden superarse, deben superarse —afirmó con fuerza Jon-Joras. Y prosiguió—: Eso entra en nuestras posibilidades. Todos aquellos que no se sientan satisfechos con las cosas tal y como ahora discurren en el interior de las Ciudades-Estado (y son muchísimos) pueden ser trasladados más allá de las montañas y del desierto. Creo que en caso de necesidad podríamos obligarles a probar esa solución, y más tarde nos lo agradecerían. Pero para ello debemos ayudarles. Nosotros podemos hacerlo, la Confederación puede ayudarles a establecerse en las nuevas tierras. No obstante, sólo a quienes quieran asentarse realmente de un modo definitivo y distinto, sin haciendas, sin caza y sin clases. Quienes quieran seguir con las cosas tal como aquí están, pueden permanecer en este lugar.

Por-Paulo y el delegado guardaron silencio unos segundos, reflexionando.

—No veo la razón de no hacerlo —intervino finalmente el delegado Anse.

—En efecto, podría resultar —asintió Por-Paulo a su vez. Y agregó—: Ahora mejor será que te procuremos vestiduras más decentes que las que llevas puestas para celebrar este acontecimiento con lo mejor que pueda proporcionar Peramis. Nos quedan muchas cosas por hacer, y...

—Las haremos —afirmó Jon-Joras—. Bueno, vengan los vestidos; pero nuestra celebración tendrá que demorarse un poco. Exactamente no sé cuánto durará mi ausencia: debo encontrar a alguien antes de hacer cualquier otra cosa.

A Por-Paulo no parecían agradarle mucho estas palabras, pero su disgusto dejó paso en seguida a una sonrisa.

—¿Alguna muchacha? —preguntó.

—Sí —dijo Jon-Joras—. Una muchacha.

Libros Tauro
http://www.LibrosTauro.com.ar